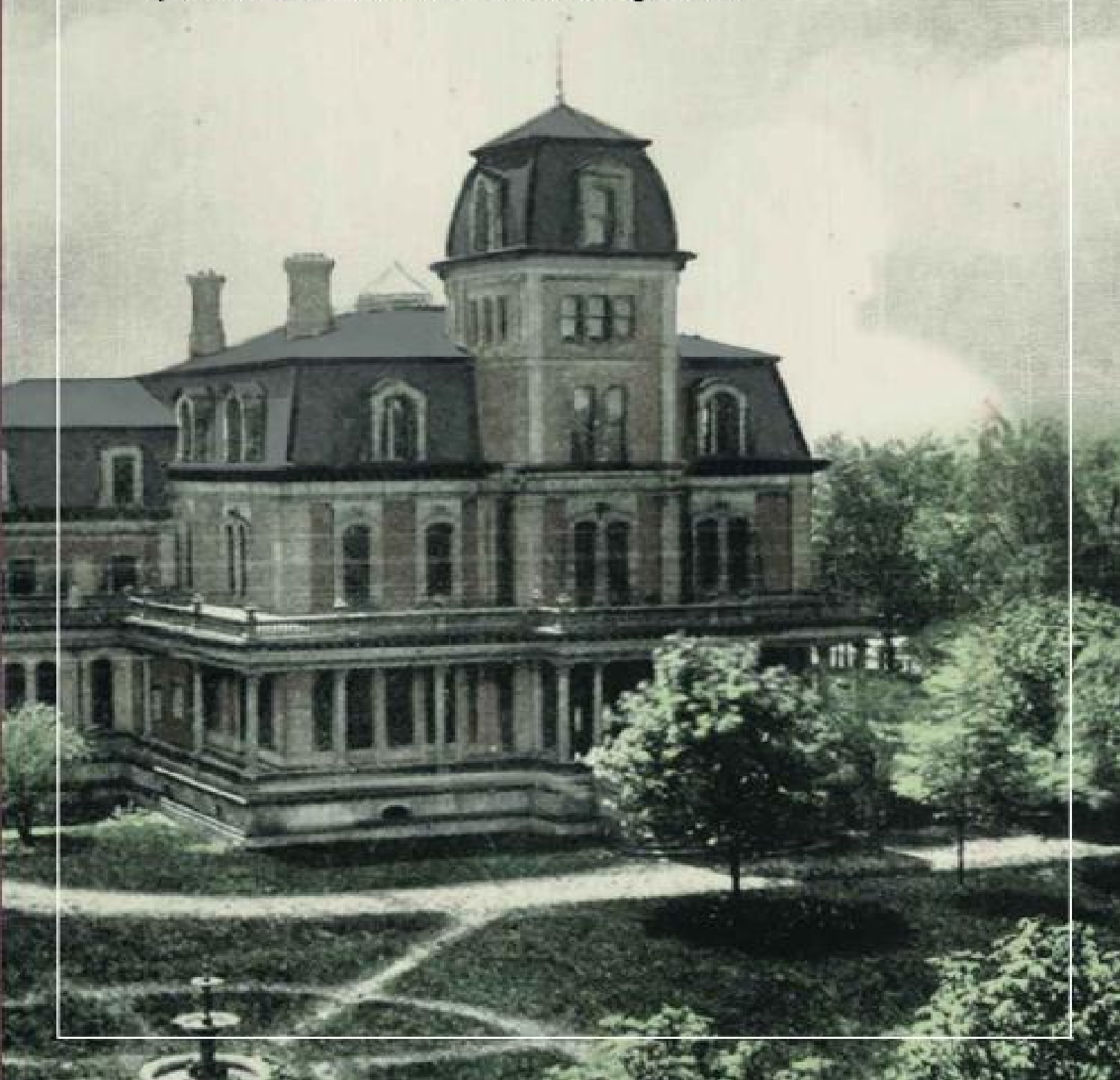


LA MANSIÓN DE LOS NAVAS

José Antonio González Queiro



La mansión de los Navas

José Antonio González Queiro

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley y queda totalmente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial sin el permiso escrito del autor y titular de los derechos de explotación.

1ª edición: Madrid, septiembre de 2017

© La mansión de los Navas

© José Antonio González Queiro

Depósito legal: M-006094/2017

🐦 @ja_gonzalez49

Diseño de cubierta: Virginia González Mariño

Edición: Virginia González Mariño

ISBN: 978-19-775-9223-1

Sello: BooksInPrint.com®

OTRAS OBRAS PUBLICADAS DEL AUTOR: *RAZIEL Y EL DESPERTAR DE LOS SUEÑOS*, DE VENTA EN AMAZON.

razielyeldespertar.wordpress.com 🐦 @Razielyeldesper

A mi padre.

La capa de vaho que empañaba la ventanilla del tren le impedía ver el exterior con claridad. Despejó un pequeño círculo a la altura de sus ojos resbalando la mano por el cristal, y se quedó observando un paisaje gris de paredes de hormigón sucio y desconchado bajo un cielo de nubes que empezaba a clarear. El convoy había entrado en el área de la estación y consumía lentamente los últimos metros que le faltaban para finalizar su largo recorrido. Juan escuchaba el traqueteo que producían los vagones al cambiar de vías, y, al hacerlo, intuyó que aquel viaje ya no tendría retorno.

Con media hora de retraso, el tren detuvo su marcha en la estación Norte de Madrid y los viajeros comenzaron a descender del expreso Rías Altas. Sin prisas, pero sí algo temeroso y preocupado, Juan recogió su pequeña maleta y, despidiéndose con una leve sonrisa y un tímido «adiós» de la amable señora que había venido sentada frente a él, abandonó el compartimento y descendió a un andén que ya comenzaba a estar muy concurrido.

Sorteó, inseguro y medio desconcertado, viajeros y carros cargados de maletas y paquetes mientras andaba sin saber bien dónde posar los ojos para no tropezar. Aquella gran estación era un escenario nuevo y caótico para él. Acostumbrado desde niño al sosiego del pequeño monasterio zamorano, el enorme gentío le aturdió y desequilibraba. Sintió sudada la mano que agarraba con fuerza el asa de la maleta. El ruido ensordecedor que producían los carros portaequipajes al chocar sus ruedas contra el enlosado de cemento y el murmullo, alto y constante, de la multitud que circulaba cada vez con mayor afluencia por los andenes le empezó a producir vértigo. Acertó a ver un enorme letrero con la palabra SALIDA que sobresalía por encima de dos altas y soberbias puertas, y hacia allí se dirigió todo lo más presuroso que pudo con el deseo de abandonar cuanto antes aquel agobiante lugar.

Ya fuera, en medio de lo que le pareció una gran plaza, echó un vistazo a la fachada del colosal edificio de la Estación del Norte y posó su mirada en el fabuloso reloj que lo coronaba. Aquellas agujas marcaban las diez menos cuarto de la mañana. Durante unos segundos su mirada se mantuvo fija en el reloj que señalaba la hora de un nuevo tiempo para él, todavía oculto, pero que asomaba amenazante, sujeto a esa incertidumbre que acompaña siempre a lo desconocido. Agitó la cabeza como queriendo apartar de ella aquel pensamiento que le inquietaba y respiró con profundidad el aire frío de la mañana, y al ajustarse un poco más la pequeña bufanda de lana, una alegre

sonrisa se dibujó en su cara; había recordado a Matías, el anciano y generoso fraile que le había regalado la antigua pero bien conservada prenda dos días antes, diciéndole: «Hará frío en Madrid, con esto te abrigo bien el cuello».

«Madrid debe de ser una ciudad enorme», pensó Juan nada más andar cien pasos y llegar al ancho y concurrido Paseo de la Florida. «¡Madre mía! —se dijo asombrado—, ¡cuántas casas! ¡Y cuántos coches!». Luego, mirando a uno y otro lado de la calle, sin saber muy bien qué camino tomar, recordó que en el bolsillo interior de la chaqueta llevaba un papel con la dirección adonde debía dirigirse. Posó la maleta en el suelo y extrajo la nota que desdobló con cuidado. La letra del prior era clara y se leía perfectamente: «Calle de San Bernardo, 22, 2º piso». Y, a continuación, añadía: «No está muy lejos de la Estación. Pregunta cuando llegues».

Tenía que preguntar. Miró a su alrededor sin saber a quién dirigirse, finalmente decidió encaminarse hacia un señor que vendía castañas asadas a unos cuantos pasos. Al llegar a su altura, antes de hablar, carraspeó.

—Perdone, señor, ¿me podría decir dónde queda la calle de San Bernardo?

El castaño, receloso, miró a Juan con ojos cansados. Estaba harto de que a diario docenas de viandantes le preguntaran por direcciones sin comprarle una triste castaña; pero la cara del chaval que le miraba sonriente le desarmó y, aunque en un principio iba a despedirle con un no rotundo, cambió de idea. Se levantó de su gastada silla de mimbre y le indicó mediante gestos de su brazo derecho cómo tenía que hacer. Juan atendió con sumo interés la explicación y luego se la repitió al castaño para comprobar si había guardado bien en su mente la indicación señalada, y el castaño, moviendo la cabeza, le dijo: «Muy bien chaval. Eres listo. Seguro que no te pierdes». Juan le dio las gracias y se encaminó algo más contento y con paso firme hacia aquella dirección donde se suponía que iba a dar comienzo el principio de su todavía incierto porvenir.

El convento comenzaba a quedar lejos, lo empezó a sentir a medida que avanzaba por aquellas amplias calles. Durante sus cortos veinte años de existencia, no había conocido más familia que los frailes del pequeño monasterio. No existían otros recuerdos para él, que había sido abandonado a sus puertas cuando apenas contaba escasos días de vida. Había sido cuidado, protegido y, por qué no decirlo, mimado por aquellos religiosos, y nada tenía que reprocharles. Ellos habían sido su única familia. Sonreía ahora pensando, mientras caminaba hacia su nuevo destino, que por mucho que lucharon sus benefactores, no lograron convencerle para que se hiciera fraile. Había

realizado estudios en el convento, aunque muy básicos, y no porque los frailes se negaran a que aprendiera, no, la realidad era, aunque siempre dijese que eso de estudiar no iba con él, que no quería dejar solos a aquellos buenos monjes, hombres ya mayores, cansados y, muchos de ellos, enfermos y con dolores. Había trabajado duro en el convento, pero eso nunca le importó; fue feliz, o eso creía, o quería creer, aunque casi todas las noches soñara con esa otra vida que sentía latir fuera de los muros conventuales. Fue el prior quien, hacía menos de un mes, le hizo llamar al despacho, y, allí, sin que él pudiera convencerle de lo contrario, el viejo y querido fraile le comunicó su marcha del monasterio para trabajar en Madrid, en casa de doña Asunción.

Comenzaba a hacer menos frío. El sol iluminaba la acera y Juan se desajustó la bufanda y aflojó el paso; aquella empinada cuesta hasta llegar a la amplia avenida de José Antonio le había matado. Ahora se daba cuenta de que la maleta, aunque pequeña, pesaba lo suyo. Cruzó la amplia avenida y enfiló la calle de San Bernardo, llegando pronto a la altura del número 22. Un amplio portalón daba entrada a la casa, lo atravesó con timidez y se dirigió, con ojos observadores, por un ancho corredor adoquinado. Antes de llegar a lo que al fondo parecía una plazoleta, vio una amplia entrada a su mano derecha y continuó andando; de repente, una voz grave y autoritaria que salía de aquel lugar le paró en seco.

—¡Oiga...! ¡Usted...! ¿A dónde va?

Juan vio cómo un hombre alto y grueso salía de aquel portal. Vestido con la apariencia de un guardia, sólo que de azul oscuro y con gorra de plato puesta, se le encaraba arriba de una escalera de tres peldaños.

—Buenos días —articuló Juan algo asustado—. Verá..., yo venía a casa de doña Asunción Alcázar.

Sin dejar su gesto de seriedad, el uniformado portero de la finca le observaba de arriba a abajo.

—¿Le está esperando? —le interrogó mirando ahora hacia su vieja maleta con un mohín de desagrado.

—Creo que sí —repuso Juan nervioso—. Vengo del convento de los Agustinos... en Zamora.

El estirado portero enarcó las cejas.

—Está bien —dijo, y le indicó con la mano que subiera unos peldaños—. Siéntese ahí un momento, haga el favor. —Señaló un sofá tapizado en un terciopelo azul bastante ajado—. Voy a preguntar.

Cinco minutos más tarde, Juan era recibido por Asunción Alcázar.

—¡Mi querido Juanillo! —exclamó la mujer muy efusiva—. ¡Hay que ver cómo has crecido! —Y, abriendo los brazos, se le acercó muy sonriente—. ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando visité por última vez a mis queridos monjes y, sin embargo, ya han transcurrido cuatro años. —Le dio un beso en ambas mejillas.

Juan estaba un poco azorado. Desde muy niño recordaba a la buena de doña Asunción como una mujer cariñosa y muy parlanchina. Sus visitas al convento, antes muy frecuentes, se habían ido alargando, y tal vez por ello, ahora, transcurrido el tiempo, la veía algo distinta a su recuerdo. Agarró a Juan de un brazo y le condujo con suavidad hasta una amplia estancia. Dentro de ella le indicó que se sentara en un cómodo sofá, y, acto seguido, sin parar de hablar, ella misma se acomodó en un sillón frente a él.

—Pues sí, hijo mío, el tiempo pasa volando. ¡Cómo un suspiro! —Y para recalcar lo expresado, suspiró hondamente—. Pero no pienses por eso que os he olvidado. Nada más lejos de mí intención. Continuamente me reprocho: «Asunción, tienes que ir al convento», pero, hijo mío, mis ocupaciones aquí son tantas que nunca encuentro tiempo para ir.

Juan asintió con la cabeza antes de hablar.

—No tiene nada que reprocharse, doña Asunción. Nosotros éramos felices sabiendo que estaba usted bien. Además, siempre muy agradecidos por tantos favores que...

—¡Calla, hombre! —le cortó con una gran sonrisa—. Mis queridos monjes se lo merecen todo. Y tú, también —añadió guiñándole un ojo—, que me envías siempre muy bonitos detalles por Navidad. Ese cestito de mimbre que me llegó la Navidad pasada es una delicia, y todo él hecho por tus manos. Eres un verdadero artesano. —Y soltó una risita.

Juan supo que se había ruborizado por el calor que sintió en las mejillas.

Doña Asunción carraspeó ligeramente, y sin dejar de sonreír miró a Juan sin esconder en sus ojos el cariño que le rendía.

—Querido muchacho, hace una semana recibí una carta del prior anunciándome tu llegada. —La cara de la mujer se cubrió de una mayor seriedad—. Hará poco más de un mes hablamos el prior y yo por teléfono, ambos decidimos que lo más conveniente era que te labraras un porvenir fuera del convento, ya que no quieres tomar los hábitos. —Doña Asunción hizo una pausa antes de continuar—. Porque no quieres ser monje, ¿no es así?

Juan no esperaba esta pregunta.

—Doña Asunción, yo no tengo vocación, pero tampoco por eso quiero

irme del convento —repuso con voz que sonaba a disculpa—. Yo estoy muy a gusto con los hermanos, pero si ustedes deciden otra cosa, lo cumpliré, no le quepa duda.

La mujer, ante la clara sumisión de Juan, sintió un profundo arrobamiento. Sus ojos le miraban llenos de afecto.

—Mira que eres bueno, muchacho... Siempre tan obediente. No me extraña que te quieran tanto mis monjes. Sí —afirmó luego cruzando las manos sobre su regazo—, creemos que es lo mejor para ti. Hoy comeremos juntos y luego, por la tarde, saldremos hacia tu nuevo destino.

Juan abrió ampliamente los ojos. ¿Había dicho *su nuevo destino*?

—Pero... ¿no voy a quedarme aquí... en su casa? —dijo sin esconder su decepción.

—¿Aquí? —se sorprendió doña Asunción—. No, hijo... Vas a trabajar en casa de los marqueses de Navas, una familia de gran señorío, que vive en un palacete cercano a Aranjuez. Necesitan un mozo de comedor. La hija de la marquesa es muy buena amiga y muy piadosa. Ya verás lo bien que vas a estar allí.

Juan entristeció el semblante, pero sabía que no podía poner objeción, así que sólo preguntó:

—¿Qué es un mozo de comedor?

—¡Oh! Pues es quien se encarga de limpiar la plata, colocar los servicios de mesa y ayudar al mayordomo en sus menesteres, más o menos...

Juan mantenía la cabeza gacha, y doña Asunción sintió cómo al muchacho le invadía cierta congoja.

—No te preocupes, mi querido Juanillo. ¿Acaso piensas que si yo pudiera tenerte conmigo no lo haría? Pero, cariño, yo parto dentro de unos días para Argentina y allí tendré que pasar largo tiempo.

Dando un hondo suspiro, doña Asunción se levantó del sillón y se acercó a Juan. Le tomó las manos y le dijo:

—Cariño, te conozco casi desde que te dejaron en la puerta del convento. Aún recuerdo cómo me llamabas madrina cuando eras pequeño. Eres para mí muy especial. Créeme que en esa casa estarás muy bien y cuidarán de ti. Yo... —hizo una parada, como si le costara trabajo seguir—. Yo... no tengo más remedio que marcharme. Estoy casi en la ruina. Mis negocios aquí se han arruinado. Tengo familia en Buenos Aires, por eso me marcho a Argentina. Liquidaré aquí todo lo que pueda e intentaré comenzar allí de nuevo.

Este alarde de sinceridad y cercanía emocionó a Juan. Miró a doña Asunción con una mezcla de pena y afecto. Su dolor quedaba unido al de ella y, sin poder controlarse, la abrazó.

Eran cercanas las seis de la tarde cuando Juan y doña Asunción subían al viejo Ford negro del 41. A pesar de sus años, el auto estaba casi como nuevo gracias a Sebastián, el chofer y mayordomo de doña Asunción desde hacía quince años, que lo mantenía lustroso y a punto.

Juan contemplaba con admiración las calles por las que avanzaban; los comercios le llamaban la atención con aquellos grandes escaparates repletos de toda clase de mercancías. Al entrar en la avenida de José Antonio, se quedó perplejo al ver aquel gran cartel a todo color en un cine que anunciaba la película *Gigante*. Doña Asunción le miraba de reojo y sonreía al ver la expresión de asombro en sus ojos.

—Es la primera vez que ves una gran ciudad, ¿no? —le preguntó con cariño.

—Sí... Bueno, he estado en Toro, en Sanabria... y en Zamora, pero ni comparación con esto —repuso sin dejar de observar la calle.

Doña Asunción, sonriendo, recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. «Echaré una cabezadita mientras el chico se entretiene mirando por la ventanilla del vehículo», se dijo antes de entregarse al sueño.

Juan, con la nariz casi pegada al cristal, miraba y miraba... Sus ojos no paraban de recorrerlo todo, como si fuera un delito dejar algo sin ver. A sus veinte años la vida se le presentaba ahora como si todo lo vivido no hubiera sido más que un sueño. Sentía cómo la sangre le latía con fuerza en las sienas y cómo sus manos se aferraban al asiento, tal vez en un inconsciente deseo de ya no volver atrás.

Estaban llegando a Aranjuez, así se lo indicó doña Asunción. La carretera ya se veía muy ensombrecida por el cercano anochecer y Sebastián encendió los faros del coche. En el interior del vehículo, Juan apenas distinguía el rostro de doña Asunción.

—Como te digo, es una casa muy grande, lo comprobarás pronto.

—¿Son muchos en la casa? —preguntó.

—Pues, si la cosa no ha cambiado... —doña Asunción intentaba recordar —, está la marquesa viuda con más de ochenta años, su hija (mi amiga) y el esposo de ella y sus tres hijos (dos chicos de veintiocho y veintitrés años, y una chica de veintiséis). Sí... Eso es. Aunque creo que los hijos ya no residen en la casa.

—Entonces, no son muchos —avanzó Juan.

—Bueno, a ellos tienes que añadir el personal de servicio, que, si mal no recuerdo, son: un ama de llaves, un mayordomo, un mozo de comedor, una cocinera, dos doncellas, un jardinero y una enfermera para el cuidado de la anciana marquesa.

Doña Asunción sonreía mientras hablaba, escudriñando la cara de Juan, que ahora tenía la boca abierta.

—Pero... ¡si son más que los amos! ¿Y para qué me necesitan a mí?

Doña Asunción rió abiertamente.

—Cuánta razón tienes, querido —dijo cuando paró de reír—, pero así son estos aristócratas. Y llegados a este punto, creo que debo ponerte un poco más en antecedentes, pues, aunque es una familia de gran fortuna, tienen una forma de vivir un poco... rara. Bueno, digamos mejor que un poco a la antigua. Te explico: no les gustan las cosas modernas. Siguen manteniendo la cocina de carbón y leña con grandes hornillos. El servicio de calefacción sólo llega a los dormitorios principales, los salones se caldean a base de leños que arden en las amplias chimeneas de piedra. Sin embargo, sí tienen distribución de agua caliente en todos los cuartos de baños, que, si mal no recuerdo, son cuatro y recientemente modernizados. Digamos que es lo único moderno que verás en la casa y por exigencia más bien de los nietos de la marquesa.

En este momento, Sebastián tosió, y a continuación indicó que estaban muy cerca de la finca de los Navas.

—A ver, Juanillo, antes de llegar, escúchame con atención. Vas a trabajar en una casa donde las costumbres se mantienen y se hace apología del abolengo. Por los menos en la marquesa, su hija y su yerno. Creen que si bajan la guardia les van a perder el respeto. Sin embargo, son generosos y tratan bien a sus empleados si estos les son eficientes y leales. Tú mantente en tu sitio. —Juan hizo intención de hablar, pero doña Asunción se inclinó hacia él y, agarrándole del brazo, continuó hablando—. Sé que eres educado y responsable, lo sé, pero lo que te quiero decir es que nunca olvides dejar de serlo. No te sientas humillado si a veces recibes un mal trato, sobre todo al principio, pues será una prueba para tantearte. Y escucha sin hablar, sólo habla si te lo piden. ¿Lo tienes claro?

—Creo que sí —dijo no muy convencido—. Creo que sabré ganármelos —añadió a continuación, estirando el cuello.

Doña Asunción le contempló satisfecha.

—Eres listo. No me cabe duda. Tú sigue mis consejos y te garantizo que te irá muy bien.

En ese momento, el automóvil cruzaba las puertas de hierro que daban entrada a la finca de los Navas.

Juan se mantenía pensativo. Las recomendaciones de doña Asunción daban vueltas en su mente. Mientras el coche recorría los escasos metros que le separaban de su nuevo destino, notó cómo un cierto peso le crecía en la boca del estómago. Por segunda vez desde que había llegado a Madrid, se sentía angustiado y perdido, y por un instante tuvo el deseo de abrir la portezuela del coche y salir corriendo. Se decepcionó a sí mismo al darse cuenta de que toda la madurez que creía haber alcanzado a sus veinte años, desaparecía ahora de golpe, viéndose de nuevo como un niño, temeroso y asustado. Pero volvió a estirar el cuello, como si así recuperase su madurez, y se prometió no dejarse vencer por el miedo.

Habían llegado. Faroles de luz amarillenta circundaban una amplia plaza, en cuyo centro se alzaba una fuente de piedra con dos grandes surtidores que vertían agua desde las bocas de dos delfines entrelazados que daban la sensación de estar saltando en el aire. Pero donde más tiempo se pararon los ojos de Juan fue en la contemplación de aquella enorme casa, cuya altura se perdía en la negrura de las sombras de la noche. Con suavidad, Sebastián frenó el auto justo frente a una amplia escalera de mármol grisáceo. Mientras el chófer abría la puerta del lado de doña Asunción para ayudarla a descender del automóvil, Juan abrió la suya, y nada más poner los pies en el suelo descubrió que le temblaban las piernas.

Al subir los peldaños de la escalera, notó como si el pasado fuera quedándose definitivamente atrás, como si su anterior vida fuera alejándose sin que él quisiera ya retenerla. «¡Una vida nueva!», exclamó para sí, gozoso, y, dando un pequeño salto, subió con gesto decidido los dos últimos peldaños de la escalera. La vitalidad de la sangre era bombeada con fuerza por un corazón deseoso de latir.

Doña Asunción, con mano firme, pulsó aquel enorme timbre dorado situado al alcance de su mano derecha. No se oyó sonido alguno, y Juan pensó que la señora había pulsado mal, pero en aquel momento, una de las dos hojas de la impresionante puerta se abrió y ante ellos surgió la figura de un hombre alto, corpulento, vestido de negro, o de un color oscuro, pues no se distinguía bien, al igual que su rostro, que quedaba oculto en las sombras.

—Buenas tardes, Jaime —saludó doña Asunción con una amplia sonrisa—. Creo que nos espera doña Angustias, hablé con ella esta mañana por teléfono para anunciarle mi visita.

Jaime, el mayordomo de los Navas, saludó con una ligera inclinación de cabeza; luego, echándose hacia un lado y con mucho empaque, indicó con su brazo izquierdo que pasaran.

Una vez dentro, el mayordomo cerró con parsimonia la puerta y, con voz grave, apuntó:

—Doña Angustias les está esperando en el salón azul. Tengan la bondad de seguirme, por favor.

Juan atravesó aquel amplio vestíbulo cubierto por una mullida alfombra sin dejar de mirar a todos lados. Nunca había visto nada igual: los pesados cortinajes caían con sus grandes pliegues detrás de suntuosos muebles, grandes espejos reflejaban la luz de innumerables pequeñas bombillas en forma de vela que conformaban una enorme lámpara de cristales que colgaba desde el elevado techo. Pero lo que más llamó su atención fue aquella amplia escalinata que se abría como un abanico, pues sus altos peldaños curvos se alargaban considerablemente según iban llegando al vestíbulo. La balaustrada, a ambos extremos de la escalera, la iban formando pequeños pilares de mármol verde coronados por un revestimiento de metal dorado, que, al llegar al vestíbulo, se cerraban en dos considerables columnas de la misma piedra y con capitel de bronce muy elaborado. Por encima de cada columna sobresalía un enorme jarrón de alabastro blanco con sendos ramos de flores multicolores. Juan inconscientemente se paró mudo en su contemplación. Luego, al ver que se alejaba el mayordomo seguido de doña Asunción por el lateral derecho de aquel suntuoso vestíbulo, echó a correr tras ellos.

Juan comprendió enseguida por qué a aquella enorme sala donde entraron la llamaban el Salón Azul. Cubiertos sus ventanales con cortinajes de un azul marino muy brillante, destellaban bajo los haces de luz de una impresionante lámpara, cuyos cristalillos refulgían de manera esplendorosa. Las paredes de la estancia, pintadas en un azul más claro que las cortinas, mostraban, colgados en ellas, cuadros con motivos florales, y encima de la gran chimenea lucía, de manera magnífica, la pintura de una bellísima mujer cubierta hasta los pies con un traje blanco y vaporoso que dejaba sólo al descubierto sus hombros. Su cabello, negro como el azabache, estaba recogido en un artístico moño, y sobre él una diadema, que el buen hacer del pintor había logrado que pareciera estar formada por auténticos brillantes.

Sentada sobre uno de los divanes del gran salón, una dama de mediana edad leía un libro. Al verles entrar, se quitó las gafas, que dejó junto al libro

sobre una mesita, se levantó muy sonriente y se acercó lentamente a ellos.

—Queridísima Asunción, ¡cuánto tiempo ya...!

Las dos mujeres se besaron en ambas mejillas mientras que Juan seguía recorriendo con sus inquietos ojos aquellos objetos tan increíblemente hermosos para él.

—Te veo muy bien, Angustias. Estás igual que en nuestro último encuentro y, si no recuerdo mal, ya han pasado dos años. Sí, fue en la finca de Benavides, el verano del cincuenta y cuatro.

—Me adulas —afirmó la aludida sonriente—. ¡Ah! A propósito, no sé si sabrás que falleció Marisa, la mujer de Benavides.

Doña Asunción asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, querida, lo supe hace unos días. Me conmocionó la noticia, aún era una mujer joven.

A continuación, se hizo un silencio. Entonces, Doña Asunción dio un ligero respingo como acordándose de repente de lo que la traía por allí.

—Bueno... Aquí tienes al chico. Ya te dije por teléfono que se llama Juan, y, como ves, es muy alto y fuerte, señal de que será un buen trabajador.

La señora de la casa miró a Juan seria, pero con gesto agradable.

—Tienes veinte años, ¿no es así?

Juan, un poco sonrojado, miró por primera vez a los ojos de su nueva ama, y notó en su mirada una gran similitud con el mirar que arrojaba la mujer del cuadro. No lo pensó dos veces.

—Usted es la señora del cuadro, ¿no? —dijo señalando la pintura.

Doña Angustias, hija de la marquesa de Navas, se quedó muy sorprendida. No esperaba para nada aquel comentario en boca del joven. En los dos segundos que se quedó traspuesta le invadió un cierto e inusitado gozo.

—¿Es que crees que se parece a mí? —preguntó indagadora.

—Sí, señora. Mucho.

La seguridad en la respuesta de Juan hizo que doña Angustias sonriera, e intentando disimular sentirse halagada, miró hacia el cuadro.

—Pues sí, has acertado. Veo que eres muy observador, pues esa pintura tiene más de treinta años.

Doña Asunción sonreía satisfecha. Parecía que su Juanillo entraba con buen pie.

A continuación, doña Angustias ordenó a Jaime, el mayordomo, que guiara a Juan hacia las dependencias del servicio y le pusiera al corriente de sus nuevas obligaciones en la casa. Pero antes de salir, doña Asunción se acercó

y le dio un beso en la mejilla, después, muy quedo, le dijo al oído: «Irá todo muy bien, querido, no te preocupes».

Mientras acompañaba a Jaime, o, mejor dicho, yendo tras él, Juan contemplaba sin perder detalle todo lo que a su paso encontraba. Dada la lentitud del paso del gordo mayordomo, se preguntó si todo lo demás lo haría tan lentamente. Sin soltar su vieja maleta de cartón, fue recorriendo pasillos y salas hasta llegar a una puerta escondida tras un cortinaje marrón oscuro. Detrás de la puerta todo cambió. La suntuosidad que había paladeado hasta ese momento desapareció por completo. Allí no había cuadros ni tapices; hasta las bombillas parecían dar menos luz. Era un corredor amplio pero triste, que contrastaba enormemente con la otra parte de la gran casa. Durante el recorrido por aquel pasillo, Juan se percató de que las puertas que iban dejando atrás, a ambos lados del mismo, estaban cerradas, y que todas ellas tenían cerradura. Finalmente, girando a la izquierda, a unos escasos tres metros, toparon con una escalera que descendía. Juan contó los peldaños al bajar: «Nueve», se dijo mentalmente. Un nuevo pasillo nacía al llegar al final de la escalera. Ahora se comenzaba a sentir ruido como de cacharrería, y, aunque algo lejano, el eco se escuchaba cada vez con mayor fuerza a medida que avanzaban. Aquel corredor terminaba en una gran puerta de dos hojas abatibles. Tras cruzar la puerta, Juan se quedó boquiabierto contemplando la cocina más grande que había visto en su vida. Si él pensaba que la del monasterio era amplia, ésta hacía dos de la otra como mínimo.

Detrás de una gran mesa de mármol blanco colocada en el centro, se hallaba sentada una mujer de rostro sonrojado, bastante gruesa, que tapaba sus cabellos con una especie de gorro blanco. Sobre la mesa, en una fuente de metal ovalada, iba colocando las patatas ya peladas que recogía de un cesto de mimbre posado en el suelo, a su lado. Era María, la cocinera y esposa del mayordomo. La mujer levantó la cabeza al verles entrar al tiempo que bostezaba abiertamente.

—María, ha llegado el *nuevo* —dijo Jaime antes de sentarse en una de las sillas que rodeaban la colosal mesa.

Juan se quedó de pie, mirando con cara expectante a la cocinera, pero ella volvió la vista a la patata que estaba pelando y dijo:

—¡Ya era hora! Con todo el trabajo que hay por hacer nos vendrá como llovido del cielo.

Después, acabada de pelar la patata, dejó el cuchillo sobre la mesa, se limpió las manos en el delantal y fijó la vista en Juan, que la miraba sin saber

qué decir.

—Pero... tú me pareces muy joven para este trabajo —dijo, y se levantó para, con pesado andar, acercarse a él.

—¿Qué años tienes? Y ¿cómo te llamas?

—Tengo veinte años, señora. Y me llamo Juan —repuso sin dejar de mirar las sonrojadas mejillas de la mujer y uno ojos oscuros que le miraban entornados como si no vieran bien.

—¡Eres muy joven! —profirió María—. Aún no estás hecho para aguantar el trabajo duro. Creo que no te lo has pensado bien. Vas a durar poco en esta casa.

—¡Mujer, no amedrantes al chico! —intervino al tiempo su marido—. Mira que eres picajosa. Tú no le hagas caso. —E hizo un gesto de desestimación con la mano.

Al ver a su marido, María apoyó furiosa las palmas de las manos sobre la mesa.

—¿Ah, sí...? Pues te recuerdo que el anterior mozo de comedor se marchó porque no aguantaba el trajín de esta casa, y casi le doblaba la edad a este chico.

—Bueno..., ese se marchó por otras causas. Y dejemos ya el palique, que se va haciendo tarde.

María volvió a sus patatas mascullando entre dientes.

—A ver, chico, coge tu maleta y acompáñame, te llevaré a tu habitación.

—Dile que se ponga ya el uniforme. ¡Y no tardéis, que van a dar las ocho! —chillo María cuando ya habían enfilado el pasillo.

Durante los primeros metros, los dos fueron en silencio; luego, Jaime, tosió levemente y tomó la palabra.

—No te preocupes, es un poco gruñona, sólo eso. Llevo casi treinta años casado con ella y la conozco bien —soltó una risita—. Acabarás tomándole aprecio, y ella a ti, seguro.

Esta primera muestra de simpatía le quitó a Juan varios kilos de la mochila que traía consigo desde que entró en aquella casa. Se sintió mucho más ligero y se atrevió a hablar.

—¿Usted cree? Yo pienso portarme bien y hacer todo lo que me manden sin poner reparo. Y es verdad que soy joven, pero también soy fuerte.

La voz engolada del muchacho en la última de sus frases hizo sonreír al mayordomo.

—¡Pues claro que sí, hombre! Pareces un buen chico.

Habían entrado de nuevo en el largo pasillo. Al llegar a la tercera puerta, a mano derecha, el mayordomo se detuvo y sacó un manojito de llaves del bolsillo de su pantalón, apartó una y la metió en la cerradura. Era una habitación alargada. Al fondo de ella había una ventana cubierta por un visillo blanco. Debajo de la ventana, una mesa rectangular con una silla. Apoyada a la pared derecha se veía una cama bastante amplia, o eso le pareció a Juan, y la pared de enfrente estaba cubierta por un armario de dos puertas. También, pegado al lateral del armario, había un lavabo con una jofaina, y, encima, un mueblecito de aseo con espejo.

—Bueno..., pues esta será tu habitación, muchacho —dijo el mayordomo. Ya dentro, abrió el armario, sacó un traje negro colgado de una percha y lo dejó sobre la cama. Luego, extrajo una camisa blanca doblada de una de las repisas, y del suelo del armario cogió, resollando un poco por el esfuerzo de agacharse, un par de zapatos.

—Pues aquí tienes la ropa. Éste será tu uniforme. Yo creo que te quedará bien —comentó al echarle un vistazo por encima—. Con los zapatos no tendrás problema mientras te queden grandes, lo malo es si te quedan pequeños. ¿Qué número gastas?

—Pues no sé qué decirle...

—¿Cómo es que no lo sabes? ¿Nunca te has comprado unos zapatos?

—No —fue la clara y precisa respuesta de Juan, que dejó al mayordomo asombrado—. Siempre me los han regalado —continuó—. En el convento la gente me regalaba ropa usada..., alguna muy buena y casi nueva. Y los zapatos también... De los hijos de las señoras del pueblo... Y la mayoría me servían, como estos. ¿Ve? —Y le mostró sus pies calzados.

Jaime miraba al chico con una mezcla de pena y simpatía.

—Bueno, tú te lo pones todo y cuando termines de vestirte vuelves a la cocina, ¿de acuerdo? Ahora toma la llave de la puerta. Recuerda siempre dejarla cerrada, así no habrá nunca problemas.

Entregada la llave, Jaime salió de la habitación un poco turbado; la humilde sinceridad del joven muchacho le había afectado más de lo que hubiera deseado.

Poco tiempo tardó Juan en vestirse y calzarse sus nuevos zapatos. Una de las puertas del armario tenía por dentro un espejo de cuerpo entero donde pudo verse y reconocer que, aunque un poco grande, la chaqueta le sentaba bien. El pantalón le quedaba un poco holgado de cintura, pero le estaba bien de largo, y los zapatos «que ni pintados», se dijo así mismo mientras daba

unos pasos por el dormitorio.

Resuelto y bastante animado, colocó dentro del armario las escasas pertenencias que traía en su maleta, salió al pasillo, y, después de cerrar la puerta con llave, marchó con paso seguro.

En la cocina, María charlaba con Jaime, su marido, mientras ponía una olla de considerable tamaño sobre uno de los hornillos.

—Menudo día lleva hoy la vieja marquesa. Yo no sé cómo la puede aguantar Rosario.

—¿No es su enfermera? Pues que aguante, para eso le pagan —dijo con cierto desprecio el mayordomo.

—Mira que eres bruto. Me gustaría verte todo el día subiendo y bajando escaleras, cumpliendo mandatos tontos y recibiendo improperios y gritos a cada momento. No me extrañaría que ésta también se marchara pronto. Ayer habló con ella doña Angustias y le rogó que tuviera paciencia, pero no sé yo... —Su cabeza se movía de lado a lado en señal de duda mientras cogía unas verduras y las echaba en una olla con agua—. Bueno, esto ya está, ahora a esperar que hierva.

—Buenas noches, ya estoy a su disposición.

El matrimonio volvió la cabeza hacia la puerta abatible de la cocina.

—Pero ¡mírale! Si parece otro —dijo María sorprendida al ver a Juan—. No creí que fuera a quedarte tan bien el uniforme. ¿Te has fijado, Jaime?

El mayordomo afirmó con la cabeza mientras se levantaba.

—Voy a llevar las patatas sobrantes a la despensa —dijo, y fue a coger el cesto.

—¡Alto ahí! —la orden de María le paró en seco—. ¿No tienes ya al chico? Pues empieza a enseñarle y que se gane el sueldo.

Juan no esperó a que le ordenaran nada.

—Claro que sí, señor Jaime, déjeme a mí.

Y con rapidez, recogió el cesto del suelo.

—¿Adónde lo llevo?

Esta resolución tan rápida de Juan dejó a la cocinera un poco descolocada.

—¡Vaya! Veo que eres dispuesto. Esperemos que te dure.

—No le hagas caso. Ven, sígueme.

Y Juan siguió al mayordomo contento por comenzar a ser útil.

No bien habían pasado dos minutos desde que Jaime y Juan salieran de la cocina, cuando una joven entró sofocada en la misma portando un canasto de ropa.

—¡Qué barbaridad! —exclamó antes de dejar el canasto en el suelo—. La guerra que da esta gente. Anteayer cambié todas las camas, y ahora me dice la señorita Amelia que encuentra las sábanas de su cama húmedas, y me las ha hecho cambiar todas de nuevo.

—Venga, no seas quejica..., tampoco es para tanto.

—Claro, usted como está todo el día en la cocina y no la molesta nadie...

—¡No seas descarada! Lo que ocurre es que las jóvenes de ahora os quejáis demasiado y trabajáis poco.

—Sí, usted dirá lo que quiera, pero en ninguna de las casas donde estuve anteriormente había que trabajar tanto. Ni tuve que soportar lo que aquí soporto.

En ese preciso momento, Jaime y Juan entraban por la puerta del fondo de la cocina. La joven, al ver a Juan, se sorprendió. Juan, a su vez, la observaba con un poco de timidez.

—¿Tú eres el nuevo? —preguntó al fijarse en el uniforme.

—Sí, es el nuevo mozo de comedor —dijo María aún con tono de enfado.

—Yo soy Isabel, una de las doncellas, y no te felicito porque no sabes dónde has caído.

—¡Isabel! ¡Ya está bien de sandeces! Como un día te oiga la señora... —María dejó la frase suspendida en el aire.

—¿Qué? ¿Me va a despedir? Pues que lo haga... Estoy harta de tanto señorío. —Y, dando una patada en el suelo, giró sobre sí misma y abandonó la cocina.

—Tiene genio la cría, ¿eh? —comentó Jaime divertido.

María chasqueó la lengua.

—No sé yo —dijo negando con la cabeza—, pero ésta tampoco creo que dure mucho.

—¡Bah! Ya se le pasará, sólo lleva aquí cinco meses.

—Sí, pero acuérdate de Rosa..., y de Petra. ¿Cuánto tiempo estuvieron? No llegó al año —añadió María cansada.

Juan, visiblemente extrañado, se atrevió a entrar en la conversación.

—Pero ¿tan poco duran aquí los trabajadores?

La cocinera llevó los ojos hacia el techo de la cocina.

—¿Poco dices? ¡Nada! Pero no los viejos, nosotros aguantamos lo que nos echen. Sois vosotros, los jóvenes de ahora, que tenéis culo de mal asiento. Si hubierais pasado una guerra y sufrido tantas necesidades como pasamos nosotros, otro gallo cantaría.

—Eran otros tiempos, María. Ya pasaron diecisiete años desde que terminó la maldita guerra, otros vientos soplan ahora. Los jóvenes tienen derecho a mejorar su vida y no a andar como nosotros, que tampoco somos tan viejos, por más encanecidos y reumáticos que estemos.

María miró a su marido de arriba abajo con cara de pocos amigos.

—No me vengas defendiendo lo que no tiene defensa. Tú con tal de estar en contra mía... Pero ¿cuándo se han despellejado estas mocosas de ahora las manos lavando ropas y fregando ollas y platos, o se han acostado a las doce de la noche rendidas para levantarse al alba y cargar con la leña y carbón para encender las hornillas? ¡Valiente atajo de gandulas! —acabó exclamando enfurecida, luego, echó las manos hacia atrás para atarse con mayor fuerza la cinta del delantal.

Juan no se atrevía a hablar por miedo a meter la pata y enfadar aún más a la señora María.

El mayordomo miró el reloj de péndulo que colgaba entre los dos ventanales de la cocina.

—Son ya las ocho y media —anunció, y abrió uno de los cajones de la amplia mesa y extrajo lo que parecían dos pares de guantes blancos.

—Toma —le dijo a Juan al tiempo que le pasaba uno de los pares—. Póntelos, que nos vamos al comedor a preparar los cubiertos de la cena.

Juan estuvo muy atento observando cómo Jaime disponía todos los servicios sobre la gran mesa ovalada del comedor. Cuando terminaron, el mayordomo le dijo a Juan:

—¿Has visto bien cómo se hace?

Aunque alguna cosilla se le había escapado, Juan creyó más conveniente contestar de forma afirmativa.

—Sí, señor Jaime. Creo que lo he captado.

—Bien. Mañana estaré de nuevo contigo para preparar los desayunos. Y también a partir de mañana estarás presente en el comedor junto a Carmen para aprender a servir las comidas.

—¿Quién es Carmen? —preguntó Juan.

—La primera doncella, luego la conocerás. Ahora debe de estar cambiándose para servir la cena. Nosotros ya nos volvemos a la cocina para ayudar a María.

Antes de abandonar el comedor, Jaime dio una vuelta alrededor de la mesa comprobando que todos los servicios estaban completos y bien colocados sobre el mantel. A su vez, Juan iba fotografiando en su mente la disposición

de los mismos.

Durante la siguiente media hora, un frenético trajín se estableció en la cocina. Mientras María iba retirando ollas y sartenes del fuego, Jaime, Isabel y Juan (en lo que este último podía) se encargaban de servir los contenidos en fuentes. Una sopera de buena loza con dibujo de flores entrelazadas dio cobijo a una humeante sopa cuyo aroma ya abría el apetito. Carmen, la primera doncella, entró en ese momento en la cocina casi sin aliento.

—¡Vamos, mujer! ¡Que ya dieron las nueve!

—Perdone, Jaime, pero me entretuvo la señorita Amelia, tuve que coserle la bastilla de una falda. ¿Tú eres el nuevo? —dijo con una sonrisa al ver a Juan mientras terminaba de colocarse los guantes.

—Venga, luego te lo presentamos —intervino Jaime sin dejar a Juan responder—. Ahora, vete ya con la sopera, que se va a enfriar la sopa. Mañana, ya lo hará Juan.

—¡Ah!, ¿te llamas Juan?

—Sí —respondió avergonzado por la belleza de Carmen.

—¡Hala, Carmen! Tira con la sopa para el comedor, que luego me dirán que estaba fría.

La doncella, ante el mandato expreso de María, con paso más que apresurado, salió de la cocina. Juan se quedó pasmado mirando cómo se batían las puertas tras ella y cómo se alejaba el sonido de sus tacones por el pasillo.

Eran cerca de las diez menos cuarto cuando Carmen entró en la cocina, se sacó los guantes y se dejó caer en una silla.

—Bueno, ya están con los postres. María, me dijo el señor que las lubinas estaban buenísimas, que te felicita.

María, que estaba terminando de freír unas patatas, estiró el cuello y, mirando a su marido, dijo con sorna:

—Bueno, mira..., parece que todavía hago alguna cosa bien.

Carmen e Isabel rieron la chanza, mientras que Juan se atrevía sólo a sonreír.

Al rato, sentados todos ya, María comenzó a servir. Juan estaba deseando probar aquella succulenta cena. Después de la sopa, que estaba para Juan buenísima y que no hizo más que halagarla ante las sonrisas de las doncellas, María puso dos fuentes sobre la mesa, una con patatas fritas y la otra con huevos fritos y ajos. Juan clavó los ojos en las fuentes.

—¿Y las lubinas? —preguntó sorprendido.

La carcajada fue general.

—Las lubinas se las comieron ellos —dijo María secándose los ojos con la punta del delantal—. ¡Ay, Dios mío! El pobre creyó que iba a comer lubina...

Juan sentía cómo le ardía la cara.

—Mira qué colorado se ha puesto... —le dijo Isabel a Carmen después de propinarle un codazo.

—Bueno, es normal. Vio cómo se cocinaban las lubinas. —Carmen trató con cariño de aliviar el mal trago que estaba pasando el nuevo.

—Mira, hijo, aquí el buen pescado y la buena carne son para ellos. Eso, como muchas otras cosas, las irás aprendiendo poco a poco.

Jaime intentaba apaciguar la guasa, y María, que ya había parado de reír, le sirvió a Juan el primero.

—Mira, muchacho, estos huevos fritos con patatas te van a saber a gloria. ¡Olvídate de las lubinas! —le dijo—. Aquí no comeremos manjares, pero por la memoria de mi madre te aseguro que mientras esté la María al frente de esta cocina no te va a faltar de comer.

—¡Diga usted que sí, señora María! —exclamó Carmen aplaudiendo.

—¿Y doña Julia? —preguntó de repente Isabel.

—Supongo que estará al llegar —repuso el mayordomo.

—¿Quién es doña Julia? —Juan, que ya iba dando buena cuenta de los huevos con patatas, preguntó sin apenas levantar la cara del plato.

—El ama de llaves. Es la única que tiene un día entero libre a la semana. Pero suele volver siempre a la hora de la cena. Me extraña que ya no esté aquí.

—Bueno, señor Jaime, la semana pasada llegó muy tarde. Dijo que iba al cine —comentó Isabel con algo de socarronería.

—Ya, pero lo normal es que esté de vuelta antes de las diez. Y no hay más que hablar. —De esta manera el mayordomo quiso cortar un posible cotilleo.

—Esta tarde he oído, cuando estaba en el cuarto de la señorita Amelia, cómo la marquesa le pegaba unas voces tremendas a la enfermera. Después oí un golpetazo. Debió de tirarle algo. Yo no sé cómo la pobre Rosario aguanta tanto

—Qué carácter tan endemoniado tiene la marquesa —dijo María al oír el relato de Carmen—. Cuando estabas tú con el chico preparando el comedor —prosiguió—, vino Rosario a por la cena y me enseñó el moratón que tenía en el brazo. Por lo visto, se lo hizo la señora al lanzarle un libro que estaba leyendo. Siempre fue muy soberbia, y desde que se ve impedida, no hay

quien la soporte.

—Esta es una casa de locos —dijo Isabel—. Yo ya estoy muy harta. El único que se salva es el señor, y no está casi nunca... Porque no me digáis que doña Angustias anda fina. Esta mañana, sin ir más lejos, me ha llamado la atención porque se le había metido en la cabeza que el jarrón, ese tan horrible que está en el vestíbulo, no estaba bien limpio. Que no brillaba lo suficiente. ¡Por Dios! Ya lo he limpiado treinta veces... Pues nada, erre que erre.

—Ese jarrón chino es una antigüedad, y, por mucho que se empeñe, ya no tiene el lustre de antaño. Se lo he comentado varias veces, pero la señora es así. Tú no te hagas mala sangre ni le respondas de mala manera.

—Eso es lo que hago, señor Jaime, pero es que luego está doña Julia, que refunfuña y quiere como hacerme ver que es culpa mía.

—Bueno, no te apures. Ya hablaré yo con ella.

—¿Aún no regresó Pedro? —Carmen varió el tema de la conversación.

—Mira que mandarle a Chinchón, a la finca de la prima de doña Angustias, a por herramientas... —dijo María sacudiendo la cabeza.

—Bien contento que va. Se lleva el coche de la señora y se da un buen garbeo.

María iba a responder al comentario de su marido, pero se le adelantó Juan.

—¿Quién es Pedro?

—Es el jardinero —repuso Carmen, y en ese momento sonó la campanilla de la puerta que daba al jardín.

—Mira por dónde, hablando del cruel de Roma.. Ese debe de ser él. Pero ¿no tiene llave de atrás? —Jaime lanzó la pregunta mientras se levantaba pesadamente a abrir.

Pedro, el jardinero, era un hombre ya entrado en años. Con el pelo gris y el rostro muy surcado de arrugas, curtido por el viento y el sol, su apariencia, sin embargo, resultaba ser la de un tipo fuerte y ágil.

—Antes de nada, dejad que me lave las manos —Y se dirigió al fregadero.

—¿Qué tal el viaje? Vendrás cansado... y con hambre.

—Pues, si te digo la verdad, María, hambre sí que traigo. Y el viaje, bien, aunque ese coche ya es un poco tartana. Además pierde agua el radiador. Tengo que decírselo a la señora. El viaje de vuelta se me ha hecho interminable. Creí que no llegaba. Y fijaos cómo traigo de polvo la chaqueta, porque tampoco cierra bien la ventanilla..., y el camino que se desvía desde la carretera a la finca de doña Remedios es una polvareda.

A Juan le pareció que el jardinero era bastante charlatán.

—Bueno, hombre, ya estás de vuelta. Ahora, siéntate y cena.

Al tiempo que Pedro se explicaba, María le había ido preparando la mesa.

—Y dime una cosa, ¿qué herramientas fuiste a buscar a Chinchón? —preguntó Jaime.

—Es que me dijo la señora que quiere hacer un campo de bolos en el arriate inferior, el que está pegado al muro de las cocheras.

—¿Dónde están los rosales? —preguntó Carmen sorprendida.

—Sí... Hay que sacrificar buena parte de ellos.

—Pero... ¿para qué?, ellos no juegan a bolos.

—Eso digo yo —añadió María al comentario de Isabel—. Menuda excentricidad.

—Esperad... —cortó Pedro al tiempo que tragaba y se echaba un trago de agua—. Todo tiene su explicación.

Sabiendo que todos estaban expectantes, el jardinero se tomó su tiempo y se limpió despacio la boca antes de proseguir.

—Estas Navidades, además de los sobrinos, que ya hace tres años que no vienen, esperan a esos amigos ingleses. Por eso quiere que hagamos el campo de bolos. Por lo visto son muy aficionados.

María se había quedado con la boca abierta. Jaime miraba fijamente al jardinero sin pestañear.

—Pero ¿desde cuándo lo sabes? —preguntó el mayordomo muy sorprendido.

—Desde esta misma mañana. Doña Angustias estaba muy nerviosa, creo que debió de enterarse anoche o a primera hora de hoy.

María se dejó caer sobre su silla.

—¡Dios mío! Como no refuercen el servicio..., ¡menudas Navidades! —se quejó, y, con los codos sobre la mesa, apoyó ambas manos sobre las sienes.

—Algo harán —terció Carmen—. Serán muchos, y si todo lo quieren como la patena, tendrán que planteárselo. No podemos partirnos en dos.

—¡Ya os digo yo que no! ¡Menudos son! ¡Nos van a sangrar al máximo! —Isabel estaba enfurecida.

Juan, con algo de timidez, pero sintiéndose formar ya parte de la cuadrilla, se atrevió a opinar.

—Yo creo que no debemos adelantar nada. Son gente con medios y les gusta que todo funcione, seguramente lo tendrán todo previsto.

—¡Coño! ¿Y éste quién es? —En ese momento, el jardinero se percató de

la presencia de Juan.

Iba a responder Jaime cuando Juan, muy digno, se dirigió a Pedro.

—Soy Juan. El nuevo mozo de comedor, señor Pedro.

El jardinero miró a Juan de hito en hito. Luego, sonriendo, le alargó la mano, y Juan se la apretó de inmediato.

—Bienvenido, muchacho. Perdona, pero traía tanta hambre que no he reparado en nada.

Se hizo un breve silencio, que rompió un rápido taconeo que provenía del pasillo.

—Esa es doña Julia —anunció María, y se levantó de la silla.

Una mujer bajita y de escasa corpulencia entró en la cocina. Llevaba puesto un abrigo gris oscuro con cuello de pelo negro y la cabeza cubierta con una pañoleta de un gris más claro que el abrigo.

—Buenos noches. Perdonad que llegue tan tarde, pero perdí el tren de las ocho, y aún he tenido que esperar más de media hora en la estación de Aranjuez para coger un coche de punto que me trajera.

Enseguida se percató de la presencia de Juan.

—Usted, sin duda, es el nuevo mozo de comedor —se dirigió a él seria pero con tono amable.

—Sí, señora. Me llamo Juan, para servirle.

Con una leve sonrisa, el ama de llaves se dirigió hacia la mesa al tiempo que se iba despojando del pañuelo y el abrigo.

—Le pondré la cena, doña Julia.

—Déjelo, María. He tomado algo en la estación. Sólo me serviré un vaso de leche. ¿Ha preguntado por mí la señora? —preguntó a continuación.

—No. Nadie ha preguntado —repuso Jaime.

Mientras María le preparaba el vaso de leche se hizo un silencio, pero rápido lo rompió doña Julia.

—Ya se empieza a notar frío de noche. Parece que comienza de verdad el invierno.

—Doña Julia, ¿ha traído usted el periódico? —preguntó Isabel, que parecía algo inquieta.

—¡Oh! Ya sabía yo que me había olvidado de algo. Discúlpeme, hija. ¿Era muy importante?

—Bueno, en realidad sí lo era, pero no hay cuidado. Puedo esperar unos días —repuso la joven con aire de tristeza.

María emitió un sonido gutural.

—Tú a mí no me engañas —dijo oscilando el dedo índice de su mano derecha en dirección a Isabel—. Tú estás buscando otro empleo.

La doncella enrojeció levemente.

—Pues sí. Es cierto. Y no creo que haya nada malo en ello. Ya le he dicho cien veces que estoy muy harta.

—Está bien, mujer. Puedes hacer lo que quieras, empezaremos a buscar una sustituta. —Era doña Julia quien habló con gran serenidad.

—Pero..., doña Julia, yo no quiero irme aún.

Todos la miraron sorprendidos y a la espera de que se explicara mejor.

—A ver..., quiero tantear, ir mirando..., pero no pienso irme hasta después de que acabe el año.

—Y ¿eso por qué? —preguntó María.

—Pues para cobrar la paga de Navidad. Si me voy antes no me la van a dar.

La cocinera dibujó en su rostro una mueca de sorpresa.

—Ahora sí que me has matado —acabó diciendo, y los demás rieron.

Al ver reír a todos, hasta la misma Isabel terminó contagiada. Así estaban cuando las puertas de la cocina se abrieron de golpe y una mujer alta, corpulenta y muy sofocada entró en ella.

—¡Rápido! —ordenó a María casi chillando—. Prepare una tisana y súbala rápido a la habitación de la marquesa; ha sufrido un ataque al corazón.

Doña Julia hizo ademán de salir.

—Si va usted a telefonar al médico, le diré que no hace falta. Ya viene de camino.

—Pero... ¿para quién es la tisana? —preguntó María.

—Es para su hija, doña Angustias. —Y sin más ceremonias, volvió a salir veloz de la cocina.

—¡Dios mío! —exclamó la cocinera—. Pero ¿qué ha dicho la enfermera?

Pedro, el jardinero, hacía tiempo que se había retirado a descansar. Carmen e Isabel le siguieron poco después. Sólo quedaron en la cocina el viejo matrimonio, doña Julia y Juan. María, sentada con los brazos cruzados sobre el pecho, hacía verdaderos esfuerzos para no caer vencida por el sueño. Jaime leía en un viejo periódico, aunque de vez en cuando sentía que los ojos no le obedecían, mientras, Juan echaba un poco de leña en el fuego de la cocina para mantenerlo encendido.

—La una y media —dijo el ama de llaves al mirar la hora en su reloj de pulsera—. Ya hace rato que no disponen de ninguna cosa. Subiré a ver qué tal va todo.

Doña Julia se levantó cansada apoyándose con ambas manos sobre sus rodillas y, en ese preciso momento, la imponente figura de la enfermera irrumpió en la cocina.

—Dice doña Angustias que pueden retirarse ya a descansar, la señora marquesa parece estar fuera de peligro.

La voz de la enfermera se notaba bastante agotada.

—¡Gracias a Dios! —exclamó María—. Nos ha pegado un buen susto.

—¿Está recuperada del todo? —preguntó doña Julia.

—Bueno..., ya se sabe que estas cosas pueden repetirse, sobre todo dentro de las veinticuatro primeras horas, pero la marquesa es fuerte y tiene mucha voluntad —pronunció con cierta acritud—, así que no dudo de su recuperación —terminó diciendo con una leve y forzada sonrisa.

—¿Ya se marchó el doctor? —preguntó Jaime.

—Sí, hace unos minutos. Viendo que, desde hacía rato, las pulsaciones eran normales, me dejó una serie de prescripciones y abandonó la casa.

—Pero..., no me llamaron para que le acompañara.

—No se preocupe, doña Angustias y el señor le acompañaron hasta la puerta. En fin, yo me voy con la marquesa. Doña Julia, antes de retirarse, me dijo la señora que se pasara por su gabinete, por lo visto quiere darle una serie de instrucciones.

Y dicho esto, la enfermera se dispuso a salir de la cocina, pero al llegar a la puerta, se volvió y con una cansada sonrisa les deseó las buenas noches.

Trabajo le estaba costando a Juan conciliar el sueño. Aquel primer día en su nuevo hogar y estrenado trabajo había sido mucho más intenso de lo que pudiera suponer. Tantas cosas bullían ahora dentro de su cabeza en el

descanso de la cama, que era incapaz de mantener la mente serena. Varias veces cambió de postura, y cien vueltas había dado ya a la almohada sin que el sueño le rindiera. También el olor a limpio de aquellas sábanas, la calidez del mullido colchón de lana... Era todo tan nuevo, tan distinto... Y, para no dejarse vencer por la nostalgia, intentaba convencerse de que todo, también, era mucho mejor. Un extenso campo verde cubierto de flores rojas y blancas comenzó a dibujarse en su mente. Los acordes de un órgano llegaron a sus oídos y a su olfato vino el aroma de un cuenco de leche caliente recién ordeñada. Sin notarlo, Juan se había quedado dormido.

Se despertó a las ocho al sentir unos golpes en la madera de la puerta.

—Muchacho, ¡arriba! Que ya es tarde.

La voz de Jaime hizo que se tirara prácticamente de la cama. Se aseó y vistió con toda la rapidez de la que fue capaz, y a las ocho y cuarto entraba por la puerta de la cocina.

María ya preparaba los desayunos con sabia diligencia. Carmen, que preparaba las bandejas, le sonrió al entrar.

—Vamos, Juan, ayuda a Carmen a terminar con las bandejas. El señor ya está en la mesa —ordenó Jaime, y le dejó un hueco al lado de la doncella para que se colara—. Sube tú con ella que yo tengo que atender otro asunto. Y no pongas esa cara, hombre —añadió con una sonrisa al ver que Juan le miraba con temerosa sorpresa—, Carmen sabe tanto de esto como yo. Te irá indicando.

—No sé por qué corréis tanto. Seguro que el resto no baja hasta las nueve o más tarde. Con la noche que tuvimos ayer... —argumentó María mientras echaba una compota de manzana sobre un cuenco de porcelana.

—Buenos días. —Doña Julia entró en ese momento en la cocina—. Sírvanle al señor el desayuno lo antes posible. Ya está a la mesa. El resto no bajará a desayunarse hasta las nueve y media.

—¡No os lo dije! —dijo María eufórica—. Se veía venir —añadió en un intento de darse importancia.

Dos minutos después, Carmen, seguida de Juan, abandonaba la cocina con las bandejas del desayuno para don Alejandro.

—¿Qué tal la marquesa, doña Julia? —preguntó Jaime al tiempo que separaba una silla para sentarse.

—Pues, no lo sé. Supongo que estará bien —repuso el ama de llaves, quien se sentó a su vez frente al mayordomo—. Esta mañana, al hacer el recorrido por la casa, no he oído nada, me imagino que habrá pasado buena noche.

—Ya es muy mayor y está tan achacosa... —terció María con una voz dudosamente compungida.

El ama de llaves no hizo caso al comentario de la cocinera y, una vez desayunada, abandonó la cocina por la puerta que daba salida al jardín. María se quedó pensativa observando por la ventana cómo doña Julia avanzaba entre los mirtos.

—Qué manía tiene esta mujer con las hierbas —dijo oscilando la cabeza—. Yo no sé cuántas clases tiene sembradas.

—Y a ti qué más te da —le reprendió su marido—. Los señores se lo consienten, ¿no? Pues el resto, a callar.

Cuando Carmen y Juan regresaron a la cocina, ya estaba todo el resto del personal en ella.

—Pues..., ¡hala!, a desayunar —dijo María con una buena olla de leche caliente en las manos—. Hoy tenemos un poco más de tiempo.

Mientras desayunaban, estuvieron comentando sobre lo sucedido la noche anterior hasta que Carmen hizo un comentario que cambió el tema de conversación.

—¿No es hoy cuando vienen los hijos?

—Sí, pero la hija y su marido están aquí desde anteayer, como ya sabéis —repuso Jaime mientras se untaba una tostada con mantequilla—. Supongo que los otros dos llegarán para comer.

—Y ¿por qué vendrían estos dos antes? —indagaba Isabel.

Juan no comprendía muy bien lo que decían.

—¿Es que no viven aquí los hijos? —preguntó.

—No, desde hace tiempo no viven aquí —aclaró Jaime—. La última en irse fue la señorita Amelia, que se casó hace poco menos de un año.

—Y ¿cómo es que no viven todos aquí? La casa es muy grande —razonó Juan.

—Sí, pero para ellos es mejor vivir en la ciudad. Luis, el hijo mayor, es abogado y tiene un bufete en el centro de Madrid y un apartamento que le regaló su abuela, la marquesa, cuando terminó la carrera. Andrés aún está estudiando. Estudia medicina, y vive en una residencia de jóvenes cercana a la universidad. Y la señorita Amelia se casó con un médico cirujano y vive en una buena casa, por el centro de Madrid.

—Pues mantener semejante casa para ser tan pocos no le encuentro sentido —Juan continuaba machacando en su, para él, lógico razonamiento.

—Siguen aquí por empeño de la anciana marquesa. Ella es la dueña de

todo y maneja a su antojo. —Esta vez fue María quien habló—. Mantener el abolengo, eso es, y no le importa para ello contratar tanto servicio, de hecho somos casi los mismos que hace treinta años.

—Se ve que esta casa es muy antigua. Han ido haciendo reformas, pero aun así se le notan bien los años —intervino Pedro, que, hasta ese momento, había estado callado—. Ahora, eso sí, la casa es sólida como una roca —y golpeó con el puño la mesa de mármol.

—En una ocasión —continuó el mayordomo—, me comentó el señor que la casa fue construida por el abuelo del marido de la actual marquesa. Por lo visto, era general del ejército en tiempos de Alfonso XII, y fue el rey quien le concedió el título de marqués como premio a los éxitos en campaña logrados por él en la guerra de los carlistas. Fue en aquel entonces cuando mandó construir esta casa.

Isabel, desde que María había comentado el tema del servicio, se había quedado pensativa.

—No entiendo cómo podían tener el mismo servicio que tienen ahora —aludió repentinamente—. ¡Madre mía! Si ahora no paramos... ¡Qué esclavitud la de entonces!

—Para que no te quejes tanto, niña —atajó María de inmediato—. Entonces sí que era trabajar. Era yo una cría y desolladas tenía las manos de tanto lavar ropas y fregar suelos. Y encima te pagaban una miseria. ¿Sabes cuánto ganaba yo trabajando de sol a sol cuando comencé a servir? Veinte pesetas al mes. Y mal comida, que pasábamos hasta hambre.

—Eran otros tiempos —medió Jaime—. Yo recuerdo que a los dieciséis años, cuando llegué a Madrid, me coloqué en una botica como ayudante del boticario y ganaba una peseta diaria. Entraba a las ocho de la mañana y salía a las nueve de la noche. ¡Qué tiempos! —suspiró—. Allí estuve tres años; poco ahorré, pero aprendí a hacer ungüentos y a preparar recetas —terminó esbozando una sonrisa.

Juan escuchaba muy atento todo lo que se hablaba. Para él, todo aquello que se decía venía a ser un nuevo descubrimiento. Comenzaba a sentirse integrado entre aquellas personas y notaba un bullir en su interior que le traía confort y ganas de participar.

—Señora María, un día me tiene que contar cosas de cuando era joven, y usted también, señor Jaime.

—¡Mírale cómo quiere saber! —exclamó sonriente la cocinera, y le pasó a Juan una mano por la cabeza—. Pues no te apures; ahora, que llega el

invierno, ya te contaré yo historias al pie de la lumbre.

Iban a dar las dos y media de la tarde cuando llegaron los otros dos nietos de la marquesa. Venían los dos juntos en el coche del mayor. Con paso más que apresurado, subieron la escalinata de la entrada mientras que Jaime ya les aguardaba con la puerta abierta.

—Buenos días, Jaime —saludó Luis. Andrés, que venía detrás, hizo lo mismo.

—Buenos días, señoritos. Los señores ya están sentados a la mesa —añadió muy solemne.

—¿Ya han llegado mi hermana y su marido? —preguntó Luis cuando le daba el abrigo y el sombrero al mayordomo.

—Sí señor, llegaron el jueves.

Luis se quedó mirando al mayordomo con auténtica cara de asombro. Éste, a su vez, le miraba impertérrito.

—¿El jueves? —preguntó el otro hermano extrañado.

—Así es, señorito Andrés. Aguardan todos en el comedor.

Alrededor de la gran mesa ovalada se encontraban sentados y en actitud paciente los restantes miembros de la familia. Al entrar los dos hermanos, saludaron brevemente y tomaron sin más dilación asiento. La primera en hablar fue Amelia, la única nieta de la marquesa.

—Llegáis con un poco de retraso, ¿no?

—Y tú parece ser que con mucho adelanto, ¿no?

Su padre, Alejandro Moreno, yerno de la anciana marquesa, terció en ese preciso instante.

—Ayer vuestra abuela sufrió lo que pareció ser un ataque al corazón. Tuvo que venir el médico.

—Y ¿cómo se encuentra ahora? —preguntó Andrés, que parecía afectado por la inesperada noticia.

—Bien, dentro de lo que cabe —respondió su madre, doña Angustias—. Ha pasado buena noche según me comentó su enfermera. Esta mañana entré a verla y parece que está con buen ánimo.

—Y ¿no te echó de la habitación? Es lo que siempre hace, ¿no?

—¡Amelia! Te ruego que no hables así a tu madre. —Su padre le llamó la atención mirándola con severidad.

—Pero si es la verdad. Llevo aquí desde el jueves porque me dijisteis que quería hablar conmigo, y aún no se ha dignado a recibirme. Leopoldo tuvo

que cancelar citas con sus pacientes para acompañarme, y todo para qué... ¡Es una chiflada!

—¡Ya está bien, Amelia! No vuelvas a hablar así de tu abuela. Ten un respeto.

—Está bien, papá, pero reconoced que es una situación delirante. Nunca sabes por dónde va a salir ni qué hacer para que esté contenta. Es como si quisiera jugar con nosotros.

—Es una tirana. Siempre manejándolo todo y sintiendo placer humillando a la gente.

Doña Angustias miró a su hijo Luis con reproche en los ojos.

—¿Cómo puedes hablar así? —le dijo esforzándose por mantener la tranquilidad—. Tu abuela te pagó la carrera en la universidad de Oxford. Cuando terminaste te compró un apartamento en la calle Serrano, una de las calles más elegantes de Madrid, para que montaras tu bufete. Y por ella te llegaron los primeros clientes. ¿Es esto ser una tirana?

Luis pareció recapacitar, pues bajó la acritud en el tono.

—Sí, todo es cierto, pero eso... ¿qué demuestra? Mamá, lo hace por no perder el prestigio. Siempre quiso mantener la alcurnia por encima de todo. Es lo mismo que hizo con Amelia. Cuando se casó con Leopoldo, éste era un médico-cirujano que trabajaba en un sanatorio, pero a ella no le valía, tuvo que comprarle su propia clínica. Y lo mismo pretenderá hacer con Andrés cuando acabe la carrera. Nos maneja a su antojo. —Dicho esto, miró con ternura a su madre—. Mamá, yo sé que tú tienes mucho cariño a la abuela, te resistes a reconocer los hechos tal y como son, y también porque tienes toda la libertad para hacer y deshacer en esta casa, pero sabes que si puedes hacerlo es porque le conviene a ella.

Ante lo expuesto por Luis, todos quedaron en silencio. Juan acababa de entrar en el comedor junto a Carmen, y ambos comenzaron a servir la comida.

Casi terminados los postres, Amelia volvió a sacar el tema, pero esta vez intentó hacerlo con mayor sutileza.

—Siento lo que dije antes sobre la abuela —se disculpó—, pero es que yo no puedo entender esta clase de actitud. Desde que era niña, veía a mis amigas junto a sus abuelas cómo recibían sus mimos, sus palabras de cariño y consuelo, y yo no tenía nada de eso. Mi abuela era un ser rígido, nada cariñoso, desdeñable en muchas ocasiones y muy exigente. Quería que fuéramos los mejores en todo, eso sí. —Miró a sus hermanos—. ¿O no lo

recordáis? Cuando me casé ya llevaba años encamada —prosiguió. Ahora su entonación tenía un tono de amargura—. Pero entré en sus aposentos para que me viera vestida de novia antes de salir hacia la iglesia y se negó a recibirme —concluyó con los ojos húmedos.

—Nunca tuvo ninguna muestra de auténtico cariño hacia nosotros —abundó Luis, y, cruzando las manos, las apoyó debajo del mentón—. Hace unos seis meses acudí a ella porque me hacía falta... dinero para hacer frente a unos pagos —declaró—. No me van tan bien las cosas como pensáis... Bien, el caso es que necesitaba ese dinero con urgencia y acudí a ella. Era una fuerte suma, por eso me decidí a pedirle ayuda. No sólo me la negó, también dijo que todo lo que tenía que darme ya lo había hecho, que resolviera mis problemas con los bancos o los prestamistas. Quise ser respetuoso e incluso intenté ser amable, pero no quiso escucharme más; con su habitual soberbia, me ordenó salir de su habitación. Y así me fui, humillado y dolido. Soy abogado, trato con su administrador, y sé que tiene una fortuna inmensa. Todos nosotros sabemos que, terminada la guerra civil, el abuelo consiguió pingües beneficios, dado el apoyo económico que aportó a los nacionales. Le otorgaron cantidad de bonos en empresas públicas, así como acciones en eléctricas y constructoras que le hicieron ser aún más rico y poderoso.

Alejandro Moreno había escuchado con atención lo expuesto por su hijo mayor. Con gesto serio, mientras Juan recogía los servicios del postre, encendió un cigarrillo y, después de darle una primera y profunda calada, expulsó el humo mirando fijamente a su primogénito.

—Vuestra abuela es muy sagaz, y, aunque esté impedida y recluida en sus aposentos, eso no supone que esté incomunicada con el resto del mundo. Recibe al administrador dos veces por semana. Mandó que le instalaran un teléfono junto a su cama, del cual, os garantizo, hace buen uso. Recibe muy a menudo a su abogado y... a otras personas desconocidas que suele citar. —Llegado a este punto, hizo un inciso al ver la atención que reflejaban los rostros de sus hijos. Luego, centró su mirada en Luis y continuó hablando—. Antes dijiste que sueles tener trato con el administrador de tu abuela, ¿no es así? —El aludido afirmó con un movimiento de cabeza sin tener claro a qué diantres se refería su padre—. Pues seguro —prosiguió— que está enterado de tu vida más de lo que supones. Yo no sé para qué asunto requerías esa considerable suma de dinero, pero casi puedo afirmar con rotundidad que tu abuela sí lo conocía.

Todos observaron cómo Luis apretaba la mandíbula y cerraba los puños.

Su padre, muy hábilmente, había llegado al hueso.

—Está bien..., era una deuda de juego. ¿Es esto lo que querías oír? —El tono de su voz sonó airado.

—Pero, hijo, ¿no habías dejado el juego? —Su madre, Angustias, le interpelaba con una preocupación no exenta de cariño.

A Luis se le notaba nervioso y, en parte, avergonzado. Sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió.

—Ya hace meses que no juego. Y, además, esa deuda ya la cancelé. Lo siento, mamá, pero te juro que ya no he vuelto a jugar. —Luego, su cara se contrajo, y, con visible rabia, añadió como si hablara para sí mismo—: Fui un estúpido al pedirle el dinero a la vieja usurera. Ojalá se muera.

Al oír estas palabras cargadas de odio, doña Angustias profirió un hondo lamento. Su marido se levantó de la silla para hablar cuando, de repente, un sonoro y agudo ruido hizo que todos giraran al unísono la cabeza. Juan había tropezado con una de las patas del aparador y el servicio de café, todo él de plata, se había venido al suelo, lo que había armado un terrible estruendo.

En el poco más de un mes que llevaba Juan en la mansión, además de haber conocido a todos sus miembros, se había puesto bien al corriente de sus costumbres. Así, por ejemplo, no olvidaba que a don Alejandro le gustaba tener el periódico todas las mañanas sobre la mesa del comedor antes de sentarse a desayunar y que el zumo lo tomaba siempre con una cucharada de jarabe de jengibre. Doña Angustias, sin embargo, prefería el zumo de tomate y tomaba té en lugar de café para el desayuno. En el desempeño de su trabajo, poco coincidía con los señores. Las instrucciones las recibía o bien de don Jaime, el mayordomo, o del ama de llaves, doña Julia. El trabajo más duro desde que había entrado en la casa había sido la limpieza de la plata. Menos mal que sólo se limpiaba aproximadamente una vez al mes. Pero la primera, y, hasta ahora, única vez que lo hizo, acabó con los brazos hechos polvo. Sin embargo, no le pesaba el trabajo, estaba acostumbrado a trabajar duro en el convento, y esta circunstancia permitía que su adaptación fuera completa y se encontrara muy a gusto y contento en su nuevo hogar. Al mismo tiempo, y de manera recíproca, tanto don Alejandro como doña Angustias estaban muy satisfechos con la actitud de Juan, y este sentir se lo habían confiado a Jaime, y éste a su mujer.

—Es un muchacho estupendo —dijo María tras oír a su marido contarle la impresión de los señores—. Todos le quieren. Hasta Rosario, la enfermera, con lo hueso que es y ya ves el cariño que le tiene.

—No sabes... Me ha comentado doña Julia que la marquesa le ha echado una bronca de aúpa a su hija porque se enteró hace dos días de que iban a venir invitados por Navidad.

María esparció harina sobre la mesa para extender la masa, y, luego, limpiándose las manos en el delantal, suspiró.

—Yo no sé cómo demonios se entera de todo —dijo mientras recogía una buena porción de masa envuelta en un paño—. Seguro que se lo saca a la enfermera.

—Vete tú a saber. —Jaime se sirvió un vaso de vino y se sentó cerca de su mujer—. Quien está que no descansa es el pobre Pedro. Al final tuvieron que contratar a un ayudante para que le echara una mano, y menos mal, si no el campo ese de bolos no lo hubiera terminado para Navidad. Y a doña Julia la señora la tiene frita dándole instrucciones y cambiando de idea a cada hora. Nunca la vi más agitada.

—No me extraña, con lo nerviosa que ya es ella... y tan puntillosa. — María ya había extendido la masa y se sentó—. Voy a descansar un momento que ya me duele la espalda. —Y se echó mano a los riñones.

Jaime echó un trago del vaso y después sonrió.

—Tenías que haber visto esta mañana a Isabel con la señora.

—¿No le habrá contestado mal? —le interrumpió María.

—No..., pero iba detrás de la señora como una oveja modorra, parecía sonámbula. Le iba dando instrucciones sobre los dormitorios que tienen que ocupar los invitados; le dijo que hiciera una limpieza a fondo en ellos, que tiene que mullir con fuerza los colchones de las camas y dar un repaso con la plancha a los juegos de sábanas. Si no se va de esta, ya no se marcha nunca —concluyó y soltó una carcajada.

—Ayer tarde —añadió María también entre risas—, me comentó Carmen que estuvo la señora con ambas revisando los salones y el vestíbulo. En un momento dado, por lo visto doña Angustias le dijo a Isabel: «¡Ah! Isabel, haga usted el favor de esmerarse en la limpieza». Y que ésta le contestó muy seca: «Siempre lo hago, señora». Y la señora le dijo: «Pues espero que el *siempre* se vea bien en esta ocasión».

Aún estaban ambos riendo cuando doña Julia entró en la cocina.

—Qué bien encontrarles a los dos —dijo nada más entrar—. Mañana, a primera hora, tienen que bajar a Madrid con la señora. Van a ir al mercado Maravillas para abastecernos de todo.

—Pero ¿no van a traer las cosas desde el mercado de Aranjuez, como siempre? —Preguntó María algo sorprendida.

—No. Este año parece ser que quiere ver ella los productos. Sobre todo el pescado y las carnes. Eso me acaba de decir.

—¿Qué coche quiere que llevemos? Lo pregunto porque tendré que ponerlo a punto para mañana —medió Jaime—. Aunque supongo que será la Decaube.

—Sí, claro, la furgoneta. Habrá que traer mucho género.

—Pues luego, por la tarde, le echaré un vistazo. Poco uso se le da, así que no creo encontrar problemas. Precisamente, hace un par de días la arranqué, junto con el resto de coches, y sonaba bien.

Mientras Jaime hablaba, María empezó a cortar la masa para las empanadillas.

—Bien, pues entonces queda claro —afirmó el ama de llaves—. Esta tarde, María, confeccionaremos una lista con todo lo que vayamos a necesitar. La

señora está ahora mismo creando los menús para los días de las fiestas. Usted, a su vez, puede ir pensando y anotando las cosas básicas que hagan falta. Ya sabe: azúcar, sal, harina, especias, patatas, arroz, aceite..., bueno, todo eso que nunca debe faltar en la cocina.

María, con el ceño fruncido, como si estuviera atendiendo con suma concentración, movió la cabeza en señal de acuerdo. El ama de llaves, con una media sonrisa, se retiró de la cocina.

Juan se hallaba en un extremo del gran comedor sentado en el suelo sobre una amplia manta vieja, le rodeaban toda clase de utensilios de plata y alpaca, desde poncheras, bandejas, platillos, ceniceros, figuras, cajitas, cafeteras, teteras, cuencos, marcos... hasta una interminable colección de cubiertos. El día anterior, Jaime le estuvo enseñando el uso de cada uno de los tenedores y cuchillos. Tuvo que tomar nota en un cuaderno para aprenderlo bien y no equivocarse al componer los servicios. Le llamaba poderosamente la atención cómo podían saber los pudientes qué tenedor usar. Lo de los tenedores le traía por la calle de la amargura. Mientras frotaba una preciosa ponchera de plata, repujada en todo su contorno externo, mentalmente comenzó a repasar: «Tenedor de mesa, de pescado, de ostras, de fruta, de verdura, de postre y trinchador para las carnes más gruesas». Y, luego, cómo tenían que ir dispuestos en la mesa. «¡De locos!», se dijo sacudiendo la cabeza.

Jaime entró en el comedor y se quedó un rato observando a Juan sin que éste lo advirtiera. Luego, sonriendo, se acercó.

—Menuda tienes montada, muchacho.

Juan levantó la cabeza y se secó con el brazo dos gotas de sudor que le resbalaban por la frente.

—Ya tengo mucho limpiado, señor Jaime. Lo peor son los cubiertos —y echó una mirada de apuro sobre los estuches que guardaban la enorme cubertería

—No creas. Los cubiertos se lavan siempre después de usarlos y se secan bien. Sólo será cuestión de lustrarlos. —Al tiempo de decirlo, el mayordomo tomó uno de los estuches—. Ves, mira: estas son cucharillas de postre. Si te fijas, están sólo un pelín amarillentas. Dame esa gamuza.

Juan le pasó la gamuza y vio cómo el mayordomo tomaba una cucharilla y, con gran soltura, le pasaba el paño. A los diez segundos, se la dio a Juan, quien asombrado contempló cómo relucía.

—¿Ves qué fácil? Sólo usa producto cuando veas la pieza ennegrecida.

—Muchísimas gracias, señor Jaime.

Contento por la ayuda del mayordomo, y menos agobiado, Juan continuó con su labor limpiadora, y Jaime, después de darle unas palmadas en el hombro, salió del comedor. Segundos después de salir el mayordomo, Rosario, la enfermera, entró en el comedor a través de las puertas correderas que lo comunicaban con la sala de fumadores.

—¡Virgen del amor hermoso! —exclamó al toparse con Juan—. ¡También aquí! Está toda la casa patas arriba. ¿Has visto a doña Julia?

—Pues hace un buen rato que no la veo —repuso Juan sin parar de frotar—. Posiblemente esté en el jardín. La señora está ahora allí.

—Hoy la marquesa está insoportable. Se enteró de que vienen los ingleses y puso el grito en el cielo. Esta mañana, a primera hora, ya le echó una buena monserga a su hija.

Juan la miró con el ceño fruncido.

—Pero ¿no estaba enterada de que venían?

—¡Qué iba a estar! Doña Angustias quiso que se mantuviera todo en secreto. Le tienen tanto miedo... —La enfermera dejó de hablar y echó una mirada alrededor. Cuando se percató de que nadie la oía, prosiguió hablando—. Es una persona muy difícil de llevar. Está amargada y llena de rencor, y, por encima, tiene un genio insoportable. Yo por ahora aguanto porque me pagan un buen salario, pero no sé cuánto más aguantaré. —Hizo un nuevo inciso y volvió a comprobar que no había nadie cerca—. No te puedes hacer idea de las burradas que suelta a veces por la boca. —Se acercó aún más a Juan, y, bajando la voz, continuó hablando—. Pero lo más grave es que, desde la cama, lo gobierna todo. Está todo el día al teléfono, a mí me echa de la alcoba cada vez que habla. Pero el otro día escuché desde el gabinete anexo donde yo duermo cómo le decía a alguien que pensaba cambiar el testamento. Que estaba harta de mantener a esta panda de gandules. Y hoy, cuando salió la hija de su habitación tras la tremenda bronca, cogió la jarra del agua de la mesilla y la estampó contra la puerta.

Juan escuchaba con la boca abierta, sorprendido por un lado por lo que estaba oyendo y por otro porque la enfermera se lo contara a él.

—Ahora quiere ver a doña Julia a toda prisa. No debe ser para nada bueno, pues, que yo recuerde, desde que estoy en esta casa, jamás llamó al ama de llaves ni a ningún otro sirviente. Me temo lo peor. Voy en su búsqueda. Tendré que decírselo también a doña Angustias... ¡Dios mío! ¡Qué dilema!

Juan, todavía boquiabierto entre los cacharros, vio cómo la enfermera se daba la media vuelta y salía del comedor.

Cerca de la una de la tarde, Juan entraba en la cocina portando la caja con los productos de limpiar la plata. Aunque había intentado sacarse algo de mugre con uno de los paños, las manos seguían terriblemente sucias.

—¡Ni te arrimes a la mesa! Deja ahí la caja y derecho al fregadero. ¡Menudas manos! —María no le daba respiro—. ¿Dejaste todo ordenado?

—Sí, señora María. Cada cosa en su sitio.

Mientras se restregaba bien las manos con agua y jabón, vio por el amplio ventanal de la cocina cómo Jaime parloteaba con Pedro, el jardinero. El día era espléndido y el sol, ya alto, calentaba la mañana. María observó cómo Juan miraba hacia los dos hombres.

—Cuando acabes ahí, guarda la caja y sal al jardín un rato, que te dé un poco el aire y el sol, que estás paliducho. Aún tienes un rato antes de ponerte el uniforme para servir la mesa.

Juan apenas pudo disimular su alegría. Guardó la caja y, más que contento, salió al jardín y fue derecho hacia los dos hombres.

Pedro le estaba enseñando al mayordomo la distribución del reciente construido campo de bolos y, más o menos, cómo se jugaba. Al verle llegar, ambos hombres sonrieron.

—¿Qué tal, chaval? —le saludó Pedro—. Te veo ya muy adaptado.

—Poco a poco —intervino Jaime—. ¿Verdad, Juan?

—Pues, sí... Qué bien le ha quedado el campo de bolos, señor Pedro.

—¿Te gusta? Pues ya echaremos alguna partida, porque esto lo van a usar sólo los días que estén aquí los extranjeros.

Juan, muy atento, estuvo siguiendo las instrucciones del juego que le daba Pedro, quien las había aprendido del manual que le facilitó la señora para que construyera el campo de bolos, hasta que la voz fuerte de María les requirió. Mientras volvían hacia la casa, Juan levantó la cabeza para sentir mejor el calor de aquel sol de invierno, y, al hacerlo, observó cómo en uno de los ventanales del piso superior una cara asomaba entre las cortinas. Era un rostro amarillento, casi cetrino, surcado de arrugas, que le miraba fijamente. Siguió mirando hacia allí, hasta que lentamente aquella cara se retiró y las cortinas volvieron a ocupar su sitio. «Sin duda —pensó—, ese arrugado rostro pertenece a la anciana marquesa de Navas». A pesar del tibio calor, un escalofrío le recorrió la espalda.

Aquel veintitrés de diciembre el día amaneció frío pero soleado, parecía que el buen tiempo luchaba por mantenerse. A primera hora de la mañana, casi aún de noche, habían abandonado la casa doña Angustias acompañada de Jaime y María. Salieron muy temprano con el propósito de llegar a Madrid a la apertura del mercado y así poder adquirir los mejores y más frescos productos. Carmen, la primera doncella, se quedó encargada de la cocina, aunque María, la noche anterior, ya había dejado la comida a medio preparar, así que lo más perentorio para ella sería preparar los desayunos, y esa era una tarea sencilla que podría llevar a cabo sin temor. Calculaban estar de regreso sobre la una. Doña Julia quedaba a cargo total de la casa, y, antes de que salieran para la capital, ya estaba levantada y disponiendo las tareas encomendadas por doña Angustias la tarde anterior.

El ama de llaves, mientras recorría los cortinajes del comedor, recordaba, aún con cierto temblor, las iracundas palabras que le había dicho la marquesa el día anterior. Nunca le habían zaherido de manera tan horrible. Aquella mujer era un demonio. Además, no entendía qué motivos había para que le soltara toda clase de improperios y vejaciones. Nunca estuvo a sus órdenes, ni tan siquiera había casi tenido trato con ella. Primero pensó que estaba loca de remate, pero no..., no era locura lo que asomaba por sus ojos, lo notó en aquella mirada fría y calculadora; sencillamente, lo que vio reflejado en aquellos ojos verdes como los de un gato fue maldad. Sensación de triunfo al tener acorralada a la presa. Doña Julia volvió a estremecerse. Trabajo le costó a doña Angustias convencerla para que no dejara la casa aquella misma mañana después de semejante agravio hacia su persona, pero, finalmente, decidió quedarse con la única objeción de no volver a atender más ninguna llamada de su madre. Comprendía el desasosiego de la pobre señora al no tener más remedio que aguantar a semejante energúmena; veía, además, lo ilusionada que estaba con la llegada de sus amigos ingleses. Ya no abrigaba dudas de que lo único que buscaba la anciana víbora con sus insultos era motivar su marcha de la mansión para fastidiar a su hija. Doña Julia, después de esta reflexión, levantó la cabeza y respiró hondamente. «¡Vieja bruja de los demonios! exclamó en voz baja con los dientes apretados, y abandonó el comedor con paso firme y seguro.

Acababa de dar la una de la tarde cuando el ruido del motor de la Decauve hizo que Pedro dirigiera su mirada hacia el sendero de entrada. Aparcaron

cerca de la cochera, que era el lugar más cercano a la puerta que daba acceso a la cocina. Jaime, con su uniforme de chófer, bajó para abrirle la puerta a doña Angustias. María, a su vez, descendió y estiró las piernas.

—No me acompañe, Jaime. Ustedes encárguense de las cosas. —Y, dando vuelta hacia la puerta principal, doña Angustias echó a andar.

La furgoneta venía cargada de víveres, y Jaime comenzó a bajar las cajas y sacos. Enseguida acudió Pedro a echarle una mano. María entró en la cocina y se quitó mientras andaba los guantes de lana. Al mismo tiempo, por la otra puerta, apareció Juan portando una jofaina de loza partida en tres trozos.

—Y ¿esa palangana? ¿No me digas que la has roto? —María no apartaba los ojos del estropicio.

—No —negó rápidamente Juan—. Ha sido la marquesa. Se la tiró a la cabeza a Rosario.

—¡Ay, Dios mío! —María se cubrió la cara con las manos—. ¿Le hizo algo?

—Poca cosa, le dio de refilón. Se apartó a tiempo. Ya la curó doña Julia. Ahora está diciendo que se va. —Juan había hablado despacio, puntualizando, como queriendo así dar importancia a cada frase.

—¡Madre del amor hermoso! —rezó María al tiempo que se santiguaba—. Esta mujer nos mata a disgustos. Ayer fue con doña Julia, hoy, con Rosario... Es mala a rabiar.

Jaime y Pedro comenzaron a meter los víveres en la cocina. Al verlos, Juan fue a echarles una mano. María puso a su marido al corriente del infortunio, y también a Pedro, que aún no se había enterado.

—¡Válgame el cielo! Cualquiera día mata a alguien —comentó el mayordomo con voz compungida.

—Yo ya hace tiempo que lo vengo diciendo, la marquesa ha perdido el oremus —afirmaba Pedro a su vez.

—Bueno, a ver si viene doña Julia y nos cuenta. Madre mía, otro disgusto para doña Angustias —sentenció María—. ¡Vamos! Despejadme todo esto, tengo que ponerme rápido con la comida.

En el amplio despacho, sentada en uno de los sillones de cuero, Rosario lloraba y doña Angustias no sabía ya qué decirle para consolarla. Miró su reloj de pulsera y pensó que pronto llegaría su marido. Tal vez entre los dos pudieran convencerla. Dejarles ahora sería espantoso. Sólo de imaginarlo, temblaba.

—Créame, Rosario. No sé qué decirle, ni sé qué hacer. Desde luego, como

ya le dije, se le indemnizará generosamente. Si se marcha, me dejará usted en una situación fatal. Mañana llegan los invitados. Se lo ruego, quédese hasta pasadas las fiestas, después ya nos apañaremos, y yo estaré dispuesta a darle una buena carta de recomendación.

Rosario seguía llorando sin decir nada. Llevaba la cabeza vendada con un aparatoso apósito que le cubría buena parte de la cabeza. Repentinamente, entre sollozos, balbuceó:

—¿Qué quiere usted?, ¿que me mate?

Doña Angustias se retorció las manos, nerviosa y agobiada. Ya no le quedaban argumentos para convencer a la enfermera, ni tan siquiera podía decirle que exageraba. Finalmente, se dio por vencida.

—Está bien, Rosario, me dejará usted en un gravísimo aprieto, pero comprendo su postura.

La enfermera gimoteó con más energía. La buena disposición de doña Angustias le cargaba la conciencia. Había visto la ilusión con que esperaba a sus amigos que iban a llegar de Londres al día siguiente. La horrible marquesa, pensaba, sólo tenía el propósito de fastidiarlo todo. Dejó de llorar, se secó los ojos y la nariz con el pañuelo y respiró con fuerza antes de hablar.

—Perdone por lo que voy a decirle, pero no puedo contenerme. Su madre es un ser dañino y nadie puede estar a salvo de sus perversas intenciones — declaró sin miedo, mirando directamente al rostro de su interlocutora—. Usted es su hija, y sé que le duele oír esto, pero ella no es una persona de buenos sentimientos. Es una misántropa iracunda, una total egoísta que parece sentir placer haciendo sufrir a los demás. Pero usted no se merece pagar los denuetos de su madre; trata bien a la gente y tiene buen corazón. Voy a quedarme, por lo menos hasta que pasen las fiestas y... ¡que Dios me asista!

Doña Angustias sintió como su corazón quedaba repentinamente aliviado. Si el comentario sobre su madre le había dolido en el orgullo a pesar de comprender cuánta razón encerraban las palabras de la enfermera, esta última declaración de intenciones que hizo en él, borró de un plumazo las muestras de dolor.

—Se lo agradezco muchísimo, Rosario, me quita un enorme peso de encima. Intentaré buscar la forma de que mi madre no vuelva a cometer contra usted otro atropello como el de hoy.

Arreglado el asunto con la enfermera, doña Angustias pensó que era hora de hablar muy seriamente con su madre. Pensó que sería mejor tratarlo antes

con su esposo, su buen juicio siempre le había apartado de cometer torpezas, pero finalmente decidió no ponerle al corriente. Alejandro era demasiado consecuente, y seguro que la convencería de no hacerlo o de hacerlo de manera sutil para no herir la susceptibilidad de la anciana. Pero estaba harta de paños calientes, lo ocurrido con la enfermera había sobrepasado todos los límites. Con paso decidido fue hacia los aposentos de su madre. En el recodo del pasillo de la primera planta encontró al ama de llaves.

—Doña Julia, celebro encontrarla. Está a punto de llegar el señor, si le pregunta por mí, dígame que estoy con mi madre.

—¿Ocurre algo? ¿Le ha pasado algún percance a la señora marquesa? —preguntó el ama de llaves con clara intención cortés pero vacía de toda emoción.

—No..., no se apure. Voy sólo a verla.

Doña Angustias siguió su camino y el ama de llaves se quedó unos segundos observándola con el ceño fruncido marcharse.

Recostada sobre grandes y mullidos cojines, la marquesa de Navas parecía estar distraída en la lectura de un libro. Al oír abrir la puerta de su dormitorio, sin levantar la vista del libro, carraspeó levemente.

—Le dejé bien claro que no quería volver a verla. ¡Márchese ahora mismo, estúpida!

Plantada en medio de la gran alcoba, con los brazos caídos y las manos cruzadas sobre su falda, doña Angustias miraba a su madre muy seria y en silencio.

—¡Ah!.. Eres tú —dijo como queriendo fingir sorpresa. La anciana se encontró con la mirada severa de su hija—. ¿Qué diantres quieres? Si vienes a sermonearme, vete por donde has venido.

—No vengo a discutir contigo, ni tampoco a llorarte o a suplicarte. Ya estoy muy cansada de tu juego, llevo muchos años, creo que demasiados, jugando en él y voy a dar por finalizada la partida.

La marquesa de Navas miró a su hija en un intento por ver un resquicio de debilidad detrás de aquellos ojos grises que la miraban fríos como el acero.

—Déjate de monsergas y de rollos de partidas y manda que me sirvan la comida, son más de las dos.

La voz imperiosa de la marquesa no obtuvo respuesta, su hija se mantenía erguida y sin variar de postura. No movió ni un músculo de su cara.

—¿No me has oído? —chilló a los pocos segundos—. A parte de tonta.... ¿ahora te has vuelto sorda? ¡Te estoy hablando, Angustias!

—No soy tu criada ni tu enfermera. Si a partir de ahora no cambias de actitud, no tendrás quién te sirva. No estoy dispuesta a contratar a nadie para que sufra tus afrentas y malos tratos. Se te ha terminado el ordeno y mando.

La anciana miraba a su hija con ojos de odio. Sus labios se fruncieron y sus manos se aferraron con fuerza a la ropa de la cama. Doña Angustias mantenía, a su vez, la mirada de su madre sin apartar los ojos de ella un sólo instante. De repente, el semblante de la marquesa se relajó y su mirada cambió hasta dulcificarse de manera visible.

—Vienes farruca, ¿eh? Te ha salido la vena de tu abuela paterna. Menuda era la aragonesa... Nunca pensé que tuvieras coraje, aunque eso sí, hija mía, has tardado años en sacarlo afuera. —Y de forma inesperada soltó una carcajada.

Al oír la risa de su madre, doña Angustias quedó tan sorprendida que, por un momento, pensó que se venía abajo, pero pronto se recuperó y consiguió conservar la misma actitud de severidad.

—Está bien, sácate esa cara de palo —dijo la marquesa cuando al acabar de reír contempló la impasibilidad en el rostro de su hija—. Me portaré bien con esa tonta enfermera, pero me desespera lo torpe que es. A veces tengo que repetirle las cosas veinte veces. —Llegada a este punto, se puso a jugar con el encaje de la sábana—. Reconozco que me pasé tirándole la palangana, pero no tuve intención de hacerle daño.

—¡Mamá, se la arrojaste a la cabeza! —exclamó su hija con total asombro—. ¿Cómo puedes decir que no querías hacerle daño?

—Está bien, Angustias, ya he dicho que lo siento. Estaba rabiosa y lo pagué con ella. Le pediré disculpas.

Doña Angustias miró a su madre sin estar muy convencida.

—Prométeme que no volverá a ocurrir.

—Vale, te lo prometo.

Esta sumisión, tan poco frecuente en su madre, no dejaba de parecerle poco creíble, pero doña Angustias no quiso tirar más de la cuerda. Lo conseguido ya había sido un verdadero triunfo si así lo mantenía. Terquear más podía ser contraproducente.

—Conforme. Le diré que suba y le pedirás disculpas... delante de mí —estas tres últimas palabras las subrayó.

—Bueno, pero hazlo ya, que empiezo a tener hambre.

—Otra cosa, ya te dije ayer que mañana llegan los invitados. Nadie te va a molestar, como acordamos. Si no quieres que suban a verte, no lo harán,

puedes estar tranquila. —Doña Angustias, en este momento, notó que el sentimiento de amor hacia su madre le podía—. Mamá —la nombró con un tono lleno ahora de cariño—, ¿por qué no haces un esfuerzo y cenas con nosotros mañana? Es Nochebuena.

Por un instante, la marquesa pareció dudar, pero, frunciendo el ceño, negó con la cabeza para después pedir a su hija que se acercara al lecho.

—No quiero participar en una cena de bobos. Se me atragantarían las viandas. Cenaré muy a gusto aquí, en mi cortijo, y sola. Haz el favor, antes de irte colócame las almohadas y dile a la enfermera que me suba una palangana, pues la otra *se* rompió.

Doña Angustias no tuvo más remedio que sonreír ante la ironía de su madre.

Cuando su hija abandonó la habitación, en el rostro arrugado de la anciana marquesa se dibujó una mueca semejante a una sonrisa burlona, y, a continuación, pronunció en voz alta: «Sois todos un atajo de cerdos, pero yo os demostraré quién manda aquí».

Día frío pero espléndido de sol. Así amaneció en Aranjuez aquel 24 de diciembre de 1956. Desde primera hora de la mañana el bullicio era constante en la mansión. Pedro, el jardinero, ayudaba a las doncellas Carmen e Isabel a portar los leños y el carbón para encender las chimeneas de los amplios salones. Juan revisaba junto a doña Julia la vajilla y cubertería que se iba a colocar para la cena, y María junto a Jaime atendían las instrucciones para los menús que doña Angustias había confeccionado para esos días.

—Como verá, Jaime, aquí le dejo anotados, debajo de cada menú, las salsas que se servirán junto a los platos de ese día. —Doña Angustias no quería dejar atrás ningún detalle—. Recuerde, María, que el *pudding* de carne debe hacerlo con la receta que nos dio la condesa de Weymand hace tres años. Y los *biscuits* procure hacerlos un poquito más pequeños.

María afirmó con un movimiento de cabeza, muy concentrada en no perder ninguno de los menús y recetas.

—¿Los vinos y licores los elegiré don Alejandro, señora? —preguntó Jaime.

—Sí, así es. Antes de salir para el aeropuerto, le dará instrucciones. ¡Dios mío! Son las nueve y media. Vamos atrasadísimos —exclamó doña Angustias tras mirar la hora en su reloj de pulsera—. ¿Lo tienen todo claro? —añadió nerviosa, mirando al matrimonio.

—No se preocupe. Todo saldrá perfecto, señora —María intentaba tranquilizarla.

—Muy bien, voy a hablar ahora con doña Julia.

El ama de llaves comprobaba complacida el lustre de los cubiertos.

—Hay que felicitarte, mozo de comedor, has hecho un buen trabajo.

Juan sintió que se ruborizaba.

—Muchas gracias, doña Julia —respondió cortésmente.

Juan siguió con su trabajo y empezó a extraer con sumo cuidado de unas cajas de madera los servicios de una vajilla china, cuyos dibujos decorativos con motivos bucólicos a todo color, tenían a Juan embelesado.

—¡Qué platos tan bonitos! —exclamó, y comenzó a limpiarlos uno a uno con una gamuza blanca bajo la atenta mirada de doña Julia.

—Ten cuidado, es una colección muy antigua. Creo que fue un regalo de bodas que le hicieron a los marqueses. ¿Cuántos servicios llevas ya sacados?

—Pues, completos, creo que siete. Me faltan otros tres, pero creo que debe

faltar alguna caja, porque aquí platos hondos y de postre ya no quedan, y en estas otras dos hay bandejas, soperas, salseras, juego de café... pero platos, ninguno.

Doña Julia frunció el ceño, y, extrañada, se acercó a revisar las cajas.

—Qué raro..., es cierto, faltan platos hondos y de postre.

Avisado el mayordomo, éste acudió al comedor.

—La vajilla china está guardada en cinco cajas. Y aquí están las cinco, no falta ninguna —confirmó Jaime.

—Pero..., no puede ser. ¿Dónde están los platos que faltan? Tal vez cuando se recogió la última vez se guardaran en otra caja —doña Julia dio la idea con poco convencimiento.

—Lo dudo —fue la rápida respuesta del mayordomo—. Estas son las cajas de la vajilla y ya vienen forradas y dispuestas para colocar bien las piezas y que no bailen.

—¡Dios mío! ¿Dónde estarán los platos? —La duda de doña Julia quedó dibujada en la cara de los otros sirvientes.

Se buscó en todo el sótano, en la bodega, en el *office*, en las cocheras, sin resultado alguno. Ante lo infructuoso de la búsqueda y viendo que se acercaba el mediodía, doña Angustias ordenó volver a guardar la vajilla china y que se dispusiera de la vajilla de Manises que estaba reservada para Fin de Año. Retomarían la búsqueda en los próximos días; en alguna parte tenían que estar los platos, a no ser que alguien los hubiera sustraído, y esta duda empezó a cundir entre los sirvientes.

María, muy atareada en la cocina, escuchaba a Isabel que no cesaba de rezongar.

—Estoy muy cansada, créame, señora María. Esto es mucho para mí, no se para en esta casa; sólo con la de pasillos que me hago para arriba..., para abajo..., acabo rendida. Tuve que volver a planchar la mantelería bordada de hilo y todas las servilletas. No vea cómo me duelen los hombros de sujetar esa maldita plancha, con lo que pesa. Se gana una bien los cuatro duros que le pagan.

—¿Te han dicho que faltan platos de la vajilla china? A saber dónde andarán metidos —cambió rápidamente de tema María en el momento en que vio que Isabel se tomaba un respiro en su quejumbrosa letanía.

—Yo no sé nada. Yo no he visto nunca esa vajilla. Además, eso es cosa del mozo de comedor, ¿no?

—¡Oye! Que nadie te culpa de nada. Sólo te he hecho el comentario.

—Bueno, por si lo pudiera pensar.

—Mira, reina, estás en un plan que no hay quien te aguante, y tengo muchas cosas que hacer, así que... ¡andando! A tus quehaceres.

Mascullando algo entre dientes, la doncella abandonó la cocina.

El lujoso Austin granate de don Alejandro frenó frente a la puerta principal. Le gustaba conducir su propio coche, y este, que era un último modelo recibido seis meses atrás, le otorgaba la sensación de tener treinta años menos. Descendió veloz, y, con simpático ademán, abrió la puerta del otro lado. Haciendo un gracioso gesto con el sombrero en la mano, ayudó a descender del interior del vehículo a una mujer gruesa, exageradamente maquillada y envuelta en un ostentoso abrigo de visón. Al tiempo, doña Angustias bajaba presurosa los peldaños de la escalera de entrada.

—¡Mónica, qué alegría, querida! Estás estupenda. No sabes las ganas que tenía ya de verte. Cuánto me alegro de que te decidieras finalmente a venir.

La aludida se rió con una risa bastante chirriante y se acercó a doña Angustias.

—Trabajo me costó convencer a Edward, no creas —dijo antes de besar muy efusivamente a su amiga. Luego levantó la vista al cielo—. ¡Qué maravilla de sol! Esto es lo que más echo de menos en ese Londres triste y húmedo donde el sol alumbra menos que un candil.

—Hablando de tu marido..., ¿dónde se ha metido?

—Llegará por la tarde. Se quedó en Madrid para arreglar no sé qué asunto con el embajador inglés. Ya quedó con Alejandro para que vaya a recogerle después a la embajada. Te veo muy bien, Angustias —dijo sonriente, apretando el brazo de su amiga—. Cuántas cosas tenemos que contarnos...

Poco tiempo después, fue llegando el resto de invitados. Los primeros en hacerlo fueron los nietos de la marquesa, Luis y su hermano Andrés. Diez minutos después lo hacían Amelia y su marido Leopoldo. No bien habían llegado estos, cuando un claxon comenzó a oírse sonar. Anunciaba la llegada de un deportivo Ferrari pintado de un rojo rabioso, que poco después frenaba ruidosamente frente a la entrada principal de la mansión. Una joven pareja descendió alegremente del vehículo, al tiempo que Luis y Andrés bajaban raudos por la escalera. Doña Angustias y su hija sonreían observando la escena desde arriba.

—¡Madre mía! Menudo coche. Es un Ferrari, ¿no? —preguntó Andrés, que contemplaba entusiasmado el vehículo.

—Sí —repuso un joven moreno de pelo ensortijado y bastante desgreñado

—, es un último modelo, fabricado este mismo año. Me lo trajeron en octubre y puede alcanzar los 260 kilómetros por hora.

Luis lanzó un silbido.

—¡Menuda bomba! Tiene que ser increíble conducirlo.

Tomás, que así se llamaba el joven, sonreía halagado y algo envanecido al ver la admiración que su coche causaba en sus primos.

—Pues, cuando queráis probarlo no tenéis más que decirlo —dijo, y se volvió a subir al coche—. Voy a llevarlo a la cochera. Habrá sitio, ¿no?

—Sí, claro. Allí entra hasta el Titanic —repuso jocoso Andrés.

—Qué... ¿sigues sin novia? —Laura, hermana de Tomás, lanzó la pregunta a Luis, y éste se acercó a darle un beso.

—Estoy esperando por ti —dijo, y Laura soltó una carcajada.

—Lo llevas claro.

Con un efusivo abrazo y un beso en cada mejilla, doña Angustias saludó a la sobrina de su marido. Luego, Amelia hizo de igual modo, y las tres mujeres, agarradas del brazo, entraron en la casa.

La cena de Nochebuena estaba resultando espléndida, y doña Angustias se sentía, por fin, relajada, disfrutando de la compañía de sus invitados. «Todo está saliendo de maravilla», se dijo cuando comprobó con su alegre mirada los rostros felices de los comensales.

Don Alejandro y el conde de Weymand charlaban animadamente mientras daban buena cuenta de unos hermosos percebes. Sus esposas, al otro lado de la mesa, también hablaban y reían alegremente.

Juan y Carmen, vestidos con uniformes muy relucientes, no cesaban de rellenar las copas de vino. Sus manos, cubiertas por esmerados guantes blancos, surgían sobre la mesa como palomas inquietas, y doña Angustias, que a pesar de atender muy cordialmente a su amiga, no perdía detalle, rogaba que toda la velada transcurriera con la misma paz y armonía.

Acabada la cena, se sirvieron sobre la mesa las típicas golosinas navideñas. Con el aplauso de todos, el mozo de comedor y la doncella iban dejando fuentes sobre el centro de la mesa mostrando los dulces, que distribuidos en ellas de forma muy elaborada, lucían dando mayor relieve a su exquisitez.

—¡Qué preciosidad, Angustias! —exclamó la condesa de Weymand—. ¡Qué trabajo tan bien realizado!

Doña Angustias no cabía en sí de gozo.

—Se lo debemos a la maestría de mi ama de llaves. Me lo sugirió esta mañana, y debo reconocer que tuvo una idea de lo más acertada.

—¡Por Dios! Es una preciosidad. Si no te parece mal, luego me acerco a felicitarla.

—¿No hay estas tradiciones navideñas en Inglaterra? —preguntó Amelia, que estaba sentada a la derecha de la condesa.

—Sí, pero son de otra manera. Nada que ver con nuestros turrone y mazapanes. Allí hacen un postre que le llaman *pudding* navideño. Es un bizcocho en forma de cúpula hecho con frutas pasas, frutos secos y empapado en un licor; generalmente, *brandy*. Es tan denso que como no lo acompañes con helado o nata, no hay quien se lo coma. En algunas casas de Londres todavía es costumbre meter en el interior del *pudding* unas chucherías, como una especie de sorpresa, con distintos significados. Luego están los *mince pies*, que a Edward le encantan; estos son unos bollitos crujientes, rellenos de higos y uvas secas. Para mi gusto, terriblemente dulces.

—Qué curioso, ¿no? —comentó Laura, que escuchaba con interés a la condesa—. Me refiero a las sorpresas dentro del *pudding*.

—Sí... Os haré una confesión, pero poner atención de no reíros. —Y, bajando la voz, pidió a las tres mujeres que se acercaran—. Hace unos cuantos años, en casa de unos parientes de mi esposo donde estábamos celebrando la Navidad, en mi trozo de pastel salió un cerdito de plata. El cerdito tragón le llaman allí porque dicen que la persona a quien le cae en suerte es una redomada comilona.

A pesar de la advertencia, por mucho esfuerzo que hicieran al principio, las tres estallaron en una sonora carcajada, pues la redonda figura de la condesa no ayudaba a contenerse. La condesa de Weymand se mantuvo seria, pero no tardó en acompañarlas con su chirriante risa.

—¿Es difícil conseguir turrone allí? —preguntaba ahora Laura, una vez cesaron las risas.

—Sí, bastante, pero en algunos sitios ya los hay. Lo que no encuentras son mazapanes ni polvorones. Nada de nada. ¡Ay, Dios mio! Cómo me voy a poner este año... Sin duda soy la cerdita tragona —concluyó, y soltó una carcajada que contagió al resto.

En ese momento, un ligero pero agudo tintineo de cristal producido al chocar una cucharilla contra una copa sonó en la mesa, y todos volvieron la cabeza hacia don Alejandro.

—Edward quiere pronunciar unas palabras, así que os pido un momento de atención.

El conde de Weymand se levantó y, aclarándose la garganta, miró a todos

muy sonriente.

—Primero, dar las gracias a nuestros anfitriones —comenzó diciendo con marcado acento inglés—, que tan amablemente nos han invitado de nuevo a pasar estos días en España, y que yo, a pesar de mis obligaciones, acudo gustoso porque sé la ilusión que le hace a mi querida esposa. *Dear Mónica* —su mirada quedó clavada ahora en los ojos de su esposa—, pasado mañana hace veinte años que decidiste venir conmigo a Londres, puesto que la guerra aquí empeoraba y la embajada me obligaba a marchar. Siempre fui consciente del esfuerzo que te costó abandonar a tus padres para venirte conmigo, que por suerte, dos años después, pudimos llevar a Londres. Pero no olvidé nunca lo mal que lo pasaste ese tiempo, aunque tú siempre sonreías para que yo me sintiera bien. Hoy quiero ante tus amigos, ante tu querida amiga de siempre, Angustias, decirte cuánto te quiero y que nunca podré olvidar ese sacrificio que hiciste por mí.

El conde de Weymand, dicho esto, recogió una caja de ante verde oscuro que estaba posada en el extremo de la mesa, y, abriéndola con delicadeza, dejó a la vista un deslumbrante collar de esmeraldas y brillantes que produjo una entusiasta exclamación de todos los presentes. La condesa de Weymand, con los ojos llenos de lágrimas ante la bonita declaración de su marido, miraba fascinada el collar que le mostraba.

Cuando el collar llegó a las manos de la condesa, todos estallaron en una salva de aplausos. Doña Angustias besó a su amiga con mucho cariño.

—Es precioso, Mónica, al igual que las hermosas palabras de Edward —le dijo con emoción—. Te lo mereces, querida.

En la mansión todos dormían aún. Incluso los sirvientes demoraban el comienzo de su jornada. Doña Angustias había acudido a la cocina después de la medianoche a felicitarles las Pascuas de parte de todos. Trasladó a doña Julia la felicitación de los condes de Weymand por la elaboración de los postres y halagó personalmente el buen gusto que tuvo en su preparación, e hizo extensivo su agradecimiento a todos y cada uno de ellos por el buen empeño puesto en sus respectivas tareas, que habían dado como resultado una velada magnífica. Se le notaba a doña Angustias el contento, y todos los presentes sintieron satisfacción y aún mayor alegría cuando les anunció que a la mañana siguiente no comenzarían sus tareas hasta hora y media más tarde de lo acostumbrado.

Juan había disfrutado por primera vez en su vida de una succulenta cena de Nochebuena. Esa noche cenaron exactamente igual que los señores, y pudo probar manjares que en su corta vida había saboreado. Después de cenar montaron su pequeña juerguecita, y Jaime desempolvó una vieja pandereta con la que pudo demostrar su gran pericia en el arte de tocarla. Pedro, el jardinero, marcaba también el son rascando una cucharilla por el cristal tallado de una botella de anís, y el resto tocaba palmas. Así estuvieron hasta la madrugada, cantando villancicos, canciones regionales y hasta María se atrevió a bailar unas jotas con Carmen. La marquesa de Navas cenó sola en su habitación y dio permiso a Rosario, su enfermera, para que compartiera la cena con los demás miembros del servicio, si ese era su deseo. Muy extrañada por esta muestra de generosidad, Rosario acudió a cenar junto a sus compañeros, con el temor de que en cualquier momento hiciera tocar la campanilla. Y es cierto que sonó una vez, ante la sentida queja de todos, que vieron salir corriendo a la enfermera, pero, ante su propia sorpresa, al cabo de unos minutos regresaba Rosario a la cocina, diciendo que la había requerido para retirar el servicio de la cena y prepararle el lecho para dormir.

Aquella Noche Santa reinó la paz en toda la mansión de los Navas.

María y Juan fueron los primeros en bajar a la cocina como habían quedado la noche anterior, lo que permitiría a los demás gozar de media hora más de sueño. María comenzó a encender el fuego para ir preparando los desayunos, y Juan estaba listo por si sonaba la campanilla del comedor con cualquier requerimiento de los señores.

—¿Ya se marchó Isabel? —preguntó Juan mientras cortaba unas rebanadas

de pan.

—Sí, hijo mío. Se la llevó el lechero esta mañana cuando trajo la leche. Anoche se despidió. ¿No lo hizo de ti? —Los ojos de la cocinera le miraban de reojo.

—Pues... no lo recuerdo —dijo un poco avergonzado—, la verdad es que estaba un poco mareado.

—Ja, ja, ja —rió María con ganas—. Un poco, dice... Si bailabas hasta la jota.

Juan se puso colorado, y, para disimular, se fue hacia el fregadero.

—¿Quiere que le friegue esta loza que tiene aquí?

—¡De eso nada! Sólo faltaría que te mancharas los puños de la camisa y fueras al comedor a servir con ellos sucios. Tú sigue cortando las rebanadas de pan que lo haces muy bien.

Juan sonrió y volvió al pan.

—Señora María, Isabel sólo se fue unos días a su pueblo, ¿no? —preguntó a los pocos segundos.

—Eso dijo, sí. Alegó que estaba su madre enferma. —María tenía la boca fruncida—. Pero no me lo creo —añadió a los dos segundos—, me temo que no va a volver. De hecho, le pidió anoche la paga a doña Angustias. Ésta... seguro que hace como otras muchas; desaparecen, y luego, dentro de unos días, vendrá un pariente suyo a por el resto de sus cosas. ¡Menudas son estas pájaras!

—¿Usted cree? Pues yo eso no lo veo ni medio bien.

María sólo sacudió la cabeza, y, levantando la tapa de una de las hornillas, vio cómo el carbón ofrecía un rojo vivo chisporroteante.

—Bueno, esto ya está. No me explico qué habrá pasado con la vajilla china —dijo de pronto, como si pensara en voz alta, mientras volvía a fijar la tapa en la hornilla—. Es muy extraño eso de que desaparezcan platos. Llegué hasta a sospechar de Isabel, pero no, sólo se llevó un bolso pequeño. Y esta mañana, antes de venir, estuve en su habitación registrando, y no encontré nada.

Juan la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ha registrado sus cosas?

María comprendió que había metido la pata al confesar su atrevimiento. Intentó arreglarlo.

—Bueno..., también lo hice por ella, así quedaba descartada. Como me entregó la llave de su habitación esta mañana para dársela a Jaime,

aproveché. —Miró a Juan y luego le señaló con el dedo—. Tú, ¡chitón! De esto ni una palabra a nadie.

Dicho esto, la cocinera se limpió nerviosa las manos en el delantal, y con paso firme se dirigió a la despensa.

—¿Qué es esto? ¡Menudo estropicio! ¡Dios mío...!

Ante los gritos de María, Juan acudió veloz a la despensa. Cuando llegó se quedó helado al contemplar lo que había originado las exclamaciones de la cocinera. Un gran saco de azúcar estaba abierto y todo su contenido desparramado por el suelo. Además, allí dentro olía fuertemente a gasolina.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? ¿Quién ha podido hacer esto?

María no salía de su asombro. Juan, agachado a su lado, recogió un poco de azúcar y comprobó que estaba pringosa. Los dos se miraron llenos de sorpresa.

—Es gasolina —confirmó Juan después de olerse los dedos—. Luego recogió el saco del suelo y comprobó que estaba todo él rajado con grandes cortes—. Esto lo han hecho a propósito —añadió, y se puso a buscar con la mirada alguna otra cosa maltratada, pero no distinguió nada más fuera de su lugar.

—Pero... ¿quién puede haber hecho esto? —María seguía absorta sin dar crédito a lo que sus ojos veían—. Esto es... inaudito. ¡Increíble!

Juan pensaba. La idea de una enorme rata o un gato carecía de todo fundamento. La presencia de la gasolina, sin además verse por allí ninguna lata, demostraba que aquello sólo podía ser obra de una mano humana.

El campo de bolos fue estrenado aquella soleada mañana de Navidad. El conde de Weymand, experto conocedor del juego, intentaba poner al corriente del mismo a don Alejandro.

—Querido amigo, tienes que relajar más el cuerpo para lanzar la bola. La posición de las piernas también es importante. —El conde intentaba que su amigo adquiriera mayor habilidad en el juego.

—Edward, te aseguro que antes de que vuelvas a Londres, ya sé jugar mejor que tú.

—¡Oh! Eso sería un gran milagro, viendo los resultados obtenidos hasta ahora —dijo el conde, y ambos hombres rieron.

Doña Angustias llegaba en ese momento acompañada de la condesa.

—Edward, no me digas que no es maravilloso gozar de este sol tan magnífico en pleno invierno —comentó la condesa al tiempo que alzaba los brazos hacia el cielo—. ¡Qué falta tengo de este sol!

—Mónica, creo que deberíais pensar en volver a España. O, por lo menos, adquirir una propiedad y pasar en ella largas temporadas. Aunque también tenéis mi casa, y ya sabes lo que nos agrada teneros aquí. ¿No es cierto, Alejandro?

Tras una cortés como corta respuesta de su marido, que seguía muy atento a las explicaciones del conde, las dos mujeres continuaron su paseo por el jardín, gozando de la espléndida mañana navideña.

—Da gusto ver lo bien cuidados que tienes estos parterres, Angustias. Son magníficos. —La condesa de Weymand, gran amante de la jardinería, gozaba a cada paso que daba por el extenso y bien cuidado parque de los Navas—. ¡Oh! —señaló con la mano extendida—, aquellas son Siemprevivas crasuláceas. Cuántos años hace que no las veía. Recuerdo cómo adornaban el pequeño jardín de mis padres en Valencia. —Y, dando un suspiro, se agachó hacia un manojito de la verde planta—. Son preciosas con estos contornos en forma de flor. Lástima que en Londres no se den bien esta clase de plantas, allí el terreno es muy húmedo —terminó con notorio desagrado.

—Sí, aquí el clima es mucho más apropiado para la abundancia en plantas y flores. Aunque debes reconocer que la campiña inglesa es maravillosa, sobre todo en primavera, además tienen un césped de un verdor sublime.

—Claro, porque lo cuidan mucho. Eso sí que no lo voy a negar, los ingleses son muy amantes de las plantas y cuidan mucho sus jardines —concluyó la condesa moviendo la cabeza para dar mayor realce a sus palabras.

Mientras observaba las crasuláceas, se produjo un silencio, y, al levantar la vista, la condesa contempló cómo doña Angustias mantenía un rostro serio y preocupado. Era fácil deducir que en ese momento el pensamiento de su amiga estaba lejos de allí.

—Angustias, ¿ocurre algo? Te veo toda la mañana como ausente. ¿Qué es lo que te preocupa? Sabes que puedes contar conmigo para todo, querida.

—Sí, tienes razón. Estoy preocupada, Mónica. Ven, vamos a sentarnos un momento en aquel banco.

Ambas amigas se dirigieron hacia un banco de piedra con respaldo de hierro pintado que brillaba bajo los rayos de sol.

—Están ocurriendo cosas muy extrañas en la casa. Ayer mismo, por la mañana, mientras preparábamos las cosas para la cena de Nochebuena, se dio cuenta el mozo de comedor de que faltaban platos de la vajilla china. No uno ni dos, faltaban cinco platos hondos y cinco de postre. Se buscó por todos

lados, pero no aparecieron.

—Bueno, mujer..., pueden haberse extraviado. Si no la usáis mucho, se cambiarían esos platos de lugar por cualquier circunstancia que ahora ya no se recuerda. Aparecerán en cualquier momento.

—Sí, eso mismo di por pensado. Mandé cesar la búsqueda, y ya tenía el caso olvidado cuando esta mañana, María, la cocinera, descubrió que en la despensa había roto un saco de azúcar con todo su contenido esparcido por el suelo, pero lo más grave y extraño de todo es que el azúcar estaba empapado en gasolina.

La condesa de Weymand miró a su amiga con gesto de auténtica sorpresa.

—¿Has dicho... gasolina? —Tal vez no había oído bien.

—Sí, el olor era inconfundible. No podemos pensar, por eso, que el estropicio haya sido obra de un animal, una rata o un gato... Es obra de un ser humano.

—De un loco —añadió la condesa—. Sólo un majareta hace algo así. ¿No había ninguna lata de gasolina cerca?

—No. Buscaron por la zona, pero no hallaron nada. Sólo hay latas de gasolina en la cochera. Quien lo hiciera tuvo que sacar de allí la gasolina y dejarla de nuevo en su sitio cuando terminó.

Los tres hijos del matrimonio junto con sus dos primos y Leopoldo, el marido de Amelia, conversaban sentados en los cómodos divanes de la espaciosa terraza cubierta del ala este. El sol del mediodía calentaba el lugar, y los jóvenes disfrutaban de la plácida mañana. En aquel momento hacía uso de la palabra Tomás, el sobrino de don Alejandro.

—Teníais que ver los últimos modelos de la casa Ferrari. Son como bólidos, llegan a alcanzar los 260 kilómetros por hora. Y no veáis los nuevos modelos para el 57. Los van a llamar Testa Rossa, aunque estos deportivos me figuro que serán para la Scuderia Ferrari y no para los equipos privados.

—Pues a mí me gustan los modelos que ha sacado la Hispano Suiza para 1957 —comentó Andrés, el nieto más joven de la marquesa de Navas—, pero son inalcanzables.

—Son más caros los Ferrari, seguro —intervino Luis—, pero, claro, a vosotros eso os dará igual, con el fortunón que tiene vuestra familia...

—Oye, no te quejarás tú de ser un mendigo —soltó Laura con rapidez—. Mis padres no tienen una mansión como esta, que parece un palacio. Anda que no se necesita dinero para mantener todo esto. Tu abuela debe de ser una de las mujeres más acaudaladas de España.

—Yo tampoco pongo eso en duda —prosiguió Luis—, pero tú lo has dicho: mi abuela, y para de contar. El resto vivimos casi de las migajas que reparte.

—Luis, tampoco es eso, venga..., no exageres. —Su hermana Amelia le corrigió con cariñoso reproche—. Sí que es cierto que la abuela es muy peculiar y administra su fortuna como quiere, pero no podemos quejarnos.

—¿Que no podemos quejarnos? —le cortó su hermano muy alterado—. ¡Ja! Eso sí que tiene gracia. Es una usurera, y si algo da es porque le gusta mantener el estatus social de la familia. El orgullo de los Navas está por encima de todo, eso sí que lo mantiene... Pero ¿para qué demonios quiere toda esa inmensa fortuna si ella no la puede disfrutar desde hace años?

—Luis, baja la voz —le indicó su hermana en ese momento con semblante muy serio—, estás diciendo tonterías, y no me gustaría que mamá pudiera llegar a oírte.

—Siempre es lo mismo. Todos os quejáis por lo bajo, tú la primera —acusó a su hermana mirándola fijamente—, pero ninguno de vosotros quiere hacer frente al problema.

—Para mí la abuela no es un problema. —Los otros dos hermanos miraron a Andrés con asombro. El más pequeño de los Navas nunca solía pronunciarse en las discusiones sobre la abuela—. Nunca nos faltó de nada —prosiguió—. Yo disfruto de una buena renta que me permite estudiar y vivir con holgura. Y, sin entrar en detalles, creo que a vosotros tampoco os ha ido tan mal. No la puedo tener un gran cariño porque nunca se prodigó en ser cariñosa conmigo, pero la respeto y..., en cierto modo, la quiero.

Todos se quedaron callados, sin saber bien qué decir, pero la tensión comenzaba a ser latente.

—Bueno, chicos, dejad a la abuela en paz y vamos a dar una vuelta por el jardín antes de comer. —Laura rompió el silencio con tono alegre, evitando así una discusión entre los hermanos que no le hubiera resultado nada agradable—. ¿Y si jugamos al pañuelo? ¿Os acordáis cuando éramos pequeños lo que nos reíamos con ese juego?

Después de comer pasaron todos a la espaciosa sala de fumar, que también hacía de biblioteca. Las grandes vitrinas de cristal guardaban tras ellos gran cantidad de libros. Se les veía muy animados, y aún más cuando a la condesa de Weymand se le ocurrió amenizar la sobremesa recordando canciones de su juventud. No pasó mucho tiempo para que, entre risas, se le unieran doña Angustias y su marido. Los jóvenes participaban a su modo, haciendo gestos e intentando emular a cantantes de la época.

Juan, mientras tanto, iba recogiendo los servicios del almuerzo. Durante la comida, había estado observando con mayor detenimiento los rostros y gestos de los comensales; ahora, evocaba mentalmente ese recuerdo. La condesa de Weymand le parecía un poco bobalicona, con una cabellera rubia llena de rizos y esa manera suya de mover el cuello como si fuera una gallina. Sonrió al recordar la forma en que se reía y pensó que tenía una risa parecida a la del hermano Bartolomé que, cuando se reía, hasta las moscas desaparecían de su lado. Sin embargo, su marido, el conde, tenía un aspecto más imponente. Era alto, algo regordete y colorado, pero mantenía aires de gran señor. Su mente ahora recordó la cara de Laura, la sobrina del señor, y reconoció que era una mujer guapa, con unos grandes ojos verdes y una boca bien dibujada, cuyos rojos labios sonreían de forma muy bonita. Tomás, su hermano, tenía un semblante serio, aunque le había visto reír con frecuencia, y se había percatado de que entornaba bastante los ojos cuando miraba a alguien, lo que le daba a entender que posiblemente fuera corto de vista. Amelia, la hija de los señores, tenía gran parecido con su madre, alta y espigada, con el cabello

negro al igual que los ojos; le parecía una persona muy estirada, y esa forma que tenía de sonreír sin despegar los labios, no le gustaba nada. Luis, el hijo mayor, tampoco era muy de su agrado. Al contrario que su hermana, tenía el cabello de un rubio castaño, como su padre, y usaba gafas. Siempre estaba con el ceño fruncido y levantaba bastante la voz al hablar, lo que daba la sensación de que estuviera enfadado a todas horas. Andrés, el pequeño, era el más agradable de los tres hermanos. Alto y delgado, con el cabello negro y aquel flequillo que malamente dominaba; le caía muy simpático. Además, siempre que le servía, le daba las gracias y le sonreía. Cuando entraba en el comedor, le saludaba por su nombre, y cuando salía de él, hacía lo mismo. Sin lugar a dudas era el que mejor le caía de los tres hermanos. Por último, recordó a Leopoldo, el médico, esposo de Amelia, y reconoció que poco se había fijado en él. Apenas hablaba durante los almuerzos, tampoco le veía reír y pocas veces le saludaba. Su aspecto parecía ser el de un hombre severo y arrogante.

Acabó de recoger la mesa, echó un vistazo al reloj del aparador y vio que aún eran las cuatro, le quedaba tiempo hasta la merienda para dar una vuelta por el jardín ahora que todos estaban reunidos en la biblioteca. Buscaría a Pedro. Le gustaba charlar con el jardinero, se sentía muy a gusto con él. Al cruzar el vestíbulo, vio que doña Angustias descendía por la amplia escalinata.

—¡Juan! —llamó al verle—. Tengo que decirle algo. Acompañeme al salón azul, por favor.

Juan, mientras seguía a doña Angustias, trataba de recordar qué había hecho mal.

Sentada en uno de los sofás, cruzó las manos sobre el pecho, y miró a Juan, de pie frente a ella, con ojos indagadores. Al cabo de unos segundos —que fueron eternos para Juan—, se decidió a hablar.

—Joven, imagino que usted sabe que mi madre, la señora marquesa de Navas, está recogida en sus aposentos y en ellos hace su vida. —Hizo un inciso y Juan afirmó con un movimiento de cabeza—. Sí, supongo que le pondrían al corriente —añadió, y volvió a lanzarle una mirada indagadora—. Por alguna circunstancia, ¿ha conocido usted a mi madre?

Juan abrió los ojos como platos. No esperaba para nada aquella pregunta. Negó con prontitud. Doña Angustias pareció tomar aire antes de hablar.

—Está bien, joven, le explicaré. Mi madre, la señora marquesa, desea verle a usted en sus aposentos... ahora mismo.

Juan, que ya estaba nervioso, sintió ahora que le temblaban las piernas.

—¿A mí? Señora, puedo prometerle que yo nunca la he molestado —dijo con voz temblorosa.

—No se preocupe, Juan. Tal vez la enfermera le haya comentado algo y desee conocerle. No sienta ningún apuro. Seguro que sólo siente curiosidad.

En ese momento, Juan recordó que hacía unos días la marquesa le estaba observando desde la ventana de su dormitorio cuando estaba en el jardín. Rápidamente se lo hizo constar a doña Angustias.

—Está claro —afirmó con gesto de alivio—, eso quiere decir que le vio y desea conocerle. Le ruego que suba y, por favor, después póngame al corriente de cómo le ha ido.

Juan también se sintió más tranquilo, y, como le habían ordenado, se dispuso sin demora a acudir al encuentro de la marquesa de Navas.

Doña Angustias aún tardó un rato en abandonar el salón azul. Reflexionaba sobre la confesión que le había realizado el mozo de comedor. Aunque su madre afirmara tozudamente que no podía andar y se pasara el día bien en el lecho o en la silla de ruedas, muchos ya la habían visto de pie mirando por la ventana de su dormitorio. Tampoco le cuadraba el hecho de que quisiera conocer a uno de los sirvientes. Desde que se confinó en sus habitaciones, eran muchos los domésticos que habían desfilado por la mansión y jamás se había dado esta circunstancia. ¿Qué demonios tendría en mente? ¿Qué estaría tramando? Conociendo a su madre, no veía nada bueno en este proceder.

Bastante nervioso y con la boca seca, Juan golpeó suavemente con el puño la puerta que daba acceso a las habitaciones de la marquesa. No tardó en abrirse y asomar la elevada figura de Rosario, la enfermera. Poniéndose el dedo índice sobre la boca, le indicó que guardara silencio.

—Hola, Juan —saludó en voz muy baja—. La señora se ha quedado dormida. Creo que deberías volver más tarde. Ya te avisaré...

—¿Enfermera! ¿Con quién está cuchicheando? —Una voz grave de tono airado sonó desde el interior—. ¿Acaso no me oye? —La voz resonó con mayor fuerza.

Rosario agarró a Juan del brazo y casi lo introdujo de golpe en la sala.

—Perdón, señora marquesa —dijo elevando la voz—. Es Juan, el mozo de comedor. Creía que estaba usted dormida.

—Pues ya ve que no. Condúzcale al dormitorio —ordenó con imperiosa voz.

Al entrar en la alcoba, Juan observó que estaba en total penumbra y se

quedó parado en el umbral de la puerta.

—Descorra los cortinajes, enfermera. ¡Vamos! Y luego déjenos solos.

Rosario, rápidamente, abrió las pesadas cortinas y la luz de la tarde inundó la alcoba. Después, con la misma rapidez, abandonó la estancia.

Recostada sobre mullidos cojines blancos, una mujer de rostro decrepito, surcado de hondas arrugas, apenas llenaba la amplia cama. Sus grandes ojos verdes, un poco entornados, se clavaron en los ojos asustados de Juan, quien recordó la mirada que días atrás vio desde el jardín. Una redecilla de hilo cubría los casi ya blancos cabellos de la anciana, que estaban recogidos en un moño sobre la nuca, mientras que sus manos, largas y huesudas, descansaban una sobre la otra por encima del blanco y bordado embozo.

—Acérquese, joven. Así que se llama Juan. No consigo verle bien, póngase ahí, frente al ventanal.

Juan se situó sin demora donde le requería la marquesa. Mirando hacia él, ésta abrió más ampliamente los ojos al tiempo que apretaba los labios. Durante unos segundos se mantuvo así, observándole.

—¿Cuánto tiempo lleva a mi servicio? —preguntó de pronto.

—Po... poco más de un mes, señora marquesa —A Juan le fallaba la voz.

—¿Quién le dijo que viniera?

Esta pregunta dejó a Juan titubeante, sin saber bien qué responder. La anciana pareció darse cuenta.

—¿Vio el anuncio en algún sitio? ¿Se lo comentó alguien?

—No, no señora. Bueno, me trajo mi madrina.

La marquesa puso cara de sorpresa.

—¿Su madrina?

—Sí, doña Asunción es mi madrina. —Juan sintió que comenzaba a sudar. Aquella mujer le intimidaba sobremanera. Todo lo que había oído sobre ella más los terribles episodios que había originado desde que él entró en la mansión no ayudaban a mantenerle tranquilo.

—¿Asunción Alcázar, la amiga de mi hija Angustias? —La marquesa dejó caer la pregunta con aparente aire de perplejidad.

Antes de hablar, Juan tragó la poca saliva que le quedaba.

—Sí, así es. Fue ella quien me trajo.

—Está bien. Da igual. Ahora, acérquese un poco más.

Juan dio un par de pasos y se quedó colocado a un metro de la cama. Mantenía la cabeza gacha, pero, ante el silencio de la anciana, levantó la vista con timidez; sorprendido, le pareció ver que la marquesa sonreía. Sólo fue un

instante, un segundo, luego, volvió a mostrarle un rostro seco y ceñudo.

—No parece mal chico —dijo—. Ahora retírese y dígame a mi hija que deseo que sea usted quien me sirva el almuerzo, la merienda y la cena. El desayuno que me lo siga sirviendo la tonta de la enfermera. ¿Lo tiene claro?

Juan, entre sorprendido y angustiado, sólo se atrevió a mover la cabeza en señal de asentimiento. Se empezaba a retirar cuando la anciana marquesa le requirió de nuevo.

—Espere un momento, joven. Antes de salir, colóqueme las almohadas y corra de nuevo las cortinas. Deseo dormir un rato.

Sin demora, echó las cortinas como le indicó la marquesa, ordenó y mulló los cojines hasta que quedaron a placer de ella, y, ante el movimiento de su brazo que hacía ademán de despedirle, abandonó la estancia con un extraño sentimiento de congoja y satisfacción.

Habían dado las cinco de la tarde y doña Julia saboreaba la taza de aromático té que acababa de servirle María.

—No termino de darle vueltas, María, y por mucho que pienso, no llego a comprender cómo han podido pasar estas cosas. Si la desaparición de parte de la vajilla es asombrosa, lo del azúcar ya es de locos.

—Qué quiere usted que le diga, doña Julia. Yo ya he pensado de todo, hasta me duele la cabeza de tanto darle vueltas al molino. —María, sentada al otro lado de la mesa, pelaba con destreza un buen montón de judías verdes. ¿Me creerá si le digo que he pensado en Rosa?

—¿Rosa? —El ama de llaves, extrañada, miró a la cocinera con las cejas arqueadas.

—Sí..., mujer, aquella doncella que estuvo sólo tres semanas antes de que entrara Isabel. Era una chica muy bruta y muy descarada.

Doña Julia hacía esfuerzos por recordar.

—Ahora la recuerdo. Una joven muy deslenguada que fue despedida por la señora. Menudo genio tenía...

—Una sinvergüenza —remató María—. Lo peor es que cuando se marchó juró que nos acordaríamos. Y eso es lo que me tiene mosqueada. Esa fue capaz de esconder los platos o tirarlos a la basura.

Doña Julia abrió ampliamente los ojos.

—¿Usted cree eso posible?

—¡Huy! No me extrañaría, esa tipeja era muy capaz.

—Pero, aunque fuera así, cómo explicamos lo del azúcar. Eso ha sido en estos días.

María meneó la cabeza pensativa pero sin dejar de mondar las judías. Repentinamente, paró y posó la mano que sujetaba el cuchillo sobre la mesa.

—Vamos a ver —dijo entornando lo ojos—. Detrás de la cocina está la despensa, y al fondo del corredor está la puerta que da al jardín. Ambas puertas tienen la cerradura abierta durante el día, usted lo sabe mejor que nadie. Pudo entrar sin ser vista, desparramar el azúcar, verter la gasolina encima y escapar sin que ninguna la viéramos.

Doña Julia, con la taza de té en vilo, se había quedado pasmada escuchando la disertación detectivesca de la cocinera. Volvió a dejar la taza sobre el plato y la miró todavía más sorprendida.

—Pero ¿me está usted hablando en serio?

—¡Pues claro! Ande... ¿es que no pudo ser como digo?

En ese preciso momento Juan entró en la cocina, pero doña Julia no se percató de ello.

—María, ¡por Dios! Eso no deja de ser una locura. Lo que usted dice sólo ocurre en las películas... y de las malas —Y se acabó de beber el té.

—¿Dónde está el señor Jaime? —preguntó Juan.

—¡Ah! No le había visto, Juan —dijo doña Julia—. Creo que andaba con el jardinero, arreglando algo en la cochera, ¿por qué?

—Me ha dicho la señora que le informe de que a partir de esta tarde debo ser yo quien le suba las comidas a la señora marquesa, a excepción del desayuno.

Boquiabiertas, las dos mujeres miraron a Juan. La primera en reaccionar fue la cocinera.

—Pero ¿qué está pasando en esta casa?

—¿Le ha dado esa orden doña Angustias? —preguntó doña Julia sin salir de su asombro.

—No. Bueno, sí, ella me dijo que le informara al señor Jaime, pero la orden directa me la dio a mí la señora marquesa directamente

—¿La marquesa? —atónitas, ambas mujeres preguntaron al unísono.

Juan, pícaramente, sonrió un poco. Sabía que decirlo iba a producir su asombro.

—Pues sí —aclaró—. Esta tarde me dijo doña Angustias que su madre quería verme. Subí un poco..., bueno, bastante asustado, y al verme eso fue lo que me dijo.

Doña Julia le miraba con el ceño fruncido.

—¿Sólo te llamó para eso? Podía habérselo dicho a su enfermera.

—Bueno, eso fue al final. Primero me preguntó cuánto tiempo llevaba en la casa y cómo supe del trabajo. Una vez que le informé, dijo que le parecía buen chico y que a partir de ahora le subiera yo la comida, la merienda y la cena. Todo menos el desayuno, que seguiría sirviéndoselo la enfermera.

Doña Julia continuaba con el ceño fruncido, la cocinera, por su parte, había comenzado a recoger las mondas de las judías con la ayuda de su mandil. De pronto, en el tablero de timbres, sonó la campanilla que correspondía al dormitorio de la marquesa, y los tres miraron extrañados hacia ella. Generalmente, no sonaba nunca, pues la enfermera se encargaba personalmente de cualquier petición. Fue Juan quien comprendió la llamada.

—Seguramente esté pidiendo que le suba la merienda —dijo muy solemne, y las dos mujeres se miraron todavía perplejas.

Jaime, mientras iba preparando la mesa para la cena, pensaba sorprendido en lo que le había acaecido a Juan con la anciana marquesa. En todo el tiempo que llevaba recluida en sus aposentos, nunca requirió de sus servicios ni de los del resto del personal; sólo era atendida por su enfermera. ¿Qué porras le había dado para querer ser atendida por el mozo de comedor? Encima, ahora, que había una persona menos en el servicio. Como la marquesa solía cenar siempre un poco antes que el resto de la familia, había tenido que poner él la mesa, con lo cansado que estaba, pero le reconfortó pensar que luego ya estaría Juan dispuesto para serviles y sintió cierto alivio en las piernas, que ya últimamente las notaba cargadas al final del día. Doña Angustias entró en el comedor.

—Jaime, de los platos de la vajilla no sabemos nada, ¿verdad? —preguntó con un tono de voz entristecido.

—No, señora. Se ha buscado por toda la casa y no hay rastro de ellos.

—¿Qué piensa usted, Jaime?, ¿supone que los hayan robado?

—No sabría qué decirle. Hay cosas de mucho valor en esta casa, señora, y...

Un repentino apagón eléctrico dejó sin habla al mayordomo.

—¡Dios Santo! ¡Se ha ido la luz! —gritó doña Angustias.

—No se alarme, señora, ni se mueva de donde está. Voy a coger un candelabro del aparador.

A pesar de la total oscuridad, Jaime reconocía perfectamente el comedor, y mentalmente se iba situando. Avanzó despacio hacia el aparador y, sin apenas tropezar, llegó hasta él y logró alcanzar uno de los candelabros. Del bolsillo de su chaqueta sacó un mechero de gasolina y fue encendiendo las cinco velas del candelabro. Doña Angustias se acercó al mayordomo, quien comprobó al mirarla bajo la luz de las velas lo asustada que estaba. Juan entró en ese momento en el comedor portando un candil.

—Buenas noches, señora —saludó al entrar, y luego se dirigió al mayordomo—. Señor Jaime, dice María que le acompañe al sótano para ver los fusibles.

—Juan, ¿no estaba usted con mi madre? —le preguntó doña Angustias.

—Hace diez minutos que la he dejado. Se quedó la enfermera leyéndole un libro.

—Por favor, acuda enseguida a su dormitorio y llévele unas velas. Alguna

habrá allí, pero lleve alguna más por si el apagón fuera largo. Algunas veces nos hemos quedado sin luz toda la noche.

Juan miró al mayordomo algo indeciso.

—¿No oyes a la señora? Vamos, acude con el candil, luego yo iré por la cocina a coger otro y me acercaré al sótano.

Juan ya se iba cuando cayó en la cuenta de que no sabía dónde encontrar velas.

—En la primera planta, al fondo del pasillo del ala derecha, hay un gran arcón. Allí encontrará velas y candelabros —le respondió con premura doña Angustias—. Traiga todos los que pueda. —E inmediatamente después de darle esta orden, la señora siguió a Jaime, quien, con otro candelabro, iba hacia el salón de juegos, donde seguramente estaban los demás.

Como le había dicho su señora, al fondo del pasillo, Juan encontró el arcón. Era de amplias dimensiones. Todo él de madera tallada, muy ennegrecida, pero lustrosa. Nunca había reparado en él, aunque, a decir verdad, pocas veces había pasado por aquella parte de la casa. Dejó el candil en el suelo, cerca, para alumbrarse bien, y abrió la pesada tapa hasta que ésta se apoyó contra la pared. Acercó el candil y vislumbró una buena cantidad de objetos. Enseguida distinguió los brazos de lo que parecían ser unos candelabros medio ocultos por un gran búcaro de porcelana. Separó el búcaro hacia un lado y pudo ir extrayendo los candelabros. En total eran tres. Dos de cinco brazos y el otro de seis. No tenían puestas las velas, así que ahora siguió revolviendo dentro del arcón para dar con ellas. Una cartera de cuero bastante vieja cubría una serie de objetos de escritorio, parecían de cristal. Con cuidado los echó a un lado y siguió palpando hasta dar con lo que parecía ser un tejido grueso que sin duda envolvía algo. Quiso alzarlo, pero pesaba bastante. Como no veía bien, tomó el candil y lo colocó dentro del baúl con cuidado, en la otra parte, para que le llegara mejor su luz. Pudo comprobar, entonces, que aquel bulto llegaba hasta el fondo. «Seguro que son las velas», pensó. Dejando espacio a los lados para introducir los dos brazos, consiguió engancharlo por debajo y sacarlo. Al dejarlo sobre el suelo, calculó que debería haber un montón de velas dentro para pesar tanto, pero al separar la gruesa tela, sus ojos se agrandaron: eran platos. Sólo le hicieron falta tres segundos para reconocerlos. Aquellos platos eran iguales a los de la vajilla china.

La casa tardó dos horas en volver a tener luz eléctrica. La reparación apenas supuso media hora en llevarse a cabo, cosa que realizó Pedro, el

jardinero, con la ayuda de Jaime; sin embargo, dar con la avería les llevó mucho tiempo. Ahora, ambos, comentaban tal hecho en la cocina.

—No hay duda —decía convencido el jardinero—, los cables fueron sesgados de forma limpia.

—¿Quiere decir que alguien tuvo que hacerlo a propósito? —preguntó doña Julia.

—Exactamente. Llevo mucho tiempo arreglando cables y estos estaban cortados a la altura del primer piso y, como dije, de una forma muy limpia.

—Entonces, quien lo hizo sabía que esos cables corresponden a la acometida general. —La observación de Carmen, la doncella, hizo que todos clavaran los ojos en ella.

—¡Dios mío...! —exclamó María—, pero ¿quién puede estar detrás de todo esto?

Las palabras de la cocinera hicieron que el resto guardara un momentáneo silencio, tal vez porque ninguno de ellos sabía bien qué decir.

—Está bien —dijo Jaime levantándose de golpe—, voy a comunicarles la incidencia a los señores.

Pero no fue necesario, en ese preciso instante, doña Angustias entraba seguida de Juan en la cocina. Éste portaba el candil, ya apagado, y uno de los candelabros sin velas.

—Celebro que estén todos aquí —comentó la señora con una leve sonrisa—, y que todos estén bien. Ya veo que gracias a Dios dieron con la avería eléctrica —le dijo a los dos hombres—. Y yo vengo a darles otra buena noticia: han aparecido los platos que faltaban de la vajilla china.

Se oyeron algunas exclamaciones. María cruzó los manos sobre el pecho y levantó la vista hacia el techo.

—¡Gracias a la Virgen que escuchó mis plegarias!

—Sí —afirmó doña Angustias—, y a Juan que fue quien los encontró.

Todos los ojos se clavaron en él.

—Jaime, ¿recuerda que mandamos a Juan a por los candelabros y las velas?

—Claro que lo recuerdo, señora —repuso el mayordomo expectante.

—Pues bien, al buscar en el arcón, encontró en su interior los platos envueltos en una tela.

—Pero ¿quién los guardó allí? —preguntó doña Julia muy sorprendida.

—Más bien diga, quién los escondió allí —corrigió doña Angustias—, porque no hay duda de que el arcón era un lugar de escondite. Y ahora, sólo

nos falta saber quién lo hizo y por qué. —Estas últimas palabras las pronunció en un tono seco que parecía ser señalador.

—Señora, no estará pensando que pudo haber sido alguno de nosotros.

—Mire usted, doña Julia, yo no pienso nada, pero es de lógica que tiene que haber sido alguien que está dentro de esta casa.

Nadie hizo comentario alguno hasta que Jaime carraspeó y dijo:

—Señora, en este punto, creo que debería saber algo más sobre el incidente eléctrico de esta noche. Justo iba a subir a ponerles al corriente cuando apareció usted en la cocina.

Doña Angustias interrogó al mayordomo con la mirada, entonces Jaime le puso al corriente del motivo del apagón.

Aquella noche, la hija de la marquesa de Navas apenas pudo conciliar el sueño. No se daba tregua pensando y dando vueltas a los acontecimientos que desde hacía dos días estaban alterando la vida de la casa y, por ende, la de sus habitantes. Por mucho que meditaba no podía darle una explicación a tanto desatino. No había duda de que detrás de todo se hallaba la sombra de una mano, pero... ¿la mano de quién? Eran detalles pueriles, pero tal vez por eso y por su rápida continuidad en el tiempo, se iban volviendo lamentablemente gravosos. En aquel momento, el miedo al *qué vendrá ahora* la mantenía en un verdadero estado de angustia, y no porque ella fuera melindrosa, sino porque el apagón provocado durante la noche había sido lo suficientemente grave como para temer un todavía peor suceso. Había decidido no comentar nada a su marido sobre el sabotaje de la luz, no quería preocuparle, y más teniendo la casa con invitados. Ojalá que no hubiera ningún otro percance hasta pasadas las fiestas de Navidad. Sólo pensar en ello le causaba escalofríos.

La mañana, como desde hacía tres días, volvía a ser espléndida. Un sol radiante brillaba dando esplendor al jardín, y don Alejandro disputaba, frente al conde de Weymand, una nueva partida de bolos.

—¡Bravo! —chilló el conde ante la jugada del anfitrión que, de una sola tirada, había derribado todos los bolos—. Alejandro, ya eres un *true expert*.

—Ja, ja, ja —reía el halagado contrincante—. Ha sido pura suerte, y no creo que me dure mucho tiempo.

Desde la terraza cubierta de la primera planta, Amelia y Laura observaban la partida.

—Al final no habrá quién aguante a mi padre como aprenda a jugar, y más ahora que tiene un campo de bolos en el jardín —comentó Amelia con una

sonrisa.

—Es un juego muy adictivo —dijo Laura—. Lo que me extraña es que lo practique Edward, pues no es muy común en Inglaterra jugar a este deporte. Allí suelen jugar a los bolos en hierba y es distinto a esta modalidad.

—Lo aprendería cuando estuvo en España, antes de la guerra —imaginó Amelia—. Vivió varios años aquí, sobre todo en Valencia, o eso tengo oído a mis padres. Vamos a ver qué tal llevan los chicos la partida de mus, y, de paso, nos bebemos unos vermut. ¿Te parece?

Ambas jóvenes abandonaron la terraza y se dirigieron risueñas hacia la sala de juegos.

En el saloncito rojo, la condesa de Weymand reía viendo las viejas fotos del álbum que su amiga le había entregado.

—¡Por Dios, Angustias! ¿Cómo puedes conservar esta foto? ¡Estamos horribles! Yo ni me acordaba de ella. Ja, ja, ja... ¡Qué lazos tan horribles! ¿Y tus zapatos? Ja, ja, ja... Me parto de risa. Mira esta donde... Angustias, ¿estás bien?

—¡Ah! Perdona, estaba distraída. Lo siento.

—Llevas toda la mañana como ausente, sé que intentas disimularlo, pero, querida, te conozco hace muchos años. ¿Qué sucede ahora?

—No es nada, de verdad. Me he levantado con una jaqueca horrible. Lamento ser una compañía tan aburrida esta mañana. Mira, vamos a hacer una cosa, como aún queda una larga hora para el almuerzo, qué te parece si nos acercamos a la charca. Hace una mañana estupenda, y a mí me vendría bien para despejar un poco este dolor de cabeza.

La condesa no puso ningún reparo, y ambas mujeres, después de ponerse una prenda de abrigo, salieron decididas de la mansión. En su camino se encontraron con el ama de llaves, que se encontraba cortando unas rosas de invierno, y le avisaron de que iban a dar un paseo hasta la charca.

A la una en punto de la tarde, Juan, portando una bandeja, llamaba a la puerta del dormitorio de la marquesa de Navas. A los pocos segundos, Rosario abrió la puerta.

—Pasa, Juan. Ya te está esperando —le dijo en voz baja.

Recostada sobre un número indeterminado de almohadas y cojines, la marquesa de Navas contemplaba a Juan en silencio mientras se acercaba a la cama.

—Almorzar a la una de la tarde es más saludable que hacerlo a las dos o a las tres, ¿no le parece, joven?

—Sin duda, señora marquesa —repuso Juan al tiempo que dejaba la bandeja sobre una mesa auxiliar y se acercaba para desplegar el mantel de hilo blanco sobre el embozo de la sábana.

—¿Me han hecho las pechugas con la crema de almendras que dije ayer?

—Sí, señora, y debe de estar muy bueno, porque huele de rechupete.

La forma de hablar tan natural en Juan, debió agradarle a la marquesa, pues sonrió levemente.

—Supongo que será verdad. Esta cocinera es una de las pocas cosas buenas que quedan en esta casa.

Juan, con bastante soltura, fue sirviendo la comida. Cuando terminó, pidió permiso para retirarse a la otra habitación, mientras almorzaba la marquesa.

—No, prefiero que te quedes aquí. Toma asiento en esa butaca.

Juan, así lo hizo. Se quedó sentado con las manos sobre las piernas y en respetuoso silencio. Mientras la anciana almorzaba, Juan observó que la redecilla que hoy recogía su pelo era distinta a la del día anterior, lo había notado porque ésta era de color azul marino y más tupida y hacía que el color de su pelo tuviera un tono más oscuro.

—¿Por qué diantres me miras tan reconcentrado? ¿Te acabas de dar cuenta de que soy vieja? —Esta salida no la esperaba y Juan se quedó desconcertado —. Acércate y sírveme un poco más de vino. Hoy estoy animada.

Juan, aunque trató de evitarlo, no pudo controlar el temblor de su mano cuando de nuevo le llenó la copa de vino. Le daba rabia parecer nervioso ante una anciana.

—Se debieron llevar un buen susto anoche cuando se fue la luz, ¿no?

—Sí, señora —repuso dejando de nuevo la jarra del vino sobre la mesita auxiliar—. Además duró mucho tiempo.

Juan creyó ver cómo los ojos le brillaban con mayor fuerza a la marquesa cuando le miró por encima de la copa de vino de la que tomaba un sorbo.

—Se le amargaría la cena a esa tropa de inútiles.

—Bueno, se distribuyeron candelabros en la mesa del comedor y pudieron cenar bien a pesar del apagón. Yo les pude servir la cena junto a la doncella sin problemas. Hasta podría decirse que se divirtieron.

La marquesa cambió de semblante, o eso le pareció a Juan, pues ahora le miraba con ojos chispeantes.

—¿Qué fue lo que provocó el apagón? —la voz de la anciana sonó ahora más bronca que de costumbre.

—Creo que unos cables... en el exterior. Estaban rotos... Bueno, gastados

—Juan, titubeaba, recordando la advertencia de doña Angustias de que no le contara nada a su madre—. Según dijo Pedro, el jardinero, eran muy viejos y por eso se rompieron —concluyó. Las sienes le latían con fuerza. Mentir siempre se le había dado muy mal.

La marquesa le miraba muy seria, con los ojos entornados y llameantes. Aquella mirada, tan fija en él, le produjo una gran zozobra y las piernas comenzaron a temblarle.

—Espero que no pienses siquiera por un instante que soy idiota. ¿Lo has entendido bien? Jamás trates de engañarme. Y ahora vuelve a sentarte en la butaca hasta que acabe de almorzar.

Las palabras que pronunció la marquesa de manera tan dura y agria y sin apartar su lacerante mirada de él habían dejado a Juan tembloroso y con la frente perlada de sudor.

La condesa de Weymand se arreglaba para la cena. Vestida con un elegante traje de terciopelo verde pino, bastante ceñido y con un generoso escote, daba vueltas ante el espejo de su alcoba. No había duda de que a pesar de haber engordado un par de kilos, el vestido le quedaba muy bien. Así es cómo se veía ella, y, gozosa, fue hacia la cómoda. El collar de esmeralda y brillantes que le había regalado Edward le iría maravillosamente bien con el vestido. Decidida y feliz, abrió el primer cajón. «Qué extraño —pensó—, juraría que lo había dejado aquí». Abrió el resto de los cajones de la cómoda, buscó en el interior del armario, miró en las mesitas de noche, revolvió dentro de la maleta, y todo ello sin ningún buen resultado. Angustiada y ya muy nerviosa, tuvo, finalmente, la plena certeza de que el estuche con el collar había desaparecido.

Muy agitada, la condesa de Weymand entró en el salón azul, donde encontró a doña Angustias hablando con el ama de llaves.

—¡Angustias, ha sucedido algo horrible! —exclamó con voz temblorosa al entrar.

—¡Mónica! ¿Qué pasa? —Las dos mujeres se volvieron y comprobaron la agitación de la condesa, que apenas podía respirar.

—¡No encuentro mi collar de esmeraldas! ¡Lo han robado! —volvió a exclamar, y se sentó en uno de los sofás y se tapó la cara con las manos.

—¿Robado? Pero, querida, qué estás diciendo; eso no es posible.

—He mirado por todo el dormitorio, no está. Me he tirado más de media hora buscándolo. Angustias, alguien me lo ha sustraído, ¡seguro! —concluyó sollozando con más fuerza

En la sala de juegos, don Alejandro y el conde de Weymand jugaban una partida de billar. Al oír el llanto se extrañaron, y, dejando los tacos sobre el tapiz de la mesa, fueron con rapidez hacia el salón azul.

—*My dear!* —exclamó el conde cuando vio a su mujer llorar sin consuelo —, ¿qué sucede?

—¡Ay, Edward! Qué disgusto... —dijo la condesa entre sollozos. El conde se sentó junto a su mujer y la abrazó.

—Dice que no encuentra el collar de esmeralda que le regalaste —le aclaró doña Angustias.

En ese mismo instante, el ama de llaves entraba con un vaso de agua.

—Pero, cielito..., ya aparecerá.

—No, Edward, no lo entiendes. ¡Lo han robado!

Mientras la condesa bebía el agua, el conde de Weymand interrogó con la mirada a doña Angustias.

—Bajó hace un momento, muy angustiada, diciendo que no encontraba el collar por ninguna parte. No puedo decirte más, Edward —se explicaba ésta, cada vez más inquieta.

Poco a poco la condesa fue recobrando la serenidad. Ya más tranquila, y viéndose arropada por su esposo, refirió con detalle el rastreo que había realizado buscando el collar.

—De acuerdo, miraste en todos los sitios posibles, pero habrá que realizar una búsqueda más a fondo, y si no aparece, habrá que poner el asunto en manos de la policía.

Esta advertencia, llevada a cabo por don Alejandro, hizo que su esposa lanzase una exclamación. Después de unos días de auténtica pesadilla, sólo faltaba tener ahora a la policía investigando en su casa un posible robo. Por un momento pensó si no estaría soñando.

—¡Dios mío, Mónica!, seguro que aparece. Revolveremos toda la casa si es preciso —dijo con toda sinceridad doña Angustias; todo antes de ver a la policía allí.

Un taconeo apresurado comenzó a oírse con fuerza a medida que se acercaba al salón azul. A los pocos segundos, Rosario, la enfermera, entraba casi corriendo y muy sofocada. Doña Angustias se estremeció.

—¿Le ha pasado algo a mi madre, Rosario? —preguntó con temor.

—No, no, señora, por eso puede estar tranquila. Quería enseñarle algo que he encontrado y que he creído que debía entregarle cuanto antes.

Sacó las manos que mantenía escondidas bajo su blanco delantal y mostró

un estuche de terciopelo verde. La condesa de Weymand lanzó al verlo un agudo grito.

—¡Dios mío! ¡Es mi collar! —exclamó, y con rapidez se levantó y se acercó a Rosario para arrebatárselo de sus manos. Al abrirlo, todos pudieron admirar el resplandor de las fantásticas gemas.

—¿Dónde lo ha encontrado, Rosario? —preguntó don Alejandro, sintiendo como el aire parecía llegarle de nuevo a los pulmones.

La enfermera titubeó, parecía que le costase hablar.

—Hable sin ningún temor —insistió de nuevo ante la indecisión de la enfermera.

—Señor, siento decirle que lo he encontrado en el dormitorio de la señora marquesa.

Doña Angustias abrió mucho los ojos.

—¿Está usted diciendo que lo tenía mi madre? —preguntó sin podérselo creer.

—Lo lamento, señora, pero así es. Lo he encontrado debajo de una de las almohadas. Como la señora marquesa se encontraba en el baño, quise aprovechar que la cama estaba vacía para arreglarla un poco antes de que el mozo de comedor subiera con la cena, y fue entonces cuando lo vi.

Al sentir que se le agrupaba la sangre en las sienes, la hija de la marquesa tuvo que sentarse con rapidez. La enfermera acudió solícita a atenderla.

—No se preocupe, Rosario, estoy bien, ha sido un pequeño mareo.

—Querida, estás muy pálida... —La condesa miraba a su amiga con el temor reflejado en sus ojos—. Deberías echarte un rato.

—Tiene razón Mónica, ¿por qué no subes a reposar un poco? —insistió también don Alejandro—. Te vendría bien.

Doña Angustias sonrió levemente.

—Os repito que estoy bien —volvió a afirmar, y, al hacerlo, sus ojos se pararon en la figura de Juan, que portaba una bandeja cubierta con un paño blanco, y que, en ese momento, atravesaba por delante de la puerta del salón azul.

—¡Juan! ¡Juan! —chilló de repente doña Angustias ante la sorpresa de todos.

Al oír vocear su nombre, Juan se paró en seco y miró hacia el interior del salón. Doña Angustias se había levantado del sofá y con paso decidido se acercaba a él.

—¿Es la cena de mi madre? —quiso saber con voz muy firme.

—Así es, señora. Ha llamado hace un momento para que se la suba.

—Deme la bandeja, hoy se la voy a subir yo.

Juan no comprendía, y, muy sorprendido, mostraba indecisión. Don Alejandro, detrás de su esposa, observaba la escena.

—Querida, no creo que debas subir ahora... Tal vez después de que cene sea más apropiado.

Su mujer, con los labios contraídos, le lanzó una mirada de firmeza.

—¿Alguna vez ha tenido mi madre miramientos hacia otra persona que no fuera ella misma? Juan, deme la bandeja y retírese.

Ninguno se atrevió a contradecir sus palabras. Decidida, segura de sí misma y ante la mirada atónita de los presentes, doña Angustias recogió la bandeja que le pasó Juan y fue derecha hacia los aposentos de su madre.

Cuando entró en el dormitorio, la marquesa de Navas leía un libro. Levantó la vista y, al ver a su hija, sólo hizo un mohín de desagrado. Doña Angustias posó la bandeja sobre la mesa auxiliar, y, con los brazos extendidos y las manos cruzadas sobre la falda, miró inquisitiva a su madre.

—¿Ya no te quedan criados para que tengas que subirme tú la cena? —La ironía de la marquesa parecía no causar efecto en su hija, que la seguía mirando imperturbable—. Deja de mirarme con esa cara de fiscal; si piensas que te tengo miedo...

—¿Tan bajo has caído que ahora te dedicas a robar? O acaso es que te has vuelto loca del todo.

La anciana marquesa miraba a su hija fijamente, el trato que últimamente recibía de ella no dejaba de causarle asombro. Desde niña siempre la vio como un ser muy dócil y quebradizo, que nunca pronunciaba una palabra más alta que otra. Inteligente y culta; sin embargo, poseía un carácter débil que le hacía ser fácil de manejar. Ahora, por el contrario, de un tiempo a esta parte, la notaba fría y sarcástica, incluso le hacía frente, cosa que antes jamás había ocurrido.

—Ahora comprendo por qué esa zafia de enfermera se marchó tan de súbito —expuso con tono irónico—. No debí esconderlo bajo las almohadas. Porque supongo que tu cara de acelga se debe a ese horrible collar, ¿no? Espero que ya lo hubiera echado en falta esa estúpida gorda, no le perdonaría a la enfermera que me estropeará la función. Menudo patatús que ha debido de darle. —Soltó una carcajada—. No sé cómo puedes juntarte con gente tan baja por mucho dinero que tenga, claro que en ti no me extraña nada, eres tan pueril y tonta...

Doña Angustias sintió como si una nube negra cubriera la alcoba, y un sentimiento distinto al de pena o tristeza, que hasta ahora era el que le causaba su madre, comenzó a anidar con fuerza en su corazón.

—Cómo puedes ser así, tan... retorcida y desalmada. Te complaces en humillarme, pero ahora ya no me causan dolor tus palabras. Te has convertido en una anciana atormentada y cruel a la que todos temen tanto como odian. Sólo te queda el dinero, y pídele a Dios que éste no acabe dejándote sin alma.

Agarradas fuertemente a la colcha de la cama, las manos de la marquesa de Navas mostraban unos picudos nudillos sin sangre.

—¡Bandada de buitres! Eso es lo que sois todos vosotros. Acechando, esperando como carroñeros a que me muera. Tus hijos: unos inútiles gorriones; tu marido: un ser anodino que nunca pasó de ser un pobre pelele; tú misma: una ridícula boba sin sangre ni coraje... Estúpida... Lerda... ¿Cómo te atreves a espolearme y zaherirme? Tú, cuando gracias a mí disfrutas de lo que nunca ganaste. ¡Sal de mi alcoba y no vuelvas a entrar nunca más en ella hasta que te digan que prepares mi mortaja! ¡Fuera!

La marquesa de Navas, furibunda y amenazadora, lanzó a su hija el libro que tenía sobre la cama y le golpeó en los pies. Doña Angustias, sobrecogida y asustada, con los ojos empapados en lágrimas, abandonó la habitación.

Doña Angustias había pedido a la enfermera y al ama de llaves que no comentaran con el resto del servicio el triste asunto del collar de la condesa de Weymand. Tampoco ella había hablado ni tan siquiera con su marido de la horrible conversación que había mantenido con su madre. Se disculpó como pudo ante su amiga Mónica sin poder explicarle qué llevó a la marquesa a cometer tal desatino, ya que le era imposible contar la verdad, así que la enajenación momentánea fue la excusa que mejor encontró. Tampoco la condesa insistió en ello, tanto ella como el conde fueron muy comprensivos. Aunque había buena sintonía, los sucesivos acontecimientos de los días anteriores cubrían el ambiente de un cierto halo de tristeza. Tantos los hijos como los sobrinos de don Alejandro, tampoco fueron puestos al corriente del asunto del collar, pues la tarde anterior se encontraban en Aranjuez y llegaron tarde. Pensaron que sería lo mejor dada la singularidad del caso, que sólo exponía abiertamente el supuesto estado de locura de la marquesa. De todos modos, más adelante, podían relatarles el episodio.

Almorzaban en silencio. La condesa de Weymand suspiraba continuamente y lanzaba tristes miradas a su amiga. Doña Angustias, con unas señaladas ojeras, trataba de mostrarse contenta, pero a duras penas lo conseguía. El conde de Weymand se centraba en partir su solomillo, y don Alejandro removía la guarnición de verduras con notable parsimonia. Los jóvenes que habían estado charlando al principio de la comida, ahora también guardaban silencio, como si la tristeza de sus mayores se les hubiera contagiado.

—Pero ¿se puede saber qué os pasa? Lleváis todo el día como si estuvierais de funeral —les interpeló Luis espontáneamente—. Quedan cuatro días para fin de año y lleváis unas vísperas...

—Sí, eso mismo opino yo —intervino Laura—. Además, estos días la veo muy triste y desmejorada, tía. ¿Se encuentra mal?

—Tienen razón, Angustias, le estás dando demasiada importancia al asunto del collar y...

La condesa de Weymand se frenó en seco. Supo que acababa de meter la pata.

—¿De qué collar habla Mónica, mamá? —La reacción de Luis vino rápida.

Se extendió de nuevo un total silencio. Las miradas de los jóvenes estaban clavadas en el rostro apagado de doña Angustias. Don Alejandro tosía

levemente y rompió el silencio.

—Ayer noche ocurrió un lamentable suceso con el collar que Edward regaló a Mónica por Navidad. Desapareció de su dormitorio y..., bueno, luego apareció. Eso es todo.

Estas palabras causaron perplejidad en los jóvenes. Doña Angustias supo en ese momento que ya no valía la pena esconder la verdad, y, antes de que se hicieran más preguntas, intervino.

—Es una tontería andar ocultando las cosas, Alejandro, nuestros hijos ya no son críos, y tus sobrinos están dentro de esta familia para lo bueno y para lo malo.

Dolida y avergonzada, doña Angustias fue relatando los pormenores del suceso, obviando el contenido de la terrible discusión que había tenido después con su madre, aquello fue tan horrible que debía quedar escondido en su memoria.

—Cualquier día cometerá una locura. —Amelia fue la primera en intervenir una vez que su madre terminó de relatar lo acontecido.

—Es la primera vez que hace algo así. Tiene sus excentricidades, o sus manías, como queráis llamarlo, pero nunca realizó cosas de este tipo. Hablé con ella... —Doña Angustias tuvo que tragar saliva antes de continuar— y me dijo que había sido una broma.

Ella misma, tras decir esto, supo que había dicho una simpleza que podía traer peores consecuencias. Y así fue. Luis, sin poder contenerse, se levantó y, apoyando ambas manos sobre la mesa, dijo:

—¿Una broma? ¡Mamá, por el amor de Dios! ¿Entrar en el cuarto de un invitado y llevarse un collar de tanto valor es una broma? Di mejor que es una locura, o una maldad, porque yo me pregunto: ¿y si no llega a encontrarlo de casualidad la enfermera?, ¿qué habría pasado? No, mamá, no seas ingenua, su intención era hacer que viniera la policía, eso es lo que ella buscaba, y luego habría dejado el collar en el dormitorio de alguno de nosotros para inculparnos. Es una loca, una loca perversa.

Doña Angustias sintió un dolor lacerante en el corazón. Hacía sólo dos días habría reprendido a su hijo Luis muy severamente por lo que acabada de decir, pero ahora ya no podía. El recuerdo de aquellas palabras de odio en la boca de su madre junto a su mirada fría y cruel hicieron que las lágrimas resbalaran sobre sus mejillas sin que fuera capaz de decir nada.

—Tal vez haya sufrido una enajenación pasajera, a veces pasa.

Las tímidas palabras pronunciadas por Andrés pretendieron quitar hierro a

la contundente recriminación de su hermano, pero no consiguió menguar la tensión. El melón ya estaba abierto y sus pipas desparramadas; ya era imposible volverlo a cerrar.

—Aquí no hay enajenaciones pasajeras, hace un mes ya lo estuvimos hablando. —Luis seguía decidido, y la demostrada incapacidad de su madre para rebatirle le había dado fuerza—. Hay que internarla en un manicomio y subrogar a mamá para que administre sus bienes. Además, durante todo este tiempo nos hizo creer que estaba imposibilitada para andar. Mamá, ¿es que no lo ves?

—Tiene razón Luis, mamá, hay que dejarse de paños calientes y tomar el toro por los cuernos. —Amelia, resuelta, apoyaba a su hermano—. Es hora de tomar una decisión. Hay que buscar la forma de ingresarla en un centro mental. Leopoldo, tú eres médico —dijo dirigiéndose a su marido, que hasta ese momento no había intervenido en la conversación—, ¿puedes asesorarnos sobre cómo hacerlo?

—Bueno, es algo más complicado de lo que *a priori* puede parecer. Se necesitaría cotejar varias opiniones médicas, aunque si el paciente tuviera una sintomatología que pudiera acarrear peligro para sí mismo o para terceros, se le podría internar de urgencia en un sanatorio psiquiátrico y luego allí observar su estado.

Llegados a este punto, doña Angustias no pudo soportarlo más y rompió a llorar. Se levantó y abandonó el comedor. Enseguida, la condesa de Weymand fue tras ella. Don Alejandro, sereno, pero visiblemente emocionado al ver el estado de su esposa, tomó la palabra.

—Hijos, ya veis que vuestra madre está muy dolida y angustiada, no le causéis más daño. Esto está siendo muy fuerte para ella.

—¡Daño! ¿Nosotros? Querrás decir la abuela. —Luis se iba enfureciendo—. ¿Te crees acaso que a mí no me duele ver a mamá así? Y tú, papá, ¿cuántos años lleva sin dirigirte la palabra? La marquesa de Navas... Siempre se sintió superior a ti y a todos nosotros. ¡Nuestra propia abuela! ¡Ojalá se muera!

Al decir esto, Luis se levantó de golpe empujando su silla tras él, lo que hizo que cayera al suelo, y salió del comedor. La habitación quedó en silencio. Nadie se atrevía a mirarse. La tormenta había pasado, pero había dejado tras de sí una estela de desolación.

Cuando comenzó la acalorada conversación, Juan estaba al pie del aparador distribuyendo los postres. No se encontraba muy bien, incluso,

después de servir la comida a la marquesa, se había retirado un momento a su cuarto, pero sabía el trajín que ocasionaban esos días y acudió para reemplazar a Carmen. Al ver que se iba calentando el ambiente, pensó que sería mejor retirarse a un extremo del comedor. Desde allí, había sido testigo mudo de todo, y luego se había quedado tan consternado tras la marcha del señorito Luis, que ahora no se atrevía a acudir y levantar la silla que había tirado. Al ver que don Alejandro volvía a coger el tenedor y hacía intención de seguir comiendo, se decidió con sigilo a acercarse, levantar la silla del suelo y rellenar las copas de vino de los comensales que aún quedaban sentados a la mesa. El conde de Weymand siguió el ejemplo de su anfitrión y, paulatinamente, el resto fue haciendo lo mismo.

Ya habían dado las siete de la tarde cuando María comenzó a preparar la cena. Juan leía un periódico atrasado y Jaime intentaba arreglar un cajón del especiero.

—¿Qué pasó hoy durante el almuerzo? —preguntó de repente el mayordomo—. Pasé a dar cuerda al reloj del vestíbulo y me pareció oír jaleo.

Juan siguió leyendo, parecía muy concentrado en el periódico.

—¿No me oyes? ¿Qué lees tan enfrascado? ¡Eh..! —Jaime le dio un golpe a la hoja del periódico—. Llevas toda la tarde medio lelo.

—¡Ah!, perdone señor Jaime. ¿Qué me decía?

—No te metas con el chico, que hoy tiene el estómago revuelto —le regañó María, y le lanzó a Juan una cariñosa mirada.

—Decía que durante el almuerzo me había parecido que reñían en el comedor. ¿Pasaba algo?

—Bueno, nada de particular... Ya sabe, los jóvenes con sus cosas, y como levantan mucho la voz...

Juan había decidido no contar nada de lo que había pasado durante el almuerzo.

—Pues parecía que discutían —insistía Jaime sin dejar de trabajar en el arreglo del especiero.

Pedro, el jardinero, entró cojeando en la cocina.

—Aquí te dejo el tomillo, María —dijo, y dejó el manojito de hierbas sobre la mesa.

—¿Qué tal tu rodilla? —le preguntó María al verle renquear—. ¿No te vino bien el remedio que te di?

—Sí, la verdad es que me ha aliviado bastante. Pero, ya sabes, esto del reuma..., cuando te da el dolor, hay que pasarlo.

—Bueno, por lo menos que te ayude a llevarlo, que es muy doloroso cuando ataca.

—Por cierto, ahora, cuando venía, vi a doña Julia en el jardín.

—Y ¿qué hace allí si ya es de noche? —preguntó María. Luego cogió el tomillo que le había dado el jardinero y lo guardó en un frasco.

—Sí, también a mí me extrañó, por eso le pregunté. Me dijo que le dolía mucho la cabeza y había salido a tomar un poco el aire. La noté bastante nerviosa.

—La mujer sufre de jaquecas. Y eso es muy doloroso, según tengo entendido. Yo debe de ser de lo único que no padezco —confesó María dejando de nuevo el frasco de tomillo en el estante.

Rosario había bajado al pueblo a por medicinas. Mientras volvía de regreso a la mansión, iba pensando, otra vez, en que no quería quedarse en ella muchos días más. Esperaría a que pasaran las fiestas y hablaría con doña Angustias para que le buscara una sustituta. Ya lo tenía más que decidido, los últimos acontecimientos no le aconsejaban otra cosa. La marquesa de Navas se había vuelto muy peligrosa. Prefería volver al hospital, aunque el sueldo fuera mucho menor, que pasarse el día temiendo cualquier altercado. Justo al entrar por la puerta que daba a la cocina, abstraída como iba en sus pensamientos, estuvo a punto de tropezar con el ama de llaves.

—Buenas noches, doña Julia, y perdone, no la había visto. —Y le cedió el paso al entrar.

—Buenas noches, Rosario, no se preocupe. Salí a dar un paseo, que llevo toda la tarde con una fuerte jaqueca, pero ya empieza a hacer frío... —Con una ligera sonrisa, doña Julia se frotó las manos intentando alejar el frío de ellas.

Antes de entrar en las dependencias de la marquesa, Rosario se detuvo un momento a comprobar si en la bolsa de las medicinas llevaba los dos tarros de crema hidratante encargados por la temible señora, no quería tener otra bronca con ella. Viendo que allí estaban, giró el pomo de la puerta y entró.

Al entrar en la sala que daba paso al dormitorio y vestidor de la marquesa, encendió la luz de la lámpara de pie situada a la derecha de la puerta, e, intentando hacer el menor ruido posible, se dirigió al dormitorio, pero le llamó la atención que la puerta estuviera cerrada, pues, generalmente, se mantenía entreabierta cuando se quedaba sola. Con cautela, giró la manilla, y al abrir lentamente la puerta, se asombró de que no hubiera luz en el interior. Era muy extraño que la anciana no tuviera prendida la luz de su mesita de

noche, solía dormir siempre con ella encendida. Sin atreverse a pulsar el interruptor de la lámpara del techo por miedo a que el fuerte resplandor despertara a la marquesa de golpe, avanzó con sigilo aprovechando el poco halo de luz que le llegaba del gabinete. Casi al llegar a la cama tropezó con lo que parecía un bulto de ropas en el suelo, trastabilló y estuvo a punto de caer. Asustada, lanzó un grito apagado y, echando marcha atrás, nerviosa, activó el interruptor de la lámpara. Lo que sus ojos vieron le hicieron estremecer y echarse ambas manos a la boca para ahogar un grito. Entre un gurrño de ropas sobresalía la cabeza y parte del torso de la marquesa de Navas. Bocarriba, con la cara totalmente azulada, el brazo izquierdo extendido y la mano aferrada a la ropa de la cama, los ojos verdes de la anciana miraban muy abiertos el techo. Su boca, excesivamente abierta, dejaba colgar una lengua roja e hinchada. Alrededor del cuello, tenía enrollada con fuerza algo que parecía una bufanda multicolor.

En el salón de juegos estaban todos reunidos y las risas se oían gozosas, entonces, Rosario, en un estado total de histeria, entró en él.

—¡La señora marquesa! ¡La señora mar... quesa! ¡Ay, Dios... mío! — chillaba, balbuceando—. ¡Ay, qué desgracia!

Doña Angustias, extrañada, se levantó rápidamente y acudió hacia la enfermera que sollozaba muy convulsionada en la entrada del salón.

—Rosario, ¡cálmese! ¿Qué le ha pasado a mi madre? ¡Por Dios, deje de llorar! ¿Le ha dado otro ataque?

La enfermera movía la cabeza en señal negativa.

—Entonces..., ¿qué sucede? ¡Por el amor de Dios, Rosario!

Amelia se acercó con un vaso de agua en la mano.

—Rosario, tenga, beba un poco de agua, está usted muy excitada.

La enfermera tomó el agua entre sus temblorosas manos y dio apenas un par de sorbos, luego miró a doña Angustias, y, entre sollozos, intentó hablar.

—Es terrible, señora. ¡Espantoso! Creo que han a... asesinado a su madre.

Un grito agudo salió de la boca de la condesa de Weymand. Don Alejandro avanzó con rapidez hacia su mujer, mientras que Luis y Andrés salían disparados hacia la escalera.

El forense determinó que la marquesa debía llevar cerca de dos horas muerta cuando la enfermera descubrió su cadáver. Todos los indicios llevaban a que la muerte había sido provocada por estrangulamiento, aunque éste no dejaba de ser un dato aleatorio, pues habría que esperar al resultado de la autopsia. Entre los dedos crispados de su mano derecha, encontraron

hebras de tejido que se suponían de la bufanda con la que había sido estrangulada. A las nueve de la noche, el cuerpo sin vida de la marquesa de Navas abandonaba la que había sido su mansión durante los últimos sesenta años. El furgón que cargó sus restos fue seguido por el coche de Luis, a quien acompañaban su hermano Andrés, su cuñado Leopoldo y su primo Tomás, con dirección al Instituto Anatómico Forense.

Todavía sin sacarse el abrigo, el inspector Bernardo Vidal recorría la estancia donde había sido asesinada la marquesa. Las ropas de la cama habían sido depositadas dentro de dos sacos blancos, y el lugar donde había aparecido su cuerpo había sido marcado en su contorno con tiza. Otros dos policías de la Brigada de Investigación Criminal recorrían, bajo la atenta mirada de su inspector jefe, el dormitorio buscando cualquier clase de pista o indicio que pudiera ser válido para la investigación.

Asistida por su amiga Mónica, doña Angustias, echada sobre uno de los sofás del salón azul, se iba recuperando de la fuerte conmoción sufrida. Don Matías, el médico de cabecera de la familia, acabada de marcharse después de atender a doña Angustias y a la enfermera Rosario, a quienes les había administrado unos calmantes. Amelia y su prima Laura, también muy consternadas, seguían en el salón de juegos, bebiendo una tila que acababa de servirles Juan.

—Es horrible. Me cuesta mucho creerlo, Amelia. ¡Asesinada! Sólo de pensarlo se me pone la piel de gallina. Cuánto lo siento, niña —pronunció con sincero cariño mientras posaba su mano en el brazo de su prima—. Tienes que sentirte fatal.

—No lo creas, Laura. Estoy nerviosa y... confundida, eso sí, porque nunca me imaginé que pudiera pasar algo así en mi familia, pero, siéndote sincera, no estoy para nada apenada.

Laura miró a su prima con asombro, y un asomo de duda cruzó por sus ojos.

—¿Tan poco cariño sentías por ella? —Intentó que su voz sonara natural, sin afectación, cuando hizo la pregunta.

Antes de responder, Amelia dio un par de sorbos a su tila.

—No. —Su respuesta fue rotunda—. Tal vez de niña... No lo sé, tampoco tengo muchos recuerdos de mi niñez con ella. Cuando comenzó la guerra yo tenía siete años y me marché junto a mis padres y hermanos a San Sebastián, donde pasamos los tres años de guerra. Mis abuelos, sin embargo, fueron a Italia, a Sicilia, donde poseían una villa cercana a Palermo. No volví a verles

hasta junio del 39, que regresaron. —En este punto paró y encendió un cigarrillo; dio una profunda calada y expulsó luego el humo con la mirada perdida, como intentando recordar—. Creo que fue en septiembre del 42 cuando me enviaron a estudiar interna a un colegio de monjas en Granada, allí estuve hasta el 47. —Al llegar aquí hizo de nuevo un inciso y sonrió—. ¿Recuerdas que un verano viniste con tus padres y hermano a verme? —Laura sonrió también y asintió con un movimiento de cabeza—. Sí, aquellos fueron casi cinco años durante los cuales sólo vi a mi abuela en contadas ocasiones, de hecho, nunca vino a verme a Granada. —Esto último lo dijo con señalado resentimiento—. Sin embargo, siempre andaban viajando, aunque el mundo estaba en guerra ellos no se privaban de nada, pasaban temporadas en Valencia, Santander, Coruña, Barcelona... Donde menos, en San Sebastián; seguro que era porque allí estaba su familia en verano. —La ironía sonó en la voz de Amelia—. También solían viajar a Portugal, pues allí tenían dos fábricas de aluminio. Mi madre siempre mantuvo esta casa abierta, la cuidó con esmero y se encargó de que todo estuviera en orden y fuera adecuado a las exigencias de mi abuela, que siempre hizo valer su papel de dueña, y mucho más después de morir mi abuelo. En el fondo, mi pobre y abnegada madre no fue más que una ejemplar y vapuleada ama de llaves —añadió con un sarcasmo hiriente y apagó su cigarrillo casi consumido con brusquedad en el cenicero.

Durante todo el recorrido que Amelia había hecho por su infancia y primera juventud, Laura se mantuvo en silencio y sólo hizo gestos de ánimo y comprensión hacia su prima. Ahora, habló por primera vez.

—Por lo que cuentas, no tuviste una infancia muy cercana a tu familia. Desconocía este dato —declaró sin dejar de mostrar el tono dulce y cariñoso de su voz—. Ya sabes que casi no nos veíamos por aquel entonces y, aunque vivíamos en Madrid, poco nos acercábamos por aquí. —Laura sonrió y bajó la vista—. Mi madre decía que no éramos bien recibidos por tu abuela, así que solían ser más tus padres los que iban por nuestra casa.

Amelia sonrió burlonamente.

—Erais de la otra parte..., de los agregados, sin clase y sin abolengo. Si nunca perdonó que mi madre se casara con un “plebeyo” menos iba a aceptar a la familia de éste. —Su mirada se turbó y sus manos se agitaron levemente—. Pero, si no te molesta, me gustaría no seguir hablando sobre esto. Voy a preguntar a mamá, y si no hay inconveniente, me subiré a acostar. Estoy rendida.

—¡Oh!, claro que sí, te conviene descansar. Lo comprendo perfectamente, Amelia.

Una vez que Amelia abandonó el salón de juegos, Laura se levantó y, al hacerlo, vio sobresalir por debajo del sillón situado frente a ella lo que parecía ser un libro. Lo recogió y comprobó que era una novela de Agatha Christie. Su título hizo que su ceño se frunciera: «*Navidades trágicas*», pronunció en voz alta. Al mismo tiempo un «buenas noches» sonó con voz bronca a su espalda. El inspector Vidal miraba con cara circunspecta a la asustada joven que se había girado dando un leve grito.

—Siento haberla asustado. Permita que me presente, soy Bernardo Vidal, inspector de la B.I.C. ¿Usted es...?

—Laura Moreno, sobrina de don Alejandro, el esposo de doña Angustias —repuso Laura aún un poco impresionada por la aparición del inspector.

—¡Ah!, sí, ya me dijeron que unos sobrinos estaban de invitados en la casa, así como un matrimonio extranjero.

—Efectivamente, yo y Tomás, mi hermano, que salió a acompañar a mis primos. Los otros son unos amigos de mis tíos que viven en Londres, creo que están con ellos en otro salón. —Laura, sin saber por qué, se notaba nerviosa.

—Así que su hermano y usted son sobrinos del yerno de la difunta... Muy bien. Y, naturalmente, están aquí pasando la Navidad, ¿no?

—En efecto. Pensábamos quedarnos hasta pasado Año Nuevo, pero ahora..., bueno, no sé...

—Lo comprendo, todo se ha trastocado. Una verdadera tragedia... y en fechas tan señaladas. ¿Le importa que encienda un cigarrillo?

El inspector Vidal, que ya se había despojado de su abrigo azul y lo llevaba colgado del brazo, sacó del bolsillo de su chaqueta una pitillera plateada algo ennegrecida, la abrió y, con cuidado, extrajo uno de los cigarrillos.

Mientras el inspector lo encendía y daba unas primeras caladas, Laura lo contemplaba sin saber bien qué hacer. Iba a salir del salón cuando él llegó, pero ahora ya no se decidía a hacerlo. Con rapidez, pasó una mirada sobre la figura de aquel hombre. No era muy mayor. Pensó que no debía llegar a los cuarenta años, y tampoco era mal parecido, con unos impresionantes ojos azules. Su pelo era rubio y el engominado le aportaba seriedad. «En conjunto, resulta un hombre atractivo», pensó al tiempo que se daba un toque coqueto e inconsciente en el pelo.

—Perdone, sólo una pregunta, ¿reconoce usted este reloj?

Laura se acercó para ver mejor el reloj de pulsera que el inspector le mostraba en la palma de su mano.

—Pues, creo que no. Parece un reloj de caballero... Tiene roto el cristal de la esfera.

—Sí, así es. ¿No recuerda haberlo visto anteriormente?

Laura volvió a clavar los ojos en el reloj y frunció el ceño.

—No sabría decirle con seguridad, aunque... no me resulta del todo desconocido —repuso finalmente con los ojos clavados en los del inspector —. ¿Es importante? —le preguntó con interés.

—Puede que sí, pero no quiero molestarle más por esta noche. ¿Sabe por dónde andan sus tíos? Esta casa es enorme...

Por primera vez, Laura vio sonreír al inspector, y, luego, según subía hacia su habitación, iba pensando en lo agradable que le había parecido esa sonrisa.

Como le había dicho Laura, el inspector Vidal localizó a la hija de la víctima y a su esposo en el salón azul, junto a ellos se encontraban también los condes de Weymand.

Después de hacer las presentaciones, el inspector aceptó una taza de té que en ese momento estaba sirviendo Carmen, la doncella. A petición de don Alejandro, tomó asiento mientras tomaba la infusión. Observó con calculada serenidad y comprobó huellas de cansancio y preocupación en los rostros de los presentes, además de una mirada apagada y ausente en el rostro de doña Angustias; sin duda, estaba bajo los efectos de algún tipo de sedante.

—No quiero entretenerlos mucho esta noche, soy consciente del mal trago que están pasando —comentó, le dio unos sorbos al té y dejó la taza en la mesita.

—Se lo agradecemos mucho, inspector. Estamos agotados, sobre todo mi esposa. Es una gran tragedia, como comprenderá.

—Lo entiendo perfectamente. Sólo un par de cuestiones y mañana ya comenzaremos la investigación en firme.

Ante estas palabras, don Alejandro hizo un gesto con la cabeza para indicar su conformidad. Vidal extrajo un cuaderno de notas con las pastas negras de un bolsillo del abrigo.

—Según me informaron, el cuerpo de la víctima fue encontrado por su enfermera sobre las siete y media de la tarde. ¿Estaban todos ustedes dentro de la casa a esa hora?

Don Alejandro tardó sólo un par de segundos en contestar a la pregunta del inspector.

—Sí, inspector. Estábamos todos en el salón de juegos.

—¿Sus hijos y sobrinos también?

—Así es. En ese momento estábamos todos juntos cuando entró Rosario, la enfermera, chillando.

—¿Llevaban reunidos toda la tarde en el salón de juegos?

Don Alejandro dudaba e intentaba recordar. Finalmente, encogió los hombros.

—No sé decirle con precisión —aclaró dubitativo.

—Alejandro, recuerdo que después de comer, Angustias y yo nos retiramos a su dormitorio —intercaló la condesa de Weymand repentinamente—. Verá, inspector, mi amiga no se encontraba muy bien, así que subió un rato a su alcoba y yo la acompañé. Después, cuando bajamos, estabais vosotros dos en la biblioteca, y al cabo de un rato pasamos al salón de juego.

El inspector, al tiempo que escuchaba, escribía en su cuaderno de notas.

—Parece que tiene usted muy buena memoria, señora —dijo Vidal mirando con una media sonrisa a la condesa de Weymand—. Tal vez recuerde también la hora sobre la que bajaron del dormitorio.

La condesa sonreía cuando contestó al inspector.

—Pues sí, lo recuerdo porque miré la hora en el reloj del vestíbulo. Exactamente eran las cinco y cuarto de la tarde.

Vidal volvió a sonreír. Mónica, mientras, mostraba cara de satisfacción.

—Muy bien. Pues es todo por esta noche. —El inspector cerró su cuaderno, cogió su abrigo e hizo ademán de irse.— ¡Ah! Sólo una cosa más —añadió, y metió la mano en el bolsillo—, ¿reconoce alguno de ustedes este reloj?

Todos, menos doña Angustias, que parecía estar somnolienta, se acercaron para mirar el reloj que Vidal les mostraba en la palma de su mano.

—No sabría decirle, inspector, está muy estropeado el cristal, pero creo que mi hijo Luis tiene uno muy similar a este.

Ante la manifestación de don Alejandro, Vidal frunció el ceño.

—¿Está usted seguro? —le preguntó mirándole con atención.

Don Alejandro volvió a observar el reloj detenidamente.

—Sí, recuerdo haberle visto un reloj muy parecido a este —reafirmó con mayor seguridad—. ¿Por qué nos muestra este reloj, inspector? —agregó sin comprender.

Vidal volvió a guardar el reloj en el bolsillo de su abrigo, y, antes de

responder, cubrió su rostro de mayor seriedad.

—Encontramos este reloj en el dormitorio de la víctima, exactamente debajo de su cama.

Se quedaron mudos. Ninguno sabía bien qué decir. No queriendo, en ese momento, abundar sobre el tema, el inspector aprovechó para comenzar a despedirse.

—Yo ahora ya me retiro. Les dejo descansar. Mañana, a primera hora, volveré para comenzar oficialmente con la investigación —dijo esto y se puso el abrigo.

—Entonces no hay duda de que mi madre fue asesinada...

Por primera vez, Vidal escuchaba la voz bastante quebrada de doña Angustias.

—Me temo que así va a ser, señora; no obstante, habrá que esperar al informe de la autopsia —dijo intentando que su voz sonara lo más condolida posible.

—He preparado puré de calabacines y tengo unas albóndigas hechas. Creo que deberíamos cenar algo. Don Alejandro ya le dijo a Jaime que mientras estén aquí los policías ellos no iban a cenar, que luego picarían algo. ¡Ah, Dios mío, qué tragedia tan grande! Y en estas fechas... —María sollozaba y se secaba la cara con la punta del delantal.

—Tengo el estómago como para comer algo... Aún me sigue pareciendo increíble —comentó Carmen—. Yo no sé vosotros, pero yo estoy en una nube...

—Rosario, ¿está usted mejor? ¿Quiere que le prepare María otra tisana?

—Gracias, doña Julia, ya estoy más tranquila. No se preocupen por mí.

La enfermera, medio tumbada sobre una mecedora y tapada con una manta, era atendida por sus compañeros de servicio. Después de encontrar el cadáver de la marquesa, entró en un estado extremo de angustia que a punto estuvo de provocarle un *shock*. Asistida por el médico privado de los señores, que acudió de inmediato tras ser avisado de urgencia, ahora se hallaba en un estado relajado y sus mejillas comenzaban a coger color.

—¡Pobre mujer! ¡Morir de muerte tan horrible...!

Carmen, la doncella, no cesaba en sus lamentos.

—Bueno, hija..., la vida es así... Tú aún eres muy joven y no has visto nada, pero yo ya soy perro viejo y he tenido que ver mucho, más aún de lo que quisiera. La marquesa ya era una anciana...

Carmen lanzó a Pedro una mirada llena de incredulidad.

—¡Por Dios, señor Pedro! ¡Ha muerto estrangulada!

—¡Mujer, no voy por ahí! Me refiero a que ya había vivido lo suyo, aparte de cómo haya muerto. Ese ya es otro cantar.

—¿Dónde está Juan?

La pregunta la hizo María, que estaba comenzando a servir el puré de calabacines. Le respondió su marido.

—Salió un rato al jardín, dijo que estaba mareado.

—No me extraña. Tan joven, el pobre muchacho..., tener que pasar por algo así —se condolió María suspirando.

—La verdad es que no ha tenido mucha suerte. Desde que entró en la casa no ha habido más que sobresaltos. Antes estuvo vomitando... Le pillé en el lavabo de la cochera —añadió Jaime.

—No me extraña, recordad que él era quien le servía las comidas ahora. Ha tenido que ser un golpe duro para el muchacho —intervino doña Julia con tristeza.

—¿Quién puede haberlo hecho?

La pregunta que lanzó de repente Carmen, como si hablara consigo misma, no extrañó; en general todos la tenían en mente.

—Vete a saber... —repuso María al tiempo que se acercaba con una olla —. Bueno, iros colocando, que ya está servida la cena.

Despacio se fueron colocando alrededor de la mesa, cada uno en su lugar, sin que ninguno se atreviera, de momento, a dar opinión.

—Ya le dije que tengo el estómago cerrado, María. —Carmen miraba el puré de su plato con desagrado.

—¡Es igual, caray! Tienes que comer algo. No puedes irte a la cama sin cenar nada. ¡Venga! Haz un esfuerzo. Jaime, ve a buscar a Juan, anda.

El mayordomo salió con paso cansado hacia el jardín. Allí encontró a Juan sentado en un poyete adosado a la cochera.

—¡Vamos, hombre! Anímate un poco... ¿Quieres un cigarrillo?

—Muchas gracias, señor Jaime, ya sabe que no fumo.

El mayordomo se entristeció al ver al muchacho tan decaído. Aun pensando que María podría enfadarse, tomó asiento a su lado y comenzó a liar un cigarrillo.

—Mira, hijo, la vida nos tiene preparadas cosas como esta, y cuando menos te lo esperas aparecen sin que podamos remediarlo. Aún eres muy joven para entender cuánto de pesar hay en este mundo de Dios, pero todo está en el camino, y siempre estaremos tropezando con lo malo y con lo

bueno, porque también hay cosas buenas, aunque ahora no las veas. Tú deja que el tiempo transcurra y verás cómo aparecen si eres hombre de buena voluntad, honrado y cabal. Y ahora vámonos para dentro, que María ya tiene servida la cena y pronto nos dará un bufido.

Juan se levantó del poyete, y, con la cabeza gacha, comenzó a andar al lado del mayordomo.

—Muchas gracias, señor Jaime —agradeció sin levantar la vista del suelo.

Por toda respuesta, el mayordomo posó una mano sobre su hombro, y, al sentir el contacto, Juan se empezó a sentir menos solo.

Antes de abandonar la mansión, el inspector Vidal volvió a subir a las habitaciones de la difunta marquesa porque recordó que había olvidado allí los guantes. Al entrar, le extrañó ver al sargento en el dormitorio.

—Pereira, ¿qué hace todavía aquí? —preguntó—. Creía que se había marchado hace rato.

—Perdone, inspector, pero me quedé recogiendo un poco todo este lío. Ya sabe cómo son los del Cuerpo Forense. Ya me iba a marchar.

—¿Ha recogido todos los indicios encontrados?

—Sí, los tengo aquí, para las pruebas periciales. Falta el reloj, supongo que lo tendrá usted.

—Así es. Por el momento, me quedaré con él.

—Otra cosa, inspector, al guardar la bufanda con la que, presumiblemente, estrangularon a la víctima, observé que le falta un trozo.

Vidal enarcó las cejas.

—¿Cómo sabe que le falta un trozo? —pregunto sorprendido.

—Verá, fue de casualidad. Es una prenda de seda y estaba muy arrugada, intenté doblarla para meterla mejor en la bolsa, y, al hacerlo, observé que uno de los extremos terminaba con unos hilos sueltos en forma de flecos, sin embargo, el otro extremo carecía de ellos. Me llamó la atención este hecho y, observando más detenidamente, comprobé que habían cortado un trozo de forma muy tosca, sesgada, como si lo hubieran hecho con un cuchillo o navaja.

—Déjeme verlo, sargento —pidió Vidal verdaderamente intrigado.

—Efectivamente. —Vidal pudo comprobar cómo el *foulard* de seda pintada con colores alegres presentaba un corte sesgado y deshilachado en uno de los extremos—. Sargento, pásese mañana a primera hora por las dependencias policiales, que los peritos comprueben si el corte hecho en la bufanda es reciente. Dígalos que es prioritaria la realización de esa prueba, y,

en cuanto sepa el resultado, me lo comunica. Yo a partir de las nueve estaré aquí. ¿Tiene coche para volver?

—No, se lo llevó el subteniente, pero iré andando hasta la estación. Aún puedo coger el tren de las diez y media.

—De ningún modo. Usted vendrá conmigo en mi coche.

Dos minutos después, los dos policías abandonaban la mansión. Al entrar en el coche, Vidal encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza la primera bocanada. Durante los más de doscientos metros de vía existentes hasta salir de la finca de los Navas, ambos policías mantuvieron silencio. Al llegar a la amplia puerta de hierro, el sargento descendió para abrirla. Los faros del vehículo alumbraban la carretera comarcal y un trozo del frondoso bosque que nacía tras ella. Pereira había reprimido sus ganas de orinar para hacerlo al llegar a la estación, pero ahora, al volver con el inspector, la espera hasta Madrid iba a serle insufrible, así que aprovechando aquella parada, y, haciendo indicación con la mano a Vidal, cruzó rápido la carretera y se adentró un par de metros en los matorrales. Mientras orinaba, le llamó la atención ver aquel trozo de tela clavado entre las espinas de una mata. La luz de los faros, aunque ya más tenue, lo alumbraba. Una vez terminó de orinar, el sargento, decidido, se acercó, y, arrancándolo del espino, comprobó pasmado que aquella tela era muy parecida, sino igual, a la bufanda con la que presumiblemente habían estrangulado a la marquesa de Navas.

Acababan de dar las nueve en el sólido e impactante reloj de pie del vestíbulo cuando el timbre de la puerta principal sonó. Jaime tardó pocos segundos en abrir, pues se hallaba precisamente descendiendo la escalinata cuando lo oyó sonar.

—Buenos días, señor inspector. Ha madrugado usted —saludó a Vidal, que esta vez traía puesta una gabardina marrón oscuro.

—Buenos días. Espero no haber llegado demasiado temprano.

—Eso depende de con quién quiera hablar —repuso el mayordomo mientras recogía la gabardina y los guantes del inspector.

—¿Quién está disponible?

Jaime guardó la gabardina y los guantes en el disimulado armario del vestíbulo. Después, con gravedad no exenta de fina ironía, se dirigió a Vidal.

—En este momento, me temo que sólo encontrará usted a don Alejandro en el comedor. Más tarde comenzará a bajar el resto. ¿Quiere que le anuncie?

—No..., no quisiera interrumpirle el desayuno. Se llama usted Jaime, ¿no es así?

—Así es, señor.

—Bien, Jaime..., ¿podría hablar con usted y el resto del servicio?

—¿Ahora? —el mayordomo se sorprendió.

—Bueno, si aún no ha bajado el resto de la gente, aprovecharía mi tiempo, si usted no tiene inconveniente.

Jaime marcó un poco más las arrugas de su frente. No era un buen momento por el tema de las faenas, pero pensó que negarse al inspector iba a ser peor.

—No tengo inconveniente, pero tendré que avisar de ello al señor.

—Lo comprendo, vaya usted. Le espero aquí y, por favor, dígame que no se apure. Que esperaré a que desayunen todos con tranquilidad.

Al cabo de unos minutos, Vidal entraba con Jaime en las dependencias del servicio.

—Ésta sí que se puede llamar mansión —comentaba el inspector según avanzaban por los pasillos camino de la cocina—. Casi es como un palacio. Y... dígame, ¿qué son todos estos cuartos que están cerrados?

—Son los dormitorios del servicio, inspector.

Vidal no tuvo más remedio que reír.

—Sólo para el servicio tienen tres veces más habitaciones que todas las de

mi casa, contando con la cocina y el baño —comentó jocosamente mientras que Jaime seguía avanzando a su lado, serio y con las manos a la espalda.

Al entrar en la cocina, Vidal resopló.

—¡Madre mía! Si esto es como un santuario...

La expresión le salió del alma. Sólo llevaba dos años de inspector en Madrid y, aunque había visto por la capital grandes casas y palacetes, ésta era la primera vez que entraba en uno de ellos.

María, que se encontraba disponiendo una bandeja con viandas para el desayuno, al oír la exclamación se sobresaltó.

—María, este señor es el inspector. —Jaime intervino rápido.

En un acto reflejo, la cocinera se limpió las manos en el blanco delantal.

—Buenos días, señora. Espero no importarla. —Miró la bandeja que estaba preparando María y suspiró—. ¡Qué buena pinta tiene todo eso!

Halagada y sin disimularlo, María brindó al inspector una de sus mejores sonrisas.

—¡No va a tener! Fíjese usted qué confituras... y qué pastelillos. A las seis me he levantado para tenerlos listos.

En ese momento sonó un timbre en la cocina. Jaime miró el cuadro y vio que era en el comedor.

—María, voy a ver quién más hay en el comedor. Vete preparando las cosas. No sé dónde porras se ha metido Juan esta mañana.

Al salir el mayordomo, Vidal dio una vuelta por la extensa cocina. María, mientras tanto, se daba prisa en preparar los platos del desayuno.

Casi corriendo, Juan entró en la cocina por la puerta del jardín. Al ver al inspector, se quedó parado de golpe.

—¡Vamos! No te pares ahora, ponte los guantes y la chaquetilla, que acaban de llamar. Ya ha ido Jaime a mirar.

Bastante perplejo, Juan miraba a aquel hombre que daba vueltas por la cocina. Como le había pedido María, se calzó con rapidez los guantes y, en cuanto terminó, fue a ayudarla.

—Y ¿la chaquetilla? —preguntó María al verle solo con la camisa puesta—. Anda que... ¡cómo andamos! —añadió mientras que Juan salía disparado hacia el armario de uniformes.

—El pobre... se ha sorprendido al verle. Estará preguntándose qué quién es usted —le dijo María a Vidal con una sonrisa.

—¿Lleva usted mucho tiempo en la casa, María? —La pregunta del inspector hizo que la cocinera levantara los ojos al cielo.

—Mire usted, tengo cincuenta y cuatro años. Cuando entré aquí llevaba tres años casada y me casé con veinticinco. Eche la cuenta.

Vidal sonreía. Se encontraba a gusto. Aquella mujer le recordaba su infancia.

—O sea, antes de la guerra —dijo con una media guasa.

—¡Huy! Bastante antes... A ver, fue el año antes de proclamarse la República. O sea, en el treinta. Lo recuerdo bien. Así que... ¿cuántos años llevo aquí?

Vidal estaba feliz.

—Pues, si no me equivoco..., vamos a ver..., lleva usted veintiséis años en este casa —contestó Vidal simulando que pensaba.

—Hay que ver lo listos que son los policías.

Esta salida de María hizo que Vidal no pudiera reprimir una carcajada. La cocinera también rió, contagiada, y así los pilló doña Julia, que en ese momento entraba en la cocina.

—Buenos días —saludó al entrar—, y la seriedad con que lo hizo provocó una fuerte tos en María.

—Buenos días, doña Julia —cumplimentó a su vez María, notablemente azorada.

Vidal observaba la figura pequeña y severa del ama de llaves. Con su negro moño, siempre peinado muy alto y en forma de trenza, el aspecto que ofrecía su rostro no resultaba para nada risueño. Con gesto serio, se acercó a doña Julia y se presentó.

—Buenos días, soy el inspector Vidal, Bernardo Vidal, y usted es el ama de llaves, ¿no es así?

Doña Julia estrechó la mano que le ofrecía Vidal.

—Sí, anoche estuve hablando un momento con usted... cuando llegó.

—Lo recuerdo —interpuso Vidal—. Aunque nadie nos hubiera presentado.

Doña Julia lanzó un lastimoso suspiro.

—No era de extrañar, en tamañas circunstancias... —Y su voz sonó emocionada.

—Terrible, sí... Una vivencia muy difícil de superar. Un crimen es una gran tragedia, y mucho más cuando toca tan de cerca.

Tras el comentario de Vidal, las dos mujeres asintieron con rostro compungido. Después de un corto silencio, el inspector carraspeó levemente.

—Y ,dígame, doña Julia..., ¿lleva mucho tiempo trabajando para los Navas?

No esperaba la pregunta, y el ama de llaves arrugó ligeramente el ceño.

—En octubre hizo cuatro años —repuso un poco desconcertada.

El inspector mostró asombro.

—¡Ah!, creía que llevaba usted más tiempo... No sé por...

—Tal vez sea porque me ve usted mayor —le cortó doña Julia con una sonrisa que enseguida se borró de su rostro para adquirir nuevamente la seriedad de la que solía hacer gala.

—¡Oh, no, por favor! Nada más alejado de mi intención, pero hace un momento supe por María que ella y su esposo llevan más de veinte años en la casa. No sé por qué me supuse que debería usted llevar el mismo tiempo. Lo lamento.

—¡Nada que lamentar, inspector! Totalmente lógico.

Vidal sonrió ante la educada observación de doña Julia.

Un tibio sol comenzaba a entrar por el ventanal de la cocina, y, doña Julia, acercándose a la luz matinal, miró el jardín a través del cristal. La mañana había amanecido muy fría y el verdor de las plantas estaba cubierto de un tenue y brillante manto blanco.

—Esta madrugada ha caído mucho rocío. Está el jardín que parece que ha nevado —comentó con la mirada perdida en el cercano paisaje.

María, desde su sitio, estiró el cuello para seguir los ojos de doña Julia.

—Sí, creo que está ya entrando con ganas el invierno. Menos mal que estamos al sur de Madrid, porque seguro que por lo pueblos del norte debe de haber ya una buena cantidad de nieve —comentó la cocinera.

Juan entró bastante apresurado en la cocina.

—Voy para arriba, ya están todos sentados a la mesa —anunció algo sofocado.

—¿¡Todos?! —preguntó María sorprendida, y, sin esperar respuesta, se apresuró a terminar con las viandas.

Jaime entraba en ese momento y repitió casi literalmente la frase de Juan.

—Vamos... que ya están todos sentados a la mesa.

—Ya lo sabemos, tú, calla. Echad todos una mano. —María fue clara y concisa.

Mientras todos se involucraban en el trajín, Vidal fue pasando su mirada por cada uno de los sirvientes que se encontraban en la cocina. Aquel matrimonio, ya mayores ambos pero todavía con bríos, le recordaba a sus propios padres, que siempre estaban menesterosos cuidando las gallinas y el huerto de su pequeña finca en el pueblo. El ama de llaves, bajita pero con

carácter, a toda apariencia resuelta y fuerte, también le recordaba a su maestra de cuando era niño, doña Remedios, que bien colorada le había puesto la palma de la mano con los infames golpes que le daba con su regla de madera. Y por último, el joven mozo de comedor, que con esos ojos azules profundos y tristes que miraban con timidez bajo un rubio flequillo algo indómito que intentaba, con poco éxito, alejar de su frente, le hacía verse a sí mismo cuando ingresó en la academia de policía, recién cumplidos los dieciocho años. Se alejó un poco más del grupo de trabajadores, sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió. «Espero que este caso se resuelva pronto», se dijo mentalmente a la vez que inhalaba el humo de una profunda calada. No sabía el inspector todavía cuántos quebraderos de cabeza le tenía reservado el futuro en la mansión de los Navas.

Dejando a los trabajadores en su menester, Vidal asomó al jardín desde la puerta de acceso a la cocina. La mañana se iba consolidando en un día alegre de sol, «aunque frío», reconoció el inspector a los dos segundos al observar el vaho que surgía de su boca. Se frotó las manos y se subió la solapa de su chaqueta, dio unos pasos hacia el sendero iluminado por el sol. Allí se notaba menos el frío, incluso aquellos rayos aportaban un calor agradable. Contempló con aprobación lo bien cuidado que estaba todo aquel espacio del jardín, y le llamó la atención no encontrar apenas hojas secas por el suelo. Dio la vuelta hacia la parte posterior de la mansión. Como a unos treinta metros de donde se hallaba, vio a un hombre que colocaba varios sacos en una amplia carretilla. Con una chaqueta de pana marrón bastante ajada y con parches de algodón, muy gastados y sucios, en los codos, Pedro, el jardinero, trasladaba los sacos llenos de hojarasca que había estado recogiendo desde primera hora del día.

—Buenos días. Usted es el jardinero, ¿verdad?

Pedro no había sentido llegar a Vidal, así que se sobresaltó y se le cayó el pitillo que mantenía entre los labios.

—Buenos días, señor...

—Soy el inspector Bernardo Vidal. —Pedro apretó la mano que le tendía Vidal después de sacarse los sucios guantes.

—Me llamo Pedro. Y sí, soy el jardinero.

Pedro contemplaba el medio cigarrillo que se había caído al suelo, y con gesto de pérdida lo apagó con el pie. «Con lo caro que está el tabaco», pensó. Vidal se percató del hecho y con perspicacia sacó su pitillera del bolsillo.

—¿Le apetece un cigarrillo?

La expresión en los ojos de Pedro fue toda una respuesta. Alargando la mano, alcanzó uno de los cigarrillos. Mientras lo encendía con su chisquero, sacudió la cabeza mostrando su agrado.

—Es un Chester. Tabaco americano.

—Así es. Son Chesterfield —confirmó Vidal, y volvió a guardar la pitillera en el bolsillo.

Mientras Pedro fumaba con evidente placer, el inspector aprovechó para dialogar con el jardinero.

—Me está llamando la atención lo bien cuidado que mantiene usted el jardín, bueno, el parque, porque es un terreno enorme...

—Sí, más de cuatro hectáreas. Pero la parte primera, la que está pasando la puerta de hierro del vallado, se mantiene más boscosa. Allí sólo se cuidan los caminos, y se arrancan las malas hierbas. Si se fija está poblado de árboles de poca humedad; hay muchos frutales como perales, higueras y manzanos. Los caminos y los bancos que se encuentran en ellos lo hacen ser parecido a un parque. En la parte izquierda, según se entra en la finca, alejado del camino principal, hay un estanque pequeño pero muy bonito y sombreado. Antiguamente se bañaban en él, pero el agua hace años que corre poco por allí y ya no tiene garantías de salubridad, según opinión de los expertos, así que ahora está lleno de nenúfares y algunos peces, aunque ya quedan pocos.

Aprovechando un momento en que Pedro dejó de hablar para subir un nuevo saco a la carretilla, Vidal intervino.

—Y... dígame, Pedro, ¿cuántos años lleva usted en la casa?

—Bueno..., si le digo la verdad, ni lo recuerdo. Yo soy de Aranjuez. Mi padre fue jardinero muchos años en el Palacio Real de aquí, de Aranjuez, en tiempo de la monarquía, con él aprendí el oficio. Allí estuvimos viviendo, en las dependencias de los obreros, hasta que se proclamó la República. Luego pasamos a esta casa. Mi pobre madre murió ese mismo año, en el 31. Entonces sí que había trabajo que hacer... Recuerdo que sólo para el jardín éramos cuatro. Luego, estalló la guerra; los señores marqueses cerraron la finca en agosto del 36 y se marcharon para Italia, pero nos dejaron a mi padre y a mí como encargados de mantenerla. No vivíamos en la casa, el señor marqués nos buscó acomodo en el pueblo, en una fonda, y mandó a su administrador que pagara el alojamiento cada seis meses, y también cada ese tiempo, nuestro jornal. El resto del servicio fue despedido. La hija y nietos de los marqueses, atendidos por María, la cocinera, y su marido Jaime, el mayordomo, que aún siguen en la casa, pasaron la guerra en la finca de San

Sebastián, donde se habían trasladado al estallar la guerra, y allí se quedaron todos hasta que terminó. Acabada la guerra, ese mismo año, en el 39, se volvió a abrir la casa. He de decirle que durante los tres años que duró la contienda, no hubo intrusión en la finca, aunque algunos milicianos, al principio, quisieron entrar y ocuparla, pero el alcalde, finalmente, consiguió persuadirles, no sé de qué forma, y no lo hicieron.

Vidal había escuchado todo el extenso relato del jardinero sin hacer ninguna interrupción. Sin sospecharlo, el bueno de Pedro había cumplido al cien por cien con su papel de informador.

—Entonces, ¿los marqueses no tuvieron más hijos a parte de doña Angustias? —preguntó intentando no mostrar mucho interés. El jardinero se mostraba muy locuaz y no deseaba que una desconfianza cortara el reguero de información.

—Tuvieron tres hijos. Los otros dos murieron ya hace años. La mayor es doña Angustias, luego estaba el señorito Rafael, que murió de niño, se lo llevó una meningitis, y la señorita Sonsoles... —Pedro aquí se detuvo, como si le costara trabajo seguir hablando—. Esa fue una historia muy triste, la pobre se enamoró de quién no debía... a ojos de su madre. Resumiendo, tuvo un hijo que murió al poco de nacer y ella, que había quedado muy débil después del parto, también murió ocho días después de su hijo, sin que nada pudiera evitarlo. Ocurrió en julio del 36, el mes que empezó la guerra. Como ve, una tragedia siguió a la otra, pero la muerte de la adorable niña nos marcó mucho a todos.

Vidal vio la tristeza reflejada en el rostro del viejo jardinero. Sin duda este recuerdo le producía dolor. Durante un par de minutos se mantuvieron en silencio.

La mañana transcurría a buen ritmo. Tras una corta charla sobre jardinería, Vidal se despidió de Pedro, que se sumió de nuevo en su tarea, y volvió a entrar en la casa por la puerta de la cocina. María se desenvolvía entre cacharros cuando vio entrar al inspector.

—Hace una buena mañana, ¿eh? Al sol se debe estar de lo más a gusto —dijo la cocinera mientras intentaba sacar el tizado de un cueceleches de gran tamaño.

—Así es. Al sol se está muy bien. Tiene un enorme jardín la casa... Mucho trabajo para un hombre sólo.

María movió la cabeza ante el comentario de Vidal.

—Demasiado, dice usted bien. Antes hubo hasta cuatro hombres a diario

para atender todo el terreno, pero desde hace unos años está solamente Pedro y un par de hombres que vienen una vez al mes para recortar los setos y podar las ramas. El resto lo lleva todo el pobre hombre sin más ayuda que sus dos manos. Alguna vez le suele ayudar Jaime, mi marido, pero él poca ayuda pide, esa es la verdad. Gente de antes..., acostumbrada al trabajo duro... —dijo justo cuando terminaba de limpiar el cuecelech.

—Mantener una casa tan grande tiene que ser muy laborioso. Se necesita mucho personal si se desea que todo marche como la seda. Seguro que de eso sabe usted bien.

El hábil comentario de Vidal encaminado a sacarle información a María surtió el efecto deseado, aunque con una buena disertación de la cocinera.

—¡Que si sé! Más de lo que quisiera. Figúrese que ahora son tres los señores de la casa..., bueno, ahora dos después de fallecer la pobre marquesa —se corrigió María santiguándose—, y somos siete de servicio sin parar en todo el día. Imagínese cuando hay invitados, como en estas fechas; no damos abasto, créame... Y por encima se nos fue una de las doncellas. ¡Ah! Y con una enfermera que atendía a la difunta. Mucho trabajo... ¡muchísimo! Por ejemplo, en la cocina hay que elaborar los postres. Casi nada se compra hecho. Yo hago las pastas de té, los bollos, las rosquillas, los almendrados, las bolas de coco, las trufas de chocolate... hasta los helados. Y menos mal que no son amantes de las tartas y bizcochos. También preparo las confituras. Luego, si quiere, le enseño la despensa, verá la cantidad de tarros que se guardan allí: mermeladas de melocotón, de albaricoque, de fresa, de frambuesa, de ciruela, de frutas escarchadas, de membrillo, y tarros de tomate ya cocidos y pelados en conserva. —María había cogido carrerilla ante la gozosa atención de Vidal, que disfrutaba con la perorata de la cocinera—. Hasta hago dulce de leche. Las doncellas tampoco paran, no crea usted. Además de ayudarme a mí, tienen que lavar la ropa, se mudan las camas todas las semanas, y todos los días se cambian las toallas usadas. Los manteles se cambian cada semana y se lavan; las servilletas si tienen alguna mancha se retiran en el momento —aquí María sonrió e hizo un gesto con la mano—. Me gustaría ver cómo deben andar los cestos de ropa para planchar después de estos días. Porque esa es otra... ¡La plancha! Ahí entra hasta doña Julia, el ama de llaves, porque planchar tantas puntillas y encajes es, a parte de delicado, agotador. Luego, no se pierda usted la limpieza y el dar lustre a tantos muebles y cachivaches. Para que se dé una idea, en la casa hay treinta y seis espejos, setenta y cuatro cuadros y doce relojes de mesa, y todos andan.

Vidal había escuchado el relato de la cocinera verdaderamente embelesado. Era la primera vez que oía tan extensa explicación de los trabajos que se desempeñaban en una gran casa como aquella.

—Me deja usted boquiabierto porque nunca le da a uno por pensar en todo lo que se mueve para que las cosas funcionen dentro de una casa... como esta.

—Ahí está el *quid* de la cuestión. La gente se piensa que los ricos se permiten el lujo de tener muchos criados en sus grandes casas y que trabajar para ellos es una bicocha, y muy descaminados andan, pues se trabaja el doble que en una casa normal. Los que pertenecemos al gremio bien que lo sabemos, por eso suelen pagar bastante más, y aun así, últimamente, son pocos los que paran en ellas mucho tiempo.

—Me comentaba antes Pedro que la difunta marquesa tuvo tres hijos. En aquella época deberían ser muchos más de servicio...

—No lo crea usted. Ya le dije antes que llevo en la casa veintiséis años. Antes de estallar la guerra fue cuando más éramos. En total, once, pero eran tres jardineros más, y una institutriz inglesa que más bien hacía de dama de compañía de las dos señoritas; cuando estalló la guerra se volvió a su país. El resto, igual que ahora.

Con paso cansino, arrastrando levemente los pies, entró Jaime en la cocina.

—Bueno, ya han desayunado todos —comentó al entrar—. Ya le avisé a don Alejandro de que estaba usted en la casa desde primera hora —le dijo a Vidal.

—¡Ah! Gracias. Iré ahora mismo. ¿Están todos?

El mayordomo enarcó las cejas.

—Sí; si se refiere a los hijos y a los condes, así es. Quien no está es el señorito Leopoldo, el yerno. Salió nada más terminar el desayuno. Bueno, también están los sobrinos de don Alejandro.

—Está bien. ¿Sería tan amable de acompañarme? Creo que me perdería por esos pasillos —pidió Vidal con una sonrisa dibujada en su rostro.

—No faltaría más, inspector. Tenga la bondad de seguirme.

Vidal guiñó un ojo a María y le dijo adiós con la mano antes de abandonar la cocina tras los pasos de Jaime. María, algo sonrojada y con una espléndida sonrisa, agitó también su mano.

—¡Qué hombre tan imponente! —musitó en cuanto desaparecieron por la puerta—, y tan educado... ¡Ay!

Y así, suspirando, volvió al fregadero para terminar de fregar la loza.

Cuando Vidal entró en la biblioteca anunciado por Jaime se encontraban en ella don Alejandro, su mujer, doña Angustias, y los condes de Weymand.

—Buenos días, inspector —saludó don Alejandro. Y, acto seguido, el resto hizo valer también su saludo.

—Buenos días tengan todos ustedes. Lamento tener que importunarlos tan de mañana, pero ya saben ustedes lo poco grata e imperativa que resulta esta profesión. No me queda otro remedio que ser un fastidio.

—No se apure, inspector. Usted está cumpliendo con su deber y nosotros estamos a su disposición dispuestos a colaborar en todo lo que sea menester.

A las palabras de don Alejandro le siguieron la confirmación de su mujer en un gesto leve y delicado y el «desde luego» marcado con acento inglés del conde de Weymand.

Vidal, sonriendo, echó un vistazo a su alrededor.

—Les rogaría que me permitieran ocupar algún lugar un poco más reservado dentro de la casa desde donde pueda llevar a cabo la investigación. Supongo que será mucho menos engorroso para ustedes que realice aquí mis investigaciones y no hacerlo en las dependencias policiales.

—Sin duda, inspector —repuso de inmediato don Alejandro—. Puede usted ocupar el despacho. Acompañeme si es tan amable.

Una vez acomodado en el amplio despacho, Vidal, sentado tras la mesa en aquel inmenso sillón de cuero, experimentaba por unos segundos lo que era sentirse dueño y señor de semejante mansión. Sonreía recorriendo con su mirada el magnífico tapete verde que cubría la enorme mesa, enmarcado con una esmerada obra de fina marquetería. Y en su centro destacaba un cartapacio, cuya tapa de cuero repujada con una escena de *El Quijote* relucía de tan limpia y brillante que estaba. Detrás del cartapacio, una escribanía muy antigua confeccionada en cristal y bronce. «Una auténtica joya», se dijo Vidal cuando observó la variedad de plumas estilográficas colocadas con orden en el amplio portaplumas. Un suave toque resonó por dos veces en la amplia puerta del despacho. Después de escucharse un claro «adelante», el rostro del mayordomo asomó tras la puerta entreabierta.

—Perdone que le moleste, señor inspector, un tal sargento Pereira pregunta por usted.

—¡Ah! Muy bien. Hágale pasar, por favor.

Mientras aguardaba, Vidal ojeó la hora en su reloj de pulsera. «Qué pronto

ha llegado», pensó al ver que eran las diez y media. Instantes después, la casi calva cabeza del sargento asomó por la puerta.

—Buenos días, inspector —dijo al entrar, sonriente y observando todo con verdadera complacencia—. Menudo despacho. Parece usted el General Franco sentado tras esa mesa.

—Menos chungo, Pereira. ¿Cómo tan temprano? ¿Ya hizo usted las gestiones sobre la bufanda?

—En diez minutos, inspector. Por lo visto, les ha sido fácil deducir que el trozo pertenecía a la misma prenda y que había sido rasgado de ella hacía muy pocas horas dado el buen estado de la fibra.

—Una buena pista, sargento. Hay que agradecer a la casualidad que tuviera usted ganas de orinar en ese preciso momento y en ese mismo lugar. La parte complicada es saber ahora quién y por qué cortó ese trozo de la bufanda. Si lo averiguamos, sin duda habremos dado con el asesino.

—Tengo otra noticia que darle, también con referencia a la tela encontrada. Pereira lanzó entonces a Vidal una pícaro mirada. Éste, a su vez, le observaba con el ceño fruncido.

—¿Qué quiere decir, sargento?

—Muy cerca del corte, como a tres centímetros, lleva bordadas dos letras.

Vidal, al oír esto, entrecerró los ojos y alargó el cuello hacia el sargento. Su rostro mostraba curiosa perplejidad.

—¿Dos letras? Será la marca de la bufanda.

—No, Inspector, son dos claras iniciales.

El Sargento había entonado la frase con voz misteriosa, y esto irritó a Vidal.

—Está bien, Pereira, déjese de circunloquios y vaya al grano. ¿Qué iniciales son esas?

—Una S y una N bordadas con hilo granate sobre la seda.

—Lógicamente se quedarían con la bufanda... y el trozo los del laboratorio, ¿no es así? —Vidal hizo la pregunta aun sabiendo que era del todo banal.

—Sí, claro, como hicieron con el resto de pistas. Sobre el reloj no comenté nada, como usted ordenó.

—Gracias, sargento. Por el momento es mejor así. Es una pista demasiado valiosa como para no sacarle jugo desde el primer minuto. Nos centraremos en ella como primera medida. De hecho, creo saber ya a quién pertenece el reloj.

—Es un omega muy caro —observó Pereira—. Me di cuenta de que era de

oro cuando lo recogí del suelo. Lástima que la aguja que marca la hora se haya soltado, posiblemente recibió un buen golpe sobre el suelo, dado también el estado del cristal. Sí, lamentablemente es un fastidio, pues ahora podríamos conocer la hora en que se cometió el crimen. Pero, perdone, inspector, me decía usted que cree saber a quién pertenece...

—No saque usted conclusiones, pero don Alejandro, el yerno de la víctima, me confesó que su hijo Luis tiene uno igual a este. Será el primero a quien interroge. Enseguida nos sacará de dudas. Haga el favor de pedirle al mayordomo que le avise.

Luis Moreno entró en el despacho minutos después. Llevaba puesto un jersey de grandes rombos rojos y blancos, y su apariencia le hizo a Vidal recordar a esos actores guaperas de Hollywood que tanto pululaban últimamente por las pantallas del celuloide. Con paso firme se acercó a los policías.

—Buenos días —saludó amable y sonriente—. Estoy a su entera disposición.

Vidal agradeció el gesto y pidió al joven que se sentara en uno de los sillones frente a él. Pereira se sentó después en el sofá situado en un extremo del despacho, de esa forma observaba de perfil al interrogado.

Después de las presentaciones, Vidal comenzó a hacerle preguntas al nieto mayor de la fallecida marquesa de Navas.

—Tengo entendido que es abogado y que ejerce usted en Madrid... —miró en su cuaderno de notas— ...en la calle Serrano. ¿Es correcto?

—Totalmente, inspector. En esa calle tengo mi bufete desde hace casi cuatro años, así como mi apartamento.

Vidal hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Siendo usted abogado, ¿representaba de alguna manera los asuntos de su difunta abuela? Supongo que sería lo más idóneo, siendo usted además su nieto.

En la cara de Luis se marcó una leve sonrisa entre triste e irónica.

—No, inspector. Siento defraudarle. Mi abuela mantenía desde hace años relación con una firma de abogados de prestigio en la capital y era su administrador quien actuaba de puente entre ambos. Siento no poder serle de ninguna ayuda en ese campo.

—Pero siendo usted abogado, algún consejo le pediría de vez en cuando... Una persona con tanto patrimonio como su abuela tendrá muchas dudas sobre temas legales.

Luis volvió a sonreír, pero ahora más ampliamente.

—Se ve que no conocía usted a mi abuela. Era por hecho y derecho desconfiada y muy hermética. Desde la muerte de mi abuelo, ella lo gobernó todo y nunca dio explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer a nadie de su familia. Así, no le extrañe lo más mínimo que ni su única hija, mi madre, tenga idea de qué y cuánto patrimonio contaba mi abuela al... morir. Seguro que se llevará una buena sorpresa —concluyó sin disimular la ironía con que pronunció esta última frase.

—Perdone, pero no le veo muy afectado por la muerte de su abuela —dijo Vidal mirándole fijamente.

—¿Afectado? Según cómo se mire. Si es por la terrible circunstancia de su muerte, le diré que sí, pero si se refiere a su pérdida, entonces, contundentemente, le diré que no.

Vidal enarcó las cejas. Le sorprendió observar en el joven tan poca afinidad y hasta mermado respeto hacia su abuela.

—No acabo de comprender —confesó después de unos segundos—. Generalmente, los nietos sienten un cariño muy especial por sus abuelos. La verdad, me ha desconcertado usted.

—Lo entiendo, pero no serviría de nada decirle lo contrario. ¿Para qué ocultar un hecho que aunque pueda resultar antinatural, es simple y llanamente cierto? No soy yo el anormal, inspector, por mucho que ahora se lo pudiera parecer. Mi abuela fue un ser desencariñado, incluso llegó en ocasiones a rozar la crueldad. No se hizo querer y nunca deseó que la quisieran.

Con la boca abierta, desde el sofá Pereira miraba incrédulo a Vidal.

—No sé si es consciente de que estamos investigando las circunstancias en que murió su abuela y que, a la vista de los hechos, todo conduce a pensar que fue asesinada. Le digo esto porque me extraña que siendo usted abogado, se exprese de una forma tan directa y al mismo tiempo tan poco generosa sobre el carácter de su abuela, a sabidas cuentas de que estamos investigando las causas de su muerte.

—Inspector, le he dicho la verdad, sin ambages ni vainas. Como también le diré que yo no tengo absolutamente nada que ver con su muerte.

—¿Reconoce este reloj? —Vidal, con un gesto casi de prestidigitador, mostró sobre la mesa el reloj hallado bajo la cama de la marquesa.

Durante unos segundos, Luis observó el reloj sin pestañear. Con el semblante muy serio, sin hacer ningún gesto, miró fijamente al inspector.

—Sí, es mío —fue su lacónica respuesta.

—¿No tiene dudas al respecto? Puede cogerlo y observarlo más de cerca... si lo desea.

—Es mío. Lleva grabadas mis iniciales en la correa.

—¿Tenía idea de haberlo extraviado?

—En absoluto. Fue un regalo de mi abuela y se lo devolví. Mejor dicho, se lo lancé al suelo, frente a su cama.

Los ojos de Vidal se cruzaron con los del sargento.

—Exactamente, fue hallado bajo la cama de la víctima, el día de su muerte, ayer por la tarde —declaró Vidal con firmeza.

El semblante de Luis, ahora muy serio, recogía la mirada fría y severa de Vidal.

—¿Desea darme alguna explicación?

Ante la pregunta de Vidal, el joven pareció perder parte de la seguridad mostrada hasta el momento.

—No había vuelto a recordarlo —repuso ahora, ya con menor energía—. Estos últimos días hemos tenido episodios familiares muy desagradables causados por el mal y absurdo comportamiento de mi abuela. Ayer por la tarde, después de comer, lleno de coraje subí a llamarle la atención. Como era de esperar, no sólo me echó de su habitación, también me insultó y humilló. Ese reloj —dijo señalando el reloj que seguía sobre la mesa— fue un regalo suyo cuando acabé mi carrera. Lo llevaba puesto ese día. Ella, haciendo alusión a él, lanzó improperios sobre mi persona. Me llené de furor, y, arrancándolo de mi muñeca, lo lancé con toda la fuerza de que fui capaz al pie de su cama. Supongo que quedó bajo ella, hasta que lo encontraron.

Vidal observó detenidamente al joven. Sus ojos intentaban ver más allá de la escena que recogían.

—¿Tiene conciencia de que, por el momento, este hecho le sitúa como primer sospechoso del asesinato de su abuela?

Luis Moreno miró al inspector y, por primera vez, desde que entrara en el despacho, Vidal notó en sus ojos una clara preocupación.

—Soy consciente de ello. Además es de todos conocida la poca afectividad que le rendía a mi difunta abuela. Pero le juro que no he tenido nada que ver con su muerte.

—Teniendo en cuenta lo que dice, se supone que estuvo usted en el dormitorio de su abuela antes de las cinco de la tarde. —Vidal lanzó el comentario al mismo tiempo que abría su cuaderno de notas—. ¿Recuerda

con exactitud la hora?

Luis pareció hacer esfuerzos por recordar.

—Tuvimos una fuerte discusión durante la comida y yo abandoné el comedor antes de terminar. Al salir, muy contrariado y furioso al recordar el dolor que habían causado mis palabras en mi madre, sin pensarlo dos veces, lleno de rabia, decidí subir y plantarle cara a mi abuela. Fue en ese mismo momento. Debían de ser pasadas las tres y media de la tarde.

—¿Abandonó el comedor antes de concluir la comida?

—Exacto. Mi madre lo abandonó antes con la condesa de Weymand. Luego, salí yo.

—Por lo que observo, tuvo que ser una discusión muy acalorada para que fueran abandonando el comedor de manera tan inusual y precipitada.

—Totalmente, inspector. Últimamente, cuando el tema de conversación se centraba en mi abuela, solíamos terminar casi en algarada.

—Supongo entonces que en la comida de ayer se tuvo que debatir un tema de sumo interés.

Luis Moreno contrajo los labios.

—Sí..., mis hermanos y yo, bueno..., y mis primos, nos enteramos de manera casual de la última locura de mi abuela. Además, estos días pasados, han estado ocurriendo cosas extrañas en la casa. Desaparecieron platos de una vajilla, desparramaron un saco de azúcar en la despensa y lo rociaron de gasolina...

—Pero..., un momento, ¿insinúa usted que eso lo hizo su abuela? —le cortó Vidal mostrando gran sorpresa—. ¿Cómo pudo hacer ella algo así estando además encamada?

Luis marcó en sus labios una sonrisa irónica. Su frente se arrugó y sus manos se aferraron a los brazos del sillón antes de continuar hablando.

—Mi abuela, inspector, era un ser taimado, lleno de malicia y malas artes. No, no estaba impedida. Nos lo hizo creer a todos durante los últimos cuatro o cinco años. En la tarde de ayer, cuando lleno de rabia entré en su dormitorio y me encaré a ella, llamándole desequilibrada y pernicioso, entre otras muchas cosas que nacían de mi furor, sin decir nada, me escuchó con ojos de odio. Luego, ante mi incredulidad, se levantó del lecho y, dando dos pasos, se me enfrentó con los puños cerrados. Allí, parada ante mí, dueña de toda su soberbia, nos insultó, a mí y a toda mi familia. No quiero recordar la sarta de barbaridades que salieron de su infame boca. Luego, para dar más realce a su papel de inquisidora, controladora y gobernanta, me confesó haber pagado

una fuerte suma de dinero a una de las doncellas para que escondiera los platos de una vajilla y rociara gasolina sobre un saco de azúcar. Movi6 hilos para que la chica recibiera un telegrama anunciándole una enfermedad en su familia y marchar así precipitadamente de la casa. No se fiaba de ella, me dijo, y podía contarlo. Como comprenderá, inspector, yo estaba estupefacto. No podía dar crédito a tanto desatino. Volví a llamarla loca, y le amenacé con que íbamos a mover todos los resortes para encerrarla en un centro psiquiátrico. Soltó una terrible carcajada, me agarró de la muñeca, y, al hacerlo, vio el reloj. Volvió a reírse, y, con total desprecio, me dijo: «Hasta tienes un reloj de oro gracias a mí, desgraciado». Fue entonces cuando me lo arranqué y lo lancé al suelo. Salí de allí horrorizado. Ustedes son los primeros que saben de este encuentro con mi abuela. Dadas las circunstancias acaecidas después, no he tenido ocasión de relatárselo a mis padres.

A pesar de haberle causado una fuerte conmoción el relato, Vidal procuró mantener una actitud precavida y no dejar entrever ningún sentimiento.

—Esa..., digamos, entrevista con su difunta abuela, se produjo entonces entre las tres y las cuatro de la tarde. ¿Recuerda haberse encontrado con alguien al entrar o al salir de las habitaciones de su abuela?

—No, no me tropecé con nadie. Tampoco vi a la enfermera.

—Está bien. Por el momento es todo. Recuerde, don Luis, que, a pesar de su declaración, está bajo sospecha. El reloj queda decomisado como prueba pericial y usted debe mantenerse localizable para cualquier requerimiento al que pudiera haber lugar.

Sin pronunciar palabra, con gesto preocupado, Luis Moreno se levantó, le extendió la mano al inspector, quien la estrechó realizando un serio gesto con la cabeza, y abandonó el despacho cabizbajo.

Nada más salir del despacho, Pereira pudo al fin disparar su lengua después del esfuerzo que había tenido que realizar para no intervenir en el interrogatorio. Sabía que al inspector le irritaba que metiera baza si no se lo pedía.

—¡Está mintiendo! Se ve a todas luces. Me he dado cuenta de cómo apretaba las manos contra los brazos del sillón cuando refería la discusión con su abuela. Por un momento le he visto apretando la bufanda alrededor del cuello de la anciana. Y no me creo que se quitara el reloj, seguro que se le cayó al forcejear con la víctima y...

—¡Venga, Pereira! Deje de elucubrar. —Vidal ya no pudo aguantar más las deliberaciones de su compañero—. No conviene precipitarse para nada.

Queda mucha tarea por hacer y nos encontramos con gente muy bien preparada, que sabe usar la diplomacia y está acostumbrada a fingir y a decir lo contrario de lo que piensa o cree sin ninguna turbación. Debemos ser muy cautos y tener esto presente. Ahora, Pereira, diga al mayordomo que vaya a buscar a la enfermera.

Rosario estaba nerviosa y, aunque procuraba disimularlo, los dedos de sus manos entrelazadas no paraban de moverse.

—No tengo dudas de lo impactante que debió de ser para usted descubrir el cadáver de su paciente —comenzó Vidal intentando dar a su voz un tono de condolencia—, procuraré ser lo más breve posible. Por el momento, sólo le realizaré unas preguntas del todo precisas para poder continuar con la investigación.

Rosario, muy compungida, tras las palabras de Vidal asintió con la cabeza, sacó un pañuelo del bolsillo de su bata blanca y comenzó a pasárselo por los ojos.

—Se lo agradezco, inspector. Aún estoy muy sentida por el terrible suceso. La verdad es que fue horrible. Algo que no olvidaré nunca. —Tras decir esto, Rosario volvió a sollozar.

—Tengo entendido que descubrió usted el cadáver sobre las siete y media de la tarde de ayer —comentó Vidal cuando la enfermera dejó de llorar—. Dado el estado de consternación en que se encontraba ayer noche, fue imposible corroborar ese dato con usted. Esta hora nos la facilitó el yerno de la víctima, pues según nos informó, fue sobre esa hora cuando entró usted en el salón donde se encontraban para comunicarles el... —Vidal buscó la palabra más adecuada— suceso.

—Sí, exactamente eran las siete y media cuando entré en el dormitorio. Lo recuerdo, porque, al abrir la puerta, me extrañó que no hubiera ninguna luz encendida. Siempre dejaba encendida la luz de su mesita de noche, aunque estuviera durmiendo. Por eso miré la hora, además, solía cenar sobre las siete, me resultaba todo muy raro.

—¿No se encargaba usted de servirle las comidas? —preguntó Vidal sin dejar de escribir en su cuaderno.

—Sí, así era hasta hace poco tiempo. La señora marquesa era un ser muy... especial. Decidió hace unos días que el nuevo mozo de comedor, Juan, le sirviera las comidas, excepto el desayuno, que me seguiría encargando yo de servirlo.

—Entonces..., ¿ayer se había retrasado el mozo de comedor en subirle la

cena?

La enfermera pareció meditar un momento.

—No exactamente. Verá, en la pared del dormitorio de la difunta marquesa, sobre la mesita de noche, hay un timbre que comunica directamente con la cocina. Ya le dije que la señora marquesa era una persona muy peculiar; mientras no avisara, no podían subir. Verdad es también que si llamaba, había que estar allí en cinco minutos.

—Pero ¿no le extrañó al mozo de comedor que tardara tanto en avisar si solía cenar a las siete?

—No, no lo crea. No era respetuosa con el horario. Algunas veces tenía avisado casi a las ocho porque estaba leyendo un libro o hablando por teléfono. Eso sí, como le decía, en cuanto llamaba había que subirle la comida de inmediato.

—¿Calificaría usted a la difunta como una mujer difícil? —Vidal lanzó la pregunta intencionadamente.

Rosario dio un leve respingo y Vidal observó cómo la mujer se tensaba.

—Si le soy franca, era más que difícil. No quiero hablar mal de ella —añadió al tiempo que ahogaba un sollozo—, pero tenía un carácter insoportable.

—No se preocupe, algo tengo ya intuido. Además, lo que usted quiera relatarme en ese aspecto no saldrá de este despacho si así lo desea.

Vidal miró a Pereira, que esta vez estaba sentado en una silla colocada a su izquierda.

—Como le asegura el inspector, no tiene usted nada que temer —reafirmó el sargento.

Aparentemente más tranquila, Rosario, que daba vueltas al pañuelo entre sus manos, miró a los dos hombres antes de hablar.

—Precisamente, ayer cuando volvía a la casa por la tarde iba pensando en hablar con doña Angustias para decirle que en cuanto pasaran las fiestas me iría. No podía soportar más las vejaciones, los insultos constantes, los ataques físicos...

—¿Fue atacada físicamente? —Vidal cortó a la enfermera verdaderamente sorprendido.

—Sí, y más de una vez —repuso Rosario echándose a llorar—. Llego a hacerme una herida en la cabeza al tirarme una palangana. ¡Casi me mata! —terminó diciendo entre sollozos.

Tanto Vidal como Pereira miraban a la enfermera sin saber qué decir. Lo

confesado por ella les había dejado atónitos.

—Según observo, la marquesa no debía de estar en sus cabales —articuló Vidal sin todavía salir de su asombro—. No hay otra explicación y menos en una mujer de su rango.

—No, inspector, no estaba loca. No se confunda. Era una mala persona. Me duele decirlo después de lo ocurrido, pero lo contrario sería mentir. He convivido meses con ella, y desde que llevaba recluida en sus aposentos han desfilado, conmigo, seis enfermeras. Con eso se lo digo todo.

—¿Era así con todos? Me refiero si mostraba ese mal talante con los demás habitantes de la casa.

—No tenía relación con nadie del servicio, a excepción del mozo del comedor, como les dije antes. Y esto desde hace un par de días. Creo que lo hizo para fastidiarme a mí, no lo sé, pero sabía cómo hacer daño. Con su familia el trato casi era nulo, sólo subía la hija, que yo viera. Este mes, desde que supo que venían unos amigos de su hija de Londres, como no lo había primero tratado con ella, empezó a comportarse aún peor conmigo. Su intención claramente era provocar que me despidiera durante las fiestas. También se enzarzó con doña Julia, el ama de llaves, con el claro propósito de hacer también que se marchara. Todo con el único y malsano fin de fastidiar a su hija. Y nos hubiéramos ido, pero el ruego de doña Angustias, que es una santa comparada con su difunta madre, nos hizo recapacitar. La señora no se lo merecía, con la ilusión que le hacía tener en la casa a sus amigos... Doña Julia, pensó como yo, por eso también decidió quedarse.

Vidal escuchaba a la enfermera. Empezó a pensar que muchos enemigos se había granjeado la marquesa de Navas en los últimos tiempos.

—Y dígame, enfermera, la difunta tenía graves problemas para andar, ¿no es así?

La mirada que Rosario lanzó a Vidal no estaba exenta de ironía.

—Eso pensaba yo, o eso pensábamos todos, pero no. Se valió muy bien para ir al dormitorio que ocupaban los condes de Weymand, en la planta superior, y sustraer un valiosísimo collar de esmeraldas y brillantes.

Esta noticia fue la guinda del pastel. Vidal y Pereira se miraron desconcertados.

—¿Está usted diciendo que la marquesa de Navas robó un collar de esmeraldas?

—Así es, con todas las de la ley. Debió hacerlo durante el rato que yo duermo la siesta. Después, esa misma tarde, estaba leyendo un libro en el

gabinete cuando me llamó para que la llevara al baño. No quiere hacerlo en la cuña, así que la transporto en la silla de ruedas y luego me vuelve a llamar cuando termina. Toda una actuación, como ve. Aproveché mientras estaba en el baño para arreglarle un poco la ropa de la cama, que estaba bastante revuelta. Al levantar una de las almohadas, vi debajo del almohadón cómo asomaba la esquina de algo parecido a una caja de cuero. Tiré de ella y me quedé alucinada cuando vi que era el estuche con el collar de esmeraldas.

Vidal miró a Pereira que mantenía la boca abierta escuchando a la enfermera, después volvió de nuevo a mirar a Rosario.

—¿Y usted qué hizo? —le preguntó, en verdad interesado.

—Sabía que el collar era de la condesa. Se lo había regalado su marido en Navidad y me lo había mostrado ella misma al día siguiente cuando fui a llevarle unos analgésicos a su alcoba. Me asusté al verlo allí, podrían creer que lo había robado yo. No me di tiempo ni a pensar, salí corriendo con él hasta llegar al salón, donde se encontraban reunidos precisamente en el momento en que pensaban llamar a la policía. Allí supe que hacía dos horas la condesa lo había echado en falta y habían revuelto todo su dormitorio sin resultado alguno.

—¿Qué objetivo perseguía robando el collar? No creo que fuera el económico —argumentó Pereira. Vidal le miró.

—Supongo que el mismo con que solía hacer todas las cosas —respondió Rosario sin titubear—: pretender fastidiar y enmarañar, e incluso, si me apuran un poco, tratar de inculpar a alguien.

—¿Inculpar? ¿Cree usted que lo robó pensando en echar la culpa a otra persona? —cuestionó Vidal muy interesado en lo que acababa de decir la enfermera.

—Sí, estoy convencida de que ese era su propósito. Lo escondería esperando que llamaran a la policía. No era tonta, sabía que el conde de Weymand no iba a pasar por alto la pérdida de algo de tantísimo valor. La policía buscaría y registraría toda la casa en su búsqueda. —Llegada a este punto, Rosario frunció los labios—. Ya se encargaría ella de dejarlo entre las pertenencias de alguien para hacerle pasar como culpable —remató sacudiendo al tiempo la cabeza.

Vidal la miraba fijamente.

—Piensa que ese *alguien* pudiera haber sido usted misma, ¿no es así?

Por un instante pareció que Rosario iba a echarse a llorar, pero se contuvo.

—Estoy segura. Cuando me lanzó la palangana creyó que me iría de la

casa. Esa misma tarde, doña Angustias fue a hablar con ella. Creo que fue una conversación muy tirante, el caso es que a raíz de esta, la marquesa comenzó a tener un trato algo más amable conmigo; sin embargo, cuando le puse la inyección esa misma noche, noté que me miraba. Levanté la vista y vi cómo me mostraba una amplia sonrisa, luego, con voz muy queda, me dijo: «Espero que nada malo le suceda, querida, me llevaría un gran disgusto». Viniendo de ella, este deseo no era otra cosa más que una advertencia. No me cabe duda de que el collar lo habría ocultado entre mis cosas.

Durante unos segundos, Vidal estuvo anotando en su cuaderno. Las confesiones de la enfermera habían ayudado a dar firmeza a la investigación. Conocer esta serie de datos seguro que le iba a ser muy provechoso.

—Perdone que la entretenga tanto tiempo, no quiero abusar de su decaído estado de ánimo. Si se encuentra cansada, dígamelo y...

—No se preocupe, inspector, estoy bien —le cortó Rosario con una sonrisa—. Creo que ha sido bueno hablar de todo esto, incluso me encuentro más animada.

Vidal le devolvió la sonrisa, y, mientras se encendía un cigarrillo, observó la figura de la enfermera. Le pareció una mujer de compleción fuerte, aunque por lo que había visto, muy sensible, tal vez demasiado para ser enfermera, o... ¿estaba fingiendo?

—¿Cómo dio usted con este empleo? —preguntó después de dar una honda calada al cigarrillo.

—¡Oh! Pues verá..., yo soy enfermera titulada y siempre he trabajado en hospitales. Por mediación de una amiga, supe que buscaban una enfermera para atender a una gran señora. El sueldo era enorme, comparado con lo que percibía en el hospital, así que me decidí a solicitar el empleo. Pero, créame inspector, si llego a sospechar que iba a pasar por lo que he pasado, ni por todo el oro del mundo hubiera entrado en esta casa. ¡Bien sabe Dios lo que me arrepiento!

—La comprendo perfectamente después de lo que nos ha relatado. Pero, dígame, Rosario, a parte de la hija, ¿algún otro miembro de la familia solía entrar en el dormitorio de la marquesa?

—No. A no ser que ella llamara a alguno, pero tampoco solía acontecer algo así.

—Entonces, ¿usted nunca sorprendió a ninguno de ellos dentro del dormitorio de la difunta marquesa?

—Ya le he dicho que no... Bueno, ahora que lo dice..., ocurrió algo muy

raro. Fue la noche del apagón. Durante unas dos horas nos quedamos sin luz. Recuerdo que subió el mozo de comedor con unas velas al poco de darse el percance. Dejé un candelabro sobre la cómoda del dormitorio de la señora marquesa y otro más pequeño sobre su mesita de noche. Luego, me dijo que me marchara, que iba a dormir un poco. Tomando una palmatoria salí de las habitaciones y fui hacia la cocina, pero, al llegar casi a ella, observé que me había dejado el reloj, así que subí a por él. Soy incapaz de dar un paso sin mi reloj —intercaló Rosario con una sonrisa—. El caso es que cuando entré en la salita que comunica con el dormitorio, vi que alguien salía de él. Por la poca luz existente no conseguía verle bien el rostro, pero en ese momento encendió una vela, y vi que era el señorito Leopoldo.

Vidal arrugó el entrecejo.

—¿El yerno de doña Angustias? —preguntó sorprendido.

—Así es. El a mí no me vio dada la poca luz; yo estaba situada justo detrás de la puerta entreabierta y no volvió el rostro hacia allí. Además, salió con prisa.

El inspector cruzó las manos delante del pecho en actitud pensativa.

—Le produciría sorpresa verle allí, ¿no?

—Sí, claro, era muy extraño. Después de que saliera, con sigilo abrí la puerta del dormitorio y observé cómo la marquesa parecía dormir. Así que no hice más cábalas. De hecho lo había hasta olvidado.

Vidal no hizo más preguntas a la enfermera. Le dio las gracias y la despidió, rogándole que si recordaba alguna cosa que pudiera parecerle extraña, como lo ocurrido el día del apagón, acudiera a confiársela. Rosario así se lo aseguró.

En cuanto Rosario abandonó el despacho, Pereira se desató a hablar. Parecía que todo aquel tiempo en silencio le pesara ya sobremanera.

—Qué enorme es esta mujer —fue lo primera que dijo ante la sorpresa de Vidal—, y menudas manos tiene. Debe usar unos buenos guantes. No le hubiera sido muy difícil estrangular a la anciana...

Vidal le miró sin dejar de fruncir el ceño.

—¿Está sospechando de ella? —dejó caer la pregunta sin poner demasiado énfasis en ella.

Pereira hizo un mohín con los labios.

—No sé qué pensar... Desde luego, simpatía no le tenía ninguna a su señora.

—Pero ese no creo que sea suficiente motivo. Uno no va por ahí matando a

la gente porque no le cae simpática —adujo Vidal con cierta ironía.

—Usted ya me entiende. Aquí hay mucho odio en el ambiente. La marquesa no era muy proclive a hacerse amigos, por lo que vamos viendo. Es un dato a tener muy en cuenta, pienso yo. ¿No lo piensa usted también, inspector?

Vidal, antes de responder, calibró las palabras de su subordinado. Efectivamente, iban existiendo razones para no descartar cualquier idea, teniendo en cuenta el carácter presumiblemente sórdido y agresivo de la víctima, que no le hacía ser propensa a generar cariño.

—Sin duda, hemos de estar abiertos a todo —repuso finalmente—. Y volviendo a la enfermera, ¿qué me dice, Pereira, sobre la presencia del tal Leopoldo en el dormitorio de la difunta marquesa la noche esa del apagón? Es extrañísimo, ¿no le parece?

—Ese tipo es el yerno de doña Angustias, ¿no?

—Sí, es el marido de la hija. Creo que es médico. No se me va de la cabeza. —Vidal se reclinó sobre el respaldo del sillón—. Si como dijo la enfermera, nunca subía nadie a visitarla salvo su hija..., ¿qué hacía allí este hombre la noche del apagón?

—Tal vez lo mandó llamar ella —comentó Pereira, que se había levantado de su asiento y daba vueltas por el despacho.

—¿Al marido de su nieta? —Vidal arrugó la frente—. ¿Y con la casa a oscuras? No sé..., aquí ya hay algo que no encaja. Esto comienza a enmarañarse.

Pereira se paró frente a la mesa y se rascó la cabeza antes de hablar.

—Vamos a ver, inspector, no se estruje la sesera. Por ahora tenemos una pista irrefutable: el reloj hallado bajo la cama de la víctima. El nieto, Luis Moreno, ya ha confesado que es suyo, y hemos podido observar el poco cariño que sentía por su abuela, por decirlo de una manera suave... Todo esto, sin duda, le lleva a ser el principal sospechoso. —Pereira calló pero, viendo que el inspector le escuchaba sin interrumpirle, inclinó el cuerpo, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y continuó hablando con mayor énfasis—. Él nos ha contado su versión sobre los hechos aquella tarde en el dormitorio de su abuela, pero usted sabe como yo que puede haber otra versión muy distinta. —Entrecerró los ojos y miró con fijeza a Vidal—. Subió con el propósito de asesinar a su abuela, ella trataría de defenderse, y, en el forcejeo, la anciana acabó arrancándole el reloj de la muñeca que fue a parar justo debajo de la cama. Luego huyó sin acordarse de recoger el reloj.

Vidal miraba con atención a su sargento. Sabía que le gustaba sobreactuar, pero, indiscutiblemente, razones sobaban para saber que Luis Moreno se llevaba, por el momento, todas las papeletas. Pero no quería precipitarse. Por el momento esperaría; algo le decía que la cosa no era tan simple. Este era su primer caso relevante en Madrid, prefería usar la cautela y no apresurarse para después llevarse un patinazo, que en este caso sería de los gordos, dado el nivel social de los implicados.

Aún pensativo, Vidal miró la hora en su reloj.

—Pereira, hágame el favor de comprobar si el médico ya ha regresado.

El sargento le miró con algo de recelo, Vidal captó la mirada.

—Me refiero a Leopoldo, el yerno. Esta mañana no se encontraba en la casa a primera hora.

—¿Va a hablar ahora con él?

—Sí, quiero aclarar cuanto antes ese asunto que nos confió la enfermera.

Leopoldo Beltrán, siguiendo al sargento, entró en el despacho cubierto por un abrigo azul oscuro de buen paño y portando en la mano derecha un maletín de piel negro.

—Buenos días —saludó con una sonrisa—. Su compañero me dijo que deseaba usted verme. Precisamente, entraba ahora mismo en la casa. Esta mañana tuve que salir por una urgencia.

Vidal se levantó de su sillón y alargó el brazo por encima de la mesa para estrechar la mano que le extendía el sonriente hombre.

—No se preocupe, sé cómo son los inconvenientes de su profesión.

Invitándole a tomar asiento, Vidal esperó a que el médico se quitara el abrigo y lo dejara sobre el sofá, y, una vez acomodado este, el inspector volvió a tomar asiento.

—Señor Beltrán —nombró tras echar un vistazo a su cuaderno de notas—, ayer apenas hablamos, ya que se marchó usted junto con sus cuñados para acompañar al furgón fúnebre.

Leopoldo afirmó con rápidos movimientos de cabeza.

—Bien, supongo que sus suegros ya le pondrían al corriente de que vamos a llevar a cabo la investigación del suceso aquí, en la mansión. Pensamos que será lo más conveniente.

—Sin duda, inspector. Es muy de agradecer por su parte y del Cuerpo de Policía que así lo hayan dispuesto.

Tras una leve sonrisa, Vidal continuó hablando.

—Según tengo entendido, la tarde de ayer se encontraba usted reunido con

los demás miembros de la familia cuando les anunciaron el... terrible suceso.

—Así es. Fue Rosario, la enfermera de la abuela de mi esposa. Entró muy alterada en el salón de juegos, apenas podía hablar. Con dificultad nos comunicó que había encontrado el cuerpo de la marquesa en el suelo, muerta. Asesinada, creo que dijo la...

—Sí, sí... —cortó Vidal—, pero, dígame, ¿subió usted a comprobarlo? Siendo médico, supongo que lo haría.

El inspector observó cómo el rostro de Leopoldo parecía arrugarse.

—Sinceramente, no. No lo hice. Subieron mis cuñados rápidamente, pero yo no subí. Me quedé atendiendo a la enfermera y a mi suegra, que estaban muy conmovidas —añadió en clara disculpa.

—Si claro, es comprensible. En ese preciso instante fue lo más sensato. Pero, ¿en el largo espacio de tiempo que medió hasta la llegada del equipo forense, no tuvo la necesidad o la curiosidad médica de subir a comprobar de forma certera si la marquesa estaba fallecida? Me resulta muy sorprendente que siendo usted médico no lo hiciera.

Leopoldo Beltrán movía con gesto nervioso los dedos de sus manos enlazadas sobre el pecho.

—Reconozco que no sólo puede parecer sorprendente, sino hasta impropio. No entra en mi ética profesional, inspector, comportarme de manera tan poco cívica. Así que no me andaré con circunloquios. —Mirando fijamente a Vidal, Leopoldo Beltrán descruzó las manos y las apoyó sobre sus piernas—. La abuela de mi mujer era un ser extraño, muy complicada de carácter y muy difícil de llevar. Aunque le parezca increíble, a mí nunca quiso conocerme. Incluso tenía, si no prohibido, si aconsejado no subir a sus habitaciones. Nunca lo hice, así que tampoco lo hice esa noche.

Vidal, ante esta declaración, alzó las cejas y lanzó una rápida mirada a Pereira, quien observaba al interrogado con suma atención.

—Así que nunca entró usted en las habitaciones de la víctima, ¿no es así? —preguntó Vidal a la vez que encendía un cigarrillo.

—Totalmente cierto —repuso muy seguro de sí.

—Entonces, señor Beltrán, dígame, ¿cómo pudo verle la enfermera saliendo del dormitorio de la anciana marquesa la noche del apagón?

Ante lo inesperado de la pregunta, el interrogado sufrió un fuerte ataque de tos. Vidal había dado en el centro de la diana. Los dos policías se miraron con mostrada complicidad mientras aguardaban a que Leopoldo Beltrán se reestableciera del golpe recibido.

—Hace unos días la casa sufrió un apagón de luz —volvió a hablar Vidal cuando comprobó que el interrogado estaba más calmado—. Creo que la avería duró bastante tiempo. Recordará usted ese hecho, ¿no?

Leopoldo Beltrán contestó con un «sí» apenas audible.

—Y también recordará que estuvo en el dormitorio de la marquesa... ¿O no lo recuerda?

Visiblemente avergonzado, el joven médico sacó un pañuelo del bolsillo de su chaleco, retiró las gafas y se secó los ojos.

—Creía que no me había visto nadie —fue lo primero que dijo. En su timbre de voz se notó lo azorado que estaba—. Nunca debí haber accedido... Fue un grave error.

—¿A qué demonios se refiere? ¿Qué quiere decir? —Vidal le apremiaba, quería aprovechar la momentánea debilidad del joven.

Leopoldo Beltrán volvió a pasarse el pañuelo por los ojos y la frente.

—Todo empezó hace un par de meses —comenzó a decir ante la expectante atención de los dos policías—. Había adquirido para la clínica nuevos aparatos, más sofisticados y modernos, así como un nuevo sistema de detección de rayos X procedente de Inglaterra. Todo ello me supuso un fuerte desembolso, que convine pagar en tres plazos. El último de ellos vence precisamente el mes de enero próximo. En los últimos tiempos, la clínica no ha funcionado tan bien como yo esperaba, los beneficios han descendido drásticamente y me veo en una situación muy comprometida para hacer frente a los pagos. Dada la gravedad, mi mujer se lo consultó a su madre, sabía que ella no disponía de fondos, puesto que todo el capital lo manejaba su abuela, pero a pesar de lo poco prolija que era la anciana marquesa, también sabíamos que le gustaba mantener el estatus social. El caso es que citó a mi mujer para hablar del tema. Teníamos la confianza de que nos ayudara. Casi todos los fines de semana solemos reunirnos la familia aquí, en la mansión, pero la citó un jueves, así que vinimos dos días antes de lo habitual. Estuvimos desde el jueves hasta el domingo, y aún así, la marquesa, no quiso recibir a mi mujer ninguno de los cuatro días. Nos volvimos a nuestra casa sin que hubiera hablado con ella.

—¿No les dio ningún motivo? —preguntó Vidal, que ya empezaba a no sorprenderse de las rarezas de la difunta marquesa.

—Ninguno. Era su forma de actuar: retorcida y cruel. Después de ese episodio, hace como unos seis días, me llené de asombro cuando mi enfermera me anunció que tenía al teléfono a la marquesa de Navas. Nunca

había hablado con ella, ni la conocía. Figúrese mi estupefacción. Cuando descolgué el auricular, su voz me pareció fría y tajante. No hubo un saludo, ni tan siquiera una palabra cortés, sólo dijo: «Estoy dispuesta a dejarte ese dinero, pero tendrás que ganártelo. Ahora no puedo hablar más. Esta tarde volveré a llamarte al filo de las siete. Te pondré al tanto de mis intenciones». Eso fue todo.

Al llegar a este punto, Leopoldo Beltrán carraspeó. Vidal echó un vistazo hacia la bandeja que se hallaba en el costado izquierdo de la amplia mesa y que contenía una jarra de agua con dos vasos. Con rápido ademán, tomó uno de los vasos y, vaciando en él el agua de la jarra, se lo ofreció al joven que lo aceptó con una sonrisa y un escueto «Gracias».

—Prosiga, por favor —le invitó Vidal una vez que, después de beber, posó el vaso sobre la mesa.

—No puedo negarle que durante el resto del día fue imposible quitarme aquellas palabras de la cabeza. A punto de dar las siete, sonó el teléfono. Recogí la llamada al instante con cierto nerviosismo. Como en la mañana, su voz sonó altanera. Tantas veces me repetí mentalmente sus palabras, que las recuerdo casi literalmente: «Escucha joven, no me interrumpas y sólo dime al final si estás conforme o no. Estoy dispuesta a darte esas cincuenta mil pesetas si eres capaz de llevar a cabo la siguiente misión. Dentro de un par de días estaréis todos aquí, en mi casa, para pasar las Fiestas; escúchame bien, quiero que el mismo día de Navidad, antes de la cena, entre las siete y las siete y media, cortes los cables de la acometida de la luz, exactamente por encima de la cochera, a la altura del primer piso, allí verás el trenzado. Busca las herramientas necesarias. Apoyada en la pared de la cochera hallarás una escalera larga. Una vez hecho, sube a mi habitación cuando no esté la enfermera y te daré el dinero. Hazte con una vela, no vengas con linterna, por si te cruzaras con alguien por los pasillos. Recuerda no comentar nada, ni siquiera a tu mujer. Si contaras algo de ello, no sólo no recibirás el dinero, las consecuencias además serían para ti funestas. Te doy cinco minutos para pensártelo. Si estás conforme, sólo dime «sí, acepto» y no volveremos a hablar más sobre el asunto».

Vidal, con el codo de su brazo izquierdo apoyado sobre la mesa, mantenía la palma de la mano apretando su mentón. Sus ojos, más azules que nunca, miraban entre asombrados y perplejos el rostro algo pálido pero sereno del joven médico.

—Sobra decir que usted aceptó la más que peregrina propuesta —comentó

Vidal. Seguidamente, cambió de postura y volvió a encenderse un nuevo cigarrillo.

—Todavía hoy sigo pensando que no hubo reflexión por mi parte. Aquello era descabellado, absurdo, grotesco..., pero en mi mente sólo entraba una cosa: conseguir aquellas cincuenta mil pesetas.

—¿Le pagó el dinero convenido? —preguntó Vidal, y echó al aire una fuerte bocanada de humo.

Leopoldo Beltrán volvió a sacar el pañuelo, y, antes de responder, se secó dos gotas de sudor que resbalaban por su sien derecha.

—Sí, así fue. Siento una vergüenza terrible, inspector. Recordar este episodio hace que me sienta un ser mezquino.

—No le niego que fuera una manera de conseguir ese dinero muy poco ortodoxa, pero, a veces, el apremio económico nos puede hacer actuar de forma que en otras circunstancias nunca haríamos.

Leopoldo Beltrán se ajustó las gafas sobre el arco de la nariz, y, seguidamente, sacó una pitillera de plata del bolsillo interior de su chaqueta. Mientras encendía un cigarrillo, Vidal apuntaba en su cuaderno.

—Y bien, supongo que de esto nadie de la familia de su mujer tendrá idea alguna —dijo mientras cerraba la estilográfica.

—No, pero desde ayer estoy pensando cómo abordar el tema con mi mujer.

—Sí, supongo que la marquesa ya no es impedimento para hacerlo —argumentó Vidal al hilo de lo expuesto.

—Por otra parte, ese dinero ahora me quema —agregó Leopoldo Beltrán.

—Si piensa comentárselo a su esposa, háblelo con ella. Tomen la decisión juntos.

El joven médico agradeció con una sonrisa el consejo de Vidal.

—Bueno, creo que se acerca la hora de la comida. Señor Beltrán, agradezco su buena disposición. Por el momento, no veo que tenga interés para el proceso de investigación la declaración que acaba usted de hacernos, por lo tanto, no haré uso de ella.

Leopoldo Beltrán, con el rostro mucho más relajado, agradeció la decisión del inspector y, tras recoger su abrigo, abandonó el despacho.

Dada la buena tarde, Vidal decidió bajar a comer a Aranjuez. Tanto doña Angustias como su marido insistieron en que se quedaran a almorzar, pero le apetecía dar un paseo y, por la cara que puso Pereira, tampoco parecía que le desagradara la idea. Así, ambos, resolvieron recorrer el largo kilómetro hasta la estación, donde, pegada a ella, había una fonda con muy buena pinta.

Los dos hombres recorrían la carretera a buen ritmo disfrutando de la buena temperatura y de aquella mezcla de buenos olores que ofrecía el campo.

—Inspector, es la primera vez que me encuentro con un caso tan enrevesado —comentó Pereira mientras olía una ramita de espliego que acababa de cortar—. Esta mañana ha interrogado usted a tres personas y cada una de ellas nos ha revelado una historia increíble sobre la víctima. ¡Madre mía! Menuda debió de ser la buena de la señora. No sé usted, pero yo me hallo más perdido que una cabra en un garaje. Ya no sé qué pensar, al principio lo veía claro, por la prueba del reloj, pero ahora con...

—Ahora estamos en plena investigación, Pereira. —Vidal cortó lo que llevaba trazas de convertirse en una perorata del Sargento—. No podemos atar ni desatar nada. Quedan aún muchas piezas por colocar.

—Ya, si no se lo discuto, pero dada la singularidad de la víctima cualquiera pudo matarla. Lo más lógico, en estos casos, sería el móvil económico, máxime en una mujer tan sumamente rica y tacaña, pero después de oír a la enfermera no me extrañaría que fuera ella quien apretó el cuello a la vieja.

Vidal lanzó a su sargento una mirada algo burlona.

—Le ha dado a usted con la enfermera, ¿eh?

—Pero ¿no vio usted las manos que tiene? ¿Y su corpulencia? No me negará que no reúne condiciones para... —El sargento levantó sus manos como si aferraran un cuello invisible.

Vidal no pudo evitar soltar una carcajada.

—Es usted tremendo, Pereira, estamos hablando del estrangulamiento de una anciana, cualquiera pudo hacerlo, no se precisa la fuerza de un boxeador.

—Bueno, eso también es verdad, pero a mí la enfermera...

Vidal puso su mano derecha sobre el hombro de Pereira y siguieron andando. El buen tiempo que hacía y la endiablada pero sana tozudez de su compañero le hacían estar contento.

María colocó la fuente de albóndigas sobre el centro de la mesa. Carmen, mientras tanto, iba sirviendo el arroz en los platos.

—Así que los policías se fueron a comer al pueblo —dijo María cuando se sentó a la mesa.

—Pues sí, además se fueron dando un paseo —agregó Pedro—. Los encontré cuando se marchaban; por lo visto van a comer a la fonda de la estación.

—Ganas tienen de andar y gastar dinero —rezongó María— después de que los invitara la señora... ¡Qué tontos!

—María, querrán hablar entre ellos. Seguro que lo han hecho por eso —intercaló Jaime mientras se servía cuatro buenas albóndigas.

—Seguro, señor Jaime. Aprovecharán la comida para intercambiar ideas —terció Carmen—. A mí me encantaría ser inspectora y resolver crímenes y...

—¡Anda, soñadora! Baja de la nube. Inspectora, dice... Tú no sabes lo que debe de ser eso.

Carmen miró a María mientras masticaba.

—A ver, señora María —dijo nada más vaciar la boca—, ¿por qué no podría ser yo inspectora? He leído una novela que se llama *Matrimonio de sabuesos* y los dos son investigadores.

—Ya..., pero eso ocurre en las novelas. En la vida real no hay inspectoras.

—Porque lo dice usted.

María iba a contestar, pero su marido intervino rápido.

—¡Bueno! ¡Ya vale! Dejemos la fiesta en paz. Que cada uno sea lo que quiera ser. Oye, Juan, ¿estaban todos a la mesa en la comida?

Juan, que revolvía lentamente el arroz con las albóndigas, levantó sorprendido la cabeza al no esperar la pregunta.

—¡Eh! Sí..., estaban todos —repuso con un tono de voz algo mustio.

—Juan, hijo, no estés tan triste..., me da pena verte tan decaído. —María le mostraba su pesar.

—Ya se le irá pasando. ¿Verdad, chaval? —dijo Pedro pasándole la mano por el pelo.

—Perdonen el retraso, pero estaba acabando de recoger las cosas.

Rosario acababa de entrar en la cocina.

—¿Por fin se marcha? —le preguntó María, y le acercó la fuente con las albóndigas.

—Pues sí. Si Dios quiere, mañana saldré de esta casa. Para qué esperar

más. Pasado mañana ya es fin de año, y el dos de enero ya comienzo en la clínica.

—Han hablado con usted esta mañana los inspectores, ¿no es así? —preguntó doña Julia que, hasta ese momento, se había mantenido en silencio.

—Así es —repuso la enfermera. Y sin decir más, empezó a servirse las albóndigas.

—Y ¿no se puso nerviosa? —Carmen preguntaba dispuesta a seguir con el tema.

—Al principio algo sí que lo estuve —repuso Rosario, que seguía estando muy parca.

—No me extraña, tener que hablar de todo eso... —María abundaba queriendo saber más—. Porque hay que ver lo mal que se lo hizo pasar la marquesa. Que descanse en paz, pero no puedo olvidar el cacharrazo que le dio con la palangana. Menudo mal genio se gastaba.

El rostro de Rosario se tornó serio al escuchar estas últimas palabras de María. Con el tenedor partió una albóndiga, y, antes de llevarse el trozo de carne a la boca, volvió a posar el tenedor sobre el plato.

—Era un demonio —pronunció con los ojos entornados al tiempo que María, al oír la expresión, se santiguaba—. Ahora que me marcho, ya no me importa decirlo ni creo que le importe a nadie; hace tres días me encontré debajo de una de las almohadas de la marquesa un collar de esmeraldas y brillantes, yo sabía que era de la condesa de Weymand. Fue un regalo que le había hecho su marido durante la cena de Nochebuena.

—Y ¿cómo fue a parar allí? —preguntó María. Los demás guardaban un silencio mortuario asombrados por la noticia.

—Lo había robado la marquesa de la habitación de los condes.

La respuesta de Rosario los dejó a todos atónitos.

—Pero... no puede ser. ¿Cómo hizo para llegar hasta allí? Ese dormitorio se encuentra en el segundo piso. No pudo hacerlo por sí misma, es imposible. —María no daba crédito.

La enfermera mostró una sonrisa que más pareció ser una mueca burlesca.

—Ya se lo he dicho: porque era un demonio. Yo sabía que podía andar más de lo que nos quería dar a entender. Llevo muchos años trabajando con impedidos, y, aunque simulaba muy bien su invalidez, en más de una ocasión la tengo pillada de pie. Ahora estoy convencida de que todo era cuento y de que en cuanto yo abandonaba sus habitaciones, buenos paseos se daba por las estancias para no entumecerse.

María, como el resto, escuchaba a Rosario con los ojos muy abiertos, pasmados por las palabras de la enfermera.

—¡Dios del Cielo! —exclamó la cocinera juntando ambas manos en actitud orante—. Si me pinchan no sangro.

—Pero ¿está usted segura que fue ella quien sustrajo el collar? —Carmen tampoco se lo podía creer.

—Segurísima. Está feo que yo lo cuente, pero cuando el collar volvió a las manos de la condesa, doña Angustias subió a las habitaciones de su madre. Yo la seguí sin ser advertida, y, desde mi cuarto, que está anexo al suyo, pude escuchar cómo sin ningún pudor no sólo se declaraba culpable sino que se jactaba de ello; hasta llegó a insultar a su hija de una manera indecente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —musitaba María santiguándose varias veces—. Cómo pudo tenerlos a todos tan engañados... Es increíble.

Jaime estaba muy pensativo. No dejaban de bullirle por la mente algunas ideas. Finalmente, se atrevió a exponerlas.

—Es difícil de concebir, pero, en vista de estos hechos, ya no sería descabellado pensar que pudo ser la marquesa quien también escondiera los platos de la vajilla y derramara el azúcar por la despensa.

—¿Tú crees? —preguntó María, que iba de sobresalto en sobresalto.

—No es nada descabellado, señor Jaime —añadió Carmen—. Si podía valerse por sí misma, pudo hacerlo perfectamente.

—Pero ¿cómo pudo coger la gasolina de la cochera? —preguntó Pedro—. Sólo se puede acceder por la puerta de las dependencias del servicio; tendría que haber cruzado por la cocina para llegar hasta allí, corriendo el enorme riesgo de toparse con alguno de nosotros. Y de noche esa puerta se mantiene cerrada con llave. Menos aún hacerlo desde el jardín, el portón sólo se abre cuando hay que meter o sacar un coche.

El razonamiento de Pedro les dejó meditabundos.

—No sé cómo lo hizo —apuntó finalmente Rosario—, pero también yo estoy convencida de que fue ella.

—Era una mala persona, tal vez por eso mereció morir.

Todos miraron a Juan muy sorprendidos. Hasta ese momento se había mantenido callado. Al darse cuenta de la atención que habían despertado sus palabras, se turbó y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Perdón —se disculpó muy azorado—. No quise decirlo así...

—No te disculpes, chico —medió Pedro con cariño—. El mundo te empieza a mostrar todo lo feo que esconde. Hacerse adulto lleva consigo

descubrir toda la podredumbre que escondemos los seres humanos.

—Bueno, señor Pedro, que no todos somos así —corrigió Carmen—. No le hagas caso, Juan. También encontrarás por el mundo personas buenas y justas.

—Esas ya las he encontrado —dijo Juan mirándoles a todos con una gran sonrisa.

—Bueno, terminemos de comer —ordenó Jaime—, que nos van a dar las uvas.

—Tampoco habría que esperar tanto, señor comendador; están al caer —añadió Carmen. Y todos rieron el comentario.

A las cinco en punto de la tarde, Vidal ordenaba a Pereira que fuera a buscar a los condes de Weymand.

La aparición de Mónica en el despacho produjo que Vidal abriese los ojos como platos. Con su orondo cuerpo enfundado en un vestido de fondo blanco, estampado con grandes hojas verdes, de generoso escote y falda muy ceñida, la condesa era la encarnación floral de una de las tres gracias de Rubens. Su pelo teñido de rubio y peinado a base de tirabuzones aún hacía más excelso el parecido.

—Perdone que me presente yo sola, inspector, pero mi marido tuvo que ausentarse. Tenía que resolver un problema con el embajador de Inglaterra en Madrid.

Con ademanes muy coquetos, la condesa estiró su brazo derecho y le ofreció la mano a Vidal, quien la agarró con suavidad e hizo el gesto de besarla.

—Qué terrible desgracia. Pobre Micaela, no se merecía morir de semejante forma.

Por primera vez, Vidal oía el nombre de pila de la difunta marquesa de Navas.

—Querida señora, morir de esa forma no se lo merece nadie.

—¡Oh! Desde luego, inspector, fue una forma de hablar.

—Tengo entendido que usted y la hija de la víctima son grandes amigas.

Mónica dibujó en su rostro una amplia sonrisa.

—Así es. Desde niñas. Incluso estudiamos juntas el bachillerato. Angustias y yo fuimos siempre como hermanas.

—Siendo así, supongo que sus padres también fueron amigos de los marqueses de Navas.

—Pues... no crea. Mis padres poco se vieron con los de Angustias.

Nosotras dos coincidimos en el mismo colegio. Luego estuvimos juntas en una residencia para jóvenes en Suiza, pero sus padres y los míos no creo que se vieran más de un par de veces en sus vidas.

Mientras la condesa hablaba, Vidal iba apuntando notas en su cuaderno y ojeaba también anotaciones hechas con anterioridad.

—Pero usted sí conocía bien a la madre de su amiga, ¿no es así? —levantó la vista del cuaderno y clavó su mirada en los ojos de la condesa.

—Tampoco —repuso esta sin dudar—. Yo solía pasar temporadas en su finca de San Sebastián, durante el verano, pero casi siempre estaban de viaje. Creo que empecé a conocerla más después de morir su marido. Para entonces, yo ya estaba casada y Angustias también, de hecho ella se casó antes que yo.

—Le resultaba una mujer simpática, agradable...

—¿La madre de Angustias? —dejó caer la condesa, y Vidal comprendió que sentía cierto reparo en contestar.

—Sí, claro. A ella me refiero.

—Pues... no sé qué decirle. Ya le dije que poco trato tuve con ella.

—Bien, pero tendrá usted hecha alguna opinión después de tantos años. —Dicho esto, Vidal apoyó los codos sobre la mesa y aproximó el rostro hacia su interlocutora—. No debe preocuparse, señora. Todo lo que aquí confiese quedará en la más absoluta reserva.

Mónica sonrió y se atusó el cabello con ademán muy coqueto. Ver tan de cerca aquellos ojos del inspector de un azul tan intenso la hicieron pestañear.

—Gracias, inspector. Me deja usted mucho más tranquila. Sé que Angustias quería mucho a su madre y por nada del mundo quisiera ofenderla.

—Cruzó las piernas y se aclaró la voz—. Con toda sinceridad, le diré que era una mujer terrible. Ya cuando era niña me asustaba verla... con aquella cara que nunca sonreía. Por suerte para sus hijos poco paraba en la mansión. Después de morir Sonsoles, aún se volvió más tirana. Su muerte fue un duro golpe para Angustias, bueno..., en sí para todos. Era tan dulce, tan cariñosa...

—la condesa suspiró hondamente—. ¡Ay! Fue una desgracia muy grande, inspector. Murió poco después de dar a luz a un niño que murió antes que ella, al nacer. —La mujer soltó un sollozo.

Vidal recordó haber escuchado de boca del jardinero esta misma historia y de cómo la hija se había enamorado de alguien no querido por su madre.

—Y ¿qué fue del padre del niño que murió? ¿Tampoco vive?

Ante esta pregunta, Mónica parpadeó varias veces y frunció los labios.

—No lo sé —articuló finalmente—. Yo no llegué a conocerle, pero sé por Angustias que no era apreciado por sus padres.

—¿Llegaron a casarse? —insistió Vidal sin saber con certeza para qué fin hacía estas averiguaciones.

De nuevo la condesa se mostró dubitativa.

—Sí..., pero creo que Micaela, la difunta marquesa, intervino para anular el matrimonio. —Aquí la condesa pensó que había hablado tal vez demasiado y se paró en seco—. Inspector, yo no puedo hablarle sobre esto con conocimiento de causa. Si quiere saber sobre este asunto, hable con Angustias, ella se lo podrá explicar mucho mejor que yo.

Vidal comprendió la lógica observación de la condesa de Weymand, que le miraba con ojos suplicantes.

—¡Oh! Debe disculparme. Tiene usted toda la razón. Además, es algo que no viene a cuento en esta investigación. Me he dejado llevar. Le reitero mis disculpas. ¿Le apetece beber un vaso de agua?

Agradecida por el gesto de Vidal, Mónica aceptó el vaso que éste le ofrecía. Después de dar un par de sorbos, posó el vaso sobre la bandejita, volvió a cruzar las piernas y miró a Vidal con una sonrisa llena de coquetería.

—Me llamará usted descarada, inspector, pero no puedo dejar de decirle que tiene unos ojos muy bonitos. —Y, dicho esto, soltó una risita mientras que Vidal sentía cómo se ruborizaba.

—Es un cumplido que no esperaba, señora. Muy agradecido. —Reconoció Vidal que el inesperado halago le había desarmado totalmente y esto le enrabió, aunque trató bien de disimularlo para continuar con el interrogatorio—. Ha llegado a mis oídos que un collar de su propiedad le fue sustraído durante unas horas dentro de la mansión, y que éste fue hallado por la enfermera en el dormitorio de la víctima.

Mónica sufrió un pequeño estremecimiento.

—No me lo recuerde. Aquello fue terrible. Menudo susto me llevé.

—Tengo entendido que sucedió dos días antes de morir la marquesa. — Vidal volvía a escribir en su cuaderno.

—Sí. Así es. El episodio fue grotesco. Figúrese, ¿quién podía pensar que lo había sustraído Micaela? Lo que más lamento es el disgusto que se llevó Angustias. ¡Por Dios! ¡Su propia madre! El día que la..., bueno, que murió, hubo una discusión terrible durante la comida. Angustias no quiso contar nada a sus hijos sobre el lamentable episodio. Cuando sucedió, ellos no se encontraban en la casa y Angustias me rogó que guardáramos silencio, pero

los chicos veían muy tenso el ambiente, como era lógico, después de lo ocurrido. Total, que al final lo descubrieron. —Al llegar a este punto, Mónica se llevó la mano derecha a su boca; tal vez estaba hablando demasiado.

—Prosiga, por favor —rogó Vidal muy interesado

—Me duele recordarlo, inspector. Y le ruego que no comente nada a Angustias de lo que le voy a relatar.

—Le doy mi palabra —apostilló Vidal impaciente.

Mónica reveló a Vidal, con bastante exactitud, la bronca que se originó aquella tarde durante la comida. Hasta el momento, el único que se había referido a ella había sido Luis Moreno. Escuchaba el inspector, sin dejar de tomar nota, cómo Amelia y su hermano Luis habían atacado sin reparo ni piedad alguna a su abuela hablando de incapacitarla e ingresarla en una casa de salud. La discusión terminó con Angustias abandonando entre lloros el comedor seguida de su fiel amiga, la condesa, quien escuchó, mientras se alejaba de la estancia, a Luis chillar: «¡Ojalá se muera!».

La condesa de Weymand sacó un pequeño pañuelo de su bolso y se secó los ojos que tenía húmedos.

—Comprendo que debió ser tremendo para usted presenciar algo tan desagradable —intervino Vidal, volviendo a verter agua en el vaso de Mónica.

—Mire usted, inspector, han sido las Navidades más horribles de mi vida. Cuando llegue a Londres, iré a un balneario a reponerme. Si no fuera por Angustias, no pasaba aquí ni el Fin de Año, pero... ¿cómo voy a dejarla ahora, con lo que está sufriendo la pobrecita? —Mónica volvió a sollozar.

Vidal observaba a la condesa pensando que, a parte de la extravagancia que la rodeaba, debía de ser una mujer de bondadoso corazón.

—Por mi parte, querida condesa, no pienso molestarla más. Dígale a su marido que no es preciso que venga a verme. Me basta con su testimonio.

El rostro de Mónica se relajó y, comenzando a sonreír, guardó el pañuelo en su bolso.

—Ha sido un placer, inspector, y de lo más agradable. Hacía tiempo que no tenía el privilegio de charlar con un hombre tan atractivo como usted.

Vidal volvió a sonrojarse y la condesa soltó una de sus temidas carcajadas.

—Amigo, es usted un encanto. Si va por Londres pídale a Angustias mi dirección y no deje de visitarme. —Al llegar a la puerta del despacho, Mónica se volvió—. ¡Ah! Y éxito en su investigación, que lo va a necesitar. Son muchos perros a morder el hueso.

La entrevista con la condesa de Weymand dejó a Vidal muy pensativo. Pereira, que no había intervenido en absoluto durante todo el interrogatorio desde su sofá, al oír cerrarse la puerta, se apresuró a hablar.

—No se preocupe, inspector, no comentaré nada en el Cuerpo sobre la buena influencia que tienen sus ojos en las damas.

Vidal lanzó a su sargento una mirada furibunda.

Después de un breve receso, durante el cual Vidal estuvo escribiendo en su cuaderno, éste pidió a Pereira que fuera en busca de Amelia Moreno. El sargento, muy disciplinado, salió con rapidez del despacho, arrepentido del comentario jocoso que había hecho sobre los ojos del inspector y que en nada parecía haberle gustado por la seriedad con que se había tomado la broma.

La nieta de la difunta marquesa entró a los pocos segundos en el despacho. Vestida con un pantalón gris ajustado y de cintura alta, última moda entre las damas de la sociedad pudiente madrileña, y una blusa de color rosa pálido, su esbelta figura hizo parpadear a Vidal.

—Buenas tardes, señora. Le ruego tenga la bondad de sentarse. No le robaré mucho tiempo.

—No le importe. Puede robarme todo el tiempo que quiera. No tengo absolutamente nada que hacer.

El comentario frío y desganado de la joven hizo que Vidal enarcase una ceja.

—Sí, supongo que, dadas las circunstancias, lo que más le debe sobrar es tiempo.

Amelia, sin mostrar ninguna expresividad, se limitó a tomar asiento.

—Esta mañana estuve hablando con su esposo... Leopoldo Beltrán —manifestó Vidal después de echar un vistazo en su cuaderno. ¿Le ha comentado algo sobre la entrevista que mantuvimos?

Vidal, al hacer la pregunta, mantuvo su mirada muy fija en el rostro de la joven a la espera de su respuesta. Ésta, alzando las cejas, mostró un gesto de desconcierto.

—No... Apenas terminamos de comer tuvo que salir por una urgencia. ¿Debía decirme algo de importancia? ¿Hay alguna cosa que deba saber?

Vidal comprendió *in situ* que no tenía que haber realizado esa pregunta.

—Disculpe, realmente sólo pretendía saber si estaba enterada de que estuve reunido con él esta mañana.

—Naturalmente, cuando vino a buscarle su compañero —señaló hacia Pereira—, yo estaba con él, precisamente acababa de entrar en la casa y había

salido a recibirle. ¿No lo recuerda? —dijo, y miró al sargento Pereira, que afirmó con un gesto de cabeza.

—Supongo que ya estará informada de que encontramos el reloj de pulsera de su hermano Luis en el dormitorio de su difunta abuela. —Vidal creyó conveniente acabar con su desafortunado comienzo yendo directamente hacia otros derroteros.

Amelia hizo un leve mohín con los labios antes de responder.

—Sí, claro..., él mismo nos lo dijo.

Vidal mostró cierto asombro.

—¿Les habló de ello?

—Sí, durante el almuerzo. Mis padres dijeron que ya anoche usted les mostró el reloj y que lo habían encontrado bajo la cama de mi abuela. ¿Piensan que puede haberla matado mi hermano?

La pregunta fue lanzada tan directamente que tanto Vidal como Pereira se vieron sorprendidos.

—Lo que nosotros pensemos no tiene relevancia alguna, ni tampoco es pertinente.

—Ya, pero esa prueba es muy firme. —La joven parecía mostrar una fría tozudez.

—Sí, pero no es determinante —aclaró Vidal, que seguía algo confundido con la actitud tan poco generosa que hacia su hermano mostraba la joven mujer.

—Entonces, ¿no le van a detener?

Vidal se revolvió inconscientemente en el sillón. Esta forma de argumentar de Amelia Moreno le tenía desconcertado. Hizo un esfuerzo para reponerse.

—Vamos a ver, esa pregunta que usted me hace entra dentro del proceso de investigación que se está llevando a cabo sobre la muerte violenta de su abuela. Los entresijos de la misma competen única y exclusivamente al área policial. Por lo tanto, no puedo darle al respecto información alguna.

—¡Ah...! Lo comprendo. Perdone mi intromisión. A veces no se da una cuenta de con quién está hablando y deja escapar libremente su pensamiento. Pensará usted que soy tonta —concluyó con una amplia sonrisa que dejó al descubierto una hilera de dientes muy bien formados.

—¿Qué tal era la relación que mantenía usted con su abuela? —Vidal había notado el tono irónico en las palabras de la joven y cambió el tercio del interrogatorio.

Amelia Moreno rió. Vidal miró desconcertado a Pereira.

—Perdone que me ría, inspector. A estas altura ya debería usted saber que la relación entre mi abuela y yo no era ni buena ni mala. Sencillamente, no existía.

—¿Desde cuándo no tenían relación? —Vidal hacia esfuerzos por mantener la serenidad, aunque cada vez le costaba más soportar la arrogante actitud de la joven.

—No lo recuerdo —declaró tajante—. Tal vez desde siempre. Es algo que no me interesa.

—Yo creo que en este momento sí debería interesarle —señaló Vidal dándole un tono mucho más serio a su voz.

—Supongo que sé a qué se refiere, pero es imposible que hable de mi abuela con cariño o simpatía. Nunca me mostró afecto, ni yo a ella, ¿para qué iba a decir lo contrario ahora?, ¿porque está muerta? No, nunca me dio miedo decir la verdad, ni tampoco me gusta ser hipócrita.

Dicho esto, Amelia Moreno, aparentemente muy dueña de sí misma, sacó una pitillera del bolsillo de su pantalón y extrajo un cigarrillo con boquilla. Le pidió fuego a Vidal. Pereira se levantó de un salto y fue él quien le prendió el cigarrillo. Dio una profunda calada, clavó después sus ojos en Vidal y le sonrió de una forma que al policía le pareció rallar el despotismo.

Mientras tomaba notas en su cuaderno, Vidal pensaba que la situación se le iba poniendo cada vez más complicada. Hasta el momento, todos los interrogados mostraban sin ambages su animadversión hacia la víctima, e incluso, alguno que otro no escondía su manifiesto odio. Ahora que tenía delante a una mujer bastante hermosa, inteligente y segura de sí misma, se preguntaba cómo podía destilar tanta frialdad de sentimientos. O ¿era una estrategia para confundirle? Desde luego, no albergaba ninguna duda de que tenía delante a una persona sumamente astuta y muy prepotente, sin preocupación alguna por dejarse ver así, tal cual era.

—Dígame, durante estos últimos días que lleva usted en la casa, ¿en ningún momento subió a las habitaciones de su difunta abuela? —Vidal realizaba la pregunta sin levantar los ojos, mientras enroscaba la tapa de su estilográfica.

—Absolutamente, para nada. Mi abuela no quería vernos aparecer a ninguno por allí. Tampoco nosotros teníamos interés alguno en verla.

—Cuando habla en plural, ¿se refiere a sus hermanos también?

—Sí, así es. Bueno, en general. Mi abuela era una ser egocéntrico y misántropo. Trataba muy mal a las personas, y a aquellas que estaban a sus

órdenes mucho peor aún. No sé si le habrán contado que hace unos días le lanzó una palangana a la enfermera y casi la mata —comentó, y soltó una corta carcajada—. Sinceramente, era un diablo —añadió con un rictus que revelaba jocosidad.

—¿Encontraba a su abuela graciosa? —La pregunta de Vidal pareció poner en guardia a la joven.

—Inspector, mi abuela era una mujer taimada, que maquinaba cómo hacer daño, pero no tenía nada de graciosa, se lo aseguro. —Vidal, por primera vez, la notó tensa—. Si me he reído es porque he recordado la cara asustada de la enfermera. Si la conocen, habrán visto que es una mujer corpulenta y fuerte, y verla así, como un ratón asustado... resultó cómico.

—Tengo entendido que, más o menos, un mes antes de la muerte de su abuela, ésta la llamó para tratar con usted un asunto de urgencia.

De nuevo, Vidal observó cómo Amelia Moreno se movía inquieta.

—Sí, pero no sé a qué viene ahora hablar de ese tema. No creo que tenga que ver nada con la investigación.

Vidal cruzó las manos sobre el cartapacio de la mesa.

—Señora, creo mi deber recordarle que la investigación la llevo yo, y haré las preguntas que crea convenientes. Otra cosa es si usted quiere o no responder a ellas.

Amelia dio un respingo y cruzó las piernas.

—Está bien, no tengo inconveniente en hablar sobre ello —dijo en un tono displicente—. Me llamó, efectivamente, y luego no me recibió. Las chaladuras de la vieja loca, a las que nunca acabamos de acostumbrarnos. Así se salía siempre con la suya.

Vidal, ante el comentario vejatorio y poco caritativo de la mujer, clavó con notoria seriedad sus ojos en los de ella. Amelia Moreno, sin inmutarse, lanzó una bocanada de humo y apagó después su cigarrillo con fuerza en el cenicero.

—Está bien, de momento no tengo más preguntas que hacerle —declaró Vidal y se levantó para despedir a la interrogada.

—Bueno, inspector, espero que pronto dé usted con el culpable —deseó Amelia; luego, intentó sonreír—. Y espero que no esté yo entre los sospechosos —añadió, e hizo un guiño que pretendía ser coqueto.

—¿Considera que podríamos tener motivos para sospechar de usted?

Amelia, ya en la puerta, rió abiertamente.

—Yo los tendría, inspector, se lo aseguro. Aquí otra cosa no encontrará,

pero sospechosos, muchos, no le quepa la menor duda. —Y sin dejar de reír, abandonó el despacho.

Al salir Amelia Moreno, Pereira se levantó como una centella del sofá y se situó frente a la mesa de Vidal.

—Inspector, esta mujer esconde algo, ¡seguro!

La tarde avanzaba y ya casi había anochecido. En el salón de juegos, Laura jugaba una partida al parchís con Andrés y su hermano Tomás. Al entrar Amelia, los tres jóvenes dejaron los cubiletes sobre el tablero y miraron hacia ella, que avanzaba sonriente y con descarado aplomo.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó su prima Laura, sonriéndole a la vez.

—Muy bien —declaró Amelia—. He de reconocer que tenías razón Laura, el inspector es muy pero que muy atractivo, aunque creo que yo no le he caído simpática —concluyó al tiempo que se dejaba caer en una de las sillas cercanas a la mesa.

—Le habrás mostrado tu lado más real —apostilló Andrés con tono irónico.

Amelia miró a su hermano con una sonrisa burlona.

—La verdad es que creo haber estado un poco altanera, pero me es lo mismo. No deja de ser un policía del tres al cuarto, y, por el camino que lleva, no pienso que saque nada en claro.

—Acaban de empezar con la investigación. Y, además, aunque no lo parezca, la policía saca conclusiones de muchas cosas que a nosotros nos pasarían desapercibidas. Una simple frase puede desenmascarar a un asesino.

—Mirad a mi hermano, cómo le influyen las novelas policiacas que lee... Pues para tu desencanto te diré que este inspector no se parece en nada al detective Poirot. Este es *made in Spain*, pero de la *Spain* profunda. Qué pena vas a sentir —dijo antes de soltar una carcajada.

—Te consideras graciosa, ¿verdad? —tras decir esto, Andrés se levantó malhumorado y comenzó a alejarse.

—¡Andrés! —llamó Laura—. No hemos terminado la partida.

—Terminadla vosotros. —Su mano cortó el aire con gesto tajante.

—Amelia, ¿por qué le hablas así? La verdad es que a veces te pones muy pesada. —Laura mostraba abiertamente su contrariedad.

En ese momento se acercó Luis, le pidió un cigarrillo a Amelia y se sentó en la silla que había dejado vacía Andrés.

—Esta noche no podía dormir, chicos —dijo de pronto Tomás—. Entre el doble café con coñac que me tomé y la impresión que me causó ver la cara de vuestra abuela muerta...

—Sí, la verdad es que no fue nada agradable —añadió Luis con la mirada perdida.

—Tenía la cara azulada y la lengua colgando, y los ojos casi fuera de las órbitas...

—¡Para! ¡Ten un poco de medida! —La descripción que estaba haciendo Tomás fue cortada en seco por su hermana Laura—. ¡Ya está bien!

—Lo siento —se disculpó sin duda avergonzado.

—No te preocupes... No pasa nada. —Luis le quitó importancia. Se levantó y fue hacia la mesita donde había algunas bebidas.

—¿Quién lo habrá hecho? —La pregunta de Tomás los dejó fuera de lugar.

—¡Oh! Cualquiera sabe... Desde luego no se suicidó —declaró Amelia.

—¡Por favor, Amelia! Deja un poquito el sarcasmo, guapa. —Luis, que volvía con una tónica, al oír el comentario de su hermana, se mostró molesto.

—El caso es que el asesino se halla en la casa, de eso no puede haber duda, ¿no? —Tomás seguía pertinaz con el tema.

—Seguro —recalcó Amelia—. Pero no debe de ser difícil dar con él, ¿verdad, Luis?

Su hermano la miró airado y con los puños cerrados.

—Sé por dónde vas, hermanita, pero puede que tú sepas mejor que nadie quién lo hizo.

Amelia iba a responder, pero en ese momento la voz del sargento Pereira resonó en el salón de juegos.

—¡Andrés Moreno! —llamó con fuerza—. ¿Se encuentra aquí?

Desde el fondo del salón, la voz del nieto pequeño de la difunta marquesa de Navas sonó con claridad.

—Sí. ¿Quería algo?

—El inspector desea verle, señor. Si no tiene usted inconveniente en seguirme...

Segundos después, Pereira hacía entrar en el despacho a Andrés Moreno.

Según avanzaba hacia Vidal, éste pudo observar cómo el más pequeño de los nietos de la difunta marquesa se mantenía con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Un chaleco de lana con rombos rojos y azules le confería un aire muy juvenil y moderno.

—Buenas tardes, señor Moreno —le saludó Vidal con una leve sonrisa.

—Buenas tardes.

—Le ruego tome asiento, por favor. —Andrés se sentó—. Tengo entendido que está usted estudiando medicina, ¿es correcto? —comenzó Vidal sin dejar de observar el rostro, pálido y triste, del joven.

—Así es, estoy en segundo de carrera.

—Supongo que estudiará usted en Madrid.

—Sí, en la Universidad Complutense. —Andrés, por primera vez, levantó la vista y miró a Vidal mientras que con la mano procuraba apartar el flequillo que, indómito, le caía sobre los ojos.

—Siendo así, residirá usted durante el curso en la capital.

—Efectivamente. Tengo un apartamento cercano al campus.

—¿Suele venir mucho por aquí durante el curso?

—Pues no mucho, la verdad. No tengo coche y soy muy perezoso para coger el tren —aclaró con una leve sonrisa. Volvió a apartar con un movimiento rápido el flequillo de su frente.

Vidal observó cómo el joven iba ganando confianza. Después de un breve silencio, Andrés Moreno prosiguió:

—Aprovecho casi siempre que viene mi hermano Luis a venir con él en su coche. Bueno, algunas veces no coincidimos por el tema de horarios, pero por lo general suelo hacerlo así, sobre todo cuando nos juntamos todos en la casa el fin de semana, que suele ser uno o dos al mes..., más o menos.

—Señor Moreno, voy a ser claro con usted. La difunta marquesa fue asesinada cruelmente dentro de esta casa, por lo tanto, su asesino se encuentra entre los habitantes de la misma. A estas alturas, supongo que estará enterado de que encontramos un reloj, propiedad de su hermano, bajo la cama de su abuela tras su... muerte. ¿Qué piensa usted de ello?

Pereira se había quedado desconcertado escuchando a Vidal. No esperaba oírle hablar tan fríamente.

A Andrés Moreno, tras las palabras tan poco aplomadas de Vidal, le pareció que le habían vaciado un cubo de agua fría por la cabeza.

—No... No... No sé qué quiere decir —balbuceó, y con la cabeza casi desaparecida entre los hombros comenzó a restregarse las manos.

—Sí que lo sabe. Sólo quiero que me diga si piensa que su hermano pudo haber matado a su abuela. Así de sencillo.

En Pereira crecía el desconcierto. Le extrañaba sobremanera ver a Vidal en un plan tan duro, sobre todo teniendo en cuenta la juventud del interrogado. Se levantó y se acercó a Andrés, pero la mirada que le lanzó Vidal por encima del joven, le alertó para que se mantuviera con la boca cerrada.

Por un momento, Vidal temió que el joven pudiera echarse a llorar. Compungido, con voz que reflejaba emoción contenida, Andrés Moreno levantó la mirada y clavó sus ojos vidriosos en los de Vidal, que, fríos como el acero, le miraban imperturbables.

—No quiero pensar en nada, inspector. Yo no sé quién pudo haber matado a mi abuela. —Su voz se quebró—. ¡Es horrible! —concluyó, y desarmado, ahora sí, comenzó a llorar.

Pereira se acercó al joven y le puso una mano sobre el hombro izquierdo. Extrajo a continuación un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó al mismo tiempo que le lanzaba a Vidal una mirada de reproche.

Durante unos minutos, Andrés lloró todo el dolor que llevaba dentro. Desde que murió su abuela, no se había atrevido a hacerlo, ni tan siquiera privadamente; le parecía impropio llorar por alguien a quien todo el mundo, excepto su madre, parecía odiar, pero aquellas palabras del inspector le situaron en el vértice del problema. Su abuela había muerto asesinada, y lo peor y más doloroso es que tenía que haber sido alguien de su familia. También, en aquel momento, Vidal extrajo la consecuencia de que aquel joven sí demostraba, por lo menos, sentir la muerte de su abuela.

—Lo siento mucho, señores —se disculpó después de sonarse en el pañuelo del sargento—, pero estoy muy afectado. He intentado ser fuerte... Siento haberme derrumbado. Lo siento, lo siento de verdad.

—Por favor, no siga disculpándose. Puede que haya sido culpa mía. No debí ser tan poco cortés. —Vidal rendía ahora su pleitesía ante los ojos de Pereira, que le miraban acusadores.

—Inspector, estoy bien, ha sido una niñería por mi parte. —Andrés se recompuso en su asiento, y, apartando de un manotazo el tozudo flequillo, dio a entender con la mirada que podía continuar con el interrogatorio.

Con una leve sonrisa que dejaba traslucir un gesto de complacencia, Vidal sacó un cigarrillo de su pitillera y le ofreció otro al joven, que lo rechazó con un movimiento de su mano.

—¿Estuvo usted toda la tarde de ayer reunido con sus familiares en el salón de juegos?

Andrés Moreno arrugó el ceño en actitud pensativa.

—Sí, recuerdo que cuando entró la enfermera, estábamos todos allí.

—Ya, pero yo le preguntaba desde las cinco de la tarde, más o menos, en adelante —incidió Vidal.

—Bueno..., yo estuve primero leyendo un rato, pero allí mismo, en un extremo. Luego, me puse a jugar al billar con mi primo Tomás.

—Bien... ¿Recuerda que alguien faltara del salón de juegos entre las cinco y las siete por un espacio de tiempo como de diez minutos?

Andrés se rascó la cabeza. Sin duda, se esforzaba por recordar.

—Sí, faltó Luis. Nos quedamos sin hielo y fue a avisar al mayordomo.

—¿Tardó mucho en volver?

—Lo siento, no lo recuerdo bien. Pero supongo que tardaría poco, porque Jaime, el mayordomo, apareció enseguida con el hielo.

—Pero pudo haber avisado al mayordomo y luego tardar en volver. Incluso regresar después.

—No. Recuerdo que cuando entró Jaime, Luis ya estaba preparando las bebidas. Tuvo que regresar antes.

Vidal aspiró el humo del cigarrillo con vehemencia.

—¿Está usted completamente seguro?

—Sí, porque Laura le dijo a mi hermano que a ella se lo sirviera ya, sin esperar al hielo.

—¿Nadie más salió?

Andrés sólo tardó breves segundos en contestar.

—Laura y Amelia fueron un momento al baño. También salió mi madre con Mónica, su amiga, creo que al jardín, fue antes de que anocheciera, no recuerdo la hora exacta.

—Y, dígame, ¿salió usted en algún momento? —Vidal centró su mirada en los ojos del joven.

—No. Bueno, sí... Subí a mi habitación, es cierto. Fui a buscar un jersey más grueso, comenzaba a tener frío.

—¿Recuerda sobre qué hora?

—Pues..., ya era de noche, debían de ser sobre las seis y media.

—¿En qué piso tiene usted su dormitorio?

—En la primera planta.

Vidal enarcó las cejas.

—Donde están las habitaciones de su abuela, ¿no es así?

—Sí, pero en el otro ala. —Al llegar aquí, Andrés Moreno pareció pensativo. Vidal se percató de ello.

—¿Pasa algo? —preguntó sagaz.

—Verá, inspector, acabo de recordar que cuando comenzaba a bajar la escalera miré hacia el otro lado y vi que doña Julia, el ama de llaves, salía del dormitorio de mi abuela.

—¿Está usted seguro de que era su dormitorio?

—Perfectamente. Es el último del pasillo, a la derecha.

—Y ¿dice usted que fue sobre las seis y media?

—Sí, por ahí debió de ser, o poco más. Como tres cuartos de hora después

llegó la enfermera anunciando..., bueno, ya sabe.

Vidal se frotaba el mentón muy pensativo. Pereira, que se había vuelto a sentar en el sofá, también parecía haberse quedado absorto.

—¿Ha comentado este dato con alguien más? —indagó Vidal interesado.

—En absoluto. De hecho, no lo había recordado hasta ahora.

—Entonces, le ruego que esta confidencia no salga de aquí.

—Por descontado, inspector.

—Está bien, no le entretengo más. Por el momento, es todo.

Dicho esto, se levantó y tendió la mano a Andrés Moreno, quien se la estrechó haciendo a la vez un movimiento con la cabeza.

—Muchas gracias, inspector. Estaré a su disposición para todo en lo que pueda serle útil. Mi abuela era una persona muy peculiar, pero yo sé que nos quería y siempre miró por nuestro bienestar. Por favor, encuentre al culpable de su muerte.

—Es nuestro deber, señor Moreno. Y no le quepa duda de que daremos con él.

El joven Andrés dejó a los dos policías bastante consternados con aquella última declaración. Vidal anotó algo en su cuaderno y luego, cerrando la pluma, se dirigió a Pereira que, con los brazos cruzados a la espalda, andaba despacio y con la cabeza gacha por el despacho.

—Algo nuevo a tener en cuenta, sargento.

—El ama de llaves —pronunció Pereira muy despacio, lo que hacía palpable cuán sorprendido estaba—. ¿Va usted a interrogarla ahora?

—No. —Fue la corta respuesta de Vidal.

—¿Y eso? —se asombró Pereira.

—Primero, porque ya son las siete y debemos dar por finalizado el día. Segundo, porque ese testimonio puede ser de gran calado en la investigación y no debemos precipitarnos. Tengo que pensar en ello.

Acto seguido, Vidal se levantó, recogió su cartera y salió airoso del despacho seguido de un Pereira taciturno que parecía continuar dándole vueltas a la cabeza.

—¿Ya se marcharon los policías? —preguntó María a su marido, que acababa de entrar en la cocina.

—Lo están haciendo ahora mismo. Creo que ya no vuelven hasta el año que viene.

—¿Qué tontería estás diciendo? —le increpó su mujer sin dejar de dar vueltas a una bechamel que humeaba sobre el fuego de la cocina.

—Tontería ninguna. —El mayordomo, que se mantenía firme, se sentó cerca de María—. Vamos a ver, mañana es domingo, el lunes es Fin de Año y el martes es Año Nuevo, ¿o no? Pues ellos se han despedido hasta el miércoles. ¿Es o no es el año que viene?

María seguía dando vueltas a la salsa con la cuchara de palo. Volvió la cabeza para mirar a su marido, y éste, al ver su mirada de pocos amigos, soltó una carcajada.

—Me alegra encontrarles de tan buen humor.

Vidal y Pereira acababan de entrar en la cocina seguidos del ama de llaves.

—Venimos a despedirnos ya hasta el año que viene —dijo Vidal asombrado de ver cómo Jaime volvía a reírse.

—Perdone usted a mi marido, inspector, a veces es así de tonto.

—¿Qué bien huele esa bechamel! —alabó Vidal—, pero no la entretengo, no quisiera que se le estropeará por mi culpa. Sólo veníamos a desearles una buena salida y entrada de año.

Pereira se acercó para estrechar también la mano de María y de Jaime. María le miraba con desconocimiento.

—¡Ah, María! Perdone..., no conocía usted al sargento, ¿verdad? —atajó rápidamente Vidal.

—Encantada —le saludó María, y le extendió por fin la mano derecha pero sin dejar de mover la salsa con la otra mano.

—Sargento Pereira, señora. Es un placer —saludó Pereira estrechando la mano de María.

—Pues no les entretenemos más. Nosotros nos vamos y ya les dejamos tranquilos hasta el miércoles.

Después de despedirse, Jaime acompañó a los dos detectives, y, en cuanto salieron por la puerta, María soltó un hondo suspiro.

—¡Ay...! Mira que es guapo el *jodío* inspector...

—¡María, por Dios! —exclamó doña Julia visiblemente alterada—.

Cualquiera que la oiga...

—¡Vamos, doña Julia!, no me dirá usted que no se ha fijado...

—Pero, mujer, no como para comentarlo de esa manera.

—¿Por qué lo dice?, ¿por lo de «jodío» o por lo de «guapo»?

—Es usted imposible. Bueno, voy a darme una vueltecita por el jardín antes de cenar. Otra vez vuelve a dolerme la cabeza. María, ¿le importa si me pongo su poncho? Ahora ya empieza a hacer relente.

—¡Pues claro que no! Está colgado donde siempre.

Pedro acababa de amontonar con el rastrillo un buen manojito de hojas secas cuando vio acercarse a doña Julia.

—Buenas noches, Pedro. Con lo tarde que es y usted anda todavía atareado. No sé cómo puede trabajar con tan poca luz.

—Ya está uno acostumbrado. Cuando va anocheciendo los ojos se van adaptando poco a poco a la creciente oscuridad, así luego, y sumando la poca luz de estos farolillos eléctricos, me apaño bien para acabar de finalizar la tarea.

La noche se presentaba clara, una brillante luna así lo anunciaba, y doña Julia, metiendo ambas manos en los bolsillos del poncho de María, comenzó a andar despacio por el sendero que se adentraba hacia el fondo del jardín, donde crecían los rododendros que tanto admiraba la condesa de Weymand. Estaba preocupada y bastante confundida; la tensión acumulada empezaba a hacerle mella. De repente, se paró y movió la cabeza despacio, de forma oscilante, muy concentrada en sus pensamientos. Entonces, como si se contestara a sí misma, dijo en voz alta: «Es imposible que lo descubran... Nadie se dará cuenta de ello».

Aquella noche, durante la cena, casi no se habló. Doña Angustias, aunque al principio pensó no acudir al comedor, finalmente, y sobre todo por cortesía ante Mónica y Edward, decidió bajar a cenar.

—Estas espinacas a la crema están deliciosas. Tu cocinera hace una bechamel finísima, querida Angustias. Ojalá yo tuviera una así en Londres. ¿No es cierto, Edward? —El conde corroboró lo dicho por su esposa con una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza.

Se comenzaban a notar los esfuerzos que realizaba Mónica para despejar un poco la densa nube de tristeza que se extendía por la sala. Hasta Laura, siempre tan habladora, se mostraba esa noche taciturna y pensativa.

—Querida, me olvidé comentarte. Me telefoneó el cónsul y me dijo que el próximo jueves viaja el embajador a Londres, por si queríamos aprovechar el

viaje. Adelantaríamos dos días nuestra marcha.

Mónica, ante el comentario de su marido, miró a su amiga y comprobó cómo su rostro aún se tornaba más apenado.

—Edward, cariño, ya que lo expones, sobre eso quería hablarte. Había pensado quedarme un tiempo con Angustias, hace mucho que no estamos juntas. ¿Te importaría marchar tú sólo con el embajador?

—¡Oh, pues claro que no, querida! —El conde comprendió rápidamente por qué su esposa tomaba aquella decisión—. Todo lo contrario. Quédate el tiempo que consideres oportuno.

La condesa dirigió a su marido una mirada repleta de cariño. Doña Angustias, por su parte, no dijo una palabra, pero sus ojos se cuajaron de lágrimas con las palabras de sus amigos y con el gesto de Mónica, quien, sentada a su lado, había en silencio posado la mano sobre la de su amiga.

En la cocina, se cenaba también en silencio. Sólo se oían los enunciados normales de «pásame el pan», «acércame la sal» o «esto está muy bueno». La tristeza también extendía su halo por las dependencias del servicio. María se sirvió agua en un vaso y dio un hondo suspiro.

—¡Ay, Jesús! Qué Fin de Año vamos a pasar... Ojalá ya hubieran pasado las fiestas.

—Si es verdad, señora María, será un Fin de Año muy triste. Qué suerte Isabel que no tuvo que pasar nada de esto. Cuando vuelva y se entere...

María miró a Carmen con ojos de asombro.

—¿Volver? ¡Esa no vuelve a asomar más por aquí la jeta!

—¡Pero si dejó casi toda su ropa! —profirió Carmen.

—¿Ropa, dices? ¿A cuatro trapos viejos llamas tú *ropa*? —María seguía empecinada—. Te digo yo que a esa ya no la vemos el pelo más.

—¿Por qué está tan segura, María? —intervino doña Julia—. Se marchó por una urgencia. Yo vi el telegrama.

—Ya, pero yo la conocía bien... La forma en que lo dijo... Estoy convencida de que todo lo había planeado.

—Pero el telegrama no se lo pudo poner ella misma —dijo ahora Jaime—. Doña Julia tiene razón. Además, hacía días que no salía de la casa... ¿Cómo diantres lo hizo?

—No lo sé, no tengo idea de cómo lo hizo, pero tú mismo lo vas a ver. —Diciendo esto, María, con aire marcial, se levantó y fue a buscar la bandeja con el pescado.

—Yo estoy con la señora María. Isabel no va a volver.

Juan pronunció estas palabras sin levantar los ojos de su plato, pero las dijo con tal seguridad, que todos clavaron los ojos en él.

—¡Otro vidente! —señaló Jaime mientras tomaba un trozo de pan de la panera—. Y ¿tú cómo lo sabes, chaval?

—Porque me lo dijo la marquesa.

Se pudo sentir el vuelo de una mosca. Esta confesión de Juan los dejó a todos boquiabiertos.

La primera en reaccionar fue doña Julia.

—Juan, ¿la señora marquesa te habló de Isabel? —preguntó visiblemente sorprendida.

—Sí, señora. —La seriedad de Juan era absoluta.

—Pero... ¿si no la conocía! —añadió doña Julia aún más perpleja.

—Sí, ella me lo dijo. Me habló de ella, pero me obligó a jurarle que no contaría nada.

El rostro de Juan se había tornado sombrío y conservaba la vista gacha.

—Juan, ella ya no puede castigarte. —Carmen, sentada a su lado, comenzó a hablarle con mucho cariño—. No te preocupes, ya no puede hacernos daño. Dinos qué ocurrió.

Antes de seguir hablando, Juan tomó su vaso y bebió. Luego, levantando los ojos, muy tristes por cierto, miró a Carmen y sonrió.

—Ese día, como les digo, la marquesa, después de cenar, comenzó a hablarme. Estaba muy alterada, y, después de insultarme porque se me cayó un salero al suelo, me dijo de repente: «¿Cómo diste con la vajilla, idiota?». Yo me quedé... helado. Luego, prosiguió: «Con el dinero que me costó convencer a esa estúpida de criada... Todo iba como la seda y tú lo estropeaste antes de tiempo». Me confesó que fue Isabel también quien derramó el azúcar y lo roció de gasolina. Que luego mandó que le enviaran un telegrama urgente para que se fuera porque era una lerda y seguro que se iría de la boca. Yo estaba asustado porque, además, hablando, se había levantado de la cama y vi que andaba. Entonces se dio cuenta de que la había visto andar y me agarró de la chaqueta y.. me hizo jurar que no se lo contaría a nadie, que como se enterara de que había contado algo de lo que había visto y oído, me arrepentiría toda la vida.

—¡Dios mío! —María se llevó ambas manos a la boca.

Todos se habían quedado estupefactos y miraban a Juan con una mezcla de compasión e incredulidad.

—¿Sabe esto la señora, Juan? —preguntó doña Julia, que aún seguía

desconcertada.

—Si lo sabe no es por mí. Es la primera vez que lo cuento, se lo prometo.

—Habrá que decírselo —enfaticó Jaime—. Aunque va a ser difícil.

—No me entra en la cabeza... ¿Cómo podía ser tan cruel y retorcida? Arderá en el infierno la muy malvada.

A pesar del poco caritativo comentario de Carmen, que acariciaba con ternura el cabello de Juan, ninguno de los presentes fue capaz de hacer reproche alguno. En sus rostros se podía entrever el rechazo que ahora sentían hacia la que dos días atrás había sido su ilustre señora.

El domingo amaneció con un sol espléndido. Doña Angustias había decidido a primera hora acudir a Aranjuez a oír misa. La noticia del fallecimiento de su madre ya había llegado al pueblo, y la tarde anterior había recibido una llamada del párroco del Convento de San Pascual, estaba muy consternado por la noticia del fallecimiento de la marquesa, quien había sido una de las más grandes benefactoras del convento. Por lo visto, ese domingo se iba a officiar la Misa Mayor de las doce en su recuerdo, y le agradecería mucho su presencia o la de algún miembro de su familia. A doña Angustias le pareció muy precipitado acudir a una ceremonia pública dado el poco tiempo transcurrido desde la muerte de su madre, así se lo hizo constar al vicario, y le comunicó que más adelante sí acudiría a cuantos actos se organizaran. Sin embargo, estuvo luego reflexionando, y, finalmente, creyó que le vendría bien acudir a la iglesia. Habló con Mónica, y su amiga aún le animó más a hacerlo. Así, al levantarse, después de comunicarle su decisión al párroco, le ordenó a Jaime que preparara el coche y lo tuviera listo para las once y media.

—Mamá, ¿tú crees conveniente acudir a la iglesia? Dadas las circunstancias en que murió la abuela, habrá cantidad de curiosos que sólo estarán allí para cotillear.

—Esos curiosos los habrá lo mismo hoy que mañana y que el mes que viene, Amelia. Además, no me importa eso lo más mínimo.

—Tiene razón tu madre. Y tú deberías acompañarla.

Amelia iba a responder a su padre, pero doña Angustias intervino antes.

—No, Alejandro. Iré sólo acompañada por Mónica, como te dije.

—Mamá, yo voy contigo... si tú quieres.

Doña Angustias miró con cariño a su hijo pequeño.

—Gracias, mi vida. No os preocupéis por mí, ya estoy mucho mejor. Iremos Mónica y yo. Me conviene despejarme un poco, y ya sabéis cómo es

Mónica en eso de levantar los ánimos.

Una vez que las dos damas abandonaron la casa, don Alejandro y el conde de Weymand salieron al jardín dispuestos a disputar una partida de bolos. Finalmente, doña Angustias no había aceptado que la acompañara ningún miembro de su familia, ni siquiera su esposo, y éste tampoco insistió mucho en ello. No le agradaba para nada la idea de asistir a esa misa, donde, sin duda, iban a ser el centro de todas las miradas. No se había filtrado, por el momento, ningún comentario a la prensa del penoso suceso, pero la llamada del sacerdote la tarde anterior era un claro indicio de que la noticia había llegado no se sabía cómo. Según le relató su esposa, el párroco en ningún momento de la conversación había pronunciado la palabra crimen o asesinato, pero sí habló de la «terrible tragedia». Sea como fuere, seguro que la noticia de la muerte de su suegra ya estaba en boca de todos los convecinos, y cabía esperar que, en cualquier momento, más de uno comenzara a asomar por la finca. Advirtió a Jaime que tuviera la precaución al salir con el coche de mirar si la puerta de la verja que daba el acceso a pie estaba cerrada con llave, de esa manera, si alguien se llegara hasta allí tendría que llamar al timbre de fuera. Estando ya los dos amigos en el jardín, don Alejandro se aproximó a Pedro, que faenaba cerca del campo de bolos.

—Buenos días, Pedro —le saludó cortésmente—, no sé si sabrá que Jaime ha salido con el coche para llevar a misa a mi esposa y a la condesa de Weymand.

—Sí, don Alejandro, me lo dijo él mismo esta mañana —respondió con prontitud el jardinero.

—Pues bien, le rogaría que mientras estén fuera, vigile usted un poco el área de la entrada a la finca.

—La puerta de acceso a pie suele estar siempre cerrada con llave, pero puedo comprobarlo ahora mismo, si usted quiere.

—No es preciso, ya le dije a Jaime que lo hiciera él al salir. Pero ya sabe que el portón de coches solo está durante el día cerrado con el pasador.

—¿Quiere que le eche la llave al candado como hago por las noches cuando están todos en la casa?

—Sí, esa es la idea, pero después de que regrese Jaime con las señoras, por eso le pido que mientras tanto se quede usted merodeando por allí. Y si llegara algún coche, aunque fuera conocido, no le permita la entrada sin antes consultarme.

—No se preocupe señor, así lo haré. Además no estaré ocioso, que tengo

que recortar algunos yerbajos por esa zona.

Con esta decisión tomada, don Alejandro volvió junto al conde de Weymand.

—La verdad es que no entiendo a mi madre, ayer estaba hecha polvo, y hoy... ahí la tienes, se va al pueblo tan fresca.

—¡Por Dios, Amelia! Ha ido a misa... y creo que con gran esfuerzo.

—Bueno, si tú lo ves así..., pero yo no concibo esos cambios tan bruscos.

Mientras Amelia se encendía un cigarrillo, Laura se levantó y caminó hacia el ventanal del salón azul. En ese momento, el sol ya comenzaba a iluminar con sus rayos los cristales, y, descorriendo un poco el visillo, pudo comprobar cómo el día lucía espléndido.

—Hace una mañana buenísima, podíamos salir a dar una vuelta por el jardín.

—Tengo otra idea mejor. Dile a tu hermano que saque el coche y nos vamos a dar una vuelta hasta Chinchón para tomarnos unos vinos.

—Amelia, ¿qué dices? Todavía no han enterrado a tu abuela...

—¡Y qué más da! —exclamó estirando las piernas y subiendo ambas encima del sofá—. No seas mojigata, Laura. Ya sabes eso de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo».

—Desde luego, Amelia... Menos mal que no te tomo en serio.

—Pues deberías hacerlo, prima. Ya te dije que no siento para nada la muerte de mi abuela.

Laura se volvió hacia Amelia con gesto serio.

—Sí, ya me los has dicho una docena de veces..., pero aunque sólo fuera por respeto, deberías tomar otra actitud.

—¿Y ser una hipócrita más? Vale, no me mires con esa cara... Retiro lo de ir a Chinchón, además, si lo hiciéramos, seguro que a mi madre le daba un síncope y... ¡lo que nos faltaba! —añadió, y soltó una leve risa. Dio una calada a su cigarrillo y miró a su prima, que la observaba con una mirada entre seria y paciente.

—¿Os apetece dar una vuelta por el jardín? —Andrés acababa de entrar en el salón.

—¡Otro! ¡Qué pesados con el jardín!

Andrés miró a su hermana sin comprender bien.

—¿Qué pasa?

—Pues que esto es un aburrimiento. Yo no aguanto otro día más encerrada en esta casa, voy a decirle a Leopoldo que me lleve a Aranjuez a dar una

vuelta. ¿Alguno se viene?

—Pero está mamá allí, en la misa, y si nos ven paseando...

—¡Qué dos pelmazos! —Amelia aplastó la colilla en el cenicero y se levantó del sofá—. ¿Sabéis lo que os digo?, que yo me voy... —Y sin añadir más, abandonó erguida y a buen paso el salón.

—¿Qué mosca le ha picado?

—No hagas caso, Andrés, está un poco tonta. ¿Quieres que demos tú y yo esa vuelta por el jardín?

La expresiva sonrisa que mostró su rostro fue una clara respuesta a la petición de su prima Laura.

María pelaba patatas mientras que doña Julia, sentada frente a ella, tomaba una tila.

—Sigo sin poderme creer lo que contó el chico —dijo la cocinera moviendo la cabeza.

—Anoche no podía dormir —afirmó el ama de llaves—, y, ahora mismo, sigo encontrándome inquieta. Es difícil de asimilar cómo una persona puede llegar a ser tan retorcida, vengativa y cruel, todo a la vez.

—Doña Julia, yo creo que estaba loca de atar. Esa mujer se había desequilibrado por completo.

—Usted la conocía desde hacía muchos años. ¿Siempre fue así? Me refiero a si usted recuerda algún caso estafalario llevado a cabo por ella, no sé, o algo que llamara mucho la atención cuando era más joven.

María suspiró hondamente.

—La verdad es que siempre fue muy soberbia y exigente. Pocas veces bajaba por la cocina, y, cuando lo hacía, había que echarse a temblar. Cuando yo entré en la casa su hija doña Angustias ya estaba casada y se dedicaba más que su madre a las tareas del hogar, quiero decir, a tratar con el servicio y todo eso. Los marqueses viajaban mucho, poco paraban por la casa, pero hubo un episodio muy triste...

Aquí María se calló y doña Julia observó que le costaba trabajo hablar, como si recordar aquello le produjera tristeza.

—Verá —continuó, posando el cuchillo de pelar las patatas sobre la mesa—, había otra hija más pequeña, la señorita Sonsoles. Un año, por las fiestas del pueblo, conoció a un chico en el baile y... bueno, se enamoró de él. Los marqueses estaban por Europa, y ella traía al chico a casa, a pesar de que su hermana, doña Angustias, la regañaba. Él no era de aquí, creo que era de un pueblo de Ávila, aunque trabajaba en Chinchón. Aquel año vino a pasar las

fiestas, y se enamoraron como dos pardillos. El caso es que venía mucho a verla, casi todos los sábados. Lo solía meter en la casa por la puerta del jardín que da a la cocina. Yo ya le advertía que a la señorita Angustias no le gustaba aquello, pero ella convencía primero a Pedro, y luego venían los dos a convencerme a mí. —Al llegar a este punto, María sonrió—. ¡Se la veía tan feliz! Bueno, la tragedia vino cuando quedó embarazada. Yo no lo supe entonces, pero los acontecimientos se precipitaron terriblemente, tampoco sé ni el cuándo ni el lugar, el caso es que, por lo visto, se casaron a escondidas, no sé de qué forma. A los pocos días de volver los marqueses de un viaje, la señorita Sonsoles acompañada por José, así se llamaba el chico, les comunicaron la noticia a sus padres. El muchacho era de origen humilde, vamos, que era de familia trabajadora, así que imagínese usted la que se lió. La marquesa le echó a voces de la casa. Le llamó muerto de hambre, desgraciado, dijo que iba a meterle en la cárcel... Todos oíamos sus voces asustados. Total, que, finalmente, le deshicieron el matrimonio porque era menor de edad. Recuerdo al pobre chico, después de este trance, llegarse agazapado hasta la cocina, pues a veces saltaba la tapia, y, otras, le pasaba Pedro a escondidas y yo le ocultaba en la despensa mientras que Jaime, disimuladamente, avisaba a la señorita Sonsoles para que bajara. La verdad es que corrimos un gran riesgo, pues si nos llega a pillar la Marquesa, sin duda que nos hubiera puesto en la puerta de la calle. Finalmente, dio a luz aquí, en la casa, y sobrevino la tragedia. Fue un parto muy difícil, según nos dijeron. El niño nació mal, y, por lo visto, falleció. Y la señorita Sonsoles, entre lo mal que quedó tras dar a luz y la enorme pena que debía de sentir por la muerte de su hijo, murió a los pocos días también. —María tuvo que secarse los ojos con la punta de su delantal—. Todos sentimos mucho su muerte. Pobrecita mía, parece que aún la veo tan feliz con su José. Fue también un duro golpe para su hermana, doña Angustias. Nosotros estábamos ya en San Sebastián, allí nos tiramos toda la contienda, y..., bueno, digamos que eso sirvió para curar un poco mejor aquella herida, aunque ya todo fue distinto en esta casa.

Doña Julia tenía los ojos llenos de lágrimas, sacó un pañuelo del vestido y se los secó ante la mirada también húmeda de la cocinera.

—Es una historia muy triste, ¿verdad? —declaró María, que volvía a pelar las patatas.

—¿Se supo algo del chico..., de José? —preguntó doña Julia, a quién parecía haberle causado honda emoción el relato de María.

—Que yo sepa, no. Ya le dije que estábamos en guerra, y...

—¿Pero llegó a saber que habían muerto ella y el niño? —le cortó doña Julia.

—Eso sí. Yo ya no le volví a ver más, pero después de la guerra, ya de vuelta en Madrid, nos confesó Pedro a mi marido y a mí, que, a los pocos días de morir la señorita Sonsoles, vino muy alterado a la casa, como desquiciado; por algún motivo se había enterado. Pedro no le dejó entrar, incluso tuvo que reducirle. Estaba la marquesa en la casa. Si le llega a ver, seguro que hubiera llamado a los guardias. Pensó que era mejor no comentarlo y el hombre guardó el secreto. Ya no volvió más, que yo sepa.

Vidal abandonó la Comisaría Centro a las nueve y media de la mañana con dirección al Hospital de Nuestra Señora del Rosario. La llamada de la que fue enfermera de la marquesa de Navas pidiéndole que se acercara cuanto antes al hospital, ya que tenía una cosa muy importante que comunicarle, le consternó bastante, sobre todo porque no quiso adelantarle nada por teléfono. Ya en el coche, recordó no habérselo comentado al sargento Pereira, así que volvió a la comisaría.

—¡Inspector!—le llamó Pereira al verle entrar en las dependencias—, le andaba buscando.

—¡Vamos!, póngase la gabardina y acompañeme. Tenemos que salir pitando.

—Pero... ¿qué pasa? ¿A qué tanta prisa?

—Ya le contaré, he dejado el coche encendido.

Cuando llegaron al centro hospitalario, vieron cómo Rosario descendía por la escalera de la puerta principal. Una vez aparcado el coche, se aproximaron a la enfermera que ya les aguardaba en la acera.

—Inspector, he descubierto algo increíble.

Los dos policías observaron que la enfermera se encontraba muy agitada.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—No, inspector, aquí no se lo puedo decir. Vamos arriba. Tengo que mostrarles algo.

—Los dos hombres siguieron a la corpulenta mujer, teniendo que dar buenas zancadas para no quedarse rezagados. Subieron en el ascensor hasta la tercera planta; allí, la enfermera les condujo a un cuarto que abrió con una llave que extrajo del bolsillo de su uniforme.

—Pasen, aquí estaremos seguros —les invitó a entrar, y cerró de nuevo la puerta con la llave.

—Los dos hombres observaron que aquel sitio debía de estar destinado como archivo dada la cantidad de estanterías de metal repletas de archivadores y cajas de cartón.

—Ya les dije que el día dos de enero comenzaba mi trabajo en el hospital —empezó a hablar Rosario bastante nerviosa—, pues bien, al llegar esta mañana lo primero que hice fue ir a depositar en el almacén del centro las cajas de inyectables que le administraba a la difunta marquesa. Le ponía una cada noche antes de dormir. Doña Angustias me dijo que me las llevara

todas, así como otras varias cosas que usaba para su cuidado.

—¿Adónde quiere ir a parar, enfermera? —Vidal comenzaba a impacientarse.

—Espere. —Y, diciendo esto, extrajo un inyectable del bolsillo de su bata —. ¿Sabe qué es esto, inspector?

—Naturalmente que lo sé, es una inyección.

—Exacto. Todos los días le ponía una inyección igual que ésta a la marquesa. Se trata de un vitamínico para el corazón compuesto a base de digitalina. No sé si sabrán que la digitalina es una planta con la cual se produce un fármaco muy efectivo para las enfermedades cardiacas, pero hay que saber usarla con mucho cuidado, pues en fuertes dosis puede ser letal.

Vidal miraba con perplejidad el frasco que mantenía la enfermera en su mano.

—No logro entender qué nos quiere decir con esto, enfermera.

Rosario sonrió.

—Verán, el fármaco con digitalina suele ser soluble y no se aprecia ninguna partícula sólida en él. Sin embargo, fíjense en éste...

Vidal y Pereira observaron detenidamente el frasco que Rosario mostraba antes sus ojos al trasluz. Efectivamente, al agitarlo pudieron ver cómo una cantidad de corpúsculos bailaban en el líquido.

—Sí, ya lo veo, hay pequeños fragmentos amarillos dentro, pero, lo siento, sigo sin entender. Por favor, vaya al grano.

—Exacto. Verán, llevo años tratando las enfermedades coronarias, incluso he trabajado en un laboratorio químico y he tratado con muchas composiciones de fármacos. Esta mañana comencé a sacar los frascos inyectables sobrante que guardaba en un pequeño maletín, dispuesto así para contener en él los correspondientes a cada mes. Sólo quedaban cuatro. El primero era este que les estoy mostrando. Casualmente, al sacarlo vi danzar las partículas dentro, y eso me llamó poderosamente la atención. Comprobé el resto de inyectables, el líquido no estaba turbio. Entonces miré la chapa metálica que rodea la goma que cierra el frasquito y vi que estaba cortada en este punto como pueden observar si se fijan con atención.

Ambos vieron cómo verticalmente un corte fino dividía la chapa.

—¿Quiere decir que han manipulado el frasco? —preguntó Vidal, ahora muy interesado.

—Seguro. Estos inyectables los precinta una máquina —repuso Rosario sin titubear.

—Y ¿qué pueden haber metido dentro? —preguntó Pereira.

—No estoy segura del todo, pero casi estaría por jurar que es también digitalina, pero una especie distinta. Creo que se trata de la llamada «Digitalina francesa amorfa», que también se la conoce como «Digitoxina», sumamente tóxica, como su propio nombre indica.

Vidal miró muy serio a la enfermera.

—Suponiendo que sea como usted dice, si se hubiera llegado a inyectar con ese líquido a la marquesa, ¿habría muerto?

—Si lo que contiene el frasco es lo que yo creo, sin lugar a dudas. Y puesto que padecía del corazón, nadie hubiera pensado que había sido asesinada.

—Entonces..., había alguien más que quería matarla —afirmó Pereira, que estaba también impactado por el descubrimiento de la enfermera.

—Me temo que así es, y ese día en concreto —añadió Rosario. Vidal frunció el ceño—, porque según estaba colocado el frasco en el maletín, yo se lo hubiera inyectado esa misma noche.

—Gracias, Rosario. Me quedo con el frasco, lo mandaré analizar en el laboratorio policial.

Camino del coche, Pereira se mantenía muy pensativo y Vidal tampoco le andaba a la zaga, aunque su concentración no le hiciera darse de bruces con un viandante como le pasó al sargento.

—¡Pereira!... mire por dónde va, hombre.

—Lo siento, inspector. Espere... ¿Y si fue la misma enfermera quien puso el veneno?

Vidal se paró en seco. Se quedó mirando al sargento con aire incrédulo.

—¿Ha meditado usted lo que ha dicho? Porque no deja de parecerme una sinrazón.

—No lo crea, inspector. Verá..., la marquesa la tenía martirizada, recuerde lo que nos dijo, sobre todo lo que le había hecho. No es de extrañar que se quisiera vengar. Y quién mejor que ella para meter el veneno en la inyección. Nadie se hubiera percatado... ¡Es el crimen perfecto!

—Y está clarísimo que para redondear la perfección de su crimen nos llama a nosotros y nos lo cuenta.

Pereira miró a Vidal como si de repente se le hubiera derrumbado el cielo encima.

—Sí... La verdad es que no tiene mucho sentido —farfulló, algo avergonzado.

—Pero qué manía le ha entrado a usted con la enfermera, Pereira. Primero que se la imaginaba apretando la bufanda alrededor del cuello de la víctima, y, ahora pensando que metió el veneno en el frasco de la inyección.

—Ya... Pero a mí me parece que esta mujer esconde algo, yo creo...

—¡Basta ya! —Vidal cortó tajante a su ayudante—. Por ese camino no vamos a ninguna parte, centrémonos en averiguar quién pudo cambiar el contenido de la inyección. Otra incógnita más que se nos presenta.

—Bueno, pero esto entra en un segundo orden, a fin de cuentas no fue eso lo que le causó la muerte.

—No importa. No deja de ser un intento de asesinato. Quien preparó ese veneno lo hizo con el propósito de matar.

—¿Qué vamos a hacer ahora, inspector?

—Volveremos a la finca de los Navas, como estaba calculado, pero antes pasaremos por la comisaría a dejar el frasco para que analicen su contenido.

Aquel dos de enero de 1957 había llegado soleado, pero ahora se había nublado y con fuerte amenaza de lluvia. Doña Julia, ayudada por Carmen, la doncella, recogía con prisa la ropa tendida en la terraza superior de la mansión.

—¡Dese prisa, Carmen! —apremiaba doña Julia—, nos puede pillar la lluvia en cualquier momento.

—Ya lo intento, pero con este viento es bastante complicado. Si no voy con cuidado, temo que alguna prenda salga volando.

Un fuerte e inesperado trueno fue seguido de unas gruesas gotas de agua. Las dos mujeres, a duras penas, terminaron de recoger la ropa. Ya llovía torrencialmente cuando abordaron la puerta de acceso a la casa.

—¡Madre mía! ¡Qué manera de llover! Estuvo usted acertada, doña Julia, cuando dijo de ponernos los impermeables. Pero, fíjese, llevo el pelo empapado.

—Se veía venir, por eso le dije de subir a recoger la ropa. Hubiera sido una pena que se mojara, pues está seca del todo. El escaso sol que hizo a primera hora terminó de quitarle la humedad de la noche.

—Cómo se ve la veteranía... Los años sirven para algo más que hacernos viejos, como dice mi madre.

—Así es —reafirmó el ama de llaves con una sonrisa.

—Según descendían hacia la planta baja, vieron a Jaime cruzar por el vestíbulo. Al oír pasos en la escalera, el mayordomo miró hacia las dos mujeres.

—Doña Julia —llamó mientras subía un par de peldaños—, la andaba buscando; el inspector quiere verla. La está aguardando en el despacho.

Una vez sacado el impermeable y arreglado un poco el cabello, doña Julia acudió al despacho.

—Buenos días, me dijo el mayordomo que querían verme —saludó a Vidal y a Pereira, que se mantenían de pie mirando a través de la cortina cómo llovía en el exterior.

—Buenos días, por decir algo —repuso Vidal—. Menuda tormenta se ha desatado. Menos mal que no nos pilló a nosotros de camino aquí.

—A mí y a la doncella nos ha pillado en la terraza recogiendo la ropa. En cuestión de media hora se cubrió el cielo, y eso que amaneció un día soleado.

Con una sonrisa, Vidal hizo seña a doña Julia para que tomara asiento frente a él.

—Si no recuerdo mal, me dijo usted que lleva en la casa cuatro años —comenzó mientras abría su cuaderno de notas.

—Así es, los hice en octubre, como ya le indiqué.

—¿Es usted de aquí..., de Aranjuez?

—No. Soy de un pueblo de Ávila. Aunque llevaba quince años viviendo en Madrid, capital, cuando entré aquí.

—¿No conocía a ningún miembro de esta familia cuando vino a trabajar a esta casa?

A doña Julia parecía haberle extrañado la pregunta por la cara que puso.

—No. Yo leí el anuncio en la prensa y llamé al teléfono que indicaban.

Vidal observó por un instante la figura algo aviejada, pero aún tersa, de la mujer. Con su pelo pulcramente recogido, sin adornos de apariencia, sólo un camafeo con una figura oscura grabada que lucía encima de su pechera y unos pendientes dorados, presumiblemente de oro, que cubrían el lóbulo de sus orejas, ningún otro aderezo resaltaba sobre aquel menudo cuerpo. De repente, sus miradas se cruzaron y Vidal comprobó que aquellos ojos de un azul acerado mostraban fuerza y seguridad.

—Dígame, cuando usted llegó a la casa ¿la marquesa ya estaba recluida en sus aposentos?

—Sí, ya lo estaba. Hacía poco, creo recordar.

—¿Llegó usted a tener algún trato directo con ella?

—No. Siempre traté con su hija, doña Angustias.

—Pero usted llegó a conocerla, supongo.

—Sí, eso sí. Pero sólo en dos ocasiones. Una de ellas pocos días antes de...

fallecer.

—¿Podría decirme qué ocasiones fueron esas?

—La primera vez fue..., no sé..., hará como dos años, no le puedo precisar con exactitud. Me mandó llamar para preguntarme si sabía bordar.

Vidal enarcó las cejas.

—Pero esa pregunta pudo hacerla a través de su hija, ¿por qué llamarla a usted?

—Así es, creo que lo hizo como dando una disculpa para conocerme. De hecho, me hizo después una serie de preguntas que nada tenían que ver con esa labor, aparte de que no dejó de observarme durante todo el tiempo que estuve en la estancia

—¿Puede recordar qué preguntas le hizo?

Doña Julia hizo ademán de recordar.

—Pues, primero me preguntó de dónde era... Si tenía familia, dónde había estado trabajando antes, si tenía buenas recomendaciones, no sé, eran preguntas como si acabara de llegar y aún no estuviera contratada. Daba la sensación como de querer demostrarme quién mandaba en la casa.

—Dice que la segunda vez que la hizo llamar fue poco antes de su muerte, ¿quiere decirme cómo fue ese encuentro?

Aquí, el rostro severo pero sereno de doña Julia se ensombreció de singular manera.

—La verdad es que hasta recordarlo me causa dolor. Sin venir a cuento me insultó de una manera inconcebible. Me dijo cosas que jamás pudiera imaginar. Incluso me despidió. Me vi tan vejada y humillada que a punto estuve de dejar la casa en ese momento. Nadie me había hablado así en mi vida, con tanto asomo de maldad. —Las manos de doña Julia se asieron con fuerza a los reposabrazos del sillón—. Fue la intervención de doña Angustias, quien me rogó que no la dejara en esos momentos, lo que me hizo recapacitar.

—¿Considera usted que la marquesa de Navas no se encontraba en su sano juicio y por eso se comportaba de manera tan impropia?

—Efectivamente, creo que había perdido totalmente el norte. Este último mes ha sido horrible. Siempre fue una mujer muy peculiar, llena de manías y muy difícil de atender, pero los últimos episodios indican que ya no estaba en sus cabales. —Doña Julia había dulcificado el tono de su voz y hablaba más relajada.

—Desde ese encuentro último, ¿no volvió usted a acudir a las habitaciones

de la marquesa?

—No. Ya le dije que me echó. Además, murió a los dos días.

Vidal miró fijamente al ama de llaves, pero doña Julia sólo mostró en sus ojos una serena seguridad.

—Está bien. Puede usted retirarse.

Cuando doña Julia abandonó el despacho, Pereira, con una incredulidad que se le escapaba por los ojos, se dirigió a Vidal.

—Pero ¡inspector! ¿Cómo la deja ir así... sin más? No le ha preguntado qué hacía saliendo del cuarto de la víctima la tarde del crimen. Eso es crucial. No me diga que se le ha olvidado.

—¡Cálmese! Para nada me he olvidado, pero aquí hay mucho gato encerrado, querido sargento, hemos de ir con mucha astucia. En este momento, no es bueno ni oportuno enseñar las cartas a mitad de la partida.

Seguidamente, Vidal se levantó y recogió la bolsa de papel que había dejado sobre uno de los sofás. Pereira le seguía con la mirada. Cuando dejaron el hospital, fueron directos a la comisaría a llevar el frasco de la inyección para su análisis, pero Vidal no quiso que él bajara del coche. Le ordenó que aguardara, pues volvería rápido; tardó más de quince minutos en regresar, y, cuando lo hizo, vio que portaba esa bolsa de papel que recogía ahora del sofá.

—Creo que ha llegado la hora de aclarar algunas cosas —dijo al sentarse de nuevo en el amplio sillón de cuero—. Pereira, haga el favor de decirle a doña Angustias que tenga la bondad de venir al despacho.

Pereira no rechistó y salió en busca de la señora, aunque en su gesto se deducía que no le estaba gustando el misterio que se traía entre manos el inspector.

Poco tardó el sargento en regresar con doña Angustias. Vidal pudo comprobar que, a pesar de la tristeza que asomaba a sus ojos, la hija de la difunta marquesa parecía estar más entera, e, incluso, su aspecto ahora se notaba más cuidado. Con paso liviano y seguro se fue acercando a Vidal, quien se levantó nada más verla aparecer, y ahora levantaba su brazo para estrechar la mano que la dama le ofrecía.

—Si aún no se siente con fuerza, dígalo, y ya hablaremos en otro momento más adelante —dijo Vidal en tono muy respetuoso.

—No se preocupe, inspector. Me encuentro bien y esta situación cuanto antes pase mejor será para todos.

Vidal dirigió a la mujer una amplia sonrisa y se volvió a sentar después de

que ella lo hiciera.

—No la voy a entretener mucho rato, e intentaré que nuestra conversación sea lo menos escabrosa posible, aunque ya sabe usted que por mucho que lo procure, no podemos olvidar que estamos investigando un crimen.

—Me doy perfecta cuenta, inspector. Vuelvo a indicarle que no ponga reparos en indagarme, lo considero totalmente natural y necesario.

—Está bien, ya sabe que la muerte de su madre fue debida a estrangulamiento con una prenda de seda. ¿Tuvo ocasión de verla?

—No, inspector. Yo no subí a la alcoba de mi madre ese día, ni tan siquiera he vuelto a entrar en sus aposentos. —Aquí pareció temblarle un poco la voz, pero rápidamente se repuso—. No tengo idea de esa prenda que me indica.

—En ese momento, Vidal tomó la bolsa que descansaba sobre el suelo, y, alzándola, sacó de ella un *foulard* en tonalidades rosas, azules y violetas que extendió sobre la mesa ante los ojos de doña Angustias.

—Esta es la bufanda que tenía su madre enrollada al cuello.

La manera de describirlo no le pareció nada adecuada a Pereira, que miraba sorprendido la prenda. Ahora comprendía el secreto del inspector. Seguro que la había sacado de la comisaría por métodos nada ortodoxos.

Doña Angustias observaba la prenda con el ceño fruncido. Por su mente se cruzaban imágenes que, como *flashes*, le parecían transmitir el recuerdo de aquella colorida tela. Finalmente, volvió a la realidad sintiendo malestar y repulsa ante lo que en manos de un asesino había causado la muerte de su madre.

Vidal, a su vez, no perdía detalle de la reacción que la cara de doña Angustias podía ofrecerle al ver el *foulard*.

—¿Recuerda usted haber visto antes esta prenda? Por alguna circunstancia, ¿puede parecerle familiar?

Doña Angustias parecía hacer esfuerzos por recordar.

—No sé qué decirle. Es un *foulard* con mucho color, más propio de una persona joven. Desde luego, no pertenecía a mi madre. —Volvió a clavar su vista en la tela—. Pero, sin embargo, no deja de resultarme familiar.

—Tal vez esto le ayude a recordar —señaló Vidal, y mostró el pedazo encontrado por Pereira entre los matorrales—. Por favor, tome este trozo de tela y observe las letras que tiene marcadas en el extremo.

Doña Angustias tomó el pedazo de tela con gesto de duda, lo desdobló y sus ojos quedaron extasiados al ver las dos letras bordadas en ella. Por un

momento, su mente se cerró, no podía ser cierto lo que su recuerdo le indicaba.

Vidal comprobó cómo el rostro de la mujer se había vuelto lívido, tremendamente blanco.

—Pero... no puede ser —consiguió decir—. Es imposible que lo sea.

—¿Reconoce usted las iniciales? ¿Sabe a quién pertenecen?

Vidal estaba nervioso. También Pereira se había acercado a la mesa, mostrando fuerte interés.

Doña Angustias seguía mirando como extasiada el trozo de tela. Sus manos temblaban cuando volvió a entregársela a Vidal, quien la miraba expectante, deseoso por saber.

—Inspector, no sé cómo puede ser, no acierto a comprenderlo, pero, sin duda, esta prenda pertenecía a una hermana mía que murió hace años.

—Sonsoles... —pronunció pensativo Vidal—. ¡Claro! Sonsoles Navas.

Doña Angustias miró sorprendida a Vidal.

—¿Le han hablado de mi hermana, inspector?

Vidal se sintió un poco violento y comprendió que la mujer se asombrara al oír su exclamación. No le quedó más remedio que ponerle al tanto de sus averiguaciones.

—Como comprenderá —acabó diciendo—, dentro de una investigación muchas cosas que son de índole totalmente familiar suelen salir a la luz, aunque luego, como es lógico, no figuren en el sumario por carecer absolutamente de relevancia.

—Lo comprendo —asintió doña Angustias—. Como ve, inspector, fue una gran tragedia que marcó la vida de esta casa.

—Pero hay una cosa que me sigue confundiendo... ¿Por qué motivo dijo usted no acertar a comprender que esta fuera la misma prenda?

—Es que no puede ser, inspector, ahí está lo paradójico. Mi sobrino murió casi al nacer, como ya sabe, y, por deseo expreso de mi hermana, fue enterrado envuelto en esta bufanda.

Durante un rato, se estableció un profundo silencio. Los dos policías estaban desconcertados. Finalmente, Vidal, sobrepuesto de la increíble revelación, buscó la solución lógica.

—La única explicación es que al final no se llegó a enterrar al niño envuelto en esta tela.

Doña Angustias frunció el ceño pensativa.

—Sí, tiene que haber sido eso. Verdaderamente, yo no le puedo asegurar

una cosa ni otra. Verá, cuando mi hermana falleció, yo no estaba aquí. La muerte de Sonsoles sucedió al poco de comenzar la guerra; mis padres decidieron, en vista a las revueltas sociales en la capital, que nos fuéramos a San Sebastián. Sólo quedaron aquí mi madre y mi hermana. Fue después que mi madre nos relató lo sucedido y dijo que al niño se le enterró envuelto en ese echarpe por deseo de mi difunta hermana.

—Y usted nunca volvió a ver la bufanda por la casa...

—Totalmente cierto. Jamás volví a verla, por eso mi asombro. Sabiendo además, o creyendo, que había sido enterrada junto al niño.

—Entonces... ¿piensa usted que la guardó su madre, que la mantuvo escondida todo este tiempo?

—No admite otra explicación. Porque si no es así..., ¿qué hace aquí ahora?

En ese preciso momento, dos golpes se oyeron sonar en la puerta del despacho. Pereira fue rápido a abrir. Era doña Julia, el ama de llaves. El sargento la hizo pasar.

—Perdonen que les moleste —se excusó mientras se acercaba a la mesa del despacho—, pero tenía que darle un aviso urgente a la señora.

Llegada a la altura de doña Angustias, el ama de llaves se agachó levemente y le indicó que había llamado el notario ya dos veces para hablar con ella; por lo visto era urgente. Cuando iba a salir, doña Julia, repentinamente, soltó un grito y se agarró al reposabrazos del sillón de doña Angustias.

—¡Disculpen! —se excusó de inmediato—, he tropezado con la pata del sillón. Y con rapidez, abandonó el despacho.

Doña Angustias salió detrás de ella a los pocos segundos, una vez que Vidal le dijera que por el momento habían terminado y le agradeciera su colaboración.

—¡Qué extraño! —exclamó Vidal pensativo en cuanto se quedaron los dos policías solos.

—¿Por qué lo dice? Yo creo que efectivamente tuvo que ser así, si no... ¿cómo demonios iba a estar ahora aquí la bufanda?

—No me refiero a eso, pensaba en el tropezón del ama de llaves. Creo que no hubo tropiezo. ¿No observó usted cómo le cambió la cara de repente? Se quedó blanca y se marchó... asustada, esa es la palabra.

—Pero ¿por qué? —Pereira escuchaba las reflexiones de Vidal sin acertar a ver nada extraño.

—No sé qué decirle... Aún no sé por qué, pero cada vez estoy más

convencido de que esta mujer sabe mucho.

La noticia que acababa de darle el notario dejó muy pensativa a doña Angustias. Su llamada era para indicarle que pasada la Fiesta de Reyes, el nueve de enero, pensaba hacer público el testamento de su madre, así que acudiría con el albacea a la mansión. Doña Angustias le dijo que no veía ninguna objeción por su parte, pero no sabía si sus hijos podrían estar ese día presentes; no obstante, ella intentaría que así fuera. Al nombrarle a sus hijos, don Fermín, el notario, le indicó que también debían estar presentes el mayordomo, la cocinera, el jardinero, el párroco del convento de San Pascual en Aranjuez, la priora del convento de las Descalzas de Madrid (a ésta la acercaría él mismo a la mansión) y lo más insólito: Asunción Alcázar.

Doña Angustias no llegaba a entender, de hecho, pensaba que nunca había comprendido a su madre. Y esta era la prueba al saber que en su testamento se había acordado de los sirvientes, cuando en vida nunca tuvo una palabra amable para ellos. Y, sobre todo, de su amiga Asunción, a quien tanto odio mostró tener por haber sido, según ella, la culpable de que su hija Sonsoles se uniera con aquel *tipo*. Asunción fue amiga de Sonsoles desde niña, y luego lo siguió siendo de ella, a escondidas de su madre, claro está. Por eso, ahora que la había nombrado en su testamento, le parecía una broma macabra. Al decirle a don Fermín que Asunción Alcázar se hallaba en la Argentina, éste le indicó que si tenía sus señas no habría problema, se pondría en contacto con ella para hablarle de las disposiciones hacia ella de la testadora una vez que se abriera el testamento.

Esa noche, ya en su alcoba, doña Angustias puso en conocimiento de su marido la sorprendente aparición de la bufanda y el estado de distribución en la herencia de su madre.

Trabajo le estaba costando a Vidal conciliar el sueño. El policía daba vueltas en el lecho intentando quitarse de la cabeza, sin poder lograrlo, aquel enredo de ideas que le bullían sin cesar. Finalmente, se levantó de la cama, y, agarrando el paquete de cigarrillos, se fue a la cocina. Encendió el hornillo de gas, comenzó a calentarse un poco de leche en un cazo y, con la misma cerilla, se prendió un cigarrillo. «Hay algo que se me escapa», se dijo mientras vaciaba la leche templada en un vaso de cristal y se dejaba caer sobre una silla de mimbre bastante ajada. Después, depositando la ceniza en el cenicero que ya peligraba por caerse, agarró el vaso y le dio dos buenos sorbos. Estaba absorto con la vista fija en una servilleta de cuadros medio

arrugada que había sobre la mesa, y, entonces, como si una chispa se encendiera en su mente, lo comprendió.

—Qué mañana más fea —dijo María mirando el gris plomizo del cielo—. Otro día más de lluvias.

—Es lo normal en esta época —opinó Jaime, y su mujer le miró con ojos inexpresivos.

—No se pueden quejar, en Zamora llueve mucho más que aquí —añadió Juan, que apuraba los restos de su tazón del desayuno.

—Y qué con eso... Si creéis conseguir que así vea la mañana de otra manera, vais frescos. Hace un día asqueroso y punto.

Jaime y Juan se dirigieron una mirada cargada de complicidad que no escapó a la observación de María.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no puedo tener mi opinión?

—¡Claro que sí, mujer! Tú defiende tu bandera.

—No me hables con socarronería, Jaime, que tienes todas las de perder. Y hoy no estoy de humor.

—Ya, eso se te nota sin necesidad de que lo digas. Y ¿se puede saber qué mosca te ha picado?

María suspiró, se levantó y comenzó a retirar los servicios del desayuno. Juan se dispuso a echarle una mano. Jaime esperaba una respuesta.

—Bueno, en realidad es una tontería —repuso por fin María—. Cuando salí de nuestra habitación, me topé con doña Julia en el corredor, iba con prisas, me puse a su altura, le di los buenos días y le pregunté por sus jaquecas. Apenas me respondió con un seco «bien». Como la vi bastante demacrada, me ofrecí a prepararle una tisana y, claro, como es lógico le pregunté si le pasaba algo, que la veía con mala cara... Vamos, usando la buena educación, que hay que saber estar. Pero ella, en su actitud arrogante, me contestó que tenía prisa y que lo dejara estar. Así me dijo. No me diréis que no es una maleducada.

—A veces, María, eres un poco pesada, reconócelo.

—¡No me fastidies! Sólo quería ser agradable.

—Ya, no lo pongo en duda, pero si iba con prisa sería por algo.

—Tú, con tal de quitarme la razón, no sabes qué hacer.

Jaime miró a su mujer con ojos pacientes.

—Ayer los policías se marcharon a comer y ya no volvieron —intercaló Juan en un claro intento de paliar la comenzada discusión entre el matrimonio.

—Tendrían cosas que hacer en la capital. Seguro que esta mañana están aquí de nuevo.

A este comentario de Jaime, Juan, que doblaba una servilleta, dio un corto grito.

—¡Muchacho!, ¿qué pasa?

—Nada, señora María, me clavé un palillo que estaba en la servilleta.

—Eso es cosa de Pedro, siempre se anda hurgando los dientes con palillos. Oye, vosotros dos ¿qué opináis?

Los dos hombres miraron a María.

—¿A qué te refieres? —le preguntó su marido.

—A qué va a ser. ¿Quién habrá matado a la marquesa? —preguntó bajando la voz y mirando hacia la puerta de la cocina.

—Cualquiera sabe. —Jaime se encogió de hombros.

—Porque el asesino tiene que ser uno de ellos... —María cada vez bajaba más la voz.

—¿Quién iba a ser si no? La difunta, desde luego, tenía no uno si no varios posibles ejecutores para rebanarle el cuello en la casa.

Ante las palabras de Jaime, María movió la cabeza.

—Qué pena terminar así. Asesinada por alguien de tu familia —dijo, y dejó escapar un suspiro—. Y, tú, ¿qué opinas?

Juan, a quién María dirigió la pregunta, parecía absorto terminando de doblar las servilletas.

—Yo... opino como ustedes —declaró con cierta timidez—. Es algo muy triste.

—Exacto, hijo, es muy triste y vergonzante. No sé cómo va a acabar todo esto, pero el escándalo tiene que ser mayúsculo. Y, claro está, la policía va a seguir investigando hasta dar con él, porque sabe que el asesino está entre la familia.

—O no.

María miró desconcertada a su marido.

—¿Cómo que *o no*?

—También estamos los sirvientes en la casa y los Condes de Weymand y los sobrinos del señor...

—¿Qué dices? ¿Qué motivos tendríamos nosotros para matarla?

—¡Ah!, eso no lo sé, para eso está la policía.

María miraba ahora con la boca abierta a su marido.

—¿Todos somos sospechosos? —preguntó como si acabara de descubrir

un recóndito tesoro.

—¡Anda, ésta! ¡Pues claro! Lo que sí está seguro es que el asesino no vino de afuera, así que los que estamos adentro..., todos sospechosos para la *poli*.

—¡Válgame el cielo! Entonces, ¿cualquiera pudo ser el asesino?

—¿Qué le sucede, señora María?

Carmen acababa de entrar en la cocina.

—Nada, hija mía, que ya no voy a poder dormir.

—Mira que esta mujer mía es tonta. Venga, vamos a dejarlo ya, y cada uno a sus tareas.

Efectivamente, las pruebas de laboratorio demostraron que el frasco del inyectable contenía una dosis altamente letal de digitoxina. Vidal llamó a Rosario al hospital al número que le había dado la enfermera. Ella misma contestó al teléfono.

—Enfermera, soy el inspector Vidal. Como usted sospechaba, el inyectable contenía ese producto en elevadas proporciones.

Vidal, antes de escuchar la voz de Rosario, oyó una leve tosecita.

—Estaba convencida, inspector; llevo muchos años viviendo entre fármacos y este reunía todas las características. Era digitoxina, ¿verdad?

—Sí, así consta en el informe, tal como usted aventuró. Pero, ahora, dígame, ¿qué laboratorio le suministraba las inyecciones? ¿O las encargaba usted en la farmacia?

—No, inspector, ni una cosa ni la otra. Se las proporcionaba el yerno de don Alejandro, que, como supongo sabrá, es dueño y director de una clínica. De hecho, casi todo el material médico que se usaba para el cuidado de la difunta marquesa salía de allí, así se llevaban las comisiones y todo quedaba en casa.

Vidal meditaba con rapidez.

—¿Cada cuánto tiempo le suministraban las inyecciones?

—Por lo general, una vez al mes.

—Las cajas ¿de cuantas inyecciones eran?

—Cada caja contenía veinte inyectables, así que servían dos cada mes. Como se le ponía una diaria, algunos meses les decía que no me enviaran. Yo metía en un maletín que tengo para ese fin, dividido en treinta celdillas, los inyectables. Y cada noche tomaba uno por orden de día, así no me despistaba. Ya le dije cuando nos vimos en el hospital que, cuando murió, sólo quedaban cuatro, los correspondientes a los días que faltaban para terminar los treinta.

—Sí, y que fue el primero de esos cuatros el que estaba contaminado.

—Exactamente; se lo hubiera puesto la misma noche que la mataron.

Vidal seguía maquinando sobre la marcha.

—Lo cual nos lleva a deducir dos cosas: o bien la inyección venía contaminada desde el hospital en una de las cajas o alguien la dejó en su maletín, ya manipulada.

—Mejor piense lo segundo, inspector, porque las cajas vienen muy bien precintadas. Imposible no darse cuenta si hubiesen abierto una.

—¿Dónde solía guardar el maletín, enfermera?

—En un pequeño armario con puerta de cristal, situado en el gabinete de la marquesa, donde se guardaban también los demás elementos para su atención.

—¿Tiene llave ese armario?

Rosario dudo unos segundos.

—Creo que tiene cerradura, si bien recuerdo, pero no..., no tenía llave.

—Entonces, cualquiera podía haber metido en su maletín la inyección contaminada.

—Inspector, quien lo hizo sabía muy bien lo que hacía para que yo no sospechara.

—¿Por qué lo dice?

—Porque murió el día veintisiete.

Vidal frunció el ceño. La enfermera continuó hablando.

—Recuerde que le dije cómo el maletín está dividido en treinta celdillas, pero diciembre tiene treinta y un días, por lo tanto, quedaban cinco días contando esa noche para terminar el mes, y sólo había cuatro inyectables. No lo metieron de más, sabían que me habría dado cuenta, lo cambiaron por el que correspondía para ese día. Quien lo sustituyó lo hizo con la idea de matarla esa misma noche.

Después de la llamada telefónica a Rosario, Vidal se quedó muy pensativo. Sin lugar a dudas, muchos eran los factores que se iban reuniendo en torno al asesinato de la marquesa de Navas, pero todos ellos se presentaban como piezas sueltas que difícilmente podían encajar. Lo que hasta el momento sí tenía muy claro, y ya no admitía controversia, era que al menos una persona más intentó matar a la anciana. Pensó en Leopoldo Beltrán, fiel exponente a ser sospechoso tras las declaraciones de la enfermera; dirigía la clínica que proveía las inyecciones, tendría acceso directo a los medicamentos e, indiscutiblemente, conocía y sabía cómo manipularlos; sin embargo, ¿qué le podría haber movido a querer asesinar a la abuela de su mujer cuando ya

había conseguido de ella lo que quería? Bien claro le había dejado en el interrogatorio que tras el accidente que provocó al cortar los cables de la luz, la marquesa le entregó el dinero pactado. ¿Por qué entonces planear matarla? No tenía sentido, a no ser que hubiera algo más que por el momento desconocía. Por otro lado, no encontraba Vidal ningún otro sospechoso entre los miembros de la casa capaz de realizar algo tan complicado. Finalmente, tras estas cavilaciones, dio por asentado que en la clínica del joven médico podía hallar alguna respuesta, así que, tras encender un cigarrillo, buscó en la agenda su dirección. Luego llamó a Pereira, y ambos policías abandonaron a continuación la comisaría. Harían una visita a la clínica de Leopoldo Beltrán.

La clínica Nueva Esperanza, un edificio moderno con amplias cristaleras, le pareció a Vidal que era un centro para ricos. Después, ya en su interior, el amplio vestíbulo con cómodos sillones tapizados en cuero de color beige claro y los ramos de flores naturales colocados estratégicamente sobre mesitas de cristal, le afianzaron en esa opinión. El despacho de Leopoldo Beltrán, situado en la primera planta, tampoco le andaba a la zaga. Grande, suntuoso, con enormes ventanales... Y tras una mesa ovalada de buen tamaño, la figura del médico que observaba con una sonrisa, tal vez un poco forzada, la presencia de los dos policías.

—Buenos días, señores, ¿qué les trae por aquí? —saludó Leopoldo Beltrán, que, levantándose de su sillón, salía al encuentro de los dos hombres y les tendía cordialmente la mano.

Después de las saluciones volvieron a tomar asiento. Vidal se fijó en la bata blanca, de un blanco impoluto, que lucía el médico, con una chapita azul sobre el pecho donde se podía leer su nombre.

—Perdone que le molestemos a esta hora de la mañana, pero queríamos tratar con usted un delicado asunto que no debe tener demora.

Leopoldo Beltrán arrugó levemente el ceño.

—¿Se corresponde ello con el asesinato de la abuela de mi esposa?

—Así es. Hemos conocido un sorprendente hecho que queremos esclarecer con usted, ya que en él está implicada, cuando menos, la clínica que usted dirige.

Ahora sí que las cejas del joven médico dibujaron un profundo ceño.

—Por favor, inspector, sea usted más explícito... No llego a comprender bien.

Obviando aquellos puntos que pudieran revelar datos importantes de investigación, Vidal le expuso con claridad el motivo de aquella visita,

echando mano de su cuaderno para recordar nombres y frases.

Sin salir en ningún momento de su asombro, o esa fue la impresión que dio durante la explicación, Leopoldo Beltrán miraba fijamente a Vidal.

—Me deja usted de piedra, inspector. Y sí, es cierto que la medicación salía de esta clínica, pero el fármaco que se suministraba es un preparado a base de digitalina, para nada que ver con ese derivado de la misma que usted me expone.

—¿No tratan aquí con ese otro compuesto... como se llame?

—¿Con digitoxina? Bueno..., se puede emplear en casos muy severos.

—Por lo tanto, deduzco que este producto lo tienen también en la clínica.

Leopoldo Beltrán pareció pensar un par de segundos.

—Sí, seguramente; se usa en casos graves de insuficiencia cardiaca. Lógicamente, al estar especializados en medicina cardiovascular, debemos tener toda clase de productos eficaces para esta clase de dolencia.

—Supongo que el acceso al almacén donde guardan la medicación estará limitado a una serie de empleados dentro de la clínica...

—Naturalmente, inspector. Está siempre cerrado con llave y sólo tenemos la llave seis personas en todo el centro.

—Supongo que esas personas a las que alude serán todas ellas médicos.

—Tres médicos y tres enfermeras.

—Y, naturalmente, entre los médicos está usted.

Leopoldo Beltrán lanzó a Vidal una suspicaz mirada.

—Usted lo ha dicho. A parte de médico-cirujano, soy director de esta clínica.

—¿Suele usted ir mucho por el almacén de medicamentos?

—Le confieso que raras veces. Quienes más acuden al almacén son las enfermeras.

—¿Puede decirle a su enfermera que nos lleve a hacer una visita al almacén ahora?

—Sí, no veo objeción alguna para no hacerlo. Incluso, si lo desean, puedo acompañarles yo mismo.

—De acuerdo, siempre y cuando no le perjudiquemos en su actividad.

—No hay problema, ahora mismo no tengo ningún asunto pendiente.

Los tres hombres se levantaron. Leopoldo Beltrán abrió uno de los cajones de su mesa y comenzó a buscar algo adentro. Vidal y Pereira observaban cómo el médico rebuscaba en el cajón. Luego, abrió otro y vieron cómo revolvía dentro de él. Después, hizo la misma operación con un tercero.

—¿Pasa algo, doctor? —preguntó Vidal extrañado.

—Es muy raro. La llave del cuarto de medicamentos la guardo aquí, en esta caja, pero... no está. De hecho no la encuentro por ningún lado.

Vidal y Pereira se miraron.

—¿Está usted seguro? Tal vez la dejara en algún otro sitio.

—No, no. Siempre está aquí. —Leopoldo Beltrán entonó estas palabras con gran seguridad.

—¿Insinúa que alguien la haya tomado?

El médico se encogió de hombros y abrió ampliamente los ojos.

—No sé qué otra explicación darle —dijo ante la mirada de Vidal, que reconocía como sincero el estupor que reflejaba el rostro del médico—. Preguntaré a mi enfermera.

La enfermera negó categóricamente haber cogido la llave del doctor y les mostró su llave del almacén que llevaba dentro de un manojito de ellas en el bolsillo de su bata. Le cedió su llave al doctor y los tres hombres se encaminaron al cuarto de medicamentos, situado en la planta baja. Mientras descendían, Leopoldo Beltrán iba comentando a los policías que cuando se disponía de medicamentos de alto riesgo tóxico, como era la digitoxina, siempre quedaba reflejado en el cuaderno de enfermería el nombre de la enfermera o médico que lo había retirado, así como el nombre del paciente a quien iba destinado. Si habían retirado alguna inyección durante los últimos días, tenía que constar allí.

No tardó mucho Leopoldo Beltrán en dar con la digitoxina. Dos cajas con el fármaco estaban colocadas sobre una estantería. Las dos estaban precintadas.

—Aquí lo tiene, inspector. Como le dije, es un fármaco que se usa muy poco, de hecho, como verá, las dos cajas están sin desprecintar. Por lo tanto no se ha hecho uso de este fármaco en bastante tiempo.

Vidal tomó una de las cajas y, efectivamente, comprobó que estaba precintada. Luego observó la otra con idéntico resultado.

Leopoldo Beltrán sonreía levemente, parecía aliviado.

—Bien, parece ser que de aquí no ha podido salir el inyectable —declaró Vidal con clara decepción.

Cuando iban a abandonar el almacén, se dieron cuenta los dos hombres de que el sargento Pereira no estaba con ellos.

—¡Pereira! —chilló Vidal.

Del fondo del almacén surgió una voz perdida entre las estanterías.

—¡Inspector, venga aquí..., al fondo!

Frunciendo el ceño, Vidal avanzó con paso rápido seguido por Leopoldo Beltrán hacia la voz del sargento. Al llegar casi al final del almacén, vieron cómo Pereira rebuscaba dentro de un cubo grande de latón.

—¡Sargento!, ¿se puede saber qué está haciendo? —Vidal no daba crédito —. ¿Qué tiene ese cubo? —preguntó al médico.

—Desperdicios: cajas vacías, envases...

—¡Lo encontré! —la exclamación de Pereira sonó con eco.

Sacando medio cuerpo del cubo, el sargento mostraba en la mano una caja de inyectables.

—Dígame, doctor, ¿esto no es digitoxina?

Leopoldo Beltrán miraba fijamente la caja que le mostraba Pereira ante los ojos.

—Sin lugar a dudas —confirmó el médico al tiempo que Vidal comprobaba que era exactamente igual a las otras dos cajas.

—Observe, inspector, es de diez inyectables, como las otras, pero ésta, como ve, sí que está desprecintada, y seguro que falta un frasco.

Cuando volvían hacia el coche, Vidal no tuvo más remedio que sonreír al contemplar cómo Pereira, erguido, caminaba a su lado con los brazos puestos sobre la espalda y haciendo chocar las manos en indudable gesto de orgullosa autocomplacencia.

—Ha sido usted muy perspicaz, sargento.

—Dicen que se ven mejor los toros desde la barrera, inspector. Mientras usted atendía las explicaciones del médico, yo me dedicaba a mirar las distintas clases de fármacos que llenaban las estanterías. Todos ellos estaban muy bien ordenados, dispuestos en torres, con el nombre etiquetado en el frente de la estantería. Sin embargo, algo parecía no estar en su lugar. Ya sabe que soy muy tozudo, así que me concentré en averiguar qué era lo que no encajaba, y, de repente, lo vi. Todas las cajas de cada distinto fármaco estaban colocadas de canto, todas a excepción de las que contenían la digitoxina.

Vidal miró extrañado a su sargento.

—Pero eso..., ¿qué le podía indicar? No acabo de entenderle.

—A ver, inspector. Observé que de casi todos los fármacos de esa estantería había tres cajas, y casi todas ellas tenían un mismo tamaño. Deben de ser todos inyectables. No había espacios casi entre cada fármaco, si se llevaron una caja de digitoxina, se notaría el espacio vacío, por eso, quien lo

hizo, dejó las dos cajas que quedaban puestas de plano.

Vidal empezaba a comprender.

—Lo cual nos lleva a pensar que quien lo hizo sabía muy bien cómo funcionaba el tema de las medicinas en el hospital. Su intención era matar a la marquesa y no quiso dejar ningún cabo suelto. Creo que empiezo a ver luces, sargento.

Cuando Vidal y Pereira llegaron a la mansión pasaba de la una de la tarde. Decidió el inspector acudir antes de comer, tenía la idea de interrogar cuanto antes a la esposa de Leopoldo Beltrán, estaba casi convencido de que mucho tenía que ver con el tema de la digitoxina.

Amelia entró en el despacho muy segura de sí misma. Con el pelo recogido en un pequeño moño, se sentó y miró desafiante a Vidal. Pereira, sentado en el sofá, recogió un leve saludo que le hizo con la cabeza.

—Buenas tardes, inspector, tarde viene usted hoy. Todos en la casa se estaban preguntando qué le habría pasado. Nos tiene tan acostumbrados a su presencia, que ya nos extraña no verle por aquí.

—Estuvimos visitando la clínica Nueva Esperanza.

La sonrisa burlona que marcaba la cara de Amelia se le quedó congelada. Luego, sus labios se fruncieron y se llevó la mano derecha al moño, haciendo como intención de arreglarlo.

—¿Fueron a visitar a mi esposo o por motivos de consulta?

Vidal miraba a Amelia con fijeza, y a ella le parecieron los ojos del policía más azules que nunca. Tenía razón su prima, no dejaba de ser un hombre muy guapo.

—¿Le suena a usted el nombre de *digitalina*?

Vidal observó un breve destello en los ojos de Amelia.

—No. No tengo idea de qué es eso. Aunque me suena a algo que tenga que ver con los dedos, por lo de digital, ya sabe.

Vidal intentó que no le hiciera mella el tono burlesco de la mujer y dejó asomar una leve sonrisa.

—Si no está informada, le diré que la digitalina es una planta de la cual se extrae un fármaco muy eficaz en las enfermedades cardiovasculares.

Amelia abrió mucho sus negros ojos y ladeó la cabeza poniendo gesto de sorpresa.

—¡Qué curioso! Nunca lo había oído.

Vidal la miraba sin dejar de sorprenderle la cínica actitud de la mujer.

—Lo curioso es que, estando usted casada con un médico especializado en dolencias del corazón, no tenga idea sobre un fármaco tan común en esa rama de la medicina.

—No suelo inmiscuirme en detalles de esa índole, ni me interesan en absoluto; de hecho, le tengo prohibido a Leopoldo conversar conmigo sobre

cosas de su clínica.

Amelia no bajaba la guardia, así que Vidal decidió no irse más por la tangente.

—Pues debería interesarle mucho a partir de ahora saber sobre la digitalina, ya que, posiblemente y a causa de ella, su marido pudiera ser acusado de intento de asesinato.

Ahora sí que Vidal vio cómo la cara de Amelia Moreno mudaba de color. Durante unos segundos no fue capaz de pronunciar una sola palabra.

—No comprendo lo que me quiere decir, inspector. Mi marido... ¿acusado de asesinato?

—De intento de asesinato. Ese sería el término correcto.

Repentinamente, ante el estupor de Vidal y Pereira, Amelia Moreno soltó una estruendosa carcajada.

—Por favor..., Leopoldo un asesino —añadió para, a continuación, volver a reír.

—Señora Beltrán, puede que esto le haga a usted mucha gracia, pero le aseguro que a mí no me hace ninguna.

—Perdone, lo siento..., pero acusar a mi marido de asesino cuando es incapaz de matar una mosca, tiene infinita gracia.

—En la vida podemos llevarnos grandes sorpresas, querida señora; de hecho, el mundo está lleno de ellas —dijo Pereira, que se había levantado del sofá y ahora permanecía de pie a la vera de Vidal.

Las manos de Amelia comenzaron a moverse con claro nerviosismo.

—Vale, veo que la cosa va en serio. Díganme entonces en qué diantres se basan para acusar a mi marido de algo así.

Vidal le puso al corriente de sus averiguaciones, intentando en todo momento dar un cariz de fuerte relevancia a sus palabras.

Durante el transcurso del relato, el rostro de Amelia Moreno pasó de la palidez al rojo; sus manos, entrelazadas, movían los dedos como queriendo apretarse entre sí y su frente comenzaba a brillar, sin duda, por el incipiente sudor que ya comenzaba a visualizarse en ella.

—Es imposible que mi marido haya intentado algo así.

—Señora Beltrán —por segunda vez, Vidal usaba para dirigirse a ella el apellido de su marido—, todo le señala a él. Conocía las propiedades del fármaco, podía acceder a él y sabía que a su difunta abuela se le ponía a diario un inyectable de digitalina. Era facilísimo para él verter el contenido de un inyectable en el otro. La noche que estrangularon a su abuela, hubiera

muerto igual un par de horas después envenenada de una manera muy sutil, arduamente elaborada y muy difícil de averiguar. Era el crimen perfecto. Ningún médico hubiera ordenado hacerle la autopsia a un paciente de dolencia cardíaca por un fallo en su corazón.

Vidal observaba el rostro congestionado de su interlocutora. Amelia Moreno ya no reía, lo que el inspector acababa de mencionarle había caído sobre ella como una pesada losa.

—Como bien comprenderá, nadie en quien podamos pensar, salvo él, podría haber tenido acceso al producto. Todos los hilos conductores nos llevan a su marido. Esta misma tarde daré orden de que le detengan por intento de asesinato.

—¡¡No!! —Amelia Moreno se levantó de golpe—. ¡No pueden detenerle! ¡Es inocente! ¡Totalmente inocente!

—¿Cómo sabe usted que es inocente? ¿En qué se basa para decirlo? — Vidal se había puesto también de pie. Amelia Moreno se vio acorralada.

—Porque... ¡yo lo hice! ¡Sí! ¡Fui yo! —Tras hacer esta confesión, Amelia se desplomó en su sillón sollozando. Nada quedaba de la mujer altiva y soberbia que media hora atrás había entrado en el despacho.

Durante unos minutos, los dos policías dejaron, en señal de respeto, llorar a la joven mujer.

Sacando un pañuelo de un bolsillo de su falda, Amelia Moreno se limpió las lágrimas que le cubrían las mejillas. Su rostro volvía a tener un color sonrosado.

—Mi abuela era un ser despreciable —comenzó a decir—. Se mofaba de todos nosotros; humillaba a mi madre constantemente, cuando ésta no tenía más empeño que procurarle el mejor bienestar posible. Era mala y perversa. Sé que es terrible decir algo así sobre la propia abuela de una, pero les juro que es cierto. No conservo ningún buen recuerdo de ella, ni tan siquiera de niña. —Sus ojos volvieron a cuajarse de lágrimas—. El día que murió, había decidido matarla. Unos días antes acudí a la clínica. Sabía que Leopoldo tenía una operación a primera hora, así que me presenté allí y dije que le esperaría en su despacho. Conocía dónde guardaba la llave del cuarto de medicamentos, la tomé y, disimuladamente, me fui hacia allí. Casi todo el personal estaba en quirófano o atendiendo consultas, fue muy fácil hacerlo sin ser vista por nadie. Antes, hacía poco más de un mes, leí en uno de los libros de Leopoldo sobre la digitalina. Le pregunté entonces a mi marido si a mi abuela se le administraba ese producto. Me lo confirmó. Seguí interesada

leyendo y reparé que había un derivado de la digitalina llamado digitoxina, mucho más tóxico. Ahí fue cuando comencé a desarrollar la idea de envenenar a mi abuela. El resto fue muy sencillo. Mostré interés, poco definido, claro está, para no levantar sospechas, en saber cosas de la clínica: cómo eran los quirófanos, las salas de rehabilitación, las áreas de enfermería y el cuarto de medicamentos, donde se centraba todo mi interés. Así supe dónde estaban colocados los inyectables tóxicos, y, en particular, la digitoxina. Leopoldo me confesó que esos inyectables apenas se usaban, y cada vez que se usaba uno había que anotarlo.

—Por eso decidió coger uno y hacer desaparecer la caja —medió Pereira.

—Así fue. Vi que había un cubo de latón muy grande al fondo del cuarto bastante lleno ya de restos de cajas vacías y demás, saqué una inyección y dejé allí la caja, debajo de todo.

—Y dispuso las dos cajas restantes colocándolas de plano en lugar de canto, como estaban.

—Noté que quedaba mucho espacio entre los medicamentos, pensé que así se disimulaba mejor la falta de una caja.

Pereira miró a su jefe con no disimulada suficiencia. Saber que había acertado de pleno le otorgaba esa licencia. Vidal le miró, a su vez, con un gesto torvo, y luego se dirigió a Amelia.

—¿Cuándo hizo el cambio del contenido de la inyección?

—La misma tarde que la mataron. Decidí hacerlo ese día, después de una fuerte discusión que mantuvimos en la comida, motivada (como casi siempre) por las locuras y maldades de mi abuela. He de confesarles que, aunque entré en la mansión el día de Nochebuena con el frasco en mi bolsillo, no había tomado todavía la decisión de usarlo. Pero, como les digo, aquella discusión me enfureció sobremanera y decidí no esperar más. No merecía vivir.

Estas tres últimas palabras, expresadas con toda ausencia de sentimiento, produjeron malestar en los oídos de ambos policías.

—¿Podría precisarme, poco más o menos, la hora en que colocó el inyectable en el maletín de la enfermera?

Amelia pensó unos instantes.

—Estábamos todos reunidos en el salón de juegos. Supe que Rosario, la enfermera, había salido al pueblo a comprar algunas cosas, así que decidí hacerlo entonces, debían de ser las cinco de la tarde, más o menos. Con la disculpa de ir al baño, subí rápidamente a mi alcoba, cogí la inyección, rajé con un fino estilete la chapita para dejar libre la goma que tapa el frasco, metí

después el inyectable y el estilete en el bolsillo y marché veloz hacia las habitaciones de mi abuela. Cuando llegué, abrí la puerta del gabinete con mucho sigilo, asomé la cabeza por la puerta de su dormitorio, observé que dormía y me dirigí de puntillas hacia el armarito donde Rosario guardaba la medicación. Sabía del estuche donde la enfermera introducía los inyectables cada mes, quedaban cuatro. Cogí el que tocaba para esa noche, y, extrayendo del bolsillo el pequeño estilete, corté la chapa sin dificultad. Vertí el contenido en una escupidera y lo rellené de nuevo con la digitoxina. Volví a colocar la chapa a su alrededor, comprobando que apenas se notaba el corte, y dejé nuevamente el inyectable en su sitio. Cuando volví al salón de juegos, nadie me preguntó nada. Supongo que dado el corto espacio de tiempo que falté, quedó establecida mi visita al baño.

Tras la confesión, tan explícita y llena de detalles, de Amelia Moreno, los dos policías se quedaron pensativos y algo consternados. La manera de relatar la elaborada puesta en escena del crimen que pensaba cometer contra su abuela, helaba la sangre. Y aunque aquellos hombres ya tenían las heridas curadas, sintieron una mezcla de pena y repulsión.

—Señora Beltrán, ¿se da usted cuenta de lo que implica la confesión que acaba de realizar?

Amelia Moreno, mucho más tranquila y demostrando nuevamente ser dueña de sí misma, cruzó las piernas antes de responder.

—Totalmente, inspector. Me acuso de haber intentado matar a mi abuela. Me fastidia que lo hayan descubierto, pues pensé que sería el crimen perfecto, bueno, en este caso, el intento de crimen perfecto. —Su cara dibujó una sonrisa—. Figúrese cómo me quedé cuando dijeron que había muerto estrangulada. Era increíble... Alguien se me había adelantado.

—Amelia Moreno, por el momento, queda usted en detención domiciliaria. Llamaré a comisaría para que envíen un coche y hagan su traslado. Allí firmará la declaración que nos acaba de hacer.

—¿Tendré que volver a repetirla?

—No será preciso, el sargento y yo mismo la confeccionaremos según las notas obtenidas de esta, se le pondrá a su visto bueno y si está conforme, la firma.

—¿Me permiten que se lo diga yo misma a mi familia?

—No encuentro objeción alguna. También, si lo desea, puede ponerse en contacto con un abogado.

—Gracias, inspector. Sé que me están considerando una mujer fría e

implacable, pero, créanme, no lo soy. Sólo guardo este férreo odio hacia la persona que más daño me hizo en esta vida: mi propia abuela materna. Un ser despreciable. Si tengo que pasar unos años en la cárcel, no me importa. Lo doy por bien hecho con tal de que ella no siga haciendo más daño en este mundo.

Y así, con ese aire de firmeza que rozaba la altanería, Amelia Moreno, señora de Beltrán, abandonó el despacho de los Navas, dejando a los dos policías sumidos en la reflexión.

Cuando después de comer Amelia confesó a sus familiares su culpabilidad con toda la entereza propia de su carácter, estos no podían darle crédito. Les parecía inconcebible, incluso su hermano Andrés, tan amante de las novelas policíacas, comentó que se lo estaba inventando todo, que a él le sonaba eso mismo de una novela. Pero cuando el inspector Vidal corroboró más tarde lo relatado por Amelia, el manto oscuro de la tragedia cayó sobre todos ellos y la sorpresa inicial quedó convertida en una terrible y angustiosa realidad. En ese momento, todos fueron conscientes de que la desgracia se esparcía de manera inexorable por la mansión de los Navas.

Doña Angustias no cesaba de llorar. Si la muerte tan horrible de su madre había sido un durísimo golpe para ella, saber que su hija se acusaba ahora de haber querido envenenarla era un trago imposible de pasar. Los esfuerzos de la condesa de Weymand no cesaban para procurarle cariño y consuelo. Cuando el coche de la policía llegó para llevarse a su hija, acusada de intento de asesinato, creyó volverse loca. Abrazada a su esposo, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no caer. El abogado de la familia había sido avisado, así que esperaba la llegada de Amelia en la comisaría Central, donde la trasladarían para firmar la declaración. Vidal y Pereira, poco después, acercaron en su coche a Leopoldo Beltrán, quien, lógicamente, quiso acompañar a su mujer.

La noticia de la detención de Amelia Moreno llegó a la servidumbre cuando ya la acusada había abandonado la casa en el coche policial. La llegada del vehículo de la policía alarmó a Pedro, que estaba en el jardín. También Jaime pudo escuchar los gritos de doña Angustias cuando salía su hija de la casa escoltada por dos policías. Así que, sin saber los pormenores, fueron conscientes de que la nieta de la difunta marquesa había sido detenida, y ahora lo comentaban todos en la cocina.

—Pero ¿estáis seguros? —preguntaba María, que no se podía creer lo que le contaban Pedro y su marido.

—Que sí mujer, se la han llevado presa. Debe ser ella la que mató a la marquesa.

—¡Pero no me lo puedo creer! Y ¿si ha ido a declarar algo?

—A ver, María, ha llegado un coche de esos donde llevan a los detenidos, yo los conozco, son los que llevan la luz en el techo —explicaba Pedro—, y se la han llevado en él.

—Además, tenías que haber oído las voces de doña Angustias —añadió Jaime agitando la cabeza—. A esta mujer la van a matar.

—¡Dios mío! A ver si viene doña Julia, que debe andar por la casa, y nos cuenta algo. ¡Qué barbaridad!

Poco tardó en aparecer el ama de llaves.

—¡Doña Julia, menos mal que aparece usted! Estamos todos muy nerviosos. ¿Es cierto que han detenido a la señorita Amelia?

—Así es, María, pero no me pregunten más porque no sé nada. Prepáreme tres tilas, y tú, Carmen, sírvelas en el salón azul.

—¿Qué tal está doña Angustias?

—Figúrese, María, hecha polvo. Gracias a que está con ella la condesa de Weymand. Acabo de administrarle un par de calmantes de los que le recetó el médico. Veremos si le hacen efecto, si no, habrá que llamar al doctor.

—Doña Julia, ¿para quiénes son las tilas? —preguntó Carmen.

—Para don Alejandro, la señorita Laura y la condesa de Weymand.

—¡Qué disgusto, Dios mío! —María seguía mostrando su pesar—. ¡Quién lo iba a decir!

—Pues ya ves, yo...

—Les ruego que no hagan conjeturas. —La voz de doña Julia cortó de golpe la recién comenzada frase de Pedro—. Les vuelvo a indicar que no sé por qué motivo se han llevado detenida a la señorita Amelia. Mientras no sepamos nada definitivo, debemos mantener un pudoroso silencio sobre el tema.

Todos hicieron gestos con la cabeza, dando a entender al ama de llaves su conformidad.

Ya en la comisaría Centro, Pereira pasó a máquina de escribir las notas facilitadas por Vidal para confeccionar el informe. Amelia Moreno, pese a la indicación contraria de su abogado, firmó la declaración sin poner objeción de ninguna clase. Se la veía con el rostro muy pálido pero sereno, con esa altivez chulesca que no dejaba de sorprender a Vidal. Se le avisó de que el asunto pasaba a disposición judicial.

—Le felicito inspector, de verdad, no pensé que pudiera descubrirlo.

Dicho esto, Amelia Moreno alargó sonriendo su mano a Vidal, quien la estrechó con gesto serio. Luego, acompañada de uno de los guardias, fue llevada a una celda a la espera de la decisión del juez.

Leopoldo Beltrán, muy compungido, salió poco después de las dependencias policiales acompañado de su abogado.

Pereira, que había salido a por unos bocadillos, ya que tanto Vidal como él estaban sin comer, se tropezó con los dos hombres a la salida de la comisaría. No se saludaron, ni siquiera repararon en él. Pereira volvió un momento la cabeza para mirar al joven médico. «Qué lástima», pensó al ver a Leopoldo Beltrán que se marchaba con la cabeza gacha y torpe andar, sostenido por el brazo del abogado.

Abrieron dos botellines de cerveza y, a continuación, dieron cuenta de los bocadillos con verdaderas ganas. No obstante, ya eran las seis y media de la tarde.

—¿Cree que la pondrán una fuerte condena? —preguntó Pereira después de tragar un succulento bocado de su bocadillo de atún con pimientos rojos.

—No sé qué decirle. La verdad es que lo tiene crudo. Dependerá en parte de la defensa de su abogado, pero ha confesado en su declaración que su intención era asesinar a su abuela, y sin asomo de arrepentimiento. Si mantiene su declaración, no tendrá el juez eximente para rebajar la condena.

—Es cruel meter en la cárcel a una persona tan joven, y encima con una vida tan regalada.

—Sí, pero también sería injusto no hacerlo. La ley se extiende para todos, y ninguno debe escapar a ella.

—Así es, inspector. Bueno, y ahora ¿qué? Seguimos como al principio. Porque hemos pillado a quien pretendía matar a la anciana marquesa, pero... quien verdaderamente la mató sigue dando vueltas por ahí.

—Por poco tiempo, sargento.

Pereira lanzó a Vidal una mirada sorpresiva.

—¿Hay algo que no me haya contado?

—Es una mera deducción, pero creo que voy por buen camino. ¿Recuerda que le dije cómo me extrañó el grito aquel que lanzó doña Julia en el despacho?

—Sí, lo recuerdo, estaba usted interrogando a doña Angustias.

—Exacto. El ama de llaves adujo que se había tropezado con la pata del sillón, pero la palidez que mostraba al abandonar el despacho no era consecuencia de un tropezón. Esa noche estuve dándole vueltas, hasta que caí en ello. Lo vi de repente. Fue como si una luz se encendiera en mi mente, así: ¡zas!

Pereira miraba a Vidal con expectación, y Vidal, dándose cuenta, mantenía deliberadamente el suspense.

—¡Vamos, inspector, suéltelo ya! ¿Qué fue lo que vio tan de repente?

Vidal sonrió. Después del gol de Pereira en el asunto de las inyecciones, quería gozar un poco de su descubrimiento.

—¿Recuerda que cuando entró el ama de llaves se encontraba encima de la mesa del despacho la bufanda con la que estrangularon a la marquesa de Navas?

—Sí —repuso Pereira muy atento.

—Y ¿recuerda también que doña Angustias mantenía aún entre sus manos el trozo cortado con las iniciales de su hermana?

Pereira volvió a afirmar.

—Pues bien, eso fue lo que hizo gritar a doña Julia.

—¿Ver la bufanda?

—No, sargento. La bufanda estaba muy a la vista. Fue al agacharse sobre su señora cuando dio el grito.

Pereira miraba a Vidal con fijeza.

—Espere, no llego a entenderle bien. Dice que gritó al agacharse sobre su señora..., entonces, ver el trozo de bufanda fue lo que le hizo gritar. ¿Es eso?

—Acaba de dar en la diana, sargento.

Pereira, muy pensativo, apuró la cerveza que aún quedaba en su botellín.

—O sea, que según su deducción, el ama de llaves se sorprendió tan vivamente al ver el trozo de bufanda que no pudo evitar lanzar un grito.

—Exactamente, lo que nos lleva a pensar que ni remotamente pensaba verlo allí.

—Porque fue ella quien cortó el trozo de tela y lo lanzó al monte.

—¡Equilicuá! —lanzó Vidal y se acabó ahora él lo que quedaba en su botellín.

—¡Dios, inspector, me deja usted atónito! Si todo es como suponemos, ella es la asesina.

—Cuidado, no adelantemos acontecimientos. Es una pista muy a tener en cuenta, y si a ella le añadimos los que nos dijo Andrés Moreno, coincide plenamente con lo que suponemos.

—¿Andrés Moreno?

—Sí, ¿no lo recuerda? Nos dijo, cuando le interrogamos, haber visto a doña Julia salir la tarde del crimen de las habitaciones de su abuela.

—¡Es cierto! Lo recuerdo perfectamente. Me extrañó en la entrevista que luego tuvimos con ella que no se lo dijese y se lo hice constar.

—Precisamente, y ya le dije entonces que tenía mis motivos para no hacerlo. Hemos de ser muy precavidos, ya que pruebas... no tenemos

ninguna contra ella.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Ha pensado ya en algo?

—He estado dándole vueltas. Esta mujer esconde cosas, de eso no hay duda. Tal vez si encontráramos algo en su pasado...

—Podemos investigarla. Coméntele al comisario sus sospechas y que abra una investigación secreta.

Vidal meditaba al tiempo que escuchaba la sugerencia de Pereira.

—Tengo otra idea. Es un poco peregrina, pero cuento con su ayuda y discreción.

—¡Suéltelo ya, inspector!

—Espere, aún tengo que fraguarla un poco más.

Pereira mostró cara de desencanto.

—¿No puede adelantarme algo?

Vidal sonrió.

—No sea impaciente, mañana le pondré al corriente de mi plan. Ahora, vámonos ya a casa. Yo no sé usted, pero yo estoy agotado.

Pereira recogió los dos botellines vacíos y los arrojó a la papelera junto a los grasientos envoltorios de los bocadillos. Luego, recogiendo su gabardina, salió de la comisaría tras un Vidal que ya cruzaba la calle con su largo paso y con las manos metidas en los bolsillos de su gabán.

A pesar de ofrecer un aspecto estupendo las viandas que Juan iba sirviendo, los comensales parecían no prestarles la más mínima atención. Doña Angustias se retiró a su habitación en cuanto los policías abandonaron la casa. Mónica subió con ella y estuvo acompañándola hasta el momento de la cena, y, por mucho que lo intentó, no pudo convencer a su amiga para que bajara a cenar. Una espesa niebla de tristeza se extendía por toda la casa; sin lugar a dudas, el infortunio más tenaz se había asentado en ella y, aunque lo intentaban, les era muy difícil vencer tanta pesadumbre. Don Alejandro hacía verdaderos esfuerzos por mantenerse entero. Desde la trágica muerte de su suegra, había procurado mostrarse sereno y seguro de sí mismo, muy pendiente de su esposa, por quien sentía verdadero amor y sabía lo frágil que podía llegar a ser. Verla así, tras la detención de su hija, tan hundida, tan llena de miedos y zozobras, le partía el corazón. No sabía ya qué consuelo darle y agradecía muy hondamente la presencia de Mónica en aquellos instantes. Reconocía ahora que la amiga de su esposa, que siempre le pareció una mujer superficial y mundana, albergaba un gran corazón y se desvivía por ofrecerles a todos su ayuda y colaboración. Nunca olvidaría esta demostración de

generosidad y agradecimiento, que hacía extensible al conde de Weymand, cuyo estoicismo les confería a todos fortaleza y serenidad. Ahora, sentado ante aquella mesa, su papel de anfitrión le obligaba a desempeñar esa función que todos esperaban de él.

—Me preocupa Angustias, Alejandro. Temo que pueda caer en una depresión. La veo mal.

Mónica rompía el pesado silencio y lo hacía con una actitud temerosa, como si al hacerlo incumpliera algún dogma sagrado.

—Es lógico que se encuentre mal después de todo lo pasado. Además, mamá siempre ha sido emocionalmente muy inestable, pero, aunque no lo parezca, es bastante fuerte. Se repondrá.

El comentario de Luis sonó algo ligero, como carente de afecto, e hizo que su hermano Andrés le mirara con desagrado.

—No me extraña que esto lo pienses tú. Así sentirás menos culpa.

—No sé a qué porras te refieres, hermanito.

—¡No me llames hermanito! Y sabes muy bien a qué me refiero. ¿O acaso has olvidado el disgusto que le diste a mamá la tarde que asesinaron a la abuela?

—¡Basta ya! —Don Alejandro, muy airado, hizo sonar su puño sobre la mesa—. No voy a consentir discusiones, y menos en un día como hoy. ¡Callaos los dos! Y tengamos la fiesta en paz.

Esta actitud de su padre, para nada esperada conociendo todos su carácter, marcado siempre por la tolerancia, hizo que los dos jóvenes guardaran total mutismo y siguieran cenando. Sus primos, Laura y Tomás, también se quedaron sorprendidos, mientras que el conde de Weymand oscilaba la cabeza en señal de aquiescencia para su amigo y la condesa se limpiaba de sus ojos un par de lágrimas con un pequeño pañuelo de seda.

En la cocina también reinaba una profunda tristeza y una creciente preocupación.

—Esta casa parece estar maldita.

El repentino comentario de Carmen hizo a María santiguarse.

—¡Por Dios, Carmen! No hables así —le reconvino la cocinera con voz asustada—. No llames al demonio.

—Yo no quiero asustarla, María, pero las cosas que están pasando aquí no suelen ocurrir normalmente. Hay tanta maldad y tanto odio entre estas paredes... Estoy cada vez más temerosa y preocupada.

—Pero, niña, lo dices como si fuera algo contagioso. Temerosa y

preocupada ¿por qué? —intervino Pedro mientras cortaba una rebanada de pan—. Estas cosas pasan, lo que ocurre es que tú todavía has vivido poco, y poco sabes de la vida.

—Usted diga lo que quiera, pero mi abuela decía que el odio engendra odio, y que debemos apartarnos de donde veamos surgir el mal, y no me dirá que aquí el mal no campa a sus anchas.

—Carmen, ¿cómo eres tan agorera, hija mía? Además, ahora ya ha pasado todo. Han detenido a la señorita Amelia, que es una gran desgracia, desde luego, pero eso quiere decir que todo volverá a su normalidad —dijo la cocinera.

—Creo que no va a ser así.

—¿Qué insinúa, doña Julia? —preguntó Jaime tan perplejo como los demás.

—No debería decirlo, pero cuando la señorita Amelia confesó a su familia su culpabilidad en el comedor, yo estaba recogiendo los periódicos diseminados por las mesas del salón de fumar. Las puertas estaban abiertas y me quedé a escuchar lo que ésta dijo. Sé que no debí hacerlo...

—No se preocupe, doña Julia. Lo comprendemos perfectamente — introdujo Jaime, y la invitó a seguir.

—Pues bien, por lo visto ella había cambiado una inyección de las que le ponían cada noche a la marquesa por otra que contenía un veneno muy activo. Lo descubrió después Rosario, la enfermera, y se lo comunicó a la policía. Por eso la han detenido, acusada de intento de asesinato.

—¡Válgame el cielo! Así que ahora hay dos asesinos.

—Bueno, María, asesino sólo hay uno. El otro, la otra, mejor dicho, está detenida por intento de asesinato —aclaró doña Julia.

—Pero... ¿y no es lo mismo? Los dos querían matarla.

—Bueno, visto de ese modo... —dijo doña Julia encogiéndose de hombros.

Pedro no hacía más que rascarse la cabeza.

—Total, que la señorita Amelia tenía la intención de matar a su abuela — dijo pensativo, como si acabara de descubrirlo.

—Y esto nos lleva a que el asesino de verdad sigue suelto —añadió Jaime. María volvió a nombrar el cielo.

—Doña Julia, entonces, si la han detenido es porque si no la hubieran estrangulado antes hubiera muerto envenenada, ¿no es así?

—Exacto, Juan. Por lo visto la inyección con el veneno estaba colocada de

forma que fuera la primera que le inyectara Rosario, así que esa misma noche se la hubiera puesto.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! Hoy que pensaba dormir tranquila tampoco voy a poder pegar ojo.

—Se lo digo yo... ¡Esta casa está maldita! —Carmen volvió a soltar la misma frase y esta vez María se santiguó tres veces seguidas.

Pereira dejó de dar vueltas en su cama, la bronca que le acababa de echar su mujer por no dejarla dormir le había dejado inmóvil. Pero no pasaba así con su cabeza, que seguía machacona girando alrededor de las deducciones que Vidal le había transmitido esa misma tarde. Aquella mujer, tan seria y aparentemente frágil, le había parecido, desde el primer momento, calculadora y fría. Reconocía que había estado sagaz el inspector al enlazar aquel grito que lanzó en el despacho con la presencia del trozo de la bufanda. «Sí, sin duda fue eso —se decía—, y, teniendo en cuenta que el joven Andrés Moreno la había visto la tarde del crimen salir del dormitorio de la víctima, blanco y en botella. Ella la mató con esa bufanda y cortó después el trozo porque, sin duda, en él había algo que podía comprometerla. Y ese algo tenía que ser las dos iniciales bordadas. Pero ¿habría conocido doña Julia a Sonsoles Navas? Algo así tiene que ser... Lo único que no ofrece ya duda es que el niño muerto no fue envuelto en la bufanda». En este momento, estuvo a punto de darse una vuelta, pero se contuvo y siguió en la misma postura. «Y ¿cómo fue a dar con ella el ama de llaves? ¡Demonios con la bufanda! Aquí hay mucho tomate, y lo único aparentemente claro es que fue el ama de llaves quien cortó el trozo y lo lanzó a los matorrales del monte, así que, por simple deducción, fue ella quien mató a la marquesa. Bueno, a ver mañana qué plan se le ha ocurrido al inspector. Este Vidal me está asombrando, me pareció un poco pedante y lerdo cuando llegó a la comisaría hace dos meses, pero ahora comienza a agradarme y parece un buen tipo». Y con este último pensamiento, Pereira se dio otra vuelta ante la sonora queja de su mujer y, arrebuñándose bien entre las mantas de la cama, se dispuso a dormir.

Vidal removía con la cucharilla el café con leche de su vaso de desayuno cuando Pereira se dirigía a la barra del bar.

—Bueno días, inspector. He de decirle que he dormido fatal.

—Y ¿eso? ¿Se encuentra resfriado?

—No, no van por ahí los tiros. El problema es que no me quito de la cabeza lo de la bufanda y el ama de llaves. De verdad, inspector, que no llego a ver clara la relación.

—Ahí está el quid de la cuestión, sargento. Usted no la ve, y yo tampoco, pero tiene que haberla, y eso es lo que vamos a descubrir.

—Entiendo. Y su plan va por esos lares. Cierto, ¿no?

—Desayune tranquilo. Luego le cuento en la comisaría.

Aquella mañana del cinco de enero, víspera de Reyes, doña Angustias entró por primera vez desde su fallecimiento en las dependencias de su madre. Y fue más bien por el deseo de limpiar y poner orden en sus habitaciones, pues la misma doncella, Carmen, no sabía muy bien cómo hacer, ya que por propio deseo de la difunta, siempre fueron las enfermeras las que se habían encargado de todo, hasta de la limpieza, lo que supuso tener que pagarles un suplemento muy elevado a su sueldo para que accedieran a ello, y no todas accedían. Junto con el ama de llaves, que fue requerida para ayudarla, Carmen se pasó un buen rato recogiendo y limpiando. Mientras tanto, doña Angustias daba indicaciones, revisaba los cajones de la mesilla y de la cómoda del dormitorio, e iba guardando las pertenencias que sacaba en unas cajas.

—Qué extraño... No encuentro el camafeo.

—¿Qué decía, señora? —preguntó el ama de llaves ante el comentario de doña Angustias.

—Mi madre guardaba en su mesilla de noche un camafeo con el rostro de mi difunta hermana grabado en alabastro y rodeado de brillantitos. Dentro conservaba un pequeño mechón de su cabello que cortó ella misma cuando murió.

—¡Oh! Nunca lo vi. Estará en otro sitio —declaró doña Julia.

—Es extraño. Siempre lo tuvo aquí, pero ahora no lo encuentro en ninguno de los cajones.

—Tal vez lo guardara con sus demás joyas —incidió doña Julia.

—No. Nunca quiso separarse de él. Cuando hacía vida social lo llevó siempre puesto y desde que se recluyó en sus habitaciones lo guardó en la mesilla de noche. Precisamente en el primer cajón, al lado del rosario y el misal. No sé, le preguntaré a Rosario. Tal vez ella sepa algo. Es una pieza de mucho valor. Mi madre le encargó su confección a un joyero orfebre de Suiza. Incluso viajó ella misma a Ginebra después de la guerra para llevarlo todo de primera mano. El trabajo que lleva es muy delicado, y el parecido del grabado en alabastro con el rostro de mi hermana es increíble. Una auténtica joya y de gran valor.

—No se preocupe, señora, verá cómo aparece. —En este caso, fue

Carmen, la doncella, quien alentó a doña Angustias mientras que doña Julia parecía haberse quedado muy pensativa.

Pereira miraba a Vidal con los ojos semicerrados, la pachorra del inspector le sacaba de quicio; cuando él estaba deseando saber sus planes, su jefe dilatava el tiempo todo lo que podía.

—Bueno, sargento —dijo Vidal después de sentarse tras su mesa, sacar el cuaderno de notas, repasar algo en ellas, encenderse un cigarrillo y casi consumirlo—. Sé que debe estar impaciente, así que no le haré esperar.

—¡Vaya! Pensé que lo dejaba para mañana.

—No sea insolente, sargento, estaba revisando mis notas. —Pero la sorna en la expresión de Vidal no estaba de acuerdo con la seriedad de sus palabras—. Vamos a ver, ¿usted sabe manejar las ganzúas?

Pereira parpadeó dos veces antes de responder.

—Y ¿eso a qué viene?

—Usted dígame si sabe o no.

—Hombre..., como saber, saber..., pues sí..., alguna vez las he tenido que usar, ¿por qué?

—Porque si no conseguimos una llave, que va a ser muy difícil, vamos a tener que usarlas.

—Pero ¿una llave para qué? Acabará usted volviéndome loco.

—Bueno, no se apure. Ahora le explicó, pero, aunque le parezca tonto, en este caso saber usar una ganzúa es muy importante, por eso se lo pregunté antes de nada.

—Está bien, pero, por favor, no me tenga más sobre ascuas y cuénteme cuál es su plan.

Vidal encendió un nuevo cigarrillo, y, sin más dilación, comenzó a relatarle a Pereira su idea.

—Como ayer tarde le dije, tenemos fundadas sospechas para pensar que el ama de llaves puede haber cometido este crimen. Sospechas basadas únicamente en conjeturas, pero que pienso van bien encaminadas. Hasta ahora, sólo tenemos la prueba tangible de un reloj bajo la cama de la difunta. Sabemos a quién pertenece y este hecho también señala al nieto como primer sospechoso; sin embargo, no lo tengo nada claro, de hecho estoy casi convencido de que no fue él quien la mató, aunque motivos, como hemos visto, tiene, no sólo él, sino toda su familia. Estos días he estado meditando mucho, y la forma de ser tan poco generadora de afecto como tenía la difunta y su pésima relación con todo aquel que la rodeaba, hacen ver que cualquiera,

dentro de esa casa, pudo haberla matado. Por eso decidí mirar hacia otros derroteros, buscar, tal vez, los tres pies al gato, aunque esto me llevara a salir trasquilado. Cuando la misma doña Julia nos relató la fuerte reprimenda que le echó la difunta marquesa, llena de impropiedades y vejaciones, observé cómo apretaba con fuerza las manos sobre los reposabrazos del sillón y su rostro se congestionaba. En aquel momento no le di demasiada importancia, pero, luego, cuando comencé a pensar en ella después del hecho de la bufanda, recordé cuánta ira guardaba el ama de llaves en ese momento.

—Pero, inspector, recuerde que la enfermera también fue insultada y hasta vapuleada por la marquesa.

—Sí, es cierto, también lo recordé, pero no recuerdo haber visto en su rostro ese asomo tan visceral de rabia y de odio contra ella.

Pereira hizo un gesto con la cabeza, mostrando así estar conforme con la deducción de Vidal.

—Sé que esta mujer esconde algo, sargento. Estoy seguro. Y hemos de averiguarlo, o, por lo menos, intentarlo. Ayer me decía usted de hablar con el comisario para que se la investigue, pero eso sería, posiblemente, levantar demasiado la liebre. Hemos de ser muy cautos y hacerlo por nuestra cuenta, intentando no levantar sospechas. Y ahora viene lo de la ganzúa. Doña Julia, en este momento, no piensa para nada que está bajo sospecha. Tenemos que entrar en su cuarto y registrarlo.

Al oír esto Pereira abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero, inspector..., ¿sabe usted lo que dice?

—Naturalmente. Sé que Jaime, el mayordomo, también tiene copia de las llaves de todos los cuartos del servicio. Lo bueno sería hacerse con la llave del cuarto de doña Julia, pero esa tarea la veo meramente imposible de realizar sin poner en peligro el plan. Por eso, utilizará usted la ganzúa.

Ahora lo que mantenía abierta Pereira era la boca, y tanto, que enseñaba hasta la campanilla.

—¿Se ha vuelto loco?! Inspector, ¡eso es un delito! No puedo hacerlo sin la autorización de un juez.

Vidal miró a su sargento con un gesto de amistosa condescendencia.

—Pereira, ¿queremos o no queremos resolver este caso?

La pregunta, lanzada con suma intención, pilló al policía fuera de juego.

—Claro que sí, pero dentro de los cauces legales y no sacando los pies del tiesto.

—A ver, hombre.... No tiene por qué preocuparse. Yo asumo toda

responsabilidad.

—Inspector, soy perro viejo en este oficio, y, aunque usted me toque eso de la responsabilidad, sé que me la juego de igual forma. Hágalo usted.

La demanda del sargento era esperada por Vidal.

—Y claro que lo haría, téngalo por seguro, pero no he usado una ganzúa en mi vida. Por eso se lo pido a usted.

Pereira comenzó a sentirse inquieto. La insistencia de Vidal le iba acorralando.

—Bueno, olvídelo, sargento. Intentaré buscar otra solución, aunque ahora no se me ocurre ninguna; ésta era perfecta.

—Está bien. —Pereira se puso en pie—. Confío en usted. Ahora me voy a tomar un café. Si me lo acepta, le invito a uno, y así me cuenta qué quiere encontrar dentro del cuarto del ama de llaves.

La condesa de Weymand, portando un pequeño cesto de mimbre, ayudaba a doña Angustias a cortar unas flores de invierno en el jardín. El día era soleado y templado, y ambas amigas, cogidas del brazo, paseaban entre las plantas. Repentinamente, doña Angustias se echó a llorar.

—Angustias, querida, intenta controlarte... Debes ser fuerte.

—Pero no puedo, Mónica. ¡No puedo! Ha sido espantoso. Mi hija detenida por haber querido matar a su abuela, y lo peor es que no termina aquí mi tormento.

—La condesa de Weymand miró con extrañeza a su amiga.

—¿Qué quieres decir?

Pero ésta no contestó. Secándose con su pequeño pañuelo las lágrimas que recorrían sus mejillas, doña Angustias, ya más tranquila, continuó paseando entre las flores. Mónica a su lado la observaba atentamente.

—Estoy en un sin vivir... Si algo he dormido esta noche ha sido por el calmante que me diste. No dejo de darle vueltas a la terrible desgracia que nos acaece, es como si una maldición hubiera caído sobre esta casa. —Con rostro muy abatido, miró a su amiga—. Mónica, ¿quién pudo matar a mi madre? —Sus ojos revelaban una anhelante tristeza—. No puedo vivir con la angustia de que mañana aparezca la policía a llevarse a otro de mis hijos. Se me rompería totalmente el corazón.

La condesa de Weymand posó el cesto de mimbre sobre el suelo y, abriendo los brazos, acogió en ellos a su amiga.

—Angus, estaré a tu lado todo el tiempo que me necesites —le dijo en un susurro con la boca pegada casi a su oído.

Hacía muchos años que nadie la llamaba «Angus», casi desde que dejó de ser una adolescente. Sintió emoción y paz a la vez. Dentro de todo su infortunio, tenía que dar gracias por tener a Mónica en aquellos momentos a su lado.

Sentados cómodamente en un rincón del bar, Vidal posó la taza de café sobre el mármol de la mesa, encendió un cigarrillo y, exhalando el humo, miró a Pereira que le contemplaba expectante.

—Como le decía, es perentorio entrar en el dormitorio del ama de llaves. Hemos de hacerlo antes de que pueda sospechar que estamos tras ella. Para ello, tengo urdido un plan. —Dicho esto, se inclinó un poco sobre la mesa y bajó el tono de voz—. Me las apañaré para reunir a los criados dentro de la

cocina, luego le ordenaré que vaya a buscarme el cuaderno de notas aduciendo que me lo dejé olvidado en el coche y que usted llevará en el bolsillo de su chaqueta. Tendrá tiempo suficiente para ir al cuarto, abrir la puerta con la ganzúa y entrar en él. Así no habrá peligro de que ninguno de ellos le vea entrar o salir. Los amos no me preocupan, no suelen ir por esa zona, aun así y todo, usted ande con cuidado.

—Un momento..., pero ¿cómo demontres cree usted que voy a entrar sin saber de antemano qué ganzúa emplear? Si me pongo a probar, puedo tardar bastante en dar con la adecuada.

Vidal no había pensado en ese inconveniente.

—Entonces, ¿tiene primero que probar a ver cuál se necesita para abrir la puerta?

—¡Pues claro, hombre! —exclamó Pereira con visos de entendido.

Durante unos segundos Vidal se mantuvo pensativo.

—Total, que necesitará usted más tiempo. Ese es todo el problema, ¿no?

—A ver, inspector, puedo llevar un juego de ganzúas más o menos como las que se usan en las puertas de las habitaciones de los hoteles. Supongo que la cerradura será de ese estilo.

—Y ¿bien?

—Si la cerradura es similar a esas, no creo que tarde más de dos o tres minutos en encontrar la adecuada.

Vidal miró a su sargento pensando si toda aquella conversación sobre las ganzúas había servido para algo.

—Total, que si todo sale bien, el problema de la ganzúa está resuelto, ¿no es así, sargento?

—Sí..., esperando que sea una cerradura al uso.

—Seguro que lo será —añadió Vidal, que comenzaba a estar ya un pelín exasperado.

—Y ¿qué tenemos que buscar dentro? —Pereira cambió el tercio ante la alegría de Vidal.

—Ahí quería llegar yo. Tiene que buscar cualquier cosa que nos aclare algo sobre esa mujer. No sé..., cartas, documentos, direcciones, fotos... Algo que nos hable de su identidad y de su pasado.

—Pero ¿sólo mirar? ¿No me llevo nada?

—¡Hombre! Si puede usted tomar nota y no llevarse nada, mejor, pero si lo ve necesario, no quedará más remedio. Lo dejo a su criterio.

Nada más decir esto, Vidal se arrepintió. Iba a añadir algo, pero se

contuvo. Tampoco estaba de más darle un voto de confianza al sargento, aunque no estaba excesivamente convencido de acertar con la decisión.

Cuando los dos policías salían de la comisaría rumbo a la mansión de los Navas, ya eran pasadas las diez de la mañana. Más o menos calculaba Vidal que llegarían allí sobre las once. No dejaba de ser buena hora, pues dados los terribles momentos del día anterior, los habitantes de la casa agradecerían no verles por allí muy de mañana. Este caso le había truncado a Vidal unos días de vacaciones que tenía solicitados desde hacía unos meses. Hubiera visitado a su hermana y a sus sobrinos que residían en Valencia; había comprado unos regalos a los dos niños, gemelos de cuatro años, con la ilusión de ponérselos por Reyes. En vista del inesperado suceso, se los había enviado a su hermana aprovechando el viaje de un furgón policial con documentación variada que tuvo que partir cuatro días atrás a la región valenciana. Recordar esto le entristecía dada la ilusión que tenía por ver a los peques y a su hermana, claro está. Sólo tenía esa hermana, cinco años más joven que él, y la adoraba. La voz ronca de Pereira le alejó de sus pensamientos.

—Este año Reyes cae en domingo. Se nos fastidió un día de fiesta.

—Si le soy sincero, a mí me da igual. No voy a celebrar nada.

Pereira observó a Vidal durante unos segundos. Éste se mostraba serio, agarrado al volante y mirando de frente la carretera.

—Perdone, inspector, ¿no tiene familia?

—Tengo una hermana en Valencia y dos sobrinos. Iba a ir a pasar con ellos unos días, pero este maldito caso me lo ha fastidiado.

—¡Vaya! Lo lamento de veras.

Pereira guardó silencio unos minutos. Detrás de la máscara de serenidad que ofrecía el rostro de Vidal, presentía cómo latía una fuerte melancolía.

—Pensé que tendría familia en Madrid. La verdad es que sé muy poco sobre usted. Bueno, sólo llevamos un par de meses juntos y este es nuestro primer caso... importante, quiero decir.

—Yo procedo de Cuenca. Nunca antes había estado en Madrid. Mi padre murió durante la guerra y mi madre falleció hace cuatro años. Mi hermana se casó hace cinco años con un valenciano y se fue a vivir allí. Eso es todo lo que hay, sargento.

A pesar de lo seco y cortante, este proceder tan poco cortés de Vidal no le causó daño a Pereira. Comenzaba a conocer a su jefe y compañero, y adivinaba que tras esa aparente capa de frialdad se escondía una buena persona. Seguro que la vida no le había tratado bien, como a muchos de su

generación.

—Bueno, pues de mí le diré que estoy casado, aunque eso seguro que ya lo sabe, desde hace diez años, y tengo un hijo, un gamberrete de seis años. Y está como loco esperando los Reyes. Este año vendrán mejor, pues en febrero ascendí a sargento y, aunque no sea muy abundante la subida de sueldo, algo se ha notado.

—Lo celebro, Pereira. Seguro que su hijo se pondrá muy contento.

—¿Le gustaría conocerlo? Puede venir el domingo a desayunar con nosotros el chocolate con el roscón.

Vidal sonrió de medio lado.

—Muchas gracias, sargento. Pero es una fiesta muy familiar.

—Se lo digo de verdad. Seguro que al niño le hace mucha ilusión. Venga, hombre..., ¡ánimese!

La jovial insistencia de Pereira comenzó a despertar en Vidal un sentimiento dormido hacía tiempo.

—Puede que a su señora no le haga la misma gracia que a usted.

—Pero ¿qué dice? Mi Rosita está deseando conocerle. En cuanto le conté que tenía usted unos ojos como los del Gary Cooper, ¡está que no vea!

Ahora Vidal sí que soltó una sonora carcajada, y Pereira le hizo eco, alegre de ver reír abiertamente a su jefe por primera vez.

—Es usted increíble. Está bien, acepto la invitación, pero con una salvedad, yo llevo el roscón.

—¡Hecho! ¡Venga, estrécheme la mano!

—Qué extraño que nos quiera reunir a todos...

—Yo no lo veo raro. Han pasado cosas graves estos días, nos querrán poner al corriente.

Jaime aclaraba así la duda de María, que, sosteniendo en la mano el gancho de metal con el que abría los hornillos, levantaba en ese momento la tapa de uno de ellos.

—Mira qué fuego tan bueno... Qué bien va el tiro desde que lo limpió Pedro.

Doña Julia y Carmen entraban en la cocina.

—¿Han visto a Juan? —preguntó la doncella.

—Sí, está dejando un saco de harina en la despensa. Ahora viene —repuso María mientras colgaba el gancho en la barra dorada que adornaba el frente de la cocina.

Vidal y Pereira llegaron en el preciso momento en que Pedro y Juan lo

hacían por la puerta que daba salida al jardín.

—Bien, veo que ya están todos ustedes aquí. El motivo de reunirles no es otro que comentarles algunas cosas y hacerles también unas preguntas. Les ruego que tomen asiento. No se preocupen por sus obligaciones, su señora ya está al corriente de ello.

Todos tomaron asiento, y Vidal, sonriendo, metió la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta; luego, frunciendo el ceño, volvió a meter su mano en el bolsillo izquierdo.

—¡Vaya! —exclamó poniendo cara de sorpresa—, me he debido de dejar el cuaderno de notas en el coche. Sargento, por favor, vaya a buscarlo. Debe de estar en los asientos de atrás.

Pereira avanzó hacia la puerta de la cocina, pero en ese momento le frenó la voz de Pedro.

—No vaya usted por ahí, dará mucha vuelta. Salga usted por la puerta que da al jardín.

Durante unos segundos, Pereira titubeó y lanzó una mirada a Vidal, pero no encontró respuesta en sus ojos, que le miraban quietos y tan sorprendidos como los suyos.

—Gracias, pero prefiero ir por dentro de la casa. Estoy algo resfriado y no llevo puesto el abrigo —consiguió decir, y, dando la vuelta, siguió avanzando ante la mirada de un Vidal que volvía a respirar tranquilo.

Recorrió a buenas zancadas el pasillo y llegó pronto ante la puerta que le había señalado Vidal y que pertenecía, según le dijo, al cuarto de doña Julia. Antes de probar con la primera ganzúa, miró en derredor para comprobar que todo estuviera tranquilo. Agachado ante el ojo de la cerradura, introdujo la pequeña varilla y comprobó en cinco segundos que no ajustaba. Con rapidez, metió otra algo más gruesa y, entonces sí, la ganzúa enganchó y, con un acertado movimiento de muñeca, Pereira abrió la cerradura. Una vez dentro, cerró la puerta tras de sí y echó una rápida mirada a todo el contorno de la habitación. Todo se mantenía en un perfecto orden. Al fondo, bajo la ventana, había una mesa-escritorio con varios cajones y frente a la cama un armario ropero de dos cuerpos. Se dirigió hacia la mesa. Sobre ella, una lámpara de escritorio de bronce y latón en un extremo, en el otro, una pequeña escribanía con dos tinteros, una pluma estilográfica de pasta negra, un lapicero y una goma de borrar. Delante de ella, un abrecartas metálico. En el centro de la mesa había un pequeño cartapacio con tapas de cartón duro pintado en un marrón oscuro bastante roído. Pereira abrió el cartapacio. Dentro: unas

cuantas hojas de papel, sobres, unos sellos y un papel secante bastante manchado de tinta seca. No había nada más. Comenzó a abrir los cajones de la mesa. Estuvo revolviendo en su interior sin encontrar nada significativo. Cuando abrió el último de los cuatro cajones, ya comenzaba a estar un poco desanimado. Allí encontró una caja de metal, de esas que llaman «de caudales». Lógicamente, estaba cerrada. Miró la pequeña cerradura, evaluó mentalmente el juego de ganzúas que llevaba, y reconoció que no encontraría entre ellas la que le haría falta. Maldijo la mala suerte, y volvió a dejar la caja en su sitio. No podía llevársela, sería muy elocuente. Imposible. Abandonó la mesa y se dirigió al armario ropero. Miró la hora en su reloj de pulsera, llevaba ya casi diez minutos dentro del cuarto, debía darse prisa. Oteó por encima, no veía nada de interés, salvo ropa y calzado. Dejó el armario y se acercó a la mesilla de noche. Abrió el cajón: un rosario, una pequeña figura de una virgen fluorescente, un libro de oraciones... Cogió el libro y, al hacerlo, algo asomó entre sus páginas, tiró de ello. Era una foto. Una mujer joven, de unos veinticinco años, morena, con el pelo recogido, sonreía apoyada en un pequeño banco de madera. Pereira la contempló atentamente. Sin duda era doña Julia. Dio vuelta a la foto, y en su reverso apareció un sello con las siguientes letras: «Casa de Fotografía El Duende — C/ Mayor, 10 — Madrigal de las Altas Torres». Y justo debajo, un año: 1935. Pereira se guardó la foto en el bolsillo de su pantalón, dejó de nuevo el libro en su sitio, y, echando un vistazo para asegurarse de que todo quedaba en el mismo orden hallado, salió de la habitación después de cerciorarse de que no había nadie en el pasillo. Metió la ganzúa en la cerradura, la giró, escuchó el ruido del cierre, comprobó que quedaba la puerta cerrada y salió de nuevo disparado hacia la cocina, palpando el libro de notas del inspector en el bolsillo de su chaqueta.

Cuando Pereira entró en la cocina, todos los sirvientes de la casa, sentados alrededor de la gran mesa, escuchaban con atención a Vidal.

—Por el momento, no hay nada más que añadir. Tampoco yo puedo significarles otra cosa. La investigación continúa y... ¡Ah! Sargento, ha tardado usted bastante. ¿Encontró el cuaderno?

—Así es, inspector, pero no estaba en el coche como dijo.

—¡Ah!, ¿no? —Vidal dibujó cara de auténtica sorpresa.

—Estaba en el bolsillo de su gabán.

—¡Vaya! Lo siento. Ha sido usted muy suspicaz pensando que estuviera en mi abrigo.

Pereira esbozó una sonrisa. Vidal tomó su cuaderno de la mano del sargento y, en lugar de abrirlo, se levantó.

—Bueno, como les decía, seguimos con la investigación. —Miró la hora en su reloj: las doce menos cuarto—. Vamos para el despacho, aún es temprano. Jaime, haga el favor de decirle a Laura Moreno, la sobrina de don Alejandro, que la veré dentro de diez minutos.

Vidal y Pereira salieron de la cocina seguidos del mayordomo, dejando al resto pensativo y con cara de preocupación.

—¿Qué habrá querido decir con eso de «no está nada claro»? —La pregunta la dejó caer María con algo de recelo en la voz.

—Yo creo que se refería a lo de dar con el asesino —repuso Pedro, que movía al tiempo que hablaba la cabeza.

—¿Tú crees?

—María, dijo que aún no tenían nada claro sobre la investigación —intercaló Carmen—. Como dice Pedro, se tiene que referir a quién la mató. Vamos, que están como al principio... más o menos.

—¡Madre mía! ¿Usted qué dice doña Julia? ¿Quién puede haber sido?

—Como comprenderá, no puedo saberlo, María.

—A mí me da que ha sido uno de los nietos —dijo Pedro. Todos volvieron hacia él la vista.

—¡Jesús! Ya han detenido a la nieta y ahora dices tú que uno de sus dos hermanos la mató. ¡Madre del Amor Hermoso!

—Es que no encuentro otra explicación —recalcó Pedro—. Yo no veo a doña Angustias estrangulando a su madre.

—¡Quita de ahí! Eso ni se puede pensar —rechazó María santiguándose.

—Pero está don Alejandro. O su yerno —dijo doña Julia en voz baja.

—¿El señorito Leopoldo? —preguntó Carmen, y el resto quedó pensativo.

—Bueno, creo que deberíamos finalizar la charla y volver cada uno a nuestras tareas. Carmen, acompáñeme al cuarto de plancha, tengo que hacerle unas indicaciones.

Así, de una manera tajante, doña Julia terminó con la reunión.

Ya en el despacho, mientras esperaban a Laura Moreno, Pereira le mostró la foto hallada en el cuarto de doña Julia.

—Como verá es ella, aunque mucho más joven, no dirá que no se la recuerda—. Vidal miraba la foto con atención—. Mire en el reverso de la foto.

—Madrigal de las Altas Torres.... Eso está en Ávila, ¿no?

—Sí, así es. Lo conozco. De allí son unos primos de Rosita, mi mujer. Estuvimos hace unos años visitándoles.

—¿Es un pueblo grande?

—Bueno..., bastante importante, aunque no deja de ser un pueblo.

En ese momento, tras un par de toques en la madera, se abrió la puerta del despacho y Laura Moreno penetró en él.

Vidal observaba la armoniosa figura de la mujer mientras avanzaba hacia la mesa. Vestida con una falda de tubo gris a media pierna, un conjunto de jersey y rebeca de punto verde oliva, y calzada con unos zapatos negros de tacón, Laura Moreno resultaba para el inspector verdaderamente atractiva. Con una amplia sonrisa, tendió la mano a Vidal y éste la invitó a tomar asiento, intentando no mostrar el impacto que le causaba su presencia.

—Siento haberle arrancado de sus quehaceres, pero ya sabe usted cómo son estas cosas.

—Para nada, inspector. Estoy deseando colaborar con ustedes. —El lento parpadeo de aquellos grandes ojos color aceituna, con largas y negras pestañas, llenos de serenidad, dejaron a Vidal sin palabras durante unos segundos.

—Gracias —logró decir al tiempo que bajaba la mirada hacia su cuaderno de notas—. Recuerdo que en nuestro primer encuentro ya me dijo que era sobrina de don Alejandro. Que estaba junto a su hermano... —miró en el cuaderno— ...Tomás pasando las navidades en la casa.

—Sí, así es. —Laura estaba feliz de hablar con Vidal. Desde aquel primer día, estaba deseando volver a charlar con él. El atractivo del inspector no le era para nada indiferente.

—Perdone, pero... ¿tiene mucho trato con sus primos? Me refiero si suelen verse con frecuencia.

—Lamentablemente no tanta como quisiéramos. Nos queremos mucho desde niños, y entonces nos solíamos ver con mayor frecuencia. Ahora, por los trabajos, ya sabe..., tardamos más en estar juntos.

—Lo entiendo. Supongo que sentiría usted mucho la detención de su prima.

El rostro de la joven cambió totalmente de expresión. La jovialidad se borró de su cara, y un hálito de tristeza la cubrió totalmente.

—Ha sido un golpe brutal. Jamás lo habría pensado, y, aún le digo más, si no lo hubiese escuchado de sus propios labios, nunca lo hubiera creído. Es una tragedia terrible. Ojalá todo se arregle. Pensar que sigue detenida no me

deja conciliar el sueño. La soltarán pronto, ¿verdad?

Vidal notó que le dolía el profundo pesar de la joven.

—No se preocupe, seguro que tiene un buen abogado. Le pondrán una fianza y volverá a casa a la espera del juicio.

—Dios le oiga, inspector. Amelia es una gran persona, un poco altiva y, a veces, algo intemperante, pero le aseguro que tiene muy buen corazón.

—Y yo no lo pondré en duda. A veces la vida se nos pone muy cuesta arriba y no sabemos medir nuestras emociones de la manera más adecuada.

—Totalmente de acuerdo. Podemos ser muy sensatos y actuar con cordura en las decisiones a tomar, pero como nos dejemos vencer por las emociones, éstas nos pueden arrastrar a cometer toda clase de torpezas... y locuras.

—Todos los que han pasado por aquí nos han referido el carácter poco comunicativo, incluso huraño, y el genio de la fallecida marquesa de Navas. ¿Alcanza usted a tener un parecer similar?

Laura Moreno frunció algo el ceño antes de responder.

—Si le soy sincera, poco trato tuve con la suegra de mi tío Alejandro. De hecho nunca nos consideró de su clase. —Al decirlo, sonrió—. Siempre nos mostró lejanía. De niños sólo recuerdo haber venido un par de veces a esta casa, siempre iban mis tíos con sus hijos a vernos, y lo hacían con frecuencia.

—¿Nunca habló usted con la marquesa de Navas?

Laura parecía recordar.

—Sólo recuerdo una vez. Cuando a Amelia le hicieron la «puesta de largo» recuerdo que montaron una fiesta espectacular. Hasta hubo fuegos artificiales. Toda la aristocracia estaba presente. En un momento dado, doña Angustias se acercó con su madre al grupo donde yo me encontraba, y señalándome, le dijo: «Mamá, ¿te acuerdas de Laura, la sobrina de Alejandro?». Se me quedó mirando de hito en hito, para luego decir: «Sí, no hay más que verla para saber de dónde procede». En aquel entonces me hizo daño, pero, luego, con el tiempo, fue quedando este hecho en mí como una anécdota.

—Una mujer poco simpatizante.

—Desde luego, inspector; creo que no se iba ganando amigos por donde pasaba —declaró Laura, y dejó asomar una sonrisa.

—Tengo entendido que fue usted testigo de una fuerte discusión durante la comida del día en que asesinaron a la marquesa.

Este comentario no era esperado por Laura, pero tampoco mostró demasiada sorpresa.

—Supongo que a estas alturas ya estará usted enterado de toda aquella fea sobremesa, pero puede preguntarme lo que desee. No escatimaré en servirle toda la ayuda que precise.

—Gracias. No me andaré por las ramas. ¿Es cierto que su primo Luis durante la fuerte discusión exclamó «ojalá se muera» refiriéndose a su abuela?

Laura, antes de hablar, afirmó con la cabeza.

—Totalmente. Estaba exasperado en ese momento, y, tras decirlo, se levantó tan furioso que tiró la silla y se marchó del comedor.

—Dígame, y le pido que medite la respuesta el tiempo que considere preciso, durante estos días, después del asesinato, ¿ha observado o escuchado alguna cosa fuera de lo normal, algo que le resultara verdaderamente chocante? Y no me refiero sólo a miembros de la familia.

Por su mirada se reconocía que Laura se esforzaba en recordar. Después de unos segundos, habló:

—No sabría decirle con seguridad. Han sido tantas cosas las ocurridas y todas en tan poco tiempo que es difícil controlarlas, pero hay algo que me ronda por la mente y que ocurrió la misma tarde del crimen.

—Sin temor, Laura... ¿Qué ocurrió esa tarde?

—Vamos a ver, nos encontrábamos en el salón de juegos todos reunidos. En un momento dado, ya era casi de noche, yo miré al jardín a través de la cortina del ventanal. No se veía muy bien, pero sí vi claramente la figura de una persona que parecía correr entre los mirtos. Iba media agachada, como escondiéndose.

Vidal escuchaba el relato con sumo interés.

—¿Recuerda la hora?

—No, eso sí que no. Sólo recuerdo, como le dije, que ya era casi de noche. Podía ser entre las seis y las siete.

Pensativo, Vidal preguntó:

—¿Pudo reconocer si era hombre o mujer?

—Estoy casi convencida de que era un hombre. Llevaba pantalón y chaqueta oscuros. Iba agachado, no pude verle la cara, pero por la constitución yo diría que lo era.

El rostro de Vidal mostraba confusión.

—¿Iba hacia la casa o se alejaba de ella?

—Por la trayectoria, se alejaba de la casa.

—¿Le pareció a usted que estaba huyendo?

Laura pensó dos segundos.

—Creo que sí, por eso me pareció chocante. La forma de caminar, casi corriendo, agachado y mirando hacia los lados... En efecto, parecía una huida.

Vidal escribió algo en su cuaderno. Luego, sonriendo, extendió la mano hacia la mujer, al tiempo que se levantaba.

—Ha sido un placer, señorita...

—Por favor, llámeme Laura, lo de *señorita* no va conmigo —pidió, a continuación soltó una risa que a Vidal le sonó a campanillas.

Cuando abandonó el despacho, durante unos segundos, Vidal quedó obnubilado y con los ojos clavados en la madera de la puerta que se acababa de cerrar.

—Le ha hecho tilín, inspector. No puede negarlo, por la cara de bobo que se le ha quedado.

Vidal dirigió a Pereira una mirada fulminante que le hizo enmudecer.

—Lo confesado por Laura Moreno me ha dejado consternado —adujo Vidal a continuación

—¿Por qué? —preguntó Pereira sorprendido—. Pudo ser cualquiera de los criados que anduviera por el jardín.

—Y ¿por qué iba agachado y mirando hacia los lados?

Pereira entró en reflexión.

—Visto de esa forma, no es normal, desde luego.

—Bueno, dejémoslo estar, por el momento. Ahora nos acucia el tema que nos traemos entre manos. A ver, vuelva a mostrarme la foto.

Pereira volvió a sacar la foto del bolsillo de su pantalón.

—Sí, esta es ella. Con veinte años menos, pero es ella.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué hará usted, sargento.

—¿Cómo yo? ¿A qué diantres se refiere?

—Mañana es sábado, así que lo dejamos para el lunes. Además, mañana entierran a la marquesa de Navas, lo propio es que acudamos al entierro.

—Y ¿qué dejamos para el lunes?

—Pues su viaje a primera hora de la mañana a Madrigal de las Altas Torres.

Aquel sábado, cinco de enero de 1957, las nubes que amenazaban lluvia durante todo el día anterior habían desaparecido por completo, y el cielo lucía su azul mañanero sin una sola hebra del blanco algodón. Desde primera hora de la mañana, un agitado trajín bullía dentro de la mansión de los Navas. A las diez tenían que salir los coches hacia el Cementerio Sacramental de San Isidro en Madrid, donde descansarían, por fin, los restos de la marquesa consorte de Navas.

En la cocina, Jaime miró el reloj de pared y comprobó que eran pasadas las nueve. Las bandejas con las viandas para el desayuno ya estaban preparadas. Carmen y Juan entraron en ese momento y se colocaron los guantes, después, recogieron las bandejas y salieron apresurados hacia el comedor.

—¡Qué barbaridad! Mira que tener todavía sin dar tierra a la marquesa — criticó María mientras recogía de la mesa los utensilios manchados para la preparación de los desayunos.

—Mujer, ya te dije que han tenido que hacer reparaciones en el panteón. Por lo visto, estaba medio derruido —aclaró Jaime en tono paciente.

—Y la han tenido metida todo este tiempo en un armario congelador de esos. Sólo de pensarlo me entran escalofríos.

—Pero ¿a ti qué más te da? Mira que eres pijotera. Tienes que sacarle punta a todo.

—Es que esta gente es muy rara, Jaime. No me digas que no. ¿Acaso es normal que tengan el panteón medio arruinado con todo el capital que tienen? Pura dejadez. Además —bajó la voz y se acercó a su marido antes de continuar—, estoy convencida de que desde que murió el marqués no ha vuelto ninguno de ellos por el cementerio.

—Bueno, tú... ¡a callar! —sentenció su marido de modo enérgico—, que aquí las paredes tienen oídos.

En el comedor, todos, a excepción de Leopoldo, que desde la detención de su mujer ya no residía en la casa, desayunaban en silencio. El negro era el color predominante en sus ropas, sólo destacaba el blanco de las camisas en los varones.

—Luis, ya sabes que el título del marquesado ha pasado a ti y a tus descendientes a raíz de la muerte de tu abuela, tal y como se dispuso en el testamento de tu abuelo.

—Otra irregularidad, y seguro que maquinada por la abuela. Al morir el

único hijo varón del abuelo, él mismo dispuso que el título recayera sobre el primer hijo varón de su hija mayor. Al morir el abuelo, tenía que haber pasado a mí para ejercerlo a la mayoría de edad. Pero nos encontramos con la sorpresa de que el abuelo en su testamento abre una cláusula donde indica que no podré usar el título hasta la muerte de su esposa, quien lo usará de por vida a todos los efectos. Menuda manipulación.

—Bueno, hijo, tienes veintiocho años, tan poco te llega tan tarde. Habló tu madre con los abogados para que lo dispongan todo. Ya en las esquelas mortuorias figuras como marqués de Navas. Y los abogados te harán conecedor de todos los temas relacionados con la posesión del título. También me ha pedido vuestra madre —añadió mirando a su esposa—, que os anuncie la apertura del testamento de vuestra abuela el próximo miércoles, día nueve. La reunión se celebrará aquí.

—Papá, pero yo reanudo mis estudios en la universidad el lunes —medió Andrés.

—Bueno, supongo que el acto será por la tarde. ¿Tú puedes acercarle, Luis?

—Sí, claro. Yo también retomo mi trabajo el lunes. Vendremos juntos el miércoles por la tarde.

—Nosotros nos marcharemos el martes a primera hora —dijo Tomás, y su hermana Laura reafirmó con la cabeza.

Don Alejandro miró sonriendo al conde de Weymand.

—Sólo faltas tú por dejarnos, Edward.

—¡Ah! Sí..., pero no me iré hasta el martes. Aprovecho el viaje del embajador, así voy más seguro —añadió justo antes de alzar la taza del café, como si brindara con ella.

—¡Vaya! Tu marido me considera parte de la casa, Angustias. ¡A mí no me ha nombrado!

Todos sonrieron ante la espontaneidad de Mónica.

—Querida, sin ti no podríamos vivir.

—¡Oh, Alejandro! Aunque lo digas en broma, es precioso oírte decir eso. Eres un sol.

—Querido, son las diez menos cuarto. Tenemos que irnos preparando —dijo en ese momento doña Angustias a su marido, que hablaba por primera vez durante todo el desayuno.

Cuando Vidal y Pereira llegaron al cementerio, todavía no había llegado el cortejo fúnebre. Con el coche aparcado a unos metros de la puerta, esperaban.

—¿A qué hora le dijeron que era el entierro? —preguntó Pereira mientras se frotaba las manos entumecidas—. Esta mañana hace bastante rasca, ¿no le parece?

—¿A qué pregunta le respondo primero, sargento?

—¿Eh?

—Olvidelo. El entierro es dentro de media hora, y, sí, hace un frío pelón. Si hemos venido antes es porque quería hablar con usted fuera de la comisaría. Y aquí estaremos tranquilos.

Pereira miró a Vidal, que sacaba un cigarrillo de la pitillera.

—He estado dando vueltas a lo que contó ayer Laura Moreno. Cuando dijo haber visto desde el ventanal pasar a una persona, enseguida pensé en doña Julia que corría a deshacerse del trozo de bufanda.

—Y seguro que era ella, inspector —cortó Pereira.

—Pero no lo era, sargento. Recuerde que dijo que esa persona llevaba pantalones.

—Pudo ponérselos para despistar.

Vidal le lanzó una mirada de asombro.

—¿Lo dice en serio?

—Podría ser. No descarte nada.

Durante unos segundos, Vidal se mantuvo pensativo.

—No, sargento —terminó diciendo—. Sería mayor el riesgo de que la vieran por el jardín vistiendo pantalones, una moda que sólo visten las jóvenes ricas. No van por ahí los tiros.

—Sí, tiene usted razón. Sería muy chocante —al decirlo, Pereira pintó una sonrisa en su cara.

—Bien, centrémonos en otra cosa. A primera hora del lunes saldrá usted hacia Madrigal de las Altas Torres. Además, si conoce un poco el pueblo, como dice, mejor que mejor.

—¿Cree usted que alguien la reconocerá por esa foto? Puede que estuviera allí de paso cuando se la hizo.

—Es una baza a jugar, y, buena o mala, no tenemos otra. Intente hablar con la gente de más edad. No pierda la esperanza, usted pregunte a unos y a otros. Tengo la confianza de que algo vamos a sacar de allí.

—Inspector, ¿sabe usted en realidad qué es lo que busca o qué espera encontrar?

Vidal abrió los ojos, miró al techo del coche y luego suspiró hondamente.

—Pereira, sinceramente, no tengo ni idea. Me estoy dejando llevar por la

intuición. Sé que esa mujer esconde algo, me lo dice el olfato, y los indicios que tenemos apuntan hacia ese sentir. Nos falta una confirmación, y esa es la que ahora tenemos que encontrar.

Una hilera de coches apareció enfilando la calle.

—Ya están aquí —dijo Vidal—. Por fin la marquesa de Navas recibirá sepultura.

—Sí, que descanse en paz.

—Eso puede que sea más difícil, sargento.

Vidal pudo reconocer entre los asistentes al sepelio a gran número de autoridades y personalidades de la política. También había militares de alto rango y varios conocidos aristócratas. *La crème de la crème* se daba cita en la Sacramental de San Isidro esa fría mañana de enero. Los dos policías situados al fondo y a un extremo, observaban en silencio cómo el negro y brillante ataúd, adornado con una gran cruz plateada en el centro de su tapa, era introducido dentro del panteón. Don Alejandro, el conde de Weymand y los dos nietos de la marquesa, Luis y Andrés, lo portaban sujetándolo por las cuatro grandes asas de metal. Doña Angustias, que se había empeñado en asistir a las exequias de su madre, con el rostro tapado por un negro velo, era sujetada del brazo por su amiga, la condesa de Weymand. Sólo un par de mujeres más figuraban entre los hombres. Una de ellas era una religiosa.

Una vez cerrada la puerta del panteón, los familiares fueron recibiendo las condolencias de los presentes. Vidal observó que entre los primeros se hallaba el conde de Mayalde, alcalde de Madrid, y también el Director General de Seguridad, Rafael Hierro Martínez, y el Ministro del Ejército, General Muñoz Grandes. Detrás fue pasando un buen número de personalidades que Vidal conocía de verlos en periódicos y revistas. Veía cómo doña Angustias recibía las muestras de afecto, muy digna, con el rostro cubierto y flanqueada por su marido, sus dos hijos y su yerno. Casi al final del duelo, y detrás de la religiosa, la otra mujer, que también vestía de riguroso negro, cubierta por un pequeño sombrero con velo, se inclinó hacia doña Angustias, y ésta, repentinamente, rompiendo todo ceremonial, se abrazó a ella profusamente. Frunciendo el ceño, Vidal levantó la cabeza y avanzó unos pasos hacia el panteón, pero no pudo reconocer el rostro de la mujer medio oculto por el velo. Enseguida dejó de verla, pues se retiró por detrás del panteón.

—¿Quién será esa mujer? —Pereira pareció lanzar al aire la pregunta.

—Sin duda, alguien muy querido por doña Angustias, y que no esperaba

ver... —repuso Vidal en acusada abstracción.

A las ocho menos cuarto de la mañana ya estaba Pereira en carretera. Conducía contento, ya que el inspector le había dejado llevar su propio coche oficial, un Seat 1400 B recién salido de fábrica, que no hacía ni un mes lo habían incorporado al cuerpo de policía. Muy aficionado a los coches, le encantaba aquel nuevo modelo de la Seat que parecía un coche americano, con muchos cromados, un faro de niebla que llevaba incorporado en la calandra y la luneta trasera, que era panorámica. Vamos, todo un lujo.

Iba a buen ritmo y con poco tráfico por la carretera; calculaba que llegaría a Arévalo sobre las diez y media, parando a desayunar, y desde allí a Madrigal habría unos treinta kilómetros, así que a eso de las once y media o doce podría estar en su destino. Se recostó relajado en el respaldo del asiento y sintió cómo se adaptaba su espalda en él. «Es un tipo simpático el inspector», se dijo sonriendo, y recordó cómo el día anterior habían pasado con él una fantástica Fiesta de Reyes. Apareció con un gran roscón, que ya tuvo que costarle una buena suma porque era de la Mallorquina, y le regaló, además, a Rafita, su hijo, un mecano que hizo las delicias del chaval. Pereira volvió a sonreír recordando lo azarada que estuvo Rosita al principio en presencia del inspector, aunque luego se fue relajando y no paró de hablar, como era su costumbre. «Creo que se marchó contento..., por eso me dejó el coche esta mañana».

Vidal salió de la Comisaría Centro y se dirigió por la calle Mayor con intención de comprar unos buenos guantes de cabritilla forrados; los que tenía estaban muy gastados y no llegaban a calentarle bien las manos. Parado ante el escaparate de un comercio que exponía material de cuero, oyó de repente a su espalda una alegre voz que reconoció al instante.

—¡Vaya, inspector! No esperaba encontrarle aquí.

Laura Moreno, enfundada en un abrigo beige de ancho cuello, muy a la moda, le sonreía abiertamente.

Vidal notó cómo se le aceleraba el corazón.

—Ya ve, yo también ando por el mundo —se le ocurrió decir, pero sintió que había dicho una tontería—. Quería comprarme unos guantes —añadió de inmediato e intentando no mostrarse nervioso.

—¡Ah! Yo también estoy de compras. Mañana pensamos volver a Valencia, así que hemos venido a Madrid a pasar la mañana... —De repente, calló y miró interrogadora y sonriente a Vidal—. Porque... podemos irnos,

¿verdad?

—¡Naturalmente! Ninguno de ustedes está detenido.

—¿No estamos entre los sospechosos? —preguntó con un mohín en los labios que hizo sentir a Vidal un escalofrío en la espalda.

—Señorita, mientras no descubramos al culpable, todos los que ocupaban la casa en el momento del crimen son sospechosos —repuso con una sonrisa.

—¡Oh! Eso mismo dice mi primo Andrés; claro, como se pasa todo el día leyendo novelas policíacas...

—¿Su hermano no se encuentra con usted?

—Sí, pero dice que ya está cansado de ver tiendas. ¡Figúrese!, cuando no hace ni una hora que hemos llegado. Se quedó en una cafetería de la Puerta de Sol. Pero, dígame, ¿usted está de compras también?

—Pues así es, andaba mirando unos guantes.

—¡Oh! Es cierto, ya me lo había dicho. ¿Quiere que la ayude a elegir? — Laura mostraba alegría en su petición.

—No me negaré. La verdad es que soy un poco palomino comprando.

—Pues no se habló más. Venga conmigo, sé de una tienda estupenda.

Vidal siguió a Laura sin poner objeción alguna. El corazón le seguía latiendo a buen ritmo. Aquella mujer, sin lugar a dudas, le causaba algo más que una buena impresión.

De aquella tienda donde entró con Laura, que ofrecía una gran variedad de objetos de complemento, Vidal salió con un par de guantes y una bufanda de lana fina en color granate. Quiso también que comprará un sombrero, pero Vidal le confesó que no le gustaban, por muy en boga que estuvieran.

—Me encanta la bufanda, y le queda estupenda con este abrigo azul. He tenido buena idea, ¿eh?

Laura se mostraba satisfecha con su elección, y Vidal pensaba que la hubiera comprado igual aunque fuera horrible.

—¿Me aceptaría invitarla a un café? Sería un pequeño reconocer a su estimable ayuda.

Laura miró la hora en su reloj de pulsera.

—Sí, aún es temprano. Acepto con una condición.

—Dígame cuál.

—Que no me llame de usted, me hace parecer una señora casada, o una solterona, que aún es peor. —Y soltó una alegre risa que a Vidal le pareció encantadora.

—¡Hecho! Y tú a mí, igual. ¿Te apetece tomar café o prefieres un

chocolate en San Ginés?

—¡Chocolate! Hace años que no entro en San Ginés.

Echaron a andar hacia la calle del Arenal, y, repentinamente, Laura posó su mano muy delicadamente sobre el brazo de Vidal.

Pereira ya había llegado a Arévalo y tomaba un buen café con leche acompañado de unos succulentos churros. Como había calculado, llegaría a Madrigal sobre las once y media. Así que desayunaría tranquilamente. El viaje hasta allí había sido bueno, muy bueno. Poco tráfico, y al coche, que marchaba como la seda, le había pisado con ganas; en algunos puntos había llegado a ponerlo por encima de cien por hora. Cuando llegara a Madrigal, tenía pensado aparcar en la Plaza Mayor del pueblo. Allí había un par de bares que solían estar bastante concurridos a diario después del mediodía por jubilados, donde echaban la partidita antes de comer. Con un poco de suerte, alguno de ellos recordaría a la doña Julia de la foto. ¿Quién demonios sería? Desde que se lo había dicho el inspector, había estado dándole vueltas y, efectivamente, aquella mujer escondía algo. Posiblemente tenía que ver con la bufanda. Sí, estaba cada vez más convencido de que todo giraba alrededor de la maldita bufanda. ¿Por qué si no cortar el trozo donde estaban bordadas las iniciales del nombre de la otra hija de la marquesa? Y ¿cuándo lo cortó? ¿Antes o después de matarla? ¿Y si no fue ella quien cortó el trozo? Pudo cortarlo otra persona después. Claro, que si no lo hizo ella, ¿por qué gritó después, al verlo en el despacho? Pereira se saturaba, así que, volviendo a renegar de la bufanda, se terminó de comer los churros y se repantingó en la silla, relajado y dispuesto a disfrutar de aquel descanso.

Mientras tanto, Vidal disfrutaba sentado en una de las centenarias mesas de San Ginés escuchando hablar a Laura con sumo embeleso.

—Figúrate que desde la muerte de mamá, no había vuelto a Madrid. Y de esto hace ya casi cinco años. Me encanta Madrid, tiene un gran ambiente y mucho garbo. Yo sería feliz viviendo aquí.

—Y ¿por qué no te mudas?

El rostro de Laura se ensombreció.

—Mi padre vive aún. Está ingresado en un sanatorio-residencia desde hace dos años. Sufrió una trombosis y quedó totalmente paralizado del lado izquierdo. Apenas habla y tiene que estar asistido, pues su incapacidad es grande. Fue un duro golpe para Tomás y para mí. Desde entonces, mi hermano se encarga de la empresa y yo le ayudo llevando la secretaría.

—¿A qué se dedica la empresa?

—Mi padre siempre trabajó en la industria naranjera. Poseemos muchas hectáreas de naranjos, y no sólo producimos para España, también lo hacemos para muchos países de Europa, incluso de Asia, aunque ahora el mercado extranjero está algo mal por la situación política de España, pero últimamente parece estar mejorando bastante. Incluso tenemos una fábrica donde se elaboran zumos de nuestras propias huertas, pues también cultivamos el limón, la mandarina, la lima y el pomelo. Todo cítricos.

—Pero eso es una gran industria. Tendréis mucha gente trabajando para vosotros.

—Sí, mucha. Fijos más de seiscientos entre la empresa y la fábrica. Y luego, temporeros para la recolección, a veces hasta tres mil.

Vidal resopló.

—Toda una industria. Pero tu hermano es muy joven para llevar tanto negocio, ¿no?

—Bueno, no creas. Tiene veintiocho años, además tenemos administradores, asesores jurídicos y financieros y personal contable. Antes de enfermar mi padre, Tomás llevaba casi dos años trabajando con él. Fui yo quien se incorporó entonces a petición de mi padre. Pero ahora háblame de ti, por ejemplo: ¿cuál es tu nombre de pila? Pues aún no lo sé.

—Me llamo Bernardo, Bernardo Vidal Aceves. Soy natural de Cuenca, no tengo padres, sólo una hermana que vive en Valencia y dos sobrinos preciosos, y soy inspector de la BIC en Madrid desde hace poco más de seis meses. Antes fui comisario en la Brigada de Cuenca. Y ya, rellenando la ficha, te diré que tengo treinta y cinco años, soy soltero y me gustan las chicas que saben elegir bufandas.

Al oír esto último, Laura soltó una alegre y simpática carcajada, y Vidal se percató de cómo un ligero rubor cubría sus hermosas mejillas.

—Si tu hermana vive en Valencia, irás a menudo por allí, ¿no?

—Ahora tenía que estar allí, precisamente. Tenía permiso para pasar allí unos días esta Navidad, pero el comisario me asignó este caso y mis planes se truncaron.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga. Así, también, nos hemos conocido.

Ahora fue Vidal quien se puso como la grana. Trató de disimularlo sacando la pitillera.

—¡Ay, madre! ¡Ya son las doce! Tomás me mata, me retraso media hora.

Laura comenzó a levantarse, pero Vidal posó su mano sobre la de ella.

—Laura, me gustaría volver a verte. Si tú quieres, claro está.

—Me encantará, Bernardo. Mira, te voy a dejar mi tarjeta, allí llevas mi teléfono. Por favor, llámame y hablemos.

—Lo digo muy en serio, Laura —los ojos azules de Vidal brillaban con intensidad y su mirada traspasó el corazón de Laura.

—Lo sé, lo veo en tus ojos. ¿Te veré mañana?

—¿A qué hora os marcháis?

—Supongo que temprano, sobre las ocho. Queríamos llegar a Valencia antes de comer.

—Está bien, toma, esta es mi tarjeta de la comisaría, en ella va mi extensión telefónica. No debo presentarme en la mansión antes de las nueve. Anticiparme a esa hora sería descortés. Si puedes, llámame antes de salir. Estaré en el despacho antes de las ocho.

Salieron de San Ginés con menos bríos de como entraron, pero la mano de Laura ya no se posaba sobre el brazo de Vidal, ahora lo agarraba con fuerza.

Pereira arribó a Madrigal cuando pasaban cinco minutos del mediodía. Aparcó el coche en la Plaza Mayor del pueblo ante la curiosa mirada de los paseantes, y, con paso decidido y arrogante, se dirigió hacia la taberna. Aunque el día era soleado, un frío viento le hizo subirse el cuello de su gabardina.

Recordaba el local, aunque ahora estaba pintado de distinto color y, detrás del mostrador, lucía un gran espejo que antes no existía. Por lo demás, todo estaba igual. Saludó con un sonoro «buenos días» al entrar, que hizo volver la mirada hacía él a una docena de paisanos que, distribuidos en tres mesas, jugaban al dominó. Se dirigió hacia la barra y lanzó una sonrisa al obeso tabernero que le observaba con mirada interrogadora.

—Fría mañana, jefe —saludó frotándose las manos—. Sírvame un coñac, a ver si entro en calor.

Mientras el tabernero iba a por la botella, Pereira lanzó una mirada a los hombres que ya continuaban sus partidas, ajenos a su presencia. Casi todos pasaban de los sesenta años, algunos ya estarían por los ochenta, así que no iba a ser difícil que alguno de ellos pudiera recordar a doña Julia.

Calentando la copa de coñac entre las manos, Pereira observaba como el tabernero fregaba unos vasos sin dejar de mirarle de reojo. Era un hombre rudo, de rostro colorado y nariz muy protuberante. Rondaría los cincuenta años, aunque podría tener algunos menos, dado que su robustez podría hacerle parecer mayor.

—¿Qué le trae a usted por Madrigal? Porque nunca le he visto antes por aquí.

La voz grave y algo ronca del hombre sonó de repente, y Pereira fijó en él la vista.

—Estoy intentando localizar a una persona.

El tabernero enarcó la ceja derecha.

—¿De aquí... de Madrigal? —preguntó, ya interesado.

—Creo que sí.

—Dígame su nombre, yo conozco a todo el pueblo. Si vive aquí seguro que sé quién es.

—El caso es que no sé realmente su nombre. —En ese momento, pensó que tal vez no fuera Julia el verdadero nombre del ama de llaves—. Sólo dispongo de una fotografía.

—Da lo mismo. Enséñemela, seguro que la conozco.

La seguridad del rudo hombre hizo sonreír a Pereira, y se dispuso a sacar la foto de doña Julia del bolsillo.

—No es una foto reciente. Está hecha hace unos veinte años.

El tabernero tomó la foto con su mano derecha y estuvo durante un buen rato observándola. Luego, se la devolvió al sargento.

—Lo siento, pero no recuerdo a esta mujer. Si como usted dice, la foto es de hace veinte años, ya será una persona mayor y yo sólo llevo siete años en el pueblo. Pregunte usted a esos paisanos —dijo señalando hacia las mesas—, la mayoría son nacidos aquí.

Pereira se dirigió hacia la primera mesa. Eran cuatro hombres bien entrados en años. Se quedó observando un poco alejado a la espera de que acabaran la partida.

—¡Cago en la...! Sabía que tenías la blanca doble —profirió uno de los cuatro que llevaba una boina negra bastante sucia sobre la cabeza.

—¡Tú qué ibas a saber! —repuso el aludido mostrando una encía casi desprovista de dientes—. ¡Si te has *quedao* como un tonto cuando me la has visto poner!

En ese momento se percataron de la presencia de Pereira.

—No se preocupen por mí, continúen jugando —comentó sonriéndoles.

Le miraron con cierta desconfianza pero sin hacerle mayor caso, y siguieron jugando hasta acabar la partida. Entonces aprovechó Pereira para recabar la información que buscaba.

—Buenos días, caballeros. Perdonen que les moleste. Ustedes no me conocen, pero estoy intentando localizar a una mujer que vivió hace años en este pueblo, sólo dispongo de una fotografía antigua.

Una vez dicho esto, extrajo la foto del bolsillo y se la pasó a los cuatro hombres. El primero que la tomó se notaba que era bastante corto de vista, pues se la acercó mucho a los ojos. Después de mirarla un rato, movió la cabeza en señal negativa y se la pasó al que estaba sentado a su lado derecho. Con los ojos entrecerrados miró la cara de doña Julia durante un buen rato. A Pereira le pareció ver como un destello en ellos, cuando de repente, chilló: «¡Julian! ¡Acércate un momento!». El hombre así llamado estaba sentado en otra de las mesas. «¿Qué diantres quieres?» preguntó el demandado. «Mira esta foto. ¿No es esta la hija del Zurdo?».

Sin esperar que se levantara, Pereira cogió la foto y se acercó al hombre llamado Julián.

—¿La reconoce usted, Julián?

Tomó la foto y se colocó unas gafas que sacó del bolsillo de su chaqueta, y, luego de un corto rato, dijo:

—¡Pues claro que es ella! Esta es la Julia. Ya hace años que se marchó del pueblo.

Pereira sintió que le subía la adrenalina.

—Entonces, ¿usted la conoce?

—¡No voy a conocer! Es hija del Zurdo, que era un primo lejano de mi padre. Yo no tuve mucha relación con ellos, pero los recuerdo bien. Vivían a las afueras del pueblo, y aún vive una hermana del Zurdo, ya es muy vieja, pero anda bastante bien de la cabeza.

—Esa hermana que dice, ¿vive aún en el pueblo?

—¡Pues claro! Vivió siempre aquí.

—¿Sabe usted cómo puedo dar con ella?

—Sí, hombre. Vive en las afueras del pueblo, en la casa que fue de sus padres. Una casa de labranza muy antigua pero de buena construcción. Antes cultivaban la tierra y tenían ganado, pero ya hace tiempo que todo eso está baldío, y de animales *na...* sólo tendrá unas cuantas gallinas, pero allí sigue la mujer. Debe ser muy vieja... ¿Qué edad tendrá la tía Cándida, la del Zurdo? —preguntó a otro de los hombres, sentado en la mesa siguiente.

—Pues debe andar por los noventa.

—¡Qué va, hombre! —saltó el que estaba sentado de frente—. Es más joven que Luciana, la del Rubio, y esta tiene ochenta y nueve.

—¿Pueden indicarme cómo encontrar la casa?

Juan acababa de recoger la mesa y caminaba nervioso hacia la cocina. Al final de la comida, doña Angustias había hecho un comentario sobre la sorpresa que se llevó al ver a doña Asunción en el cementerio durante el entierro de la marquesa. Se preguntaba si pasaría por la mansión. Desde que le había dejado en ella, habían sucedido tantas cosas que parecían haber pasado años en lugar de aquellos escasos dos meses. Al entrar en la cocina, María se percató de su estado de ánimo.

—¿Qué te pasa, niño? Has dejado la bandeja encima de la fregadera.

—Lo siento —repuso, y al intentar cogerla, se le cayeron tres tenedores al suelo.

—¡Bueno...! ¿Pero qué te pasa?

—Perdone, señora María. Estoy algo nervioso. Acabo de enterarme de que doña Asunción, mi madrina, está en Madrid.

—Pero ¿no se marchó a la Argentina?

—Sí, pero debe de haberse enterado que murió la marquesa, porque por lo visto asistió a su entierro.

—¿Que fue al entierro?

—Eso acaba de decir doña Angustias.

—Bueno, tampoco me coge muy de sorpresa. Es muy amiga de la señora..., de siempre.

—Vendrá por aquí, ¿verdad?

María miró a Juan con cariño.

—Te hace ilusión verla, ¿no?

—Sí, claro que sí.

La cocinera, aunque Juan intentara disimularlo, notó cierto desencanto en la respuesta. Dejó lo que estaba haciendo y se sentó cerca de él.

—Mira, hijo, la vida no es tan sencilla como nos parece cuando comenzamos de verdad a vivirla. Tú has crecido en este poco tiempo varios años de golpe. Has pasado de la más absoluta inocencia a encontrarte con la parte más oscura de esta realidad a la que nos enfrentamos desde el momento en que nos hacemos mayores. Por eso estás tan desconcertado, porque ha sido un tránsito demasiado rápido. Pero, escúchame, la vida también nos ofrece cosas maravillosas, y todas ellas están todavía por descubrirse para ti. Ya lo verás, hijo. Tu haz caso de esta vieja, que ha vivido mucho ya.

—¡Hombre! ¡Qué bonito! Como no hay nada por hacer...

—A mí no me llames tú la atención. ¡Faltaría más! Que no paro en todo el día.

Jaime le guiñó un ojo a Juan y éste sonrió. Ya sabía él cómo le gustaba al mayordomo tirar del genio a su mujer.

—Doña Julia está en el jardín con Pedro, salieron a recoger hierbas. Se entienden muy bien los dos.

—María, no seas malintencionada...

—No he dicho nada irregular. A lo mejor eres tú quien piensa mal.

—No discutan —intermedió Juan—, que hoy hace un día espléndido. Me dan ganas de dar un paseo.

—¡Pues dalo! Aquí sólo queda ya poca faena —le animó María.

—Faltan lavar y secar los servicios de postre —interpuso Jaime con tono serio.

—Mira que eres rezongón. Eso voy a hacerlo yo y... tú me ayudas. ¡Juan!, vete a pasear, ¡venga!

—No hay problema, señora María, me quedo a ayudarla.

—¡He dicho que no!

—Hazle caso, chaval, que esta mujer es más terca que una mula.

Juan, sonriendo, se acercó a María y le dio un beso en la mejilla. Luego, salió casi corriendo hacia el jardín.

—¡Ay! Este niño es un cielo —suspiró la cocinera observando cómo se alejaba Juan.

Vidal estaba feliz, así que, después de comer, se pidió un café y encendió un buen habano. Aquella mañana había resultado ser mucho mejor de lo que esperaba. El encuentro fortuito con Laura le había llenado de ilusión y esperanza. Recordaba sin descanso todas las palabras de ella, incluso medía su significado, y hallaba complacencia en suponer que le correspondía. Pero ¿no estaría exagerando en su recuerdo y amoldándolo de esta forma a su deseo? Volvía a pensar, y de nuevo no encontraba nada que le indicara lo contrario. Sin duda, ella sentía algo más que simpatía por él. Una ligera excitación le llegó de improviso y Vidal sonrió al sentirse felizmente vivo.

Saboreando placenteramente el puro, salió del restaurante y se dirigió de nuevo a la comisaría Centro. ¿Qué tal le habría ido a Pereira? Miró su reloj de pulsera y vio que estaban a punto de dar las cuatro y media. Habían quedado en que le telefonaría a las cinco para contarle los pormenores de su viaje.

Pereira acababa de llegar a Arévalo. Poco después, paró en la plaza y entró en un bar. Desde que había salido de Madrigal, su mente no dejaba de maquinarse. Como habían sospechado, doña Julia escondía muchas cosas. Ardía en deseos de contarle al inspector todo lo que había averiguado; sin duda se iba a quedar boquiabierto. Pidió un café y preguntó por el teléfono. Marcó el número de la comisaría y pidió que le pasaran con el inspector Vidal. Al otro lado de la línea, la voz del inspector sonó con fuerza.

—Buenas tardes, sargento. ¿Qué tal le fue?... ¿Cómo?... Espere, no se embale...

Lo poco que Pereira le había adelantado por teléfono, había dejado a Vidal sumergido en un mar de dudas. Sustancialmente, lo relatado por el sargento tenía visos de gran alcance, pero faltaban detalles para encajar bien las piezas. La noche ya estaba cerrada y apenas se veía en el despacho, tan absorto estaba en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de ello. Encendió la lámpara de la mesa y miró el reloj: las siete y diez. Pereira le había dicho que llegaría entre siete y siete y media. Mientras esperaba, volvió a pensar en Laura. «Ojalá pudiera verla otra vez antes de irse mañana», pensó mientras garabateaba con su pluma sobre una hoja de papel.

A las ocho menos veinticinco, un Pereira sudoroso con la gabardina colgando del brazo entraba a grandes zancadas en el despacho.

Sentado, respirando con vehemencia, colocó la gabardina en la otra silla. Vidal le ofreció un vaso de agua, que el sargento bebió de un trago.

—Inspector, como le adelanté por teléfono, ya tenemos a la culpable.

—Primero, sargento, relátame con puntos y comas todo lo que ha averiguado. Lo que me contó por teléfono no me acaba de encajar.

Pereira, muy digno, sabiendo el momento de importancia que estaba acaparando, se acomodó en su silla y cruzó los brazos delante del pecho.

—A ver, como le dije, uno de los paisanos del bar reconoció a doña Julia en la foto. Dijo que era hija de uno que apodaban El Zurdo, y que aún vivía una hermana de éste que se llama Cándida. Me dijeron que vivía en una vieja casa a las afueras del pueblo, así que me dirigí hacia allí. La tal Cándida es ya una mujer muy vieja, me dijo que tenía ochenta y ocho años, pero está muy bien. No vea usted cómo se apañaba por la casa y cómo...

—Está bien, Pereira, vaya usted al grano —le cortó Vidal sin miramientos, deseoso de conocer los puntos importantes.

—Bueno, pues le enseñé la foto, y en cuanto la vio reconoció rápidamente en ella a su sobrina. Como le anticipé por teléfono, me dijo que su sobrina se marchó a Madrid después de acabar la guerra. Al preguntarle si se marchó para ganarse mejor la vida en la capital, me contestó que no fue ese el motivo. Ella cosía y bordaba muy bien. «La mejor de Madrigal —me dijo—. Hacía trabajos preciosos». Por lo visto, murió su padre y ella ya no quiso quedarse en el pueblo. Me contó que su hermano, El Zurdo, que se llamaba..., espere... —Pereira miró en su cuaderno—, Atanasio, no levantó cabeza desde la muerte de su otro hijo, que se ahorcó de una viga del granero.

Al preguntarle por qué se suicidó, lo que empezó a contarme me hizo sudar. «Por lo visto —me dijo— se ennovió con una señorita muy rica de Madrid, que era hija de unos marqueses. El chico estaba muy enamorado, tanto que le compró una bufanda de seda preciosa que le costó más de un jornal y que le bordó su hermana, que, ya le dije, era una gran bordadora, con las iniciales del nombre de ella. Pero los marqueses no aceptaron el noviazgo de ninguna manera, aún así, ellos se casaron en secreto y ella quedó embarazada. Como era menor de edad, los marqueses anularon el matrimonio. Luego, la mujer dio a luz y el niño, que por lo visto nació mal, murió, y ella falleció también a los pocos días». Dos meses después, su sobrino José, que no levantaba cabeza desde entonces, se suicidó. Nervioso y con la boca seca, le pregunté si recordaba el nombre de la que fuera mujer de su sobrino, y sin titubear, me dijo: «Sonsoles».

Vidal se revolvía inquieto en su sillón.

—Así que doña Julia es hermana del que fue marido de la hija de la marquesa.

—Está claro como el agua. Por ese motivo entró en la casa, esperando la oportunidad para matarla.

—Y ¿esperó cuatro años para hacerlo?

Pereira miró sorprendido a Vidal.

—¿Por qué dice cuatro años? Este hombre murió en el 36, poco después de comenzar la guerra, eso me dijo su tía. Por lo tanto, hace más de veinte años. Además, doña Julia se marchó a Madrid en el 40.

Vidal miró con asomo de paciencia a Pereira.

—Sargento, hace cuatro años que doña Julia entró a trabajar en la mansión de los Navas, a eso me refería. Si su idea era matar a la marquesa, no es lógico que aguardara cuatro años para cumplir su venganza.

Pereira se quedó pensativo.

—De acuerdo, pero pudo esperar a hallar la mejor oportunidad. Porque, dígame, si no entró allí para matarla, ¿a que narices fue? Y no me diga que no sabía quiénes eran.

—Sí, de eso no me cabe duda. Tuvo que ir con ese propósito. Tal vez esperó a tener buenas referencias para entrar en la mansión y hacerlo con la categoría de ama de llaves. Lo único que no me encaja son esos cuatro años de espera.

—Inspector, no le dé más vueltas. Tenemos a la asesina, todo coincide. Le he estado dando vueltas en el coche mientras regresaba. El nieto pequeño de

la marquesa, Andrés, nos comentó que la había visto salir de la habitación de su abuela la tarde del crimen. Sin duda, fue ella quien cortó el trozo de la bufanda donde estaban las iniciales después de matarla y lo arrojó entre los matorrales para que no pudiéramos relacionarlo. Recuerde la sorpresa que se llevó cuando lo reconoció en el despacho. Y lo más importante, inspector: el móvil. Una venganza calculada y medida.

Vidal, muy serio, meditaba dándose ligeros golpes con su estilográfica en la barbilla.

—Puede que tenga usted razón. Aunque dada la idiosincrasia de la asesinada, cualquiera pudo matarla.

—Sí, también es cierto, inspector, pero las evidencias son contundentes. Además, el crimen era perfecto. Si no hubiera sido el azar que nos hizo dar con el trozo de la bufanda, jamás habiéramos llegado hasta aquí.

Vidal seguía meditando.

—En eso estamos de acuerdo, sargento, pero hay algo que se nos escapa.

—Es sobre la bufanda, ¿verdad?

—Efectivamente. ¿Cómo fue a dar doña Julia con ella? Según nos dijeron, fue un regalo que le había hecho su marido, y ahora usted ha averiguado que fue ella quien bordó las iniciales. Es razonable que siendo así, doña Julia la conociera, pero de ahí, a que la tuviera ella... Además, ¿no recuerda que doña Angustias nos habló que al niño lo enterraron con esa misma prenda?

—Inspector, ese mismo dilema tengo yo, pero tiene que haber una explicación, y esa nos la dará doña Julia.

A las ocho menos veinte de la mañana ya estaba Vidal en la comisaría. La pasada noche apenas pudo dormir; su mente, sumergida en toda clase de divagaciones, casi no había dejado de maquinarse, y lo poco que durmió, lo hizo pesadamente. Ahora, sin embargo, se encontraba muy despierto. Un café cargado y las ganas de volver a oír la voz de Laura le mantenían casi eufórico. De repente, le entró miedo, ¿y si olvidaba llamarle? A fin de cuentas, tampoco sería nada extraño. Él no era más que un simple inspector de policía. Una mujer tan hermosa y de tan alta clase... Pero no, aquella mirada que le dirigió tan llena de fascinación en la cafetería de San Ginés, traspasándole el corazón, le aseguraba que Laura compartía su mismo sentimiento. Se frotó las manos, se atusó el pelo, se colocó el nudo de la corbata y se reclinó en el sillón mirando con avidez el tosco y negro aparato telefónico.

Cuando Vidal descolgó el auricular faltaban cinco minutos para las ocho.

—Buenos días... ¿Inspector Vidal?

La voz nerviosa que sonó al otro lado no era la de Laura Moreno.

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Inspector, soy Jaime, el mayordomo de la mansión de los Navas. Ha sucedido una desgracia.

Vidal enarcó las cejas.

—Dígame, Jaime, ¿qué ha pasado?

—Doña Julia ha sufrido un accidente..., bueno, eso es lo que parece ser.

—¿Qué clase de accidente?

—Se ha caído por la escalera principal.

—¿Se ha lastimado mucho?

—Ha fallecido, inspector, por eso le llamo a usted.

Vidal quedó estupefacto. Durante varios segundos no supo qué decir.

—Inspector, ¿sigue ahí...?

—¿Eh? Sí... Jaime, perdone usted. La noticia me ha impresionado. Pero, dígame, ¿es seguro que está muerta?

—Del todo, inspector. Tiene una brecha enorme en la cabeza, en la parte de atrás. Está todo lleno de sangre. Hemos llamado al médico de la familia, dijo que vendría con una ambulancia, estamos esperándole, pero ya le digo yo que está muerta.

—Entonces, hace poco que ha sucedido...

—No hace ni diez minutos. Precisamente, Carmen, la doncella, pasaba justo por el vestíbulo cuando la vio caer por la escalera.

—Está bien, Jaime. No toquen absolutamente nada. Voy a avisar al equipo forense. Ahora mismo salgo para allá. Si el médico de familia certifica la muerte, que la dejen donde está. Recuerde, no toquen nada.

Tumbada en uno de los divanes del salón azul, doña Angustias era atendida por la condesa de Weymand. Acababa de salir el médico después de haberle administrado un par de calmantes.

—No puedo dar crédito, Mónica. Esto no puede estar ocurriendo... Tantas desgracias juntas. Voy a volverme loca. Pobre doña Julia... —sollozó doña Angustias mientras que su amiga le pasaba la mano por la frente.

—Debes calmarte, querida. Chsss..., no hables. Procura relajarte y dormir un rato.

El equipo forense había acordonado la zona del vestíbulo y estaban desarrollando su labor. El cuerpo de doña Julia, cubierto con un lienzo blanco, se veía al pie de la escalera. Vidal y Pereira observaban cómo el médico forense apuntaba datos en un cuaderno de pastas amarillas. Después, cerró el cuaderno y se acercó a los policías.

—Vamos a ver, la muerte parece ser que se produjo hace como una hora.

—Sí, sobre las ocho menos cuarto. La doncella vio cómo caía el cuerpo de la mujer por la escalera —añadió Vidal con afán aclaratorio.

—Presenta una gran brecha en la cabeza, a la altura del lóbulo occipital, con aplastamiento craneal, lo que creo que le ha causado la muerte instantánea, pero habrá que esperar el resultado de la autopsia.

—Se tuvo que golpear la cabeza con algún escalón al caer —comentó Pereira.

—No hay rastros en ninguno de los escalones —matizó el forense—, sólo salpicaduras de sangre. Por la hendidura de la brecha, pienso que, más bien, fue causada por un objeto pesado y cortante que le causó el tajo y, al mismo tiempo, el hundimiento del cráneo.

Vidal miró al médico forense con el ceño fruncido.

—¿Insinúa que fue golpeada, doctor? —preguntó muy serio.

El médico se quitó las gafas, y, sacándose un pañuelo de su bata blanca, comenzó a limpiarlas.

—Inspector, observe la postura de la fallecida —dijo sin dejar de frotar los cristales de sus lentes—. Como ve, la cabeza la tiene en sentido contrario a los escalones, y su cuerpo está boca abajo, perpendicular a la escalera, lo cual viene a suponer que no cayó rodando por ella.

—¿Quiere decir que bajó las escaleras de bruces? —preguntó Vidal muy interesado.

—Ese es mi criterio. La golpearon arriba de la escalera, se desplomó de frente sobre ella y se fue deslizando hasta llegar al vestíbulo. Mire lo pendientes y estrechos que son los peldaños. Además, los golpes y rozaduras en su cara confirman esta hipótesis.

—¿Que la han matado? —preguntó Pereira sin disimular su asombro.

—Yo juraría que sí, pero para eso están ustedes. Yo ya cumplí con mi deber.

María lloraba sentada y apoyada sobre la mesa de la cocina.

—¡Dios mío! Pobre mujer, morir así... ¡Qué desgracia! —exclamaba sin dejar de sollozar.

—Esta casa está embrujada. Ustedes no me hacen caso, pero yo estoy convencida. —Carmen se agarraba a su argumento—. Desde que empezaron a suceder todas esas cosas, hemos ido de mal en peor. Yo, en cuanto pueda, me voy de esta casa.

—Mujer, no digas sandeces. En todas partes cuecen habas y ocurren desgracias. Todavía has vivido poco, eso es lo que te pasa.

—Usted lo verá así, señor Jaime, pero yo no me apeo de la burra; aquí han echado mal de ojo.

—¡Y dale con la monserga!

—¡Déjala, Jaime! —intervino María—. Tiene razón. Esto ya es demasiado. La pobre doña Julia..., que esta mañana se levantó tan temprano para cortar flores frescas... Dijo que iba a ponerlas en el dormitorio de la señora, a ver si le levantaba un poco el ánimo... ¡Ay, qué desgracia, Señor! —Y volvió a sollozar.

—Sí, es cierto. Andaba animada por el jardín —añadió Pedro con una sonrisa melancólica.

—No se me quita de la cabeza verla aterrizar allí, casi a mis pies.

—Pero ¿viste cómo caía por la escalera?

—Sí, María, vi cómo su cuerpo iba golpeándose con los peldaños. Caía por ellos boca abajo y su cuerpo se amoldaba a los escalones como si fuera una serpiente.

—¡Por Dios, hija! ¡Qué comparación! —exclamó María poniendo cara de repulsa.

—Es que no sé expresarlo de otra manera, jolines. —En ese momento, Carmen rompió a llorar.

—¡Venga, mujer! No llores, anda... —le animó Pedro.

—Ha sido espantoso, créanme, y verla luego allí caída, viendo cómo la

sangre le comenzaba a salir a borbotones de la cabeza...

—Te vas a tomar una tila ahora mismo con una aspirina, y te vas a echar un rato a la cama.

—Pero, María, pueden requerirme...

—Nada, yo me hago cargo. Tú tienes que descansar un rato.

—Vale, pero no me voy a mi cuarto. Me quedo aquí.

—Pues que Pedro te traiga la mecedora del garaje y te echas en ella.

Juan entraba en ese momento en la cocina.

—¿Qué tal están arriba, Juan? —preguntó María al verle entrar.

—Mal. Ya me dirán. Doña Angustias está con la condesa en el salón azul. Le han dado unos calmantes. En el salón de juegos están todos los demás reunidos. Les he llevado las bebidas que me dio usted, señor Jaime.

—¿Ya han terminado los forenses?

—No, pero creo que les debe de quedar poco. Ahora andan los policías por el medio.

En ese momento, sonó un agudo timbre.

—Es la puerta principal —dijo Jaime—. Voy para allá. —Y salió con paso ligero de la cocina.

Cuando el mayordomo llegó al vestíbulo, ya habían abierto la puerta al juez. Vidal le puso al corriente de lo acontecido y el médico forense le dio explicaciones sobre las primeras apreciaciones encontradas en el examen de la víctima, lo que le hizo certificar el fallecimiento por muerte violenta. Echó un vistazo al maltrecho cuerpo de doña Julia, preguntó al inspector Vidal si se habían llevado a cabo todas las diligencias precisas, y al recibir respuesta afirmativa, dio el visto bueno para el levantamiento del cadáver. Poco después, el cuerpo de doña Julia salía en el furgón fúnebre con dirección al Instituto Anatómico Forense.

—Inspector, estoy muy desconcertado. Ahora mismo tengo la mente en blanco, y lo que más me intriga es la deducción del forense, pues, según él, la muerte de doña Julia no ha sido un accidente. Menudo enredo, porque si es así... ¿qué hacemos ahora?

—Sinceramente, Pereira, no lo sé. Estoy tan perplejo como usted.

—Pero tuvo que ser doña Julia quien mató a la marquesa.

Vidal levantó los ojos y tomó aire con fuerza.

—Eso creíamos, Pereira, pero ahora ya no estoy tan seguro. Repentinamente, sargento, todo se ha dado la vuelta.

Cuando los dos policías entraron en el salón de juegos, donde se había

reunido la familia, a excepción de doña Angustias y la condesa de Weymand, Vidal buscó con los ojos a Laura. La vio sentada al fondo junto a su hermano, su semblante era sombrío y un halo de tristeza parecía rodearla.

—Buenos días, ante todo, decirles que lamentamos enormemente la muerte de doña Julia... en circunstancias tan terribles. —Sus ojos no se apartaron un solo instante del rostro de Laura.

—Gracias, inspector. Ha sido un accidente que nos ha pillado a todos por sorpresa, y en momentos tan tristes para la familia —pronunció don Alejandro con voz cansada pero firme.

—Así es, y siento mucho tener aún que añadir más dolor con lo que les voy a decir.

Estas palabras de Vidal desconcertaron a todos los presentes.

—¿Qué nos quiere decir, inspector? —preguntó Andrés.

—No me andaré con rodeos. Según el primer dictamen del médico forense, parece ser que la muerte de doña Julia no la provocó su caída por la escalera.

La perplejidad fue unánime en todos los rostros.

—Presentaba una gran brecha en la parte occipital de la cabeza con aplastamiento de cráneo —prosiguió Vidal—, que, según el forense, como les digo, cree que fue causada por un objeto pesado y afilado. Estamos a la espera de la autopsia; si esto se confirmara, tendremos que abrir investigación por asesinato.

—¡Dios mío! —exclamó don Alejandro, que, aparentemente exhausto, se dejó caer sobre un sillón.

—Pero ¿estás seguro? —preguntó Laura, que, ante la emoción del momento, le tuteó.

—Ya les digo que es la percepción del médico forense, aunque, lamentablemente, los forenses no suelen equivocarse en estas cosas. Claro que hay que esperar a la autopsia, como les dije.

—Pero ¿quién iba a querer matar al ama de llaves? Es una locura... —dijo el conde de Weymand con su marcado acento inglés.

—Tal vez se había enterado de quién asesinó a la abuela y por eso la mataron.

—Pero ¿qué dices, Andrés? —le reconvino su padre.

—Tío, no es ninguna tontería —intervino Tomás—, si efectivamente ha muerto asesinada, ese sería un buen motivo, ¿no es cierto, inspector?

Vidal no quiso entrar en el debate, y, sagazmente, cortó el tema.

—Bueno, por el momento no hagan elucubraciones. Vamos a esperar al

resultado de la autopsia. Sólo quería hacerles partícipes de estas deducciones.

Cuando iba a abandonar el salón, se volvió repentinamente.

—¡Ah! Me dijo el mayordomo que fue la doncella quien vio cómo caía la fallecida por la escalera.

—Así es. Menudas voces daba la pobre chica —aclaró Laura, y le lanzó una expresiva mirada—. Inspector, mi hermano y yo pensábamos irnos esta misma mañana para Valencia, de hecho ya nos íbamos a marchar cuando ocurrió la tragedia. Si cree conveniente que nos quedemos unos días más, lo haremos..., lo digo por eso de la investigación.

Vidal sintió que le latía con más fuerza el corazón.

—A priori no sería necesario, pero, claro, si resulta ser un crimen, y estando ustedes en el lugar del suceso, habría que citarles para ser interrogados.

—¿Cree entonces mejor que esperemos unos días?

—Depende de su voluntad o de sus obligaciones, no sé decirle... Si pueden, mejor es que se quedaran, pero ya le digo que es decisión de ustedes.

—Gracias, inspector. Lo hablaremos.

—Ahora que comentamos esto, me gustaría saber qué personas se encontraban en la mansión esta mañana cuando ocurrió el suceso.

—Pues, mi mujer, los condes de Weymand, mi hijo Andrés y mis sobrinos Laura y Tomás... y yo, claro está —señaló don Alejandro.

—En cuanto al servicio, ¿estaban todos también en la casa?

—Sí. No creo que esté ninguno de vacaciones, pero eso es mi señora quien lo sabrá.

—No se preocupe. Bueno, hoy no estaremos mucho tiempo más por aquí. Les dejaremos descansar.

Vidal y Pereira salieron al jardín. Era una mañana soleada y apetecía dar un paseo entre aquella frondosidad tan bien cuidada. Durante un rato se mantuvieron los dos hombres en silencio. Vidal daba profundas caladas a su cigarrillo con la mirada dirigida al terreno, en actitud muy pensativa.

—Inspector, me siento como si de repente me hubieran metido en un laberinto y no fuera capaz de hallar la salida. El asesinato de doña Julia me ha dejado noqueado. Porque después de lo visto y de la opinión del forense, no me cabe duda de que la han matado.

Vidal fumaba y a la vez escuchaba el comentario del sargento sin levantar la vista del suelo.

—Pero ¿quién pudo matarla? —Pereira continuaba con su exposición. —

Ninguno de los que estaban en ese momento en la casa están dentro de la lista de los más sospechosos. Si descartamos a Luis Moreno, su hermana Amelia y el esposo de esta, Leopoldo Beltrán, que no se encuentran en la mansión, ¿hacia dónde miramos? Estamos peor que al principio, inspector.

Vidal dio una última calada a su cigarrillo, tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie.

—No se desanime, sargento —dijo poniendo su mano sobre el hombro de Pereira—. Por lo menos ahora podemos descartar a esos tres del asesinato de doña Julia. Mire el lado positivo.

Pereira sonrió.

—Bueno, no deja de ser un consuelo —afirmó antes de dar una patada a la colilla aplastada por el pie de Vidal—, pero ahora ya no podemos asegurar que doña Julia asesinó a la marquesa.

—Tampoco se puede decir lo contrario, pero yo estoy empezando a manejar otra hipótesis.

Pereira miró interesado a Vidal a la espera de que desarrollara esa nueva idea.

—Vamos a suponer, y todo es una suposición, que no fuera doña Julia quien mató a la marquesa, pero fuera cómplice.

—Espere, no le sigo bien —alegó Pereira confundido.

—A ver, sargento. Doña Julia tenía motivos para asesinar a la marquesa, eso ya lo hemos comprobado, pero no olvide que también son muchos más los que deseaban su muerte. Por circunstancias que desconocemos, otro miembro de la casa pudo cometer el crimen con la complicidad de doña Julia.

Pereira estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Usted piensa que el ama de llaves, que guardaba un odio de venganza contenido, pudo aliarse con alguien de la casa para cometer el crimen pero que ella no la estranguló?

—Así es. Porque además nunca me encajó el hecho de que una mujer tan menuda y frágil pudiera estrangular a una mujer como la marquesa de Navas, que era anciana, pero mucho más corpulenta que doña Julia y con una fuerza multiplicada por su mal genio. Si lo piensa, sargento, es poco factible.

—Tiene usted razón en esto último. Su idea no es nada peregrina. Tal vez doña Julia participó en el crimen, distraendo a la marquesa, o la sujetó mientras la estrangulaban... ¡Vaya usted a saber! De ahí que la viera Andrés Moreno saliendo del dormitorio de la marquesa la tarde del suceso. El otro asesino podría aún seguir dentro. Posiblemente, cogieron la bufanda de su

mismo armario para estrangularla, luego, doña Julia la reconoció, y para no dar lugar a levantar sospechas, cortó el trozo con las iniciales. Me encaja.

—Después, el otro asesino pudo verse chantajeado o tuvo temor de que doña Julia pudiera confesar el crimen, y se la quitó del medio.

—Totalmente razonable —aseguró Pereira oscilando afirmativamente la cabeza.

—Es esto o pensar que doña Julia nada tuvo que ver en el crimen; que descubrió al asesino y ante el miedo de éste a verse descubierto, la mató intentando fingir un accidente. Pero la golpearon con contundencia, lo cual nos lleva también a deducir que quien la mató tiene considerable fuerza.

—Sea esta deducción acertada o no, lo que sí sacamos en conclusión es que quien mató a la marquesa también mató al ama de llaves.

Vidal miró a Pereira sonriendo.

—Totalmente conforme, sargento.

Jaime se percató de que el atizador de la chimenea del salón rojo no se encontraba en su sitio.

—Carmen, ¿viste el atizador de esta chimenea? —preguntó a la doncella que se encontraba limpiando en el mismo salón.

—No. Para nada. Además, ya sabe usted que yo no ando en las chimeneas. Eso es cosa suya y de Juan.

—Bueno, luego le preguntaré a Juan, a ver dónde lo ha metido. Tú ¿qué tal te encuentras?

—La verdad es que mejor. Me hizo bien descansar un rato. Ya le agradecí a Juan que limpiara todo el vestíbulo, yo no hubiera podido.

—No te apures, mujer. No hizo falta que nadie se lo pidiera, ya sabes cómo es el muchacho.

—Sí, es un solete. Pobre doña Julia. Señor Jaime, estuve antes en el salón de juegos recogiendo un poco por encima, pues los señores siguen todos allí, y les escuché hablar, así por encima.

—No deberías.

—Pero no pude evitarlo, ya sabe además que yo soy muy discreta.

—Eso es verdad. Y bien..., ¿qué fue lo que oíste?

—Pues que hablaban como si doña Julia hubiera sido... asesinada.

Jaime miró fijamente a la doncella.

—¿Estás segura?

—Bueno, no oía muy bien, pero sí escuché al señorito Andrés claramente decir que sólo les faltaba otro crimen más en la casa.

El mayordomo se quedó muy pensativo.

—Está bien —dijo finalmente—, tú no comentes nada. Ni a mi mujer ni a nadie. ¿Entendido?

—No se preocupe. No diré nada.

Vidal decidió no hacer indagaciones hasta tener el resultado de la autopsia, que le aseguraron que estaría dentro de las siguientes cuarenta y ocho horas. Aunque todo revelaba que el ama de llaves había sido golpeada con un objeto, no creía conveniente acelerar la investigación. Así, a las doce de la mañana, decidió abandonar la mansión. Poco antes había conseguido hablar a solas con Laura. Fue una conversación muy breve, pero lo suficiente para saber que se quedarían hasta el jueves. Esta noticia le causó gran alegría, sobre todo al contemplar la ilusión con que Laura se lo comunicaba. Por otra parte, sería al día siguiente cuando se abriría el testamento de la difunta marquesa. No tuvo, en un primer momento, intención de asistir, puesto que, luego, si hubiera interés para la investigación, podría acceder a una copia del mismo; sin embargo, ahora sí habría un buen motivo: volver a ver a Laura. Con esta idea, anunció a don Alejandro su presencia al día siguiente en la apertura de las últimas voluntades de la marquesa de Navas.

Ya abandonaban ambos policías la casa y subían al coche cuando Jaime llegó un poco agitado.

—¡Inspector! —llamó haciendo señas con la mano.

Los dos hombres se quedaron a la espera de que se acercara el mayordomo.

—Perdonen que les entretenga —se excusó Jaime jadeante al llegar a su altura—, pero creo que deberían saber algo.

—¡Adelante! ¿Qué nos quería decir? —animó Vidal al mayordomo.

—Me informó Carmen, la doncella, de que escuchó de casualidad hablar a los señores sobre la muerte de doña Julia. Por lo visto, asegura que oyó cómo decían que podía haber sido asesinada.

Vidal miró a Jaime con cierta sorpresa. No dejaba de extrañarle el comentario, conociendo la discreción del mayordomo.

—Bueno, eso tiene que decirlo la autopsia, pero sí, es más que posible.

El mayordomo se acercó un poco más a Vidal.

—Pues bien, inspector, no encontramos por ninguna parte el atizador de la chimenea del salón rojo. Es como si se lo hubiera tragado la tierra, y créame que es una herramienta que no pasa desapercibida.

Ante esta noticia, Vidal y Pereira volvieron a entrar en la casa. Ya en ella,

Jaime les mostró un atizador que tomó de uno de los salones.

—Observe, inspector. Es exactamente igual a este.

Vidal cogió el hierro y comprobó que tenía un elevado peso. Con una altura aproximada al metro, terminaba en un largo pincho curvo. Tenía el aspecto de un garfio aunque mucho más ancho y contundente.

—Desde luego, esta puede ser un arma mortal —concluyó Vidal, y le pasó el atizador a Pereira.

—Creí que debía decírselo —dijo el mayordomo en voz baja.

—Ha hecho usted muy bien, Jaime. Me dijo que faltaba en el salón rojo, ¿no es así?

—Así es. Lo eché en falta esta mañana.

—¿Todos los días suelen usar los atizadores?

—En invierno, siempre. Se encienden las chimeneas sobre las siete de la mañana y luego se atiza el fuego varias veces al día.

—Es decir, que ayer estaba en su sitio.

—Sin duda. Y esta mañana prendió Juan con Pedro, el jardinero, las chimeneas de los tres salones, del despacho, del comedor y de la biblioteca. Me ha asegurado Pedro que estaban todos.

—¿Y lo hicieron antes de las ocho de la mañana?

—Sí, serían las siete y cuarto, aproximadamente. Lo sé porque les vi llegar con el carbón y la leña.

Vidal se quedó un momento pensativo.

—¿No se le ocurre pensar un lugar donde pueden haber dejado el atizador? —preguntó sin dejar de meditar.

—He estado mirando junto a Carmen en las demás chimeneas. Incluso en la carbonera... y nada.

—Y ¿un lugar donde pudiera quedar escondido?

Aquí, Jaime tardó más en contestar.

—No sé qué decirle, la casa es muy grande...

Vidal se rascaba el mentón.

—¿Hay algún armario o mueble en el pasillo de la primera planta?

Jaime pensaba.

—A ver —dijo rascándose la cabeza—. Hay unos muebles, pero son vitrinas con puertas de cristal. Un par de bancos de madera en cada ala, pequeñas mesitas y..., ¡espere! Al fondo del ala izquierda hay un enorme bargueño de madera labrada, muy antiguo. Allí se guardan candelabros y velas, para cuando hay apagones, y muchos más trastos.

Con paso rápido subieron los dos policías hasta el primer piso. Como les había indicado Jaime, al fondo del pasillo izquierdo se hallaba el enorme baúl.

—Menuda joya —dijo Pereira al contemplar el fantástico arcón.

Con algo de esfuerzo, levantaron la pesada tapa.

Cuando Jaime, arrastrando los pies, llegaba a su altura, Vidal sostenía en su mano derecha con un pañuelo un atizador cuyo extremo inferior estaba cubierto de sangre seca, trozos rosados de carne y varias hebras de pelo negro.

Envuelto con cuidado en una tela blanca e introducido en un saco de harpillera, Vidal colocó el atizador en el maletero de su coche y salieron hacia la comisaría Central.

—Ya no hay duda, inspector. —A Pereira se le veía satisfecho—. Menudo golpetazo recibió la pobre mujer con ese hierro. Y ¿cómo supo usted que podía hallarse escondido en la primera planta? Ha sido increíble lo rápido que fue a dar con él.

—Me acordé de que cuando doña Julia caía por la escalera, la doncella la vio caer desde el vestíbulo y chilló; por lo tanto, su asesino, al no poder descender en ese momento, se quedó arriba con el arma homicida. Tuvo que buscar un lugar cercano para esconderla y así, cuando tuviera ocasión, limpiarla y volverla a dejar de nuevo en su sitio.

—Y nosotros nos adelantamos. Buena cara pondrá cuando vaya a por el atizador y no lo encuentre.

—Espero que el mayordomo pueda desempeñar bien su papel de espía.

—Seguro, inspector. Recuerde la cara que puso cuando usted le pidió que estuviera atento por si veía acercarse a alguien al arcón.

Vidal mostró una gran sonrisa.

—Sí, es cierto. Parece que le agradaba la idea, incluso me dijo que iba a procurar estar todo el mayor tiempo posible por el vestíbulo; así, en cuanto viera subir a alguien, le seguiría.

—Se le veía con afán de colaborar. Ojalá que su idea funcione.

—Es una baza a jugar. Contemos con que el asesino vuelva a por el atizador.

—¿Piensa usted que tal vez no lo haga?

—Si algo sospechara, seguro que no volvería a por él. Confiemos en que no nos haya visto ni oído.

Aquel miércoles nueve de enero había amanecido encapotado. Durante toda la mañana amenazó con llover, pero finalmente la lluvia no hizo acto de presencia, así que bajo un cielo plomizo Vidal y Pereira se dirigían a la mansión de los Navas.

—¿No vamos demasiado pronto, inspector? Voy con la comida casi en la garganta.

—Mire que le gusta ser puntilloso, sargento.

—Sí, pero la reunión con el notario no es hasta las seis, y son las tres y

cuarto.

—Mejor es llegar con tiempo, además estoy algo ansioso por saber si el mayordomo ha descubierto algo.

—Pero le dejó su teléfono y quedó en llamarle. Si hubiera pasado algo, le habría llamado.

—Deje de sacar punta al lápiz, sargento. Se acabó la perorata.

Pereira, haciendo un mohín con los labios, calló y se puso a mirar por la ventanilla. Vidal, mientras tanto, volvía a concentrarse en la imagen de Laura. Ese era el motivo para llegar cuanto antes a la mansión: estar con ella todo el mayor tiempo posible. Ojalá pudiera desprenderse durante un rato del pesado de Pereira, pues se moría de ganas por tenerla cerca e intentar acariciar su mano. Desde el encuentro del lunes, casi no había pasado un minuto sin que llenara su mente, incluso concentrado en otras cosas la tenía siempre allí, muy cerquita. Y aquella sensación, toda lo contrario a la angustia, le llenaba de paz y se expandía por su interior como un mar de júbilo que le hacía sentirse realmente bien. Ahora comenzaba a comprender lo que significaba estar de verdad enamorado. Ese sentimiento, que siempre dudó que existiera, se había apoderado de él y era tan hermoso, tan real y al mismo tiempo tan mítico, que lucharía por defenderlo y conservar su magia hasta el último aliento de su vida.

María estaba terminando de fregar la vajilla junto con Carmen, cuando doña Angustias entró en la cocina. Con el rostro cubierto de una profunda tristeza, donde destacaban las marcadas ojeras que pretendían disimular el maquillaje, la hija de la difunta marquesa de Navas pidió a Carmen que localizara a Pedro y a Jaime. Una vez llegaron estos, rogó a Carmen que saliera un momento y, ya a solas con los tres sirvientes, tomó asiento y les invitó a que lo hicieran ellos también.

—Supongo que estarán enterados de que esta tarde se abrirá el testamento de mi difunta madre. El motivo de reunirles es, siguiendo las instrucciones del notario, informarles de que deben estar presentes en la lectura del mismo.

—¿Nosotros? —Pedro dejó caer la pregunta.

—Efectivamente, ustedes tres. No les puedo decir otra cosa. La reunión se llevará a cabo en el despacho a las seis de la tarde. A parte, quiero pedirle, María, que disponga de una pequeña merienda que se servirá, Jaime, en el salón azul una vez finalizada la reunión.

—Perdón, señora, ¿para cuántos he de preparar la merienda?

La pregunta de María dejó por un momento desconcertada a doña

Angustias.

—Déjeme contar... No sabría decirle... Unos diez...

Jaime intervino.

—¿Qué le parece, señora, si calculamos doce invitados? Y no se preocupe, yo estaré al tanto para que todo resulte perfecto.

—Gracias, Jaime. No saben cómo echo en falta a doña Julia. Ha sido otro golpe terrible —terminó sollozando.

No hacía ni dos segundos que doña Angustias había abandonado la cocina, cuando María, muy nerviosa desde que su señora les había dado la noticia, disparó a bocajarro.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá dispuesto esta mujer? ¿No nos echarán...?

—Tranquila, María. Si nos nombra en su testamento dudo que sea para algo malo.

—Dios te oiga, Pedro, pero yo ya me espero cualquier cosa. —Y, diciendo esto, se santiguó.

Cuando los policías llegaron a la mansión acababan de dar las cuatro y diez, las nubes casi habían desaparecido y un brillante sol dibujaba sombras en el paisaje.

—Bien que ha corrido, inspector —comentó Pereira al tiempo que cruzaban la verja de la finca.

—Casi no había tráfico, y ya sabe que esta carretera no es mala —aludió Vidal con alegre semblante.

Minutos después, Vidal aparcaba el coche al fondo del lateral derecho de la mansión, entre la cochera y las dependencias del servicio.

—¿Por qué dejamos aquí el coche? —fue la pregunta de Pereira y que Vidal ya esperaba.

—Quiero ver al mayordomo antes de nada.

—Pero..., no lo entiendo. Es él quien abre la puerta principal.

Vidal lanzó a Pereira tal mirada que canceló cualquier otro comentario del sargento.

Según avanzaban hacia la puerta de acceso a la cocina, sentada en un banco del parterre, de espaldas al sol, Vidal atisbó a Laura que leía un libro. Tal y como le había dicho por teléfono momentos antes de salir, allí estaba aguardándole.

—Pereira, entre usted primero, voy a hablar un momento con Laura Moreno, y no haga ningún comentario al respecto.

Ante la severa mirada de Vidal, el sargento dio su conformidad con un

movimiento de cabeza y se dirigió hacia el interior de la casa.

Al verle llegar, Laura sonrió abiertamente.

—¡Qué puntual! Me dijiste a las cuatro y media y aún faltan cinco minutos...

La voz cantarina de la mujer le pareció a Vidal más atractiva que nunca.

—He venido volando.

—¡Qué exagerado! —exclamó ella riendo.

Vidal tomó asiento a su lado.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó, y se acercó un poco más.

—¡Oh! Es una novela policiaca que me ha dejado mi primo Andrés. Le encanta el género —añadió.

—Te llevas muy bien con tu primo, ¿no?

Laura le miró sonriente.

—¿No estarás celoso?

—Pues sí —repuso Vidal de inmediato—. Tengo celos de tu primo, de ese libro que lees, de este banco que te arropa... Hasta del aire que respiras tengo celos.

Laura rió abiertamente.

Vidal le tomó una mano, no pudo evitarlo.

—Mira, Laura, no sé qué sentimientos guardas hacia mí, pero yo no veo más rostro que el tuyo desde el otro día. Me he enamorado, y sé que te parecerá una locura cuando apenas nos conocemos, pero esta llama que abrasa mi corazón me empuja a decírtelo. Lo entenderé si tú no sientes lo mismo por mí, pero mañana te vas y no podía dejarme este sentimiento dentro.

Laura le miraba a los ojos. Una leve sonrisa se marcaba en sus labios. Vidal continuaba hablándole.

—Sé que ahora soy poca cosa para ti, pero en dos o tres años puedo llegar a comisario y podré ofrecerte más. Incluso pediré el traslado a Valencia, no creo que tarden mucho en dármelo. No soy nada exigente, de verdad, me conformo con poco y...

Laura no le dejó concluir la frase. Dejó el libro sobre su falda, le rodeó el cuello con sus brazos y sus labios se unieron en un beso que encerraba la mejor y más pura declaración de amor. Un viento frío meció algunas ramas y el libro resbaló por la falda de Laura, que cayó al suelo sin que ninguno de los dos se diera cuenta de nada.

Jaime no había visto a nadie acercarse al bargueño. Claro que, como había

confesado el mayordomo, no había podido estar todo el tiempo de vigía en el vestíbulo. A Vidal le hizo gracia el término de *vigía* que usó Jaime, seguro que recordaba su paso por el servicio militar. Sin embargo, le aseguró que seguiría al acecho.

A las cinco y media ya estaban casi todos los convocados en la casa. Sólo faltaban el notario, el albacea y la priora del convento de las descalzas, que vendrían juntos según había informado el notario.

Doña Angustias, vestida con un traje negro de dos piezas, lucía exclusivamente sobre su cuerpo un collar de perlas de una sola vuelta. Se encontraba sentada junto a sus amigas, Mónica y Asunción, en el salón rojo. El resto se hallaba reunido a la espera del notario en el salón azul.

—Me dio mucha alegría cuando te vi en el cementerio, querida. De verdad que fue emocionante verte allí, Asunción.

—En cuanto me enteré de la muerte de tu madre ya dispuse todo para venir. Figúrate, pensaba que le habían dado tierra ya, y cuál fue mi sorpresa cuando leí que se enterraba el día siguiente de mi llegada.

—Lo supiste por el notario, supongo. Me dijo que se pondría en contacto contigo.

—Así fue. Recibí un telegrama. Me quedé lívida al leerlo, pues en él me indicaba la muerte de tu madre por asesinato.

—Qué poco tacto tiene este hombre. Parece mentira que sea notario —comentó Mónica indignada.

—Ya es muy mayor. Desde hace muchos años lleva todos los temas notariales de la familia —intercedió doña Angustias en claro asomo de disculpar la actitud del notario.

—Me extrañó que mi madre te nombrara en su testamento, Asunción. Ya sabes cómo era, espero y deseo no encontrarnos con una mala sorpresa.

Doña Asunción miró a su amiga con ternura y cierta sombra de amargura en los ojos.

—No te preocupes, querida. Hay cosas que desconoces y me siento enormemente culpable por no haberlas puesto antes en tu conocimiento, pero no podía hacerlo.

—Doña Angustias miraba a su amiga completamente perpleja.

—¡Por Dios, Asunción! ¿A qué cosas te refieres?

En ese momento, Jaime entró en el salón rojo.

—Perdonen que las interrumpa. Señora, el notario ya ha llegado. Están todos aguardando en el despacho.

A pesar de que en el despacho había dos cómodos sofás, doña Angustias había determinado que, a parte del notario y el albacea, los cuales ocuparían los sillones colocados detrás de la mesa, el resto permanecería sentado en una serie de sillas distribuidas en fila a lo largo de la amplia sala.

Fueron tomando asiento de forma aleatoria, aunque los tres sirvientes, sin que nadie se lo señalara, ocuparon las sillas de la última fila, junto a Vidal y Pereira. Vidal comunicó al notario la intención de estar ambos presentes en la lectura del testamento y éste, por su parte, dijo no tener objeción alguna.

Durante unos diez minutos, el notario estuvo leyendo sobre disposiciones y temas legales antes de entrar en materia. A continuación, se dispuso a leer la parte donde se nombraba a los herederos y el porcentaje de herencia correspondiente a cada uno. Los primeros en ser nombrados fueron Jaime y María, mayordomo y cocinera de la testadora. Los presentes escucharon cómo el notario leía que se les otorgaba una renta vitalicia, en conjunto, de treinta y cinco mil pesetas anuales, en agradecimiento a los años de servicio prestados, destacando su buen hacer y disposición, que comenzarían a percibir en el momento de cumplir los sesenta y cinco años el mayor de ambos, siguieran o no al servicio de la casa. Asimismo, con los mismos requisitos, a Pedro, su fiel jardinero, se le concedía otra renta vitalicia de veinte mil pesetas anuales. María, que no podía dar crédito a lo escuchado, soltó un ahogado grito, llevándose la mano a la boca. Vidal, sonriente, miró a la cocinera y le guiñó un ojo. «Desde luego —pensó— eso es casi la mitad de lo que yo gano al año». Parecía ser que la marquesa no era tan perversa, o, por lo menos, eso parecía demostrar en su testamento al acordarse de su personal de servicio. A la Parroquia de San Pascual, continuaba el notario, se le concedía el dinero que precisara para llevar a cabo las obras de ampliación del convento y restructuración del viejo cementerio. Al Convento de las Descalzas, un donativo de cien mil pesetas para obras de beneficencia y celebración de misas perpetuas para su eterno descanso. De todas estas disposiciones iba tomando buena nota el albacea. A Asunción Alcázar se le otorgaba la cantidad de cien mil pesetas por los servicios prestados, sin aclarar más. Llegado a este punto, el notario extrajo un sobre cerrado y sellado de un color amarillento de su portafolio. Se lo mostró al albacea, y, a continuación, cortó los sellos y abrió el sobre. Todos le miraban con cierta expectación.

—He de comunicarles que esta última disposición leída fue realizada y añadida al testamento por la testadora el 15 de enero del pasado año, 1956. Con ella me entregó este sobre pidiendo que se abriera después de su muerte y se leyera su contenido ante todos los presentes.

Con un silencio sepulcral, todos aguardaban la lectura de la enigmática carta.

Carraspeando, el notario se ajustó bien las gafas, y, con voz algo temblorosa pero de entendible tono, comenzó a leer.

Si se está leyendo esta confesión es porque yo, Micaela Orcajada Valdés, marquesa viuda de Navas, he dejado de existir. Esta es la orden que dejo a mi notario para que así se cumpla.

El treinta de julio de 1936, mi hija Sonsoles Navas Orcajada dio a luz un niño en nuestra residencia de Aranjuez. A los ocho días, por graves problemas en el parto y por el dolor que le provocó el deceso de su hijo a las pocas horas de nacer, murió ella también. La contienda militar, ya comenzada, evitó que se pudieran llevar a cabo en todo su rango las exequias requeridas. Así fue como quedó dicho y escrito.

Pero esta no es la verdad de lo que ocurrió. La verdad es otra que, ahora, después de mi muerte, he decidido confesar porque no quiero llevarme al otro mundo el terrible peso de culpabilidad que he tenido que soportar en éste.

Mi hija Sonsoles se casó a escondidas con un vulgar mozo, natural de Madrigal de las Altas Torres, un pueblo de Ávila, siendo todavía menor de edad. Cuando nos dio la noticia, su padre y yo nos llevamos un gran disgusto, máxime al saber que estaba embarazada. Al ser menor de edad, pudimos deshacer el matrimonio y alejar de su lado a aquel, sin duda, aprovechado. Cuando dio a luz me encontraba yo sola con mi hija en la casa, más una interina del pueblo y el jardinero. El resto de la familia había partido una semana antes a San Sebastián para alejarse de los graves disturbios que se estaban produciendo al principio de la contienda en esta zona. Nos quedamos nosotras porque la debilidad extrema de mi hija no aconsejaba para nada hacer tan largo viaje. El parto vino mal, el médico llegó demasiado tarde y mi hija perdió mucha sangre. Nació la criatura, pero el estado de Sonsoles, tras el parto, era ya de tan extrema gravedad que el médico me quitó toda esperanza de que pudiera sobrevivir. Me cegué por la rabia, miré al niño que dormía al lado de mi pobre hija y el odio me reconcomió. Aquel pequeño ser era el culpable de que mi adorada Sonsoles muriera. A punto estuve de cometer una locura, pero al cogerlo, abrió los ojos y, aunque sé que no me veía, aquella mirada me turbó e hizo que rompiera a llorar. Alejé aquel horrible pensamiento, y pensé en otra manera para hacer desaparecer aquel ser de nuestra vida. Dando vueltas, recordé a una vieja amiga de Sonsoles: Asunción; sabía que vivía en Madrid, y, aunque le tenía prohibida la entrada en casa por ser ella encubridora de la funesta relación de mi hija con aquel inútil, era una mujer fuerte y segura, que adoraba a Sonsoles. Busqué en la agenda de mi hija y conseguí su teléfono. Por suerte, estaba en Madrid y le rogué que viniera. Le conté el mal estado en que se hallaba Sonsoles y que deseaba verla. Al principio, reacia por los disturbios, se negó, pero, finalmente, y ante mi insistencia, accedió a venir. Al día siguiente llegó Asunción. Le planteé mi plan, que escuchó y, al principio, se negó en redondo a participar en él, pero yo sabía algo que ella quería ocultar por todos los medios. Sabía, porque se lo había oído decir a Sonsoles, que un hermano suyo era falangista y había participado en el asesinato del teniente Castillo pocos días antes de comenzar la guerra. Estaba escondido en una granja cercana a Colmenar. Recuerdo la cara de Asunción al verse amenazada con denunciar a su hermano si no me ayudaba a llevar a cabo mi plan. Acorralada, no tuvo más remedio que ceder. Fingimos que el niño había muerto a las pocas horas de nacer. Pedro, mi jardinero, se acercó a Chinchón y se trajo una caja mortuoria blanca de la funeraria. Metí en ella sólo unas sábanas

blancas, y le dije a Pedro que abriese una fosa al fondo del jardín, que era la zona más húmeda, y que enterrara allí al niño. Nada sospechó mi fiel jardinero, y siempre pensó que allí reposaban los restos del hijo de su querida Sonsoles, que tanto adoraba. Pero aquel niño había salido la tarde anterior dentro de un cesto en un coche conducido por Asunción. Llamé al párroco de San Pascual y le anuncié la muerte del recién nacido y su enterramiento en la finca. Dijo que no era un proceder cristiano, pero le convencí, a mi manera, asegurándole que finalizada la contienda, se le daría cristiana sepultura. Seis días después murió Sonsoles, y, sin ceremonia de ningún tipo, la enterré en Aranjuez, en el cementerio de San Pascual. Cuando terminó la guerra, empecé a iniciar los trámites para trasladar sus restos a nuestro panteón en San Isidro. Se procedió a hacer también el traslado de los restos del niño. Pedro recordaba bien el lugar, además había sembrado flores a su alrededor. Se retiró la húmeda tierra, pero sólo lograron encontrar algún que otro trozo de madera carcomida y restos de tela ennegrecida. El tiempo y la humedad habían hecho estragos. Así quedó escrito en el informe. Se compró una pequeña urna donde se guardaron los pocos restos hallados y se depositaron dentro del sarcófago de la madre.

Algunos años después, supe que mi otra hija, Angustias, había retomado la amistad con Asunción. Sentí temor de que pudiera contarle algo, aunque esa duda se alejó de mí enseguida. Ella era tan culpable como yo, por lo menos, participó en ello, y descubrirme a mí era descubrirse a sí misma. Así fueron pasando los años. Sin embargo, después de que sufrí una grave recaída que me mantuvo varios meses encamada, sentí la necesidad de saber qué había sido de aquel niño. La llamé por teléfono y se extrañó muchísimo de mi llamada. Al principio la noté muy reservada, incluso huidiza. Le tuve que prometer que no era por nada malo, sólo quería saber dónde le dejó y si tenía algún contacto con él. Finalmente me confesó haberlo dejado a las puertas de un convento de monjes en un pueblo de Zamora. En ese convento murió un tío suyo poco antes de la guerra. Era fraile, y solía ir a visitarle a menudo, por eso decidió dejarle allí, pero nunca supieron los monjes que lo había llevado ella. Acabada la guerra, me dijo que había sentido necesidad de volver al convento para saber del niño. La conocían los frailes, así que no les extrañó verla por allí. Me dijo que cuando lo vio, sintió ganas de llorar, que estaba precioso, muy rubito, como Sonsoles, con unos ojos azules que se le salían de la cara. Tanto se la recordaba que continuó visitando el convento muy a menudo, y así, el niño, al que bautizaron como Juan, la empezó a llamar madrina.

En este momento, el notario fue interrumpido por diversas exclamaciones. María había comprendido en ese momento que Juan, el mozo del comedor, era, sin lugar a dudas, el nieto *muerto* de la marquesa de Navas.

El notario mandó guardar silencio para continuar con la lectura.

Comprendí que Asunción estaba ya muy ligada al muchacho, y le hice la advertencia de que bajo ningún concepto debía saber la cuna de donde procedía, no me iba a meter en el grado de cercanía que quisiera ella tener con él, pero él debía ignorar totalmente nuestra existencia. No quería verme involucrada, después de tantos años, en tener que dar explicaciones, poniendo además en peligro mi honorabilidad. El asunto quedó zanjado. Sin embargo, me siguió reconcomiendo día tras día la idea de esconder en la burbuja del olvido el fruto de mi adorada hija. Ella hubiera amado y defendido a su vástago con uñas y dientes.

Sé que me queda poco tiempo para rendir cuentas, y si me tengo que reencontrar con mi hija, por lo menos quisiera hacerlo de la manera menos vergonzosa posible. No siento ningún cariño por ese muchacho, le detesté porque me privó de lo que más quería y le seguiré detestando, pero no deja de ser sangre de mi sangre, por ello, es mi deseo que al morir yo le sea devuelta su dignidad, sea reconocido como mi nieto, hijo de mi hija Sonsoles Navas Orcajada, y heredero legítimo a todos los efectos de sus propios bienes. Para ello, varío las cláusulas de mi testamento, haciendo entrega al notario de mis últimas disposiciones. En este mismo acto, hago también entrega al señor notario en propia mano de esta carta cerrada y sellada, haciéndole constar, en

nota aparte, que es mi deseo que sea abierta y leída antes de dar paso a la repartición familiar de mi herencia.

Firmada y rubricada en Aranjuez, el 15 de enero de 1956.

El más absoluto desconcierto se mostraba en el rostro de todos los presentes. María gimoteaba sin cesar y Pedro se limpiaba las lágrimas con un pañuelo en silencio. Don Alejandro sostenía entre sus manos las de su esposa, cuyo rostro mostraba una palidez total. Antes que ninguno expresara su opinión, doña Asunción, sentada delante de Vidal, se levantó.

—Creo que está en mi deber dar una serie de explicaciones —dijo mostrando un rostro sereno pero visiblemente compungido—. Comenzaré pidiendo perdón —aquí su voz se cortó—, y sólo en mi defensa diré que al conocer la noticia de la muerte de Micaela, decidí venir y revelar por fin esa verdad oculta que durante estos largos veinte años me ha estado ardiendo en el alma. Ella se me adelantó, acuciada por la culpa, y lo que dice en su relato es puramente cierto. Créeme, Angustias, que fueron muchas las veces en que te lo quise confesar, pero según transcurrían los años más miedo me daba. Temía a tu madre, siempre la temí, era fría y terriblemente calculadora. No lo comunica en su carta, posiblemente careció de importancia para ella, pero hace dos años me armé de valor por la rabia contenida y la llamé. Le dije que debía pensar en la posibilidad de revelar la existencia del chico, apelé a su conciencia, incluso llegué a rogárselo. Por respuesta solo recibí desdén, amenazándome de que si abría la boca, ella tenía medios para hacérmela cerrar. No volví a intentarlo. Sin embargo, hace unos meses, en una conversación telefónica que mantuve con el prior, éste me habló de mandar a Juan a aprender un oficio, puesto que no tenía vocación sacerdotal. Le dije que era muy acertado. Cuando Angustias a los pocos días me comentó que precisaban de un mozo de comedor, se me pasó la idea por la cabeza. Al principio la deseche, por considerarla demasiado atrevida, pero luego lo pensé mejor. Yo tenía que partir para Argentina, ¿qué mejor sitio para Juan que la casa de su familia? Micaela llevaba meses encamada, no veía a nadie, y mucho menos a los sirvientes. Y aunque se topara con él..., ¿cómo iba a pensar que era su nieto? Además, estaba muy enferma; consideré que no viviría mucho, y que en cuanto falleciera, yo volvería para contarle todo.

En este momento intervino el notario.

—Comprendo que todas estas declaraciones que nos han pillado tan de sorpresa son de un importante calado. Pero dada la hora, les rogaría continuar con la lectura del testamento, así que me...

—Don Rubén —cortó don Alejandro al notario—, ¿le sería muy engorroso

continuar mañana con la lectura del testamento, o pasado mañana si le viene mejor?

—Sería un poco anómalo, pero dadas las circunstancias, creo que podríamos hacerlo así. Señor albacea, ¿está usted conforme?

Ante la respuesta afirmativa del albacea, el notario estableció continuar con la lectura el día siguiente a la misma hora. Todos estuvieron conformes.

Después de abandonar el notario y el albacea la casa acompañados de la religiosa, doña Angustias pidió a su confesor, don Fermín, párroco de San Pascual, que se quedara un momento. Cuando la condesa de Weymand, que aguardaba en el salón azul, vio entrar a doña Angustias agarrada al brazo del sacerdote, se sobresaltó viendo la palidez que acusaba su rostro.

—¡Dios mío, Angus! ¿Qué ha pasado? Estás palidísima.

—Parece que estoy soñando, Mónica —respondió la aludida con un hilo de voz, y, con su confesor al lado, le contó todo lo acontecido.

Jaime, María y Pedro volvieron a sus tareas, advertidos, eso sí, por don Alejandro, de que guardaran por el momento absoluto mutismo de lo que se había hablado dentro del despacho. María alegó que le iba a costar mucho, pero don Alejandro le dijo que tenía que esforzarse dado lo trascendental del tema.

Vidal y Pereira salieron al jardín totalmente consternados. Lo averiguado en aquella reunión más bien parecía sacado de un melodrama. Durante un rato, ambos hombres caminaron todavía absortos. Vidal, que había encendido un cigarrillo en cuanto sus pies tocaron el exterior, fumaba con avidez.

—Inspector, ¡menuda bomba! El mozo del comedor es el nieto *muerto* de la marquesa. ¡Joder!

—Pereira, vámonos a Madrid. Tenemos mucho en que pensar. Va a ser una noche larga. —Y, dando media vuelta, se fue derecho hacia el coche.

—¿No nos despedimos? —preguntó extrañado el sargento.

—No se preocupe, seguro que ni cuenta se van a dar ante el problemón originado.

Pasados los primeros momentos de consternación, y ya todos ocupando el salón azul, doña Angustias, a quien se veía algo más repuesta, miró fijamente a su amiga Asunción que, muy cabizbaja, se hallaba sentada en una silla frente a ella.

—No sé cómo pudiste esconderme esta verdad durante todos estos años. —La voz de doña Angustias sonaba triste pero firme—. Y no me digas que fue porque te daba miedo mi madre...

Con los ojos colmados en lágrimas, doña Asunción alzó la vista y se encontró con la mirada fría de su amiga.

—Comprendo que estés muy dolida y que ahora mismo sientas hacia mí un gran rencor, pero sólo puedo declarar en mi defensa que todos estos años he vivido acobardada, temerosa y con un terrible pesar en mi corazón. No reuní nunca el valor suficiente para decírtelo.

—¡Pero tú eras mi amiga, Asunción! ¿¡Cómo no confiaste en mí!? ¿Cómo has podido alejarme todos estos años de mi sobrino? ¿Con qué derecho lo hiciste? No te perdonaré en la vida —concluyó mascando cada una de estas últimas palabras.

Doña Asunción se vino abajo y comenzó a llorar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —balbuceó entre lágrimas—. No sabes cuánto lo lamento. —Y, levantándose, abandonó casi corriendo el salón.

Tras la precipitada salida de doña Asunción, todos mantuvieron un profundo silencio. Andrés, el hijo pequeño, se acercó a su madre, se puso de cuclillas frente a ella y le agarró ambas manos en apreciable muestra de cariño.

—Mamá, mira el lado bueno —el meloso tono de voz hizo que su madre mirase a los limpios ojos del pequeño de sus hijos con una amorosa sonrisa —, te acabas de encontrar con un sobrino. ¡Figúrate! Tú, que te lamentabas de no tener ninguno... Yo creo que hoy debe ser un día de alegría, mamá. ¿No sientes esa alegría en el corazón?

Por toda respuesta, doña Angustias abrazó la cabeza de su hijo. La condesa de Weymand sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

Cuando llegaron a la capital, ya eran las nueve de la noche.

—Inspector, ha estado muy callado casi todo el viaje, y cuando eso sucede es porque su cabeza no deja de bullir. ¿En qué está pensando?

Vidal sacudió la ceniza de su cigarrillo en el cenicero del coche y, después, miró a Pereira de reojo.

—Tiene usted razón, me asedian cientos de ideas, pero al final todas coinciden en un mismo razonamiento que manda al traste todo lo que llevaba supuesto hasta ahora.

—Yo venía pensando —medió el sargento— que menuda suerte le ha venido encima a ese muchacho..., Juan. Verse de la noche a la mañana formar parte de una familia de tan alta alcurnia. Y si encima hablamos del fortunón que le viene encima... Está visto que cuando menos te lo esperas, te toca la lotería.

—¿Usted cree, sargento?

—¡Hombre! Lo acabamos de ver. ¿Acaso usted no lo ve así?

Sin mediar palabra, Vidal tomó la calle del Correo y aparcó el coche. Acababan de llegar a la Comisaría de Centro. Pereira sentía ansias de estómago. La verdad es que no era para menos; desde las dos y media que había comido...

—Inspector, ¿y si nos tomamos un par de bocadillos con una cervecita?

No puso ninguna objeción. Vidal se dio la vuelta y, ante la alegría de Pereira, que se frotaba las manos, tiraron hacia la plaza Mayor.

Delante de dos buenos bocadillos de calamares, que debían de estar muy buenos por la avidez con que devoraba el suyo Pereira, los dos policías cenaban en silencio. Vidal no dejaba de darle vueltas a los últimos acontecimientos. Nuevos planteamientos se abrían en la investigación sobre los crímenes de la mansión de los Navas. Lo ocurrido aquella tarde le traía a la mente una serie de preguntas y respuestas que iban y venían sin que él hiciera ningún esfuerzo por retener. Era un sistema que le solía funcionar bien, pues pensaba que la mente, cuando la dejabas divagar, traía resoluciones, y en aquel momento intuía poder estar muy cerca de resolver el caso.

Cuando abandonaron el bar, Vidal despidió a Pereira.

—De verdad, sargento, váyase con su familia. Hoy ha sido un día muy largo.

—Pero si va a entrar en la comisaría, me voy con usted.

Vidal levantó los ojos al cielo.

—Pero mire que le gusta porfiar. Pues vale... Le ordeno que se vaya a casa.

—Bueno, me voy. Mañana nos vemos, pero váyase a descansar, hágame caso.

Pereira desapareció por la esquina de la calle y Vidal tomó el camino de la comisaría. Aún tenía mucho en que pensar.

Aquella mañana del diez de enero, María no daba una a derechas en la cocina. Lo acaecido en la tarde anterior le había producido un gran desasosiego; apenas había conseguido conciliar el sueño, y ahora se encontraba con la cabeza medio embotada y los párpados pesados.

—Es que no me lo puedo creer. Nunca pensé que la señora marquesa nos iba a solucionar la vejez. ¡Dios mío! Qué sorpresas nos reserva la vida. Jaime, yo no hago más que darle vueltas, porque dijo treinta y cinco mil pesetas, ¿no?

Su marido, que luchaba por quitarse aquellos guantes blancos que le quedaban muy ajustados, la miró moviendo la cabeza.

—Debe ser la décima vez que me lo preguntas. Treinta y cinco mil mondas y lirondas, y grábatelo ya o apúntalo en algún sitio.

—No seas huraño —le regañó María con cariñoso tono—. Pero eso es muchísimo dinero...

—Para nosotros, sí. Supone recibir casi tres mil pesetas al mes a parte del sueldo (si seguimos trabajando en la casa) en cuanto yo cumpla los sesenta y cinco. O sea, dentro de seis años.

—Y ¿tú tienes seguro que nos lo van a dar?

—Me dijo el albacea, el señor que venía con el notario, que ya me traerá los documentos. ¿No recuerdas que nos pidió los carnés y tomó nota de todo? Pues, ya me dijo que en cuanto cumpla los sesenta y cinco, comenzaremos a cobrar la pensión.

—Y si tú mueres antes que yo, ¿seguirán pagándome a mí?

Jaime levantó las cejas de golpe.

—No te hacía yo tan interesada...

—¡Ay, hombre! Ya me entiendes.

—Supongo, pero sería menos. Ya le preguntaré al albacea.

Carmen entraba en ese momento en la cocina.

—Nos han *matao*... Ahora sin Juan y sin doña Julia, esto es el acabose

—Bueno, mujer. No les queda otro remedio que coger más personal. Incluso esta mañana ya me lo insinuó doña Angustias —aclaró Jaime.

—Cuando anoche supe lo de Juan me quedé atónita. Si en ese momento me pinchan, no sangro. ¡Es increíble! ¡Nieto de la marquesa! ¡Madre de mi vida! —exclamaba Carmen al tiempo que se dejaba caer en una silla.

—Dímelo a mí, que hasta se me escapó un grito cuando se lo oí decir al notario, ¿verdad, Jaime? —Sin esperar a que su marido la revalidase, María continuó hablando. —Pobre chiquillo, cómo tuvo que quedarse cuando le dieron la noticia...

—Señor Jaime, usted estaba presente, ¿no? Se quedaría de piedra el muchacho. Con lo buena persona que es...

—Bueno, sí. Estaba muy azorado. Al principio no decía nada, sólo ponía cara de asustado.

—¡Normal! ¡Vamos! ¡Como si me lo dijeran a mí! Bueno, yo creo que me desmayaría —sentenció Carmen, y se dejó caer sobre el respaldo de la silla abriendo los brazos en cruz.

—Desde luego, es para volverse loco —añadió María—. De ser un pobre hospiciano a verse nieto de marqueses y poseedor de una gran fortuna..., porque éste recibe ahora toda la herencia de su madre.

—Sí, cuando cumpla la mayoría de edad.

—Pues este año, majo —aclaró María—, que cumple los veintiuno.

—Le han asignado un dormitorio en la segunda planta —dijo repentinamente Carmen—. Ya se lo he montado. ¡Ay! Me ha hecho una ilusión preparárselo... Es como un cuento de hadas. ¿No les parece?

—Esta mañana, durante el desayuno, se le veía totalmente cohibido —comentó Jaime sonriendo—. No hacía más que mirarse el jersey de rombos, supongo que se lo habrá dejado el señorito Andrés. Apenas pronunciaba palabra, y eso que todos estaban muy agradables con él. Doña Angustias le lanzaba miradas llenas de cariño. Y la condesa de Weymand alababa el color azul de sus ojos, diciendo que eran igual a los de su madre.

—Cuánto me alegro que le hayan acogido con tanto cariño —suspiró María—. Qué contenta estoy de pensar en la alegría que tendrá nuestra querida Sonsoles en el cielo —terminó emocionada.

—Hasta los primos le tratan con mucho mimo. ¡Ah! Ya le han dicho que esta tarde tiene que estar presente en la lectura del testamento.

—¿Y nosotros tendremos que estar otra vez? —preguntó María al hilo del comentario de su marido.

—Pues... no creo. Supongo que ya sólo darán lectura al tema familiar. Pero, por si acaso, luego se lo pregunto al señor.

Aquella pasada noche de enero tampoco Vidal la durmió tranquilo. Su mente poco rato había dejado de divagar. La ducha y un café largo que tomó al llegar a la comisaría le mantenían, por lo menos, algo más despejado. Había llegado a una conclusión que desechaba el resto de especulaciones meditadas durante aquellas últimas horas. Le faltaba la prueba determinante que pudiera hacer tangible su sospecha, pero estaba convencido de no estar equivocado en sus deducciones, sólo necesitaba una confirmación para llevar a cabo el plan que tenía en mente, y, para ello, descolgó el auricular del teléfono y comenzó a marcar aquel número que le había pasado hacía un par de minutos un oficial.

Juan, tumbado encima de aquella comfortable cama, miraba cómo un rayo de sol se reflejaba haciendo brillar aquella pulida barra de bronce que formaba parte del estudiado piecero de la cama. Ni en sueños se había visto sobre un lecho como aquel, donde las manos resbalaban al tocar aquella tela de brillante color. Jamás lo sospechó, nunca lo intuyó. Siempre anidó la idea de que su madre fuera una pobre mujer que lo abandonó a la puerta del convento por no poder mantenerle. Ahora, la vida le lanzaba todas aquellas sonrisas que se le habían negado durante veinte años. De repente, la luz de sus ojos se ensombreció como si hubieran apagado una lucecita por dentro, y su mirada se volvió fría y dura. Hasta la tersa piel de su rostro pareció arrugarse. «¡Maldita bruja! ¡Perra rabiosa! ¡Zorra consumida por la maldad!». Su boca, en una terrible mueca, maldecía, y sus ojos chispeaban odio y rencor. «Me robaste la infancia, me apartaste de los míos, mataste de pena a mis padres... ¡Púdrete en el infierno!». Repentinamente, su rostro se fue relajando y, en un instante, volvió a adquirir aquella dulce lozanía que hacía de marco a unos ojos azules llenos de placidez. Los cerró y marcó una angelical sonrisa. Después, se quedó dormido.

Un risueño Vidal se acercó a Pereira, que intentaba ordenar los papeles de su mesa.

—Vámonos, sargento —le dijo agarrándole de un brazo y haciéndole girar.

—¿Adónde?

—A la mansión de los Navas.

—Pero ¿no íbamos a ir esta tarde?

—Cambio de planes. Le cuento por el camino. ¡Vamos!

Mientras recorrían la distancia que les separaba de Aranjuez, Vidal iba explicando a Pereira qué motivos le habían inducido a adelantar el viaje.

—Creo saber quién asesinó a la marquesa. Después de darle vueltas para asegurarme y no resbalar en mis deducciones, anoche caí en la cuenta de que después de los últimos acontecimientos, todo me llevaba a una misma persona. Sólo me faltaba confirmar un dato y esta misma mañana me llegó la respuesta.

Vidal hizo en este momento un inciso, tal vez esperando la pregunta ansiosa de Pereira, pero el sargento guardaba silencio.

—Siempre topábamos con la dichosa bufanda, con el arma que usaron para matar a la anciana —prosiguió Vidal—. Se nos dijo que en ella envolvieron al nieto que murió al nacer; pero, si así fue, ¿cómo diantres iba a estar alrededor del cuello de la víctima? Desechamos esa idea, incluso la propia doña Angustias la desechó, a pesar de lo dicho por su madre. No era lógico pensarlo, así que decidimos creer que la prenda la debió conservar la propia marquesa y, por motivos que no podíamos conocer, decidió inventar la historia de que se empleó para envolver el cuerpo del niño. Pero aun así, seguía agitándose en el aire la funesta bufanda. Ella nos llevó a sospechar de doña Julia, y, gracias a ella, supimos la verdad que se escondía en el ama de llaves. Usted, sargento, averiguó que las iniciales fueron bordadas en la tela por la misma doña Julia. Todos los indicios nos llevaban, en ese momento, a pensar en un crimen por venganza, aunque quedase bailando en el aire la pregunta de por qué esperar cuatro años para realizarlo. Posteriormente, el asesinato de doña Julia nos descuadró por completo. Le confieso que hasta ayer, andaba totalmente perdido.

—Pero, dígame: ¿qué es eso que ha averiguado y que le hace pensar tener la solución al caso? —Pereira mostraba ahora su ansiedad por conocer los pensamientos de Vidal.

—Después de que el notario leyera la reveladora carta de la marquesa, tuve la intuición de que en ella se escondía la clave de todo. —Pereira miraba a Vidal con gesto de impaciencia—. Sólo tenía que descubrir algo que la carta no decía, y anoche supe cómo averiguarlo.

—¡Por favor, inspector! ¡Vaya al grano!

La explosión de Pereira arrancó una sonrisa a Vidal.

—Vamos a ello, sargento. Recordé que fue Asunción Alcázar quien se

llevó al recién nacido. Que fue ella quien lo dejó en la puerta del convento, por lo tanto tenía que saber cómo iba vestido el niño.

—Le voy comprendiendo —medió Pereira muy atento.

—Esta misma mañana, le pedí a un oficial que me localizara a doña Asunción. A través del notario, conseguimos dar con ella. No me asombré cuando al teléfono me confirmó que al niño se lo entregó la propia marquesa envuelto en una bufanda de colores, que perteneció a la madre del niño y que ella misma reconoció perfectamente, y así, de esa guisa, lo dejó en la puerta del convento. Su respuesta afirmativa a mi pregunta sobre si llevaba bordadas las iniciales de Sonsoles Navas, me sacó ya de toda duda. Esa bufanda sólo pudo entrar en la mansión de la mano de Juan, el hospiciano, ahora reconocido nieto de los marqueses de Navas.

Pereira, muy pensativo, oscilaba la cabeza. Vidal permanecía con la vista fija en la carretera.

—Ahora todo comienza a tener sentido —siguió hablando Vidal—. ¿Recuerda cuando nos dijo la enfermera que la marquesa decidió de repente que las comidas se las sirviera el mozo de comedor? —Pereira afirmó con la cabeza. —Eso tuvo que ser por un motivo especial. Posiblemente, le vio y algo en él llamó su atención. La marquesa tuvo que ser una mujer muy inteligente..., muy astuta. Pocos podían engañarla. En su carta póstuma, a pesar de reconocerle y así hacerle formar parte de su herencia, también dice que le detesta y le detestará siempre.

—Pero este muchacho desconocía por completo quién era. Si la mató, tuvo que ser porque alguien le puso al tanto de todo —argumentó Pereira.

—Sin duda, y no creo equivocarme si le digo que ese *alguien* fue la propia marquesa.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Qué adelantaba con ello?

—Sargento, ha estado usted presente en todos los interrogatorios, ¿cómo calificaría después de todo lo escuchado a la difunta marquesa de Navas?

Pereira no tuvo mucho que meditar.

—Como una egocéntrica que gozaba de una manera extraña haciendo daño. Yo creo que buscaba ganarse enemigos.

—Exacto. Una mujer que le gustaba llevar a las personas al límite. No sé qué pasaría, qué le diría para que este muchacho acabara matándola, pero seguro que tuvo que ser muy fuerte.

—Si estamos convencidos de que fue él quien mató a la marquesa, también tuvo que matar a doña Julia, pero a ella ¿por qué?

—Sí, también lo pensé. Es posible que doña Julia viera algo o dijera algo que le puso en alerta.

—Pero ¿llegaría a descubrir que era hermana de su padre?

—No sé... No creo, sargento; eso nadie lo sabe salvo nosotros dos. ¿Cómo podía averiguarlo él? No. Decididamente tiene que desconocer este dato.

—Sólo tenemos la prueba de la bufanda, ¿lo cree suficiente como para achacarle los dos crímenes?

—Tenemos que buscar la confesión. El muchacho parece ser un buen chico, si le amedrentamos un poco, acabará confesando. Tenemos que hacerle creer que conocemos más de lo que en verdad sabemos.

—También es mala suerte, coño. Ahora que la vida parecía sonreírle...

—Así es Pereira, pero la justicia se imparte para todos. Quien la hace, la paga.

Juan entró en el despacho serio pero muy sereno. Vidal y Pereira permanecían de pie delante del escritorio. Se acercó a ellos, Vidal se adelantó un par de pasos y le extendió el brazo.

—Antes de nada debo felicitarle, ya que no tuve ocasión de hacerlo hasta ahora. Supongo que habrá sido para usted una enorme sorpresa. Algo totalmente inesperado.

Juan sonreía tímidamente al tiempo que Pereira también estrechaba su mano.

—Pero, por favor, tome asiento.

—Al hacerlo Juan, Pereira, en lugar de sentarse en uno de los sofás como hacía siempre durante los interrogatorios, lo hizo en la silla colocada a su lado. Vidal le miró algo sorprendido por esta actitud, pero no hizo ningún comentario en contra.

—Estará pensando en que no le habré hecho llamar sólo para felicitarle..., y está totalmente acertado —comentó Vidal mostrando una parca sonrisa—. Como sabe, están abiertas las investigaciones tanto por el asesinato de la... su abuela, como ahora también por doña Julia, el ama de llaves. Todos los miembros de su nueva familia han sido interrogados por el asesinato de la difunta marquesa, y ahora le toca a usted el turno. Pero antes de continuar, ¿desea usted decirme algo?, ¿contarme alguna cosa que crea que pueda ayudar a esclarecer los hechos?

Juan, que hasta ese momento no había pronunciado palabra, miró directamente a los ojos de Vidal.

—Yo nada tengo que decir. He sido un criado hasta ayer, no creo que

pueda ayudar en nada.

Su voz le sonó a Vidal tímida pero firme. Comenzó a pensar que el joven era más astuto de lo que había imaginado.

—Dígame, ¿tiene usted alguna idea de quién pudo matar a su abuela?

—No, señor. —Fue la corta respuesta.

—¿Sabe que un reloj de su primo Luis fue hallado en el dormitorio de su abuela la noche del crimen?

—Sí, eso se comentó entre el servicio.

—Y ¿qué piensa al respecto?

—Yo no tengo nada que pensar, ya le dije que hasta ayer fui un criado.

—Sí, ya lo ha dicho, pero los criados también tienen opinión. Y supongo que habiendo sido hasta ayer mozo de comedor, algo habrá escuchado a los miembros de su familia para haberse formado opiniones.

Juan miró a Vidal mostrando con su gesto que no entendía bien lo que quería decirle.

—Durante las comidas se charla, se comentan asuntos familiares... Se discute. ¿Alguna vez fue usted testigo mientras les servía de alguna fuerte discusión? Tengo entendido que hubo varias.

—Bueno, sí, pero yo no puedo hablar de ello.

—¿Por qué no puede?

—Lo que hablen los señores yo no lo puedo divulgar.

Vidal sonrió. No tenía muy claro si el joven mantenía aún sus obligaciones domésticas o estaba valiéndose de una estrategia.

—Pero, amigo, usted ya no es ningún sirviente, y, además, está siendo interrogado por una causa de asesinato, no rompe ningún código. Así que... contésteme sin ningún temor.

Juan asintió levemente con la cabeza. Vidal prosiguió.

—Como le decía, ¿en alguna de esas discusiones oyó usted alguna frase o algún comentario, en fin, algo que llamará poderosamente su atención?

Juan pareció meditar unos segundos.

—Una vez, el señori..., bueno, Luis, discutió muy fuerte con su padre. Su madre llegó a levantarse y salir del comedor llorando.

—¿Recuerda por qué lo hizo?

—Sí, Luis insultó a la marquesa y luego dijo que ojalá se muriera.

—Y ese mismo día murió.

—Así es.

—Entonces ¿usted cree que la mató su primo Luis? —Juan se mantenía en

silencio—. Le he preguntado si piensa que fue su primo quien asesinó a su abuela —le instigó Vidal.

—Pues..., sí, es posible. La prueba del reloj y eso que dijo... Además, se notaba que la odiaba.

Vidal se paró un momento para observar a Juan. Ya no le cabía duda de que toda esa inocencia que aparentaba escondía una fría decisión de inculpar a su primo.

—Pero pudo ser que ese día estuviese molesto y dijera todo eso sin sentirlo. ¿Por qué saca usted esa conclusión?

Juan movía sus manos entrelazadas.

—Yo sé que la odiaba. Se lo oí decir muchas veces.

—Bueno, pero eso no le convierte en un asesino, o ¿usted piensa que sí?

Removiéndose en su silla, Juan comenzaba a ponerse nervioso. Vidal aprovechó el momento.

—¿No le pareció extraño que la marquesa de Navas, sin conocerle, le hiciera llamar para después pedirle que le sirviera las comidas cuando llevaba tan poco tiempo en la casa?

Juan se quedó inmóvil y su tez palideció.

—Sí... Pero era una mujer muy extraña —consiguió decir una vez se hubo recuperado de la sorpresa.

—¿No le explicó por qué lo hizo?

—No solía dar explicaciones.

—¿No cree posible que ella supiera que usted era su nieto?

—¡No! No lo sabía. —La alteración de Juan iba en aumento.

—¿Le han dicho que en la carta que dejó escrita su abuela, donde confiesa su parentesco, habla de usted como de alguien a quien detesta y detestará siempre?

Juan apretaba los puños con fuerza. Vidal no quiso darle tregua.

—¿Cuándo supo usted que era su abuela? Se lo confesó ella, ¿verdad? Ella le dijo que su padre se ahorcó cuando pensó que había muerto usted y su madre, ¿no es cierto? Y mandó a Asunción Alcázar que lo abandonara a la puerta de un convento.

—¡¡Sí!! ¡Ella me lo dijo! ¡Maldita bruja! ¡Ojalá se pudra en el infierno! — Juan se levantó con los ojos rojos de ira, y justo después se desplomó en la silla y rompió a llorar entre fuertes hipos.

Pereira corrió a servirle un vaso de agua. Vidal contemplaba la escena con una mezcla de pena y triunfo.

Cuando Juan pareció estar más sereno, el inspector, bajando ahora el tono de su voz, le habló con un cierto asomo de cariño.

—Creo que tiene mucho que contarnos, Juan, así que si se encuentra con fuerzas, le ruego que comience a hacerlo.

Aún con algo de hipo, miró a Vidal, se sorbió los mocos y, mostrando un rostro totalmente limpio de falsedad, comenzó a hablar despacio.

—Yo vine a esta casa porque me trajo doña Asunción, como ya saben todos. Yo quería trabajar y ser útil. Tenía esa oportunidad después de haber estado toda mi vida en un convento. No me importaba el jornal, si era mucho o poco, pues nunca antes cobré ninguno, ni el trabajo, que siempre desde niño estuve acostumbrado a faenar. Estaba muy contento con mis amos y con mis compañeros, todos me trataban muy bien, se veía que me querían. Hasta que un día doña Angustias me dijo que la marquesa quería verme. No me conocía de nada, ni yo la había visto nunca, aunque luego recordé que un día estaba en el jardín y, al volver hacia la casa, la vi mirarme fijamente desde una ventana. Supe que era ella, pues distinguí una cara muy arrugada. Subí temeroso, ya había habido en la casa trifulcas originadas por ella. Me preguntó cuánto tiempo llevaba a su servicio y cómo había sabido de ese empleo. Le dije de dónde venía y que me había traído doña Asunción. Entonces me ordenó que le subiera las comidas todos los días, excepto el desayuno. —Aquí Juan paró su relato y bebió un poco de agua—. El primer día, durante la merienda, me preguntó sobre cosas de mi vida e incluso estuvo amable, pero al siguiente día, durante la cena, se me cayó un salero al suelo y me insultó, fue muy dura conmigo, me llamó *imbécil*, me contó cosas horribles que había hecho con la complicidad de una doncella de la casa para fastidiar a su hija. Se levantó de la cama, me agarró de un hombro y me echó de su habitación, amenazándome que lo pasaría muy mal si contaba que la había visto de pie. Yo bajé muy asustado, pero no dije nada. Al día siguiente le subí la comida temblándome las piernas. Estuvo callada mientras comió, incluso parecía de buen humor, pero después de comer, estaba recogiendo las cosas, cuando sentí un aliento detrás de mí, me giré y allí estaba ella de pie, mirándome de una forma rara, como si me odiara. Me quedé quieto, paralizado. Entonces me llamó *bastardo*. —Juan tragó saliva, Vidal le animó a que continuara—. Me dijo que tenía que haberme matado al nacer. Yo no entendía nada. Con los ojos desorbitados me fue relatando una historia terrible hasta que comprendí que estaba hablando de mí, de mis padres; aquel horror era mi historia. Sin asomo de piedad, su boca maldecía, insultaba...

Yo quise escapar, pero me agarró de los hombros, me zarandeó y entonces me dijo —aquí Juan comenzó a sollozar— que era débil como el desgraciado de mi padre, un ser estúpido que terminó ahorcado de una viga. La empujé y salí corriendo de su dormitorio. —Pereira volvió a servirle agua en el vaso y le puso una mano en el hombro, apretando ligeramente. Vidal le animó a seguir—. Me fui a mi habitación y me eché sobre la cama llorando, de repente, la mente se me nubló, busqué mi maleta, saqué la bufanda, que ahora sabía que era de mi madre, y corrí hacia su habitación, pero al llegar a la primera planta vi que salía Rosario, la enfermera, así que me detuve y volví a bajar. De nuevo en mi habitación guardé la bufanda y esperé. En mi mente ya sólo había una idea: acabar con aquella víbora. Aquella tarde, Rosario se marchó al pueblo. Pasadas las cinco, subí a su dormitorio con la bandeja de su merienda. Debajo de la bandeja llevaba escondida la bufanda. Cuando entré, estaba de pie, de cara a la cama, la puerta hizo un leve ruido al empujarla y ella se volvió. Al verme, sonrió con una mueca horrible, enseñando los dientes, y soltando después una carcajada me dijo «¡Bastardo!, ¿vienes a por más?». Ya no pude contenerme; dejé la bandeja en el suelo, me lancé sobre ella y le enrollé la bufanda al cuello. Forcejeó, intentó agarrarme de los brazos, pero la voltee, la tiré al suelo y ella se agarró a la ropa de la cama. Con la rodilla sobre su espalda, apreté con fuerza la bufanda hasta que dejó de moverse. Luego la puse boca arriba y vi que estaba muerta. Recogí la bandeja del suelo, vacíe su contenido en el inodoro y bajé corriendo de nuevo a la cocina. Pasada como una media hora, me empezó a entrar pánico, me puse muy nervioso, pensé que me detendrían y salí al jardín con intención de huir, pero... ¿adónde?

Juan se quedó en silencio. Los dos policías se miraron consternados.

—¿Por qué mató a doña Julia? —La repentina pregunta lanzada por Vidal le sorprendió—. ¿Acaso le descubrió?

—A estas alturas sería tonto decirles que yo no la maté, además... ya no me importa nada —alegó un Juan dolido y resignado—. Vi sobre la mesilla de la marquesa un broche con el rostro de una mujer. Ella me dijo que era un camafeo. Era muy bonito, rodeado de piedrecitas que brillaban mucho. Le pregunté que quién era la figura que aparecía en él y me contestó que era una hija suya. Le dije: «Es muy guapa», y fui a cogerlo para verlo mejor, pero ella me lo impidió, diciéndome: «No te atrevas a tocarlo», y lo guardó en el cajón. Luego, le pregunté a Rosario, la enfermera, sobre aquel broche y así me enteré de que la hija que figuraba en él había muerto. La tarde que ocurrió

todo, después de matarla, recordé el camafeo con la cara de la que ya sabía que era mi madre. No tenía ningún recuerdo de ella, así que decidí cogerlo. Lo que yo desconocía era el valor que tenía (por lo visto es una joya) y cuando doña Angustias lo echó en falta, nos preguntó a todos por él. Yo lo había escondido en el fondo de mi maleta. Allí fue donde la encontró doña Julia. Ella tenía llave de todos los cuartos.

—¿Quiere decir, entonces, que sospechaba de usted?

—Sí. Esa mañana acabábamos de encender las chimeneas cuando apareció Carmen diciéndome que doña Julia me aguardaba en su cuarto. Cuando llegué, me mandó pasar y cerrar la puerta. Ella estaba de pie, muy seria, frente a mí. Entonces me acusó de matar a la marquesa para robarle el camafeo. Yo me quedé muy sorprendido, pues era imposible que ella lo supiera. Lo negué todo, pero ella sacó del bolsillo de su uniforme el camafeo, y me dijo: «Entonces, ¿quieres decirme qué hacía esto dentro de tu maleta?». Me quedé muy consternado, no pensaba que lo hubiera encontrado. Me costaba darle una explicación, no encontraba ninguna. Finalmente, le dije sollozando: «Lo siento, lo siento..., no quise hacerlo. Lo vi hace unos días encima de la mesita de noche y lo cogí». Pero ella, muy seria, me gritó: «¡Mentira! Yo te vi salir corriendo del cuarto de la marquesa la tarde que la mataron. Corrías que te llevaba el diablo. Me extrañó y fui a ver, llamé a Rosario en voz baja, pero no me respondió, así que entré a mirar, y vi a la marquesa en el suelo, muerta. Entonces me callé, pensando que habías descubierto su cadáver al llevarle la merienda y que no te atreviste a decirlo por miedo; pero luego, cuando la señora echó en falta el camafeo, lo comprendí todo, por eso fui a buscarlo a tu cuarto. ¡Tú la asesinaste! Te pillaría robándole el camafeo y la mataste. Nunca hubiera pensado que fueras capaz de matar a alguien para robar». «¡Yo no lo hice! —le chillé—, ¡ya estaba muerta! ¡Por favor, doña Julia, créame! Ya sé que no debí hacerlo, pero yo no la maté». Comencé a llorar y, por un momento, pareció convencerse, pero entonces me dijo: «A mí no tienes que darme explicaciones, tendrás que dárselas a la policía; si es cierto lo que dices, nada has de temer. Ahora, sal y vuelve a tus obligaciones». Quise volver a intentar convencerla para que no dijera nada, pero fue en vano. Entonces fue cuando decidí matarla, fingiendo un accidente. Sé que parezco un monstruo..., si hasta yo mismo no me reconozco oyéndome contar esto. ¡Lo siento, lo siento mucho! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —Juan sollozaba encogido en la silla como un niño lleno de miedo.

Vidal y Pereira habían quedado impresionados al oír la auténtica versión de los hechos. No tenían noticia alguna de la desaparición de ese camafeo que había originado la muerte del ama de llaves. Juan se mantenía acurrucado en su silla, gimoteando.

—Una cosa más —intervino Vidal cuando vio que el muchacho comenzaba a recomponerse—. ¿Cortó usted el trozo de bufanda donde figuraban bordadas las iniciales de su madre?

El acobardado muchacho miró con asombro a Vidal.

—¡No! ¿Por qué iba a hacer semejante cosa?

Ambos policías se miraron. La resolutiva respuesta les confirmó que efectivamente fue doña Julia quien cortó el trozo al reconocer la prenda.

La conmoción había sido tremenda. Al relatarle Vidal el desenlace de ambos crímenes a la familia, se quedaron todos estupefactos. Ni por asomo pudieron pensar que aquel joven tan educado, atento y servicial hubiera podido cometer tan horribles crímenes. El hecho de no haber pasado más que un día desde que se les había dado la noticia de ser un miembro más de la familia, hacía aún mucho más gravoso e increíble el tema. Doña Angustias tuvo que ser asistida de un ataque de nervios. La verdad es que su estado era de seria preocupación. Más adelante, tuvo que ser ingresada durante un tiempo en una casa de reposo. En cuanto a Juan, firmó su confesión sin objeción alguna y delante de su abogado. Posteriormente, y por decisión familiar, decidieron que le representara uno de los mejores despachos de abogados del país. No obstante, era, a todos los efectos, un miembro más de los Navas.

Vidal levantó la vista al sentir los pasos de Pereira por el pasillo. Entró en su despacho risueño y con un envoltorio entre las manos.

—¿A que no sabe qué es esto? —dijo posando el paquete sobre la mesa—. Son buñuelos que ha hecho mi Rosita para usted.

Vidal miró el paquete y sonrió.

—Me parece que su mujer quiere ponerme gordo. Dele las gracias de mi parte.

—Esas se las da usted el domingo si quiere venir a comer.

Vidal volvió a sonreír.

—Agradecido. Iré a echar una partida de ajedrez con Rafita. El día de Reyes casi me gana.

—¡Muy bien! —exclamó gustoso Pereira mientras tomaba asiento.

—Inspector, hay algo que quería comentarle.

Vidal levantó la vista del papel que estaba leyendo.

—Dígame, ¿qué le ronda por la cabeza?

—Es sobre el caso de los Navas. Me extrañó que no le dijera al chico el parentesco que le unía con doña Julia, y no creo que se le olvidara. Decidió no hacerlo, ¿verdad?

—Así es, sargento, para qué añadir más leña al fuego.

—Por ese motivo tampoco le confesó nada a la familia.

—Exactamente. Al final esa investigación no sirvió para nada. La única culpa de doña Julia fue cortar el trozo a la bufanda, si podemos llamarle

culpa a eso. Yo creo que fue más bien supervivencia. Temió que pudieran descubrir quién era.

—Sí, estoy de acuerdo. Yo sigo pensando... ¿para qué entró en esa casa?

—Puede que entrara con la idea de obtener venganza y luego valorase otra idea.

Pereira le miró confundido.

—¿A qué se refiere?

—Es una hipótesis, pero puede ser que al ver el lamentable estado de la marquesa, recluida en sus aposentos y llena de amargura, decidiera que ya estaba vengada. Aunque la verdad ya nunca la sabremos, sargento.

—No deja de darme pena ese pobre muchacho. Nunca debió salir del convento.

—Sí, pero eso pregúnteselo a quien mueve los hilos de nuestra vida, Pereira. Si la marquesa no le hubiera visto aquel día en el jardín, nunca le hubiera conocido. Le llamó la atención algo, alguna cosa tuvo que ver en él para hacerle llamar. No lo sé, amigo... El caso es que esa fue la perdición de ambos.

—Una gran tragedia la de esta familia. Bueno, inspector, así que se quiere marchar a Valencia, ¿eh? Ayer vi su solicitud de traslado.

Vidal quiso poner cara de pocos amigos, pero sólo lo consiguió a medias. Lo que sí captó bien Pereira es que se ponía algo rojo.

—¡Venga, inspector! Que ya sé por dónde van los tiros. No vea usted lo contenta que se puso ayer mi Rosita cuando le dije que estaba usted enamorado hasta las trancas.

Vidal miró al techo y se mordió el labio inferior. Estaba visto que el bonachón de Pereira no tenía remedio.

EPÍLOGO

María cortaba unas hojas de acelga que iba echando en un puchero. Su rostro, acalorado por el fuego cercano de la lumbre, dejaba traslucir una fuerte pesadumbre. Hacía ya una semana de la detención de su Juanillo y todavía no podía asimilarlo. «Qué vida tan desgraciada la de este muchacho», se decía continuamente.

Jaime entró en la cocina acompañado de un hombre de unos treinta años, de tez morena y pelo negro bastante rizado.

—María —dijo con voz clara—, te presento al nuevo mozo de comedor.

La cocinera se levantó y se acercó al hombre.

—Bueno, usted por lo menos es más mayor. Espero que desempeñe bien su labor.

—Pondré todo mi empeño en ello.

—Y ¿Carmen? —preguntó María, que volvía a las acelgas.

—Está con la nueva doncella; por lo visto tenía problemas en el cuarto de plancha.

—Mientras no tueste las sábanas..., porque, esa, aunque tú digas lo contrario, tiene pinta de gandula.

Jaime sonrió. A pesar de los terribles sucesos, la vida en la mansión de los Navas volvía, poco a poco, a marcar su ritmo de siempre.

Ambientada en la España de los años cincuenta del siglo pasado, *La Mansión de los Navas* es una novela típicamente policiaca, pero con la singularidad de que el autor ha querido resaltar con fuerza la personalidad de sus personajes. Dentro de un escenario donde de continuo surge la sorpresa, se desarrolla un ambiente lleno de tensión y misterio. Señores y criados, desde su diferente estrado, hacen partícipe al lector de sus opiniones y distintas formas de sentir y observar los inquietantes acontecimientos que les rodean, adentrándole de tal manera en el palpitar de la mansión, que, repentinamente, sin darse apenas cuenta, se encuentra formando parte viva de su historia.



José Antonio González Queiro
(Madrid, 1949)

Madrileño de nacimiento, pero con raíces gallegas, José Antonio sintió el deseo de narrar historias desde muy joven. Sus obras se sumergen en el género policiaco de intriga y acción, que el autor suele enmarcar en épocas pasadas, desde la oscura y violenta Edad Media —como en su anterior novela *Raziel y el despertar de los sueños* (2015)—, hasta la reciente y difícil posguerra que vivió España tras la Guerra Civil de 1936 —*La mansión de los Navas* (2017)—. Sus diversos personajes se mueven en atmósferas cargadas de misterio, donde tendrán que reaccionar ante una serie de inesperados sucesos que les cambiarán la vida para siempre.

Table of Contents

[Portada](#)

[Legales](#)

[Dedicatoria](#)

[Capitulo_1](#)

[Capitulo_2](#)

[Capitulo_3](#)

[Capitulo_4](#)

[Capitulo_5](#)

[Capitulo_6](#)

[Capitulo_7](#)

[Capitulo_8](#)

[Capitulo_9](#)

[Capitulo_10](#)

[Capitulo_11](#)

[Capitulo_12](#)

[Capitulo_13](#)

[Capitulo_14](#)

[Capitulo_15](#)

[Capitulo_16](#)

[Capitulo_17](#)

[Capitulo_18](#)

[Capitulo_19](#)

[Capitulo_20](#)

[Capitulo_21](#)

[Capitulo_22](#)

[Capitulo_23](#)

[Capitulo_24](#)

[Capitulo_25](#)

[Capitulo_26](#)

[Capitulo_27](#)

[Capitulo_28](#)

[Capitulo_29](#)

[Capitulo_30](#)

[Capitulo_31](#)

[Capitulo_32](#)
[Epilogo](#)
[ContraCubierta](#)